

Maya Nicole



# RENDIDA *a* ELLOS



Vivir juntos  
fue solo  
el principio...



*Phoebe*

Maya Nicole



# RENDIDA *a* ELLOS



Vivir juntos  
fue solo  
el principio...



*Phoebe*



Maya Nicole

**RENDIDA**   
  *a* **ELLOS**

Traducción de Maribel Abad



*Phoebe*



Título original: *Falling for Them*

Primera edición: octubre de 2025

Copyright © 2024 by Maya Nicole

© de la traducción: Maribel Abad Abad, 2025

© de esta edición: 2025, Ediciones Pàmies, S. L.  
C/ Monteverde  
28042 Madrid  
phoebe@phoebe.es

ISBN: 979-13-87787-13-4

BIC: FRD

Arte de cubierta: CalderónSTUDIO®

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

*A veces lo único que necesitas es quitarte el sujetador y tirárselo a la cabeza a un tío.*

# Índice de contenido

1. [1](#)
2. [2](#)
3. [3](#)
4. [4](#)
5. [5](#)
6. [6](#)
7. [7](#)
8. [8](#)
9. [9](#)
10. [10](#)
11. [11](#)
12. [12](#)
13. [13](#)
14. [14](#)
15. [15](#)
16. [16](#)
17. [17](#)
18. [18](#)
19. [19](#)
20. [20](#)
21. [21](#)
22. [22](#)
23. [23](#)
24. [24](#)
25. [25](#)
26. [26](#)
27. [27](#)
28. [28](#)
29. [29](#)
30. [30](#)
31. [Epílogo](#)

# 1

## LUBRICANTE PARA PARAR UN TREN

LIBBY

Ni en mis sueños más locos me habría imaginado que mi tren sufriría un retraso a causa de un extraño accidente con un camión repleto de bidones de lubricante, pero así es la vida.

Cuando el revisor anunció la razón por la que llevábamos treinta minutos parados no me lo creí, pero una rápida búsqueda en las últimas noticias me confirmó que, efectivamente, había un camión volcado y un montón de bidones del lubricante «Susurros deliciosos» esparcidos por las vías y la calzada. Menudo patinazo. Literalmente.

Reprimí una risita, y enseguida me sentí culpable. Seguro que alguien había perdido su trabajo por culpa de aquello.

¿Cómo explicas en una futura entrevista por qué perdiste tu anterior trabajo?

En un intento por contener tan inapropiada diversión, me mordí el labio. Era una costumbre que había desarrollado en mi época de profesora, cuando mis alumnos decían algo gracioso involuntariamente y yo tenía que mantener la cara seria.

Entré en el pozo sin fondo de la búsqueda por internet. Quería comprobar cuánto lubricante se podía comprar. Al parecer, era posible comprar un bidón por el módico precio de mil dólares.

Aquello me hizo abrir los ojos.

*¿Quién necesita tanto lubricante? ¿Y quién tiene tanta pasta?*

Olvidaba que yo misma la tenía, y que estaba a punto de mudarme al piso del ricachón de mi hermano.

Necesitaba unas buenas risas, así que abrí el chat con mi mejor amigo, Ethan; ya me reía al imaginar su respuesta.

Mis pulgares se detuvieron sobre la pantalla del móvil mientras meditaba cómo redactar el mensaje. *Nada vulgar, Libby.* Y procedí a ignorar mi propio

consejo.

*Yo: ¿Qué pene necesita 200 litros de lubricante?*

*Ethan: ¿Qué cojones estás leyendo?*

*Yo: No llevo ningún libro.*

*Ethan: ¡Qué horror! Entonces, ¿qué estás haciendo? No me digas que viendo porno en el tren...*

*Yo: Ha habido un accidente en las vías y el tren se va a retrasar... a saber cuánto tiempo. Dependerá de si el lubricante es a base de agua.*

Me avergoncé de mi chiste, pero no pude evitar preguntarme si un lubricante con base acuosa sería más fácil de limpiar. Incapaz de contenerme, abrí otra pestaña para investigar los métodos de limpieza del lubricante.

*Esto es lo que pasa cuando no me traigo un libro para que me haga compañía.*

No había pasado ni un minuto cuando sonó mi teléfono. Respondí a la llamada de Ethan, aliviada de que el vagón estuviera casi vacío, de modo que nadie pudiera oír las tonterías impredecibles —y a veces inapropiadas— de las que hablábamos.

—¿El lubricante tiene fecha de caducidad?

Ethan resopló por la nariz.

—Voy a mirar el mío. —Debía de tenerlo cerca, porque solo tardó unos segundos en responder—: No. No caduca. Aunque el mío nunca dura lo suficiente como para comprobar si se echa a perder, para serte sincero.

Se me encendieron las mejillas, y carraspeé.

—A lo mejor los compra una productora porno.

—O Ryker —bromeó en tono serio—. Mañana le pregunto. Seguro que su reacción no tiene precio.

Me giré y apoyé las piernas sobre los dos asientos vacíos que había junto a mí fingiendo una arcada.

—¡Qué asco! Hay ciertos temas en la vida de mi hermano que nunca deberíamos tocar, y ese es uno de ellos.

Mi hermano mayor mantenía una relación poliamorosa con una mujer y sus dos mejores amigos. Vivían los cuatro juntos, y yo prefería mantenerme al margen de sus actividades. Ryker me había robado unos cuantos libros

románticos con el cliché «por qué elegir» antes de estar todos juntos —y no se me pasaba que no me los había devuelto—, así que no hacía falta ser un genio para saber que estaba bien versado en el arte de la manipulación de múltiples penes.

—¿Cuánto tiempo crees que te retrasarás?

—No estoy segura, pero a lo mejor debería dormir en el piso en lugar de ir a tu casa. No quiero causarte más problemas.

Al fin y al cabo, el piso de mi hermano, en el centro de Manhattan, estaba preparado para mi mudanza, y en la habitación de invitados había una cama. La idea de pasar la noche en un apartamento vacío me hizo sentir un poco sola, pero deseché ese pensamiento.

*Puedo soportar una noche sola en un piso de lujo en la ciudad. Solo tengo que fingir que es mi casa.*

Ethan suspiró.

—Yo sigo buscando a alguien a quien realquilar el piso. En alguna parte tiene que haber algún desesperado dispuesto a aguantar al peor compañero de piso del mundo.

—Ryker dijo que puedes quedarte en el apartamento y no pagarle nada hasta que dejes de pagar el alquiler del otro sitio —le recordé.

—Me sabe mal, sobre todo después del aumento que me acaba de dar. Además, me quedan siete meses de este contrato. Eso es tirar el dinero, mucho dinero. No pasa nada; de esta manera tendrás tiempo para instalarte antes de que me mude yo.

El plan había sido que los dos nos mudáramos al piso de cuatro habitaciones vacío a lo largo de las semanas siguientes, pero como el compañero de Ethan era un guarro y un gilipollas, le resultaba difícil encontrar a alguien a quien subarrendarle.

El sistema de megafonía que había sobre mi cabeza crepitó.

—Amigos, parece que vamos a estar aquí por lo menos una hora más. Estamos trabajando tan rápido como nos es posible para limpiar el producto derramado. Disculpen las molestias.

Apoyé la cabeza en el asiento de piel sintética.

—Prefiero ir al apartamento, solo está a unos minutos andando de la estación. No quiero que te toque aguantar los gritos de tu compañero por abrirme la puerta a esas horas.

—Lo siento, Lib. —Sonaba tan frustrado que deseé poder abrazarlo a través

del teléfono.

—Aunque no encuentres a nadie a quien realquilarle tu cuarto, piénsalo, ¿vale? ¿Qué voy a hacer con tres dormitorios vacíos?

La enorme habitación principal iba a ser para mí, y las otras tres me sobraban.

—¿Llegarás bien tú sola y a pie?

—No pasa nada. Tardaría más si cogiera un taxi o un Uber. Manhattan no es precisamente una ciudad fantasma los viernes por la noche. —No era peor que el lugar donde había pasado los nueve primeros años de mi vida.

A pesar de estar tranquilizando a Ethan, sentí un cosquilleo muy familiar en el estómago. Ya no era una niña asustada, pero, a decir verdad, cada vez que ponía un pie en la ciudad era como si volviera atrás en el tiempo.

—Lláname si me necesitas. —Se quedó callado unos segundos de más, y se me aceleró el corazón. Sabía lo que iba a decirme, puesto que aún no había sacado el tema—. ¿Cómo estás?

—¿La verdad? He estado mejor. No esperaba tener sentimientos tan intensos por empezar las obras del centro comunitario mañana. —Al principio había estado emocionada, pero cuanto más se acercaba el día, más recuerdos de la miseria en la que viví y de la muerte de mi madre me venían a la cabeza. Ni la terapia ni el paso del tiempo podían borrar mi pasado.

—Me refería a... —Ethan guardó silencio para dejármelo fácil; para que empezara a hablar de por qué había cortado con mi novio.

Habían pasado dos semanas, pero seguía sin poder hablarle a Ethan de ello; sobre todo porque había sido precisamente por él. Aunque no era un secreto que a mi ex, Justin, no le gustaba mi amistad con Ethan, no había llegado al extremo de darme un ultimátum.

¿Habíamos tenido una relación perfecta? No, pero había estado bien porque había sido justo lo que yo necesitaba. Si te cerrabas, no corrías el riesgo de que te abriesen el pecho y te arrancasen el corazón. Y eso nunca le había supuesto ningún problema a él, ya que siempre estaba ocupado con el negocio de su familia.

Pero algo cambió en el instante en que decidí mudarme a la ciudad, y eso que ni siquiera estaba lejos. El problema era que Ethan se iba a mudar conmigo.

*No llores, no llores*, me consolé para mis adentros.

—Se había acabado mucho antes de que yo lo rompiera. —Sabía que era verdad, pero no por eso dolía menos.

Se oyó un golpetazo al otro lado del teléfono, y alguien gritó el nombre de Ethan. Reconocí esa atronadora voz al instante; su compañero de piso estaba loco de remate. La única vez que pasé la noche en su piso, estuvo a punto de provocarme un ataque de ansiedad. Como mínimo. El pobre Ethan llevaba meses tratando de manejar la situación, y lo único que lo retenía allí era el contrato de alquiler y los gastos que conllevaba.

Lo oí respirar con fuerza.

—Tengo que ir a ver qué le pasa a ese imbécil. Creo que está cabreado porque he lavado sus platos, pero es que yo no estaba dispuesto a aguantar que se pusieran mohosos en el puto fregadero. No tiene sentido ponerse como una fiera porque te limpian las cosas. Nos vemos mañana, Libby. Te quiero.

—Y yo a ti. —Colgué y cerré los ojos.

El día siguiente iba a ser muy largo.

## 2

### UNA FIESTA DE SALCHICHAS

LIBBY

Tenía que ser un mal presagio que estuviera a punto de embarcarme en una nueva etapa de mi vida pero me encontrara fuera del apartamento con el aspecto y la sensación de ser una rata mojada.

Odiaba las ratas.

¿Sabéis qué más odiaba? Las tormentas veraniegas que te caían encima justo en el momento en el que cargabas con tu mochila desde la estación, a medianoche, y sin taxis a la vista. Recorrer unas cuantas manzanas a pie no era gran cosa hasta que los cielos se abrían. Para cuando hube encontrado un lugar donde guarecerme, el daño ya estaba hecho.

Me estremecí cuando noté el aire frío de la rejilla de ventilación del pasillo, así que tecleé rápidamente el código de la puerta. Dentro de una semana sería mi puerta, y el pensamiento me hizo inspirar profundamente. Jamás se me habría ocurrido que volvería a vivir en la ciudad con la que tenía una relación de amor-odio, pero ahí estaba.

Mis zapatos rechinaron en la entrada cuando accedí, y encendí la luz. El pequeño espacio se iluminó, y cerré la puerta antes de echarme un vistazo en el espejo de la pared. Llevaba el pelo rubio pegado a la cabeza y la cara manchada.

—Preciosa. —Me quité los zapatos y los calcetines empapados justo cuando la luz parpadeó y se apagó—. Joder. ¿En serio?

Era como si el universo intentase decirme que no volviera a Nueva York, que siempre podía recuperar mi trabajo de profesora, pues siempre quedaba alguna vacante de última hora y no había suficientes profesores para cubrirla. Solo tenía que decirle a mi hermano que no podía soportar el estrés de la ciudad o la presión de ayudar a dirigir una fundación y un nuevo centro comunitario.

Sentí una punzada de culpabilidad al recordar que me había retirado de la enseñanza, pero la alejé con una sacudida. Aunque no había dejado el curso antes de que acabara, era como si hubiera abandonado a la gente que más me necesitaba, lo cual era ridículo, ya que había renunciado para desarrollar un centro comunitario que ayudaría incluso a más gente.

Moviendo la cabeza ante mi ridiculez, busqué en el bolso mi teléfono, que había arrojado a sus profundidades a buen recaudo en cuanto había salido del tren. Siempre llevaba el bolso bien protegido, pero la gente podía ser muy astuta.

Cuando por fin lo encontré, estuve a punto de echarme a llorar. Un diez por ciento de batería no iba a ser de mucha ayuda durante un apagón, y encima odiaba la oscuridad.

Volví a soltar el móvil en el bolso con las manos temblorosas. Seguro que la luz regresaba pronto; estábamos en un edificio ultramoderno, y con tanta gente rica viviendo allí, no me habría sorprendido que tuvieran generadores que se encendieran en cualquier momento.

Temblé violentamente cuando mi cuerpo reaccionó por fin al aire acondicionado, que había estado encendido todo el rato. Ryker tenía pasta, pero dejárselo a tope cuando no había nadie allí era un derroche. Me sentía como si hubiera entrado en la guarida de Mr. Frío.

Tratando de no dejar un reguero de gotas por todas partes como si estuviera creando una pista de hockey, me quité los vaqueros y la camiseta y los dejé caer con un chapoteo junto a la puerta. Parecía que me había tirado a una piscina. Hasta el sujetador estaba empapado, pues las copas absorbían el agua como esponjas.

Me lo desabroché y lo deslicé por mis brazos cogiéndolo por uno de los tirantes. Parecía que pesara tres veces más de la cantidad de agua que había absorbido. Iba a tardar una eternidad en secarse si la luz no volvía pronto para que pudiera ponerlo en la secadora.

Para recordarme lo sensibles que eran, los pezones se me pusieron duros. Por muy pequeños que fuesen, los míos no eran pechos que se pudieran llevar sin sujetador; podría sacarle un ojo a alguien con ellos.

Se oyó un ruido al final del pasillo, y me quedé congelada, con el brazo estirado y listo para tirar el sujetador en el montón de ropa.

¿Qué demonios había sido eso?

Lo oí de nuevo, y mi corazón empezó a latir con fuerza en mi garganta. O

estaba alucinando o había alguien que caminaba en mi dirección. Mi mente me decía que saliera corriendo a grito pelado, pero mi cuerpo no la escuchaba. Estaba paralizada, escuchando el ligero ruido que se acercaba cada vez más.

Las luces parpadearon al volver, y un grito resonó en el espacio vacío. Pero no había sido yo. Al menos, al principio.

Un hombre, uno que me resultaba demasiado familiar, estaba de pie frente a mí, con los ojos abiertos de terror al encontrarse a una mujer medio desnuda. Me puse a gritar al unísono y, por puro instinto, le lancé el sujetador a la cabeza. Por fin, mis pies decidieron ponerse en marcha.

Por desgracia, la mochila se interpuso en mi camino y me hizo tropezar. Caí con fuerza al suelo.

—Mierda. ¿Elizabeth? ¿Estás bien? ¿Por qué demonios vas desnuda?

Joder. Por un momento había tenido la esperanza de estar imaginando cosas, pero conocía al dueño de esa voz. Me había tocado escucharla durante interminables horas en los últimos meses, en las reuniones de planificación a las que tenía que asistir.

Me ardían tanto las mejillas que estaba segura de que se me habían puesto más rojas que el trasero de un babuino. Por si mi estado de desnudez no fuera lo bastante malo, él solo llevaba unos calzoncillos que no dejaban nada a la imaginación. ¿Qué sentido tenía llevarlos si se le veía todo a través de la tela blanca?

Dios, pero si *aquello* casi no le cabía dentro.

—¿Qué haces aquí? —Mi corazón no daba muestras de querer calmarse mientras le daba la espalda cubriéndome el pecho con el brazo. Podía ser que, con la sorpresa y el susto, no hubiera tenido tiempo de echarle un vistazo a la mercancía.

*Claro que no, Libby. Igual que tú no le has mirado a él la snya.*

—Vivo aquí —dijo despacio, como si estuviera confundido—. Al menos hasta la semana que viene. Se suponía que tú no te mudarías hasta el próximo fin de semana.

—Sí, bueno, necesitaba un lugar donde dormir esta noche. Ha habido cambios de última hora gracias al retraso del tren. —Con una mano temblorosa, abrí la cremallera de la mochila para sacar una camiseta, pero resultó que nada de lo que llevaba estaba seco—. ¿Qué significa eso de que vives aquí? Este piso es de mi hermano. ¿No tienes un ático y un hotel entero a tu disposición?

—Mi ático está en reformas. Ry me ofreció quedarme aquí hasta que se acabaran, ya que está en el mismo edificio y es más cómodo. —Su voz sonaba somnolienta, y me pregunté por un segundo, un mísero segundo, si sonaría así por las mañanas.

—¿Que ha hecho qué? —prácticamente grité, mirando por encima del hombro al tío que tanto me sacaba en estatura. Su cabello oscuro estaba revuelto, y su cuerpo tenía todo el aspecto de algo que me habría encantado apretar contra mí.

No. De ninguna manera. No pensaba babear por uno de los *playboys* más conocidos de Nueva York, mi futuro jefe y uno de los mejores amigos de mi hermano. Encima, me ponía de los nervios cada vez que abría la boca.

*Porque desearlo te hace sentir culpable.*

Decirme que no a mí misma era una cosa, pero no podía apartar los ojos de la oscura línea de vello que bajaba por la cintura de sus calzoncillos ni de los músculos en forma de V que parecían señalar directamente a su impresionante bulto.

No. Era imposible que Leo Caponetti me atrajera lo más mínimo.

El problema era que sí me atraía, y ocurría desde el momento en que le había puesto la vista encima. Había sido capaz de reprimir mi atracción porque tenía novio, pero, ahora que estaba soltera..., no tenía salvación. Aun así, tenía que tratar de mantenerlo dentro del cerco de seguridad que había colocado a su alrededor.

—No te pongas así, princesa; el viernes me habré ido.

¿Cómo que «princesa»? Aquello era razón suficiente para reavivar las hostilidades y mantener las distancias con éxito.

Me tendió la mano para ayudarme a ponerme en pie, y la tomé a regañadientes, con el otro brazo apretado firmemente contra mis pechos.

—Olvidemos lo que acaba de pasar, ¿vale? —Miré hacia el fondo del pasillo —. Creo que... eeh... debería poner mis cosas en la secadora y meterme en la cama.

Hizo una mueca de dolor y aspiró entre dientes.

—Respecto a eso...

—Mierda. Ryker dijo que había dejado la lavadora y la secadora. Se las ha llevado, ¿no? —Mi hermano no era un genio de la comunicación entre seres humanos, precisamente, y como estaba tan ocupado con su empresa de marketing y poniendo en marcha la fundación, se olvidaba de contarme los

detalles importantes. Como el hecho de que Leo estuviera viviendo allí.

—No me refería a la lavadora ni a la secadora; no se las ha llevado. —Sus ojos viajaron desde el brazo que me cubría el pecho hacia abajo, hasta la mochila—. ¿Por qué vas mojada?

Tardé más de lo que me habría gustado en darme cuenta de lo que quería decir. A lo mejor había sido una suerte no haberme llevado un libro para el tren, pues, de todos modos, mi cabeza ya se encontraba, claramente, en Villa Lujuria.

—¿Porque ha llovido, por ejemplo? Podía haberme dado un bañito en una piscina de camino hacia aquí, pero no he visto ninguna. —Estuve a punto de añadir «O en cientos de litros de lubricante», pero Leo y yo no teníamos tanta confianza como para hacer chistes, y probablemente nunca la tendríamos.

Se pasó una mano por el pelo.

—Te presto una camiseta y unos pantalones cortos.

Antes de que pudiera espetarle que no pensaba ponerme su ropa, se fue por el pasillo, con sus glúteos tonificados gritando «muérdeme». Decidí culpar al cansancio de mi falta de buen juicio.

Puse los ojos en blanco y me dediqué a sacar la ropa húmeda de la bolsa. No toda estaba mojada, pero la había guardado en el orden en el que me la quería poner, así que el pijama y el conjunto que iba a llevar al día siguiente estaban inutilizables.

Volví a mirar hacia el pasillo y me mordí el labio. Ni una sola vez desde que Ryker anunció que Leo iba a ser el director ejecutivo de la fundación había mirado a Leo como si quisiera abalanzarme sobre él, pero ahora que no tenía nada que me impidiera hacerlo, era como alejar a un gato de una lata de atún.

Tal vez eso fuese lo que necesitaba, un gato que me ayudase a abrazar a mi señora de los gatos interior y me mantuviese a salvo de la situación que se me echaba encima. Me tocaba trabajar con ese tío todos los días de mi futuro más cercano, pero tal vez centrarme en sus defectos podía servirme ayuda.

En todo lo que concernía a la fundación, lo único que había hecho era irritarme, y habíamos estado en desacuerdo en casi todo. Encima, era un multimillonario que no tenía ni idea de lo que era pasar apuros económicos. No sabía en qué había estado pensando mi hermano para contratar a alguien tan alejado de la realidad como director. O sea, el tío tenía un yate. Con eso quedaba todo dicho.

Leo salió de la habitación de invitados; su trasero estaba ahora medio tapado

por los pantalones de su pijama. Me resultó imposible contener la risita cuando vi lo que tenían escrito.

—Oh, Dios mío.

—¿Qué pasa? —Leo me tendió una camiseta y unos pantalones cortos—. Ya sé que te vas a perder dentro de esto, pero me he dejado en el ático la ropa de mujer.

Eso detuvo mis risitas abruptamente. ¿Tan mujeriego era que tenía un baúl entero de ropa que se habían dejado sus conquistas? Le arrebaté las prendas y las apreté contra mi pecho.

—Me reía de tu pijama de las Tortugas Ninja.

Bajó la mirada y se pasó las manos sobre los muslos.

—Me lo compró Paige. Le parece muy gracioso que me llame Leonardo.

Paige era la novia de mi hermano, y la mujer a la que le debía tanto. Si ella no hubiera aparecido en la vida de Ryker, él jamás le habría hecho frente a lo que nos pasó cuando éramos niños y al efecto que esto aún tenía sobre él. Esa era la razón por la que me acababa de mudar a Nueva York para ayudar en la fundación y el centro comunitario que se estaba construyendo en el edificio donde nos criamos.

—Bueno... —Miré hacia el fondo del pasillo en lugar de a la cabeza de tortuga impresa en el mismísimo centro de su entrepierna—. Debería ir a ponerme esto. Estoy cansada.

—Respecto a eso..., era precisamente lo que estaba tratando de decirte. —Carraspeó de forma que mi atención regresó a él—. Solo hay una cama.

—¿Perdona? —Esperaba haberlo oído mal—. ¿Qué quieres decir con que solo hay una cama?

Miré hacia el salón. El sofá no estaba. Habría jurado que Ryker había dejado el sofá, puesto que había estado ahí durante mi última visita.

—Solo está la de la habitación de invitados. No me molesté en bajarme mi propia cama. —Leo se encogió de hombros, como si aquella situación fuera normal para él.

—¿Dónde está el sofá? —Encima, me gustaba muchísimo ese sofá, joder.

Volvió a encogerse de hombros y se rascó la tripa, dirigiendo la mirada hacia el pasillo antes de mirarme a mí de nuevo.

—¿De verdad es para tanto?

—No vamos a compartir cama. Este piso es mío. —No quería discutir con él cuando iba casi desnuda, así que, de espaldas a él, me puse la camiseta. Era

suave y olía a él. ¿Qué había hecho, restregársela por todo el cuerpo?

—¿Tuyo? No sabía que una profesora pudiera permitirse un piso de varios...

Las palabras murieron en sus labios cuando me di la vuelta. Su mandíbula se tensó conforme sus ojos recorrían mi cuerpo. Me miraba como si yo fuera un jugoso filete y él estuviese hambriento.

Le tiré los pantalones a la cabeza; eran demasiado grandes y la camiseta ya me tapaba lo suficiente, de todos modos.

—Esta es exactamente la razón por la que el director ejecutivo no deberías ser tú. «No sabía que una profesora pudiera permitirse un piso de varios millones de dólares» —lo imité con una vocecilla irritable.

Asió los pantalones que le había arrojado.

—¿Te enfada que te diga la verdad? Los profesores están mal pagados, y este apartamento cuesta muchísimos millones.

No me apetecía discutir con él sobre la inutilidad de señalar las obviedades.

—No sé qué haces ahí como un pasmarote, cuando deberías estar haciendo la maleta. —Recogí la mochila y el bolso y los aparté de mi camino.

Me dirigí hacia el lavadero con él pisándome los talones.

—No me voy a ningún sitio, eres tú la que ha entrado aquí sin permiso. ¿Le has dicho a Ryker acaso que pensabas dormir aquí?

—Eso no viene al caso. —Metí la ropa en la secadora antes de darme la vuelta, solo para tropezarme con él, que sostenía la ropa que me había quitado al entrar, sujetador incluido. Se la arrebaté y la puse con el resto.

—¿Quieres que llame a mi chófer para que te lleve a mi hotel, entonces?

¿Su chófer? ¿Su hotel? Vivíamos en mundos completamente distintos. Uno en el que él poseía enormes edificios y una casa en los Hamptons.

—Es casi la una de la madrugada, Leonardo. —Lo aparté y me dirigí al dormitorio principal para comprobar que no mentía respecto a lo de compartir cama.

—Exacto. Sugiero que nos vayamos a dormir. Enrollaré una manta en forma de salchicha y la pondré en medio; así no nos tocaremos.

Tras confirmar que no mentía, me giré hacia él.

—¿Lo de la salchicha es una especie de eufemismo o algo?

—No. Ni siquiera tendría que ponerla; ni que fuéramos unos desconocidos. Además, los dos somos adultos. Por lo menos yo. —Sonaba como si intentara convencerse de ello. Se dio la vuelta y se dirigió hacia la habitación de invitados.

—Eso es debatible —murmuré, y suspiré derrotada conforme lo seguía—. ¿Roncas?

—No. —Se metió en el vestidor y salió con una gruesa manta—. Mira y aprende.

Dejé mis bultos en el suelo, junto a la cómoda, y observé a través del espejo cómo doblaba la enorme manta por la mitad antes de colocarla en el centro. Apenas se le podía llamar barrera.

—Uno puede dormir debajo de una sábana y el otro, encima. No hace falta involucrar a las salchichas en esto.

Hizo una pausa y me lanzó una larga mirada antes de carraspear y sentarse en el lado de la cama más cercano a la puerta. El cobertor estaba echado hacia atrás en el otro lado.

Preferí no darle demasiadas vueltas a lo que acababa de hacer. De ninguna manera. Ya había tenido suficientes novios típicos que hacían gilipolleces como dormir cerca de la puerta para proteger a su mujer. Yo no era la mujer de Leo, y no creía que quisiera protegerme.

Agarré mi neceser junto con unas bragas que se habían salvado de la lluvia, entré en el baño y cerré la puerta. Necesitaba aclararme las ideas.

Él tenía razón. Ambos éramos adultos y pronto estaríamos trabajando juntos todos los días. No había ninguna razón para discutirse todo ni enfadarme por su mera presencia. Apoyé las manos sobre la fría encimera y cerré los ojos. No llevaba bien los cambios bruscos en mi rutina y mis planes, y aquella noche habían surgido demasiados imprevistos. Pero ahora que me sentía segura, me tranquilizaba que el mundo siguiera girando exactamente igual que antes. Todavía tenía los pies sobre la tierra. Lo único que había salido herido era mi orgullo.

Inspiré hondo, abrí los ojos y me miré en el espejo. Tanta discusión y la idea de dormir a su lado habían hecho que me sonrojara, pero podía soportarlo. Podía soportar una noche compartiendo cama con un hombre frustrantemente guapo.

# 3

## ¿FUTURA ESPOSA?

LEO

Jamás, en toda mi vida, había conocido a una mujer tan exasperante como ella. No se trataba de que me echara la bronca por mis gilipolleces o de que fuera más testaruda que yo, sino de lo jodidamente atraído que me sentía por ella, por toda ella, y de que no podía hacer nada por evitarlo.

Tampoco ayudaba el hecho de que, a pesar de que me había dado un susto de muerte con su aparición, me las había arreglado para ver sus pezones sonrosados y cómo se le pegaba la ropa interior mojada. Era perfecta, pero estaba inscrita permanentemente en la lista de «no tocar».

Bueno, a ver, sí que podía tocarla, pero mi vida no necesitaba más líos.

Hacía años que nos conocíamos —aunque no muy bien—, pero hacía poco que me había fijado en ella como algo más que la hermana pequeña de mi amigo, y, cuando nos encontrábamos en la misma habitación, ella siempre estaba callada y apenas me dedicaba una mirada.

Mi hermano era uno de los mejores amigos del suyo, y yo también me había acercado mucho a él en los últimos tiempos. Incluso me había contratado para dirigir su fundación, lo cual era una razón añadida para que Libby estuviera vedada: en unas semanas sería oficialmente mi empleada.

Aunque, en ese momento, solo era una conocida más.

La primera vez que le presté atención fue unos meses antes, cuando me echó una mirada de profesora severa a través de la pantalla durante una videollamada. Resultaba que las obras de nuestra sede temporal ya habían terminado, y yo había reclamado el despacho de la esquina sin consultarle. Fue la mirada más expresiva que le había visto hasta entonces, y no le había hecho falta hablar para que yo supiera lo que quería decir.

Y por cómo me estaba mirando en el presente, o quería follarme con odio o quería arrancarme el pene y atravesármelo en la garganta. Me resultaba

imposible diferenciar. De todos modos daba igual, porque, si la tocaba, estaba muerto, tanto si era a manos de su hermano como si era a manos del mío.

Aunque tal vez valiera la pena.

Tras lo que se me antojó una eternidad, Libby salió por fin del baño. Se había recogido el pelo rubio en una trenza, y, joder, qué bien le sentaba mi camiseta.

Encendió la luz del pasillo y entornó la puerta, de modo que una rendija de luz se colaba en el dormitorio.

—¿Te da miedo la oscuridad? —me burlé mientras ella rodeaba los pies de la cama y se acostaba por el otro lado.

—Me ayuda a dormir. —Apagó la lámpara de la mesilla y me dio la espalda.

—No es bueno para tu ritmo circadiano dormir con una luz encendida. —Estuve a punto de levantarme y apagarla, pero me puse de lado y me quedé mirándole la nuca. Resultaba infantil, pero me gustaba molestarla, sobre todo porque parecía que eso era lo único que la hacía fijarse en mí.

¿Qué demonios me pasaba? Rondaba los treinta, y actuaba como si tuviera doce. Ya había pasado por la crisis del cuarto de vida, así que ¿de qué iba todo aquello?

—Déjame adivinar —bostezó—, te gusta la oscuridad porque hace juego con tu alma.

—Me gusta la oscuridad porque soy un adulto. —Me tumbé boca arriba buscando una postura cómoda—. Cuando te hayas dormido la apagaré.

Se sentó y me dedicó el tipo de mirada que hacía que mis pelotas se escondieran y mi pene se contrajera.

—Vas a dejarla encendida.

Mis ojos se desviaron hacia su boca, y me apoyé en un codo.

—Dime por qué.

Contempló los músculos de mis brazos y abdominales.

—No es asunto tuyo. —Le dio la vuelta a la almohada y se tumbó de nuevo con un suspiro—. Tú... déjala así y ya está.

—Vale. —Me tumbé otra vez y apoyé las manos en mi estómago para evitar alargar la mano y enrollarme su trenza alrededor.

Cuanto más lo pensaba, más difícil me resultaba, así que me di la vuelta para ponerme de cara a la puerta. Si no la miraba, no pensaría en ella. El problema era que no podía sacármela de la cabeza porque la sentía a mi lado. Esa cama era demasiado pequeña para dos adultos. No solía dormir acompañado, y mucho menos con una mujer que no me deseaba.

Pero ¿por qué iba a desear una mujer como ella a un hombre como yo? Ella era la típica chica buena, mona y lista, y yo era el vividor que quería agarrarle la trenza para guiar su boca hacia mi pene. Y después estaba el dilema de que íbamos a trabajar juntos.

Joder. Ahora estaba imaginándome que lo hacíamos en mi despacho.

¿Estaba la calefacción encendida o me estaba dando un sofoco?

Odiaba ponerme el pijama para dormir, pero no me fiaba de mí mismo. Saqué una pierna de debajo de la sábana y me giré de nuevo hacia ella, de modo que el aire acondicionado me diera en la espalda. Cuando eso no me alivió, me puse boca arriba otra vez y aparté la sábana. Se me había puesto dura, y consideré irme al baño más lejano para ponerle remedio.

—¿Puedes dejar de moverte, por favor? —Libby no movió ni un músculo, lo cual fue lo mejor que podía pasar, pues mi erección era ya muy visible, sobre todo con la luz que entraba del pasillo.

Menudo cuadro.

Me acomodé y doblé la almohada para que me alzara un poco la cabeza.

—Es que no estoy acostumbrado a este lado de la cama.

—¿Y por qué te has puesto ahí? —La frustración de su voz solo consiguió espolearme.

—Para que no puedas escapar con facilidad. —La verdad era que no sabía por qué lo había hecho; solo había sentido que debía hacerlo.

Miró por encima de su hombro y puso los ojos en blanco.

—Y yo aquí pensando que era posible que tuvieras corazón.

El fuerte golpeteo que notaba en mi pecho indicaba que, de hecho, sí que tenía corazón, a pesar de la creencia popular.

—¿Por qué me odias tanto?

—¿Te parece que son horas de sincerarse? No te odio. —Se volvió hacia mí, y sus ojos se dirigieron enseguida hacia mi paquete y se quedaron ahí más tiempo del necesario.

—Podías haberme engañado. Ahora es tan buen momento como otro cualquiera. Tienes toda mi atención. —Tiré de la sábana para taparme la mitad inferior del cuerpo—. Cuéntame.

Por fin dejó de contemplar mi pene.

—No tienes consideración por las personas.

—¿Esto es por lo del despacho de la esquina? Si tanto te importa, quédatelo.

—Tamborileé sobre mi estómago con los dedos—. ¿O es por la cena de

recaudación de fondos?

Habíamos tenido muchos desacuerdos respecto a las actividades para recaudar fondos, la mayoría porque ella no se daba cuenta de que, si queríamos conseguir donaciones, teníamos que gastar dinero para captar la atención de los mayores donantes.

—Olvidalo, jamás lo entenderías. —Hizo ademán de girarse, pero me acerqué y deslicé los nudillos suavemente por su brazo. Se quedó paralizada y miró hacia donde la había tocado—. ¿Qué pasa con la... eeh... salchicha?

Su piel era tan suave e incitante que necesité toda mi fuerza de voluntad para no agarrarla y besarla. No sabía de dónde salían esos impulsos, pero tenía que reprimirlos antes de cometer alguna estupidez. Mis días de cometer estupideces pertenecían al pasado.

—¿A que es impresionante?

Solo entonces me di cuenta de que, poseído por mi neblina lujuriosa, la había cagado. Porque se había referido a la manta enrollada, ¿verdad?

Me apartó la mano de un golpe y volvió a darme la espalda mientras se iba hasta el borde de la cama.

—Duérmete ya, Leonardo. Y quédate en tu lado de la salchicha.

¿Me había cortocircuitado el cerebro verla desnuda o de verdad me atontaba tanto no poder dormir? Podía ser cualquiera de las dos posibilidades, y por culpa de eso, nuestra relación iba a ser más incómoda de lo que ya era de por sí.

—Lo siento. —Cerré los ojos; el silencio que procedía de su lado de la cama era agobiante. Tal vez debería haber optado por irme al hotel.

Ojalá aquello no fuera un adelanto de lo que iba a ser trabajar con ella a tiempo completo.

Había dormido como un bebé y ya me había autoconvencido de que había sido por Libby. El invento de la manta salchicha había fallado estrepitosamente, y en algún momento ella había acabado acurrucada en mi lado de la cama, con mi brazo alrededor de su cintura. Sin embargo, en lugar de hacer lo que me apetecía, me escabullí antes de que sonara el despertador, a las siete, y me preparé lo más silenciosamente que pude.

Había mucho que hacer antes de la ceremonia de inauguración de las diez, y la lluvia de la noche anterior lo había complicado todo. Por suerte, cuando

llegué, mi equipo ya estaba colocando estratégicamente cartones y contrachapados, aunque el suelo no estaba tan mal.

Ya eran casi las diez y me preguntaba dónde demonios se había metido Libby. No había llegado con su hermano, y mi llamada había saltado directamente al buzón de voz.

—Leo, ¿me estás escuchando? —Carter, mi mejor amigo y, además, el fotógrafo y *community manager* de las redes sociales de la fundación, me alejó de mis pensamientos.

—¿Qué habías dicho? Perdona, es que tengo muchas cosas en la cabeza. — Me coloqué bien la corbata y volví a prestarle toda mi atención.

—Vamos a hacer las fotos de grupo justo después de la colocación de la primera piedra; de lo contrario, no las haremos nunca. Aparte de las de grupo, estaba pensando en hacer una contigo y los fundadores, y luego unas cuantas espontáneas de vosotros haciendo cosas por aquí sin posar. —Siguió repasando su plan mientras abría la bolsa que llevaba al hombro y sacaba una cámara carísima. Tras unos giros y algunos chasquidos, le había colocado un objetivo impresionante.

A Carter siempre le había gustado la fotografía, y tras un cuatrimestre en la facultad de Empresariales, se había cambiado a Artes Visuales. Sus padres prácticamente lo habían repudiado por ello, pero él era feliz y ganaba bastante con sus habilidades. Tampoco necesitaba más dinero del que ya tenía. Ninguno de los dos lo necesitábamos, por eso trabajábamos prácticamente gratis.

—Me parece bien. Asegúrate también de sacar algunas fotos del público. Hay grandes nombres hoy aquí. —Miré a la creciente multitud, en la que se encontraban varios prominentes hombres de negocios de Nueva York, algunas celebridades y un puñado de estrellas del deporte profesional.

La única que faltaba era Libby.

—Lo estás haciendo otra vez. —Carter me dio un empujón en el hombro y sonrió satisfecho—. ¿Quién es ella?

—No sé de qué estás hablando. —Carter podía leerme como un libro abierto, y lo último que necesitaba era que dijese que tenía un cuelgue delante de mi madre; le gustaba ponerme en evidencia delante de ella, pues ambos sabíamos cómo era: bastaba con que mencionara a una mujer para que mi madre empezara a hablar de bebés y a planear la boda, y eso era lo último con lo que me apetecía lidiar. Antes se cebaba con mi hermano mayor, pero como él tenía una relación poliamorosa, había puesto su objetivo en mí.

Carter resopló, pero luego inspiró con fuerza como si estuviera a punto de tener un ataque de asma.

—Pues espero que esa chica te esté mirando a ti y no a mí, porque, joder, creo que podría ser mi futura esposa.

—¿Qué estás...? —Seguí la dirección de su mirada y vi exactamente de quién estaba hablando.

Libby.

Se encontraba junto a un taxi y me miraba fijamente, con los ojos entrecerrados y los labios apretados. Se dirigió directamente hacia mí.

—Ni hablar, está prohibida. —No podía apartar los ojos de ella; mala señal, ya que Carter no dejaba de mirarnos alternativamente.

—Joder, tío. ¿Es que te has acostado con toda la ciudad? —suspiró—. Aunque, hasta que no le hayas puesto el anillo, es juego limpio.

Mantuve la boca cerrada. Si le hubiera dado una pequeña pista de cuánto me ponía, se habría burlado de mí sin piedad.

Miré el reloj conforme se acercaba.

—Llegas tarde, Elizabeth.

—Llego justo a tiempo. —Parecía dispuesta a darme una patada en los huevos.

—Este es Carter, nuestro fotógrafo y *community manager*. Carter, esta es Elizabeth St. James, hermana de Ryker y gerente de la fundación.

—Encantado de conocerla, señorita St. James. —Carter le tendió la mano y ella la cogió. Resistí el impulso de poner los ojos en blanco cuando él se llevó la mano de ella a los labios y le besó el dorso.

—Por favor, llámame Libby. —Sus mejillas se sonrosaron cuando él le soltó la mano.

Carraspeé.

—Elizabeth, ¿podemos hablar?

Carter me dirigió una mirada de desaprobación antes de volver a centrar su atención en Libby.

—Tengo que prepararme. Tal vez después de la ceremonia podamos ir a comer y hablar de tus ideas para las redes sociales.

—Me encantaría. —Ella le dedicó una sonrisa cálida que me sentó como si me hubiera apuñalado en el pecho.

A mí nunca me sonreía de esa manera.

Tenía que centrarme. El propósito de aceptar ese trabajo había sido

reconstruir mi imagen y mi reputación, además de demostrarle a mi padre que podía tomarme las cosas en serio por una vez en mi vida. Entrar en un concurso de quién la tenía más larga con Carter no era la mejor manera de conseguirlo.

—Conozco un nuevo restaurante que está genial; podemos ir allí. Es difícil conseguir reserva, pero conozco al dueño. —No pude reprimirme, y tanto Libby como Carter me lanzaron una mirada incrédula. Si hubiera podido mirarme a mí mismo, también lo habría hecho así.

Carter movió la cabeza y se dirigió hacia Ryker, que hablaba con uno de los pocos periodistas a los que yo había dejado entrar.

Libby cruzó los brazos sobre el pecho y me miró fijamente. Me recordaba a las miradas que me lanzaban los profesores cuando esperaba que les explicara por qué había hecho algo molesto o estúpido.

—Tenías que haber llegado hace treinta minutos. —Me metí las manos en los bolsillos para evitar estirar la mano y recogerle un mechón detrás de la oreja. Se había deshecho la trenza y el pelo rubio le caía en suaves ondas sobre los hombros.

—No me has despertado. —Evitó mirarme, y su voz tembló ligeramente.

—No sabía que necesitabas que hiciera de alarma. ¿No te pusiste una en el móvil? —Traté de sonar amable. Lo único que quería era estrecharla entre mis brazos y hacer que olvidara lo que fuese que le pasaba. Porque era obvio que le pasaba algo si me estaba culpando por no despertarla a tiempo.

—Oye, Lib. —Ryker se le acercó con una enorme sonrisa y luego frunció el ceño—. ¿Qué pasa?

Ella carraspeó.

—Nada.

—No le dijiste que estaba en tu apartamento, y llegó alrededor de la medianoche, empapada. —Obvié que me la había encontrado prácticamente desnuda en el pasillo y que habíamos dormido juntos.

—Creía que te ibas a casa de Ethan. —Ryker me miró con los ojos entornados—. ¿Te fuiste a dormir a otro sitio?

Joder. Desde luego, no era tonto.

Libby suspiró.

—El tren se retrasó, y con el ambiente que hay en casa de Ethan con su compañero... Me sorprendió un poco que tu piso estuviera vacío. Quería

quedarme con ese sofá.

—Pensé que preferirías comprar cosas nuevas. Te lo mereces. —Ryker no me había quitado los ojos de encima, y yo esperaba que mi cara no me delatase —. Espera. ¿Por qué estabas empapada? —Por fin dejé de mirarme como si quisiera desollarme delante de toda aquella gente.

—¡Mira! El acto está a punto de empezar. Deberíamos ir a coger una pala. —Libby trató de alejarse, pero Ryker se puso delante de ella.

—¿Fuiste a pie desde la estación en mitad de la noche? —Sonaba exactamente como mi hermano mayor cuando estaba a punto de echarme un sermón.

—Solo fueron dos manzanas. Soy una mujer adulta. —Eso era verdad, pero hasta yo me sentía sobreprotector con ella.

Caminar sola acarreando sus bolsas en mitad de la noche gritaba «róbame» o algo peor. Joder, ni siquiera fuera de las grandes ciudades se debería merodear solo por la noche.

—Libby. —Se pasó una mano por la cara—. Esto es Nueva York.

—¡No! ¿En serio? No me había dado cuenta. —Lo apartó de un empujón y nos dejó observando cómo se largaba.

—Al menos ya no soy el único con el que está cabreada. La puse de mal humor. —No estaba del todo seguro de por qué ni de cómo arreglarlo; solo había sido una cuarta parte de lo gilipollas que podía llegar a ser.

—No fue por ti. Es que hoy es un día un poco emotivo para los dos. —Me dio una palmada en la espalda—. Pongamos este espectáculo en marcha.

Ryker no hablaba mucho sobre su pasado, pero en el terreno en el que iba a construirse el centro comunitario había estado el lugar donde vivieron antes de mudarse a Connecticut, cuando eran niños. Mi hermano, Luca, se había mantenido hermético sobre el tema, pero lo respetaba por proteger cualquier historia que Ryker no estuviera dispuesto a compartir conmigo.

Por eso no podía cagarla. Era una ocasión importante para los dos, y lo último que quería era hacerle daño a Libby. Sin embargo, mientras seguía a Ryker hacia la multitud, me preocupaba haberlo hecho ya.

# 4

## EL PRÍNCIPE FAE

LIBBY

No hay nada peor que sentir que estás a punto de echarse a llorar y tener todas las miradas puestas en ti. Aunque la ceremonia había sido buena y breve, era duro volver a un lugar que no te traía buenos recuerdos.

Cuando mi madre nos dijo que había encontrado un nuevo hogar, yo todavía era una niña optimista de ocho años y pensé que por fin se había reformado. En cuanto pisamos el edificio abandonado, que era de todo menos limpio y seguro, mi esperanza de tener una infancia normal se desvaneció. No estuvimos allí mucho tiempo, pero probablemente fue uno de los peores lugares en los que vivimos.

En cierto modo, cada nueva casa reflejaba el propio deterioro de mi madre. Apenas se mantenía en pie, y sobrevivía día a día. Hasta que dejó de hacerlo.

Una vez que mi hermano tuvo capacidad económica, compró la propiedad, y en ese momento nos encontrábamos en el lugar exacto donde una vez estuvo el edificio, compartiendo una pala para inaugurar algo nuevo. Algo distinto.

Cuando colocamos la primera piedra, los espectadores aplaudieron a rabiar, y levanté la vista. Me temblaban las mejillas por el esfuerzo que me suponía sonreír. Me resultaba extraño estar rodeada de multimillonarios cuando mi vida podía haber sido muy distinta.

Me habría gustado pensar que, si Ryker y yo no nos hubiéramos quedado huérfanos, nos habríamos esforzado igual por salir adelante, pero no estaba segura de eso. Las estadísticas para escapar de la pobreza no eran buenas, y por eso nuestro proyecto era tan importante. Había demasiadas vidas atrapadas en un ciclo interminable, y aunque solo pudiéramos ayudar a una persona, valdría la pena.

Tras unas cuantas fotos con los principales donantes, Carter nos colocó a Ryker, a Leo y a mí para más fotos. Intenté, sin éxito, dejar a Ryker en medio,

pero Carter me puso a mí en ese lugar.

Leo soltó una risita y bajó la voz para que solo yo pudiera oírlo.

—¿Tienes miedo de estar a mi lado, princesa? Si no muerdo.

Lo fulminé con la mirada antes de esbozar otra sonrisa falsa y mirar hacia delante. ¿Por qué tenía que oler tan bien? Normalmente no me gustaba el aroma de la colonia, pero el suyo era tan ligero y tentador que me daban ganas de enterrar la cara contra él para olerlo mejor.

—Leo, acércate un poco más a ella. —Carter disparó su cámara, ajeno a mi agitación interna.

Leo trató de apoyar la mano en mi cintura, y yo me moví un poco hacia delante para que no me tocara. Lo último que necesitaba era sentirlo contra mí.

—¡Perfecto! Vale, creo que ya hemos terminado. —Carter bajó su cámara y me miró—. Voy a estar por aquí haciendo fotos. ¿Me das unos quince minutos?

Me ardieron las mejillas cuando tanto mi hermano como Leo me miraron fijamente.

—Claro. Seguro que mi amigo quiere venir. ¿Te parece bien?

—Por supuesto. —Sonrió, le lanzó una mirada fulminante a Leo y luego nos dio la espalda, levantando de nuevo la cámara.

Me sorprendía un poco lo cómoda que me sentía hablando con Carter. Normalmente, si alguien a quien acababa de conocer me invitaba a salir, lo rechazaba con educación. La gente me consideraba tímida, pero no era eso. Solo necesitaba conocer el terreno antes de abrirme a las personas.

Leo emitió un sonido de fastidio y pasó junto a mí al dirigirse a un grupo de hombres de negocios. No sabía de qué iba, ni me importaba.

Ryker carraspeó y me volví hacia él.

—¿Qué ha sido eso?

—Carter me ha invitado a comer para hablar del centro comunitario y de las redes sociales. —Me encogí de hombros; por su expresión, ya sabía lo que estaba pensando—. Tengo veintiséis años, Ry. No hace falta que te pongas en plan hermano protector.

—Seguiré siendo protector incluso cuando tengamos ochenta años. Te diría que no buscaras nada con alguien con quien trabajas, pero... —Sonrió bobaliconamente mientras miraba a algún punto a mi espalda, con toda seguridad a su novia, Paige.

Le di un empujoncito juguetón en el hombro.

—¿Cuándo te has vuelto tan enamorado?

Se rio y negó con la cabeza.

—Un día de estos lo entenderás. —Me abrazó—. Te quiero, hermanita.

—Yo también te quiero. —Estaba deseando pasar más tiempo con mi hermano, aunque se preocupara demasiado por mí y a veces actuara como un padre.

—Ahí está Ethan. —Se separó de mí y enarcó una ceja—. Parece que tiene un objetivo. Buena suerte.

Ryker le dio una palmada en el hombro a Ethan mientras se adentraba entre la multitud de gente y me dejó con mi mejor amigo. Ethan me abrazó y apoyó la cabeza en su pecho.

—¿Has crecido? —Me apreté contra él. Hacía un mes que no nos veíamos en persona, y, aunque hablábamos todos los días, no era lo mismo.

—Qué va, solo son mis botas nuevas. —Me enseñó un pie; sus botas marrones tenían un tacón de cinco centímetros. Él ya medía más de metro noventa, por lo que estaba claro que no le hacía falta parecer más alto.

—Tenían unas con tacón de ocho centímetros, pero eso ya era un poco demasiado, incluso para mí.

Ethan siempre estaba buscando formas de destacar entre la multitud, a pesar de que lo podía conseguir aun poniéndose un saco de patatas. Quería que la gente se fijara en él, ya fuese por su ropa o por su sentido del humor. Éramos polos opuestos en ese aspecto, pero siempre estábamos juntos en todo. Desde el día en que nos conocimos en nuestro primer año de universidad fuimos inseparables.

Ethan enlazó su brazo con el mío y me apartó de la muchedumbre hasta un edificio de ladrillo que no había sido demolido. Seguía siendo estructuralmente sólido, así que el plan era limpiarlo y convertirlo en las oficinas de administración, así como en un centro que aprendizaje mientras continuaban las obras en el resto del centro. Hasta entonces, trabajaríamos en un edificio de oficinas de Manhattan.

Un edificio de oficinas que llevaba el apellido de la familia de Leo.

—Ahora que nadie puede oírnos, escúpelo. —Ethan me dedicó una mirada cómplice, pero yo no tenía ni idea de a qué se refería.

—¿Que escupa el qué? ¿El lubricante? —reí—. Todavía no puedo creerme lo que pasó.

—Los trenes necesitan que los engrasen mucho, con todas esas piezas móviles. —Me guiñó un ojo, y al adivinar a qué se refería me ruboricé—. Me refiero a ti y a Leo. He visto las miradas que le echabas.

—Es que es increíblemente molesto. —Ni siquiera sabía por qué, pero había lanzado aquello al saco de cosas que no entendía sobre mí misma.

Se volvió hacia nuestro tema de conversación.

—Nos está mirando como si uno de los dos se hubiera meado en sus cereales.

Me apoyé en la pared con un suspiro.

—Está viviendo en el apartamento de Ry, y yo no lo sabía.

Ethan se colocó frente a mí de modo que me tapaba a Leo de la vista.

—¿Y?

—Yo estaba empapada, así que me desnudé, y me vio los pechos. —Me estremecí cuando Ethan abrió los ojos—. Y solo había una cama porque el sofá no estaba.

Ethan se dio un golpecito en la frente.

—¿Habéis...?

—¡No! —Me aparté de la pared con los brazos cruzados—. Dormimos en la misma cama y ya está. Fue raro, y luego, con lo nerviosa que estaba, se me olvidó cargar el móvil y poner la alarma. Tampoco fue como si nos pusiéramos a acariciarnos el pelo ni ninguna cochinada de las que estás pensando.

—¿Quieres que le dé una paliza? —Miró por encima de su hombro y luego se dio la vuelta y empezó a lanzar puñetazos, con la cara contraída y expulsando bocanadas de aire entre dientes—. Creo que podría con él.

Solté una carcajada ante la idea de Ethan envuelto en una pelea.

—Por mucho que me apetezca ver eso, olvidemos lo ocurrido, ¿vale? Probablemente aún estará traumatizado por la experiencia de haber dormido conmigo... y de habérmelas visto.

—Ni se me ocurriría que verte las tetas o dormir contigo sea una experiencia traumática. Probablemente crea que ahora está enamorado de ti. —Suspiró, bajó las manos y se puso serio—. Lleva cuidado con él. Es un mujeriego.

—Dime algo que no sepa. Aunque no crea que intente nada; de lo contrario, Ryker le cortaría las pelotas y las colgaría en algún sitio como trofeo.

Ethan se estremeció y se protegió el paquete con las manos.

—Seguro que, encima, utilizaría un cuchillo de mantequilla oxidado para eso.

—¿Se puede saber de qué estáis hablando? —Carter se detuvo a un lado; su sonrisa hacía que sus ojos azules brillaran de alegría.

—No quieras saberlo. —Ethan dejó de protegerse la entrepierna y le tendió la mano—. Me llamo Ethan.

—Carter. —Se dieron un apretón de manos y Carter se volvió hacia mí—. ¿Lista para irnos a comer?

Mi estómago gruñó ante la mención de la comida, pues, con las prisas, no había tenido tiempo de desayunar.

—¡Sí! Ethan, ¿quieres venir?

—Por supuesto. Tenemos que reponer fuerzas para irnos de compras. —Ethan se frotó las manos como si se muriera de ganas de ayudarme a escoger ropa nueva. Me alegraba que al menos a uno de nosotros le emocionara la perspectiva.

—¿Esperamos a Leo? No parecía muy contento de que te haya invitado a comer. —Carter sonrió satisfecho.

Mi estómago dio un vuelco extraño, y solté un suspiro exasperado.

—Me he portado un poco mal con él, así que quizá deberíamos esperarlo.

Ethan se apoyó en la pared con un pie contra ella.

—Seguro que se merecía la bronca.

Carter miró a Ethan y se llevó la mano a la barbilla; después, se dio unos golpecitos en los labios con un dedo de un modo evaluador.

—¿Has sido modelo alguna vez?

Ethan resopló y una sonrisa se dibujó en su rostro.

—¿Por qué? ¿Crees que estoy bueno?

Carter lo miró de arriba abajo.

—Tienes una belleza etérea que hace difícil apartar la mirada de ti. Como un príncipe *fae*. —Carter abrió la bolsa de su cámara—. ¿Puede hacerte unas fotos?

—Joder, claro que sí. ¿Has oído eso, Lib? Cree que me parezco a uno de esos novios literarios *fae* por los que tanto babeas.

Qué pesadito se iba a poner con ese tema.

Le di un puñetazo juguetón en el brazo antes de apartarme.

Ethan rio cuando Carter empezó a tomar fotos. Desde la distancia, me percaté de a qué se refería Carter: Ethan siempre me había parecido atractivo, pero la forma en que la luz caía sobre él mientras estaba apoyado contra la pared te dejaba sin aliento. Su piel suave resplandecía y sus ojos marrones

brillaban traviesos. Llevaba el pelo corto y castaño despeinado con maestría, ni demasiado enmarañado ni demasiado arreglado. En realidad, lo único que le faltaban eran unas orejas puntiagudas.

—Perfecto. —Carter se movió a su alrededor y capturó a Ethan desde diferentes ángulos, incluso se puso en cuclillas para fotografiarlo desde abajo —. Libby, colócate ahí con tu príncipe *fae*.

—¿Qué? —Apenas había procesado lo que me estaba pidiendo antes de que Ethan se apartara de la pared, me cogiera de la mano y tirase de mí con demasiado entusiasmo.

Choqué contra él y mi mano libre se posó en su pecho. ¿Qué cojones estaba pasando? ¿Cómo me habían metido de repente en una sesión de fotos y por qué se me había puesto la carne de gallina?

—Gírate, ponla contra la pared y apóyate en ella pasándole el brazo por encima.

¿Sabía Carter que todas esas cosas hacían que las mujeres se desmayaran? Se estaba divirtiendo demasiado con aquello.

Me sentía acalorada y nerviosa mientras Ethan sonreía como si fuera el mejor día de su vida. Me pegó contra la pared, y la intensidad de su mirada hizo que me temblaran un poco las rodillas.

—Ethan —suspiré, con las manos sobre los ladrillos detrás de mí mientras él aproximaba su rostro al mío.

—Ahora pásale un mechón de pelo por detrás de la oreja y cógele la mandíbula. Joder, sí. Perfecto. —Carter sonaba como si estuviera a punto de tener un orgasmo fotográfico o algo así.

El contacto de Ethan hizo que me estremeciera, y me mordí el labio para reprimir un gemido. No me había sentido así con Ethan... nunca.

¿Iba a besarme? Si Carter se lo pidiera, ¿lo haría? ¿Se lo permitiría yo?

La mano de Ethan fue suave cuando se movió a un lado de mi cuello y liberó el labio de mis dientes con el pulgar. Se detuvo justo en ese punto, y sus cejas se fruncieron mientras una mirada de contemplación se dibujaba en su rostro.

Quería apartarme de él, pero al mismo tiempo no podía moverme. Se me aceleró el corazón mientras esperaba a ver qué hacía después.

Se merecía un Óscar por su actuación. No podía ignorar el hormigueo que sentía en la piel y cómo había reaccionado mi cuerpo a sus caricias. La lluvia de la noche anterior debía de haber borrado todo mi sentido común.

O simplemente ansiaba aquella intimidad.

—¿Qué diablos estáis haciendo?

La voz de Leo fue como un cubo de agua helada; di un respingo y mi cerebro volvió a encenderse. Ethan se apartó de la pared, con los dedos recreándose en mí un segundo de más, antes de darse la vuelta.

—Leo. Qué interrupción tan desagradable.

Leo parecía enfadado, y deseé poder desvanecerme en ese instante. Volví a tener la extraña sensación de que se me retorció el estómago, y no sabía por qué sentía que me habían pillado haciendo algo malo.

Tal vez fuese porque estábamos en medio de un evento. Me había dejado llevar por la emoción y había perdido completamente la cabeza.

Carter tomó algunas fotos de Leo, ignorando su ceño fruncido.

—Esta pinta de gilipollas melancólico es digna de una portada romántica. Probablemente pueda conseguir dos o tres de los grandes por una de estas fotos.

La idea de que Leo apareciera en la portada de una novela romántica de millonarios o de *enemies to lovers* me hizo sentir irracionalmente posesiva.

—Nadie leería un libro si él saliera en la portada. —Mentira. Todo mentira. Si lo ponían en ropa interior, *best seller* instantáneo.

—Vaya, gracias.

¿Fue dolor lo que vi en su cara? Ahora me sentía como una idiota.

Carter bajó su cámara.

—Si fuera un romance de monstruos, la gente lo compraría sin pensarlo.

Leo se abalanzó sobre Carter, que salió corriendo, muerto de risa. O Leo era muy poco profesional o se conocían fuera del trabajo. Había un aire de familiaridad entre los dos, y era dudoso que Leo persiguiera a un empleado de esa manera. Pero, pensándolo mejor, la noche anterior había dormido conmigo.

—Bueno, qué mañana tan interesante. Yo digo que nos deshagamos de estos dos tontos muy tontos, comamos y nos vayamos de compras. —Ethan me cogió de la mano y echó a andar hacia la acera.

No me resultaba extraño ir de su mano, pero, después de la insólita sesión de fotos, me parecía diferente. Con los sentimientos a flor de piel por lo especial que había sido aquel día, probablemente estaba dándole demasiada importancia a todo.

—Comemos algo rápido con ellos y luego nos vamos de compras.

Ethan suspiró dramáticamente.

—Si eso es lo que quieres, vale.

Lo miré. Tenía la mandíbula apretada, algo que creo que nunca le había visto hacer.

—¿Qué pasa?

Sacó su teléfono evitando mi mirada.

—Nada.

Eso era una tremenda mentira. Ethan siempre hablaba abiertamente de sus emociones y sentimientos, así que me preocupaba que le quitara importancia a mi pregunta. Quizá también se había levantado con el pie izquierdo.

Miré por encima del hombro cuando Carter se apresuró tras nosotros, con Leo pisándole los talones. No pude evitar sonreír al ver a dos hombres trajeados corriendo como niños. Por suerte, la mayoría de la gente se había marchado y solo quedaba el equipo de limpieza.

—¿Estáis tratando de deshaceros de nosotros? —Carter respiraba pesadamente cuando se detuvo a mi lado—. Tengo servicio de coche, a menos que queráis coger un Uber.

—Cogeremos mi coche. —Leo se ajustó el traje al pasar junto a nosotros y se metió entre dos coches aparcados junto a la acera. Un todoterreno negro se detuvo en la calle y Leo abrió la puerta trasera—. Vamos.

¿Siempre era tan mandón?

Cuando subimos todos a la parte trasera, me invadió una repentina oleada de nerviosismo. Me había quedado sola con tres hombres muy atractivos, y encima la energía de macho alfa de Leo y de Ethan me estaba afectando.

Esperaba que solo fuera el mal humor típico del hambriento, pero una parte de mí sabía que era hambre de algo más que comida.

# 5

## ALGO RARO EN EL VINO

ETHAN

Solo alguien con la confianza y la cuenta bancaria de Leo podía decidir por capricho que uno de los restaurantes de moda de Manhattan abriera exclusivamente para nosotros. Habría mentido si hubiera dicho que no me intrigaba un poco la idea de la comida privada, pero era completamente innecesaria y un derroche.

Cuando salimos del todoterreno, Leo se dirigió a las puertas de hierro ornamentado que conducían al Quintessence e introdujo un código antes de empujar una de las puertas para abrirla.

Carter entró por la puerta que Leo mantenía abierta, sacudiendo la cabeza.

—¿En serio, Leo? ¿Has hecho venir antes al personal?

Leo le lanzó una mirada cansada y se encogió de hombros.

—El personal de cocina ya estaba aquí preparando el servicio de esta noche. No te preocupes, les compensaré como corresponde.

Me detuve frente a Leo y bajé la voz de modo que solo él pudiera oírme.

—¿Qué pretendes, Caponetti? Está fuera de tu alcance.

Por fin me miró después de haberme ignorado durante todo el trayecto en coche.

—Estoy invitando a comer a mis nuevos empleados.

Puse los ojos tan en blanco que temí que se me quedasen así para siempre.

—A Libby no le gustan este tipo de mierdas. —No sabía por qué le estaba dando información que podía servirle de ayuda con ella.

—Eso ya lo veremos. —Soltó la puerta de un modo que estuvo a punto de golpearme, y se dirigió hacia Libby y Carter, que esperaban frente a la recepción.

Libby miraba el opulento restaurante con asombro, como si nunca hubiera estado en un lugar así, aunque sí lo había estado. Nunca me cansaba de ver

cómo reaccionaba ante las cosas. Lo que sí me sorprendió fue que ya se sintiera cómoda mostrando sus emociones delante de Leo y Carter.

Libby siempre se había mostrado indecisa y distante con la gente a la que acababa de conocer, lo cual normalmente se entendía como timidez. A mí no me costó atravesar sus muros y ganarme su confianza, pero parecía que aquellos dos estaban logrando la misma hazaña mucho más rápidamente de lo que jamás habría imaginado.

Por un lado, me alegraba que se sintiera cómoda con ellos, pero, por otro, no podía evitar sentirme un poco molesto de que fueran capaces de atravesar sus defensas con tanta facilidad. Debía de haber en juego algún tipo de brujería de *playboy* ricachón. Carter no había dicho que fuera rico, pero el costoso reloj que llevaba en la muñeca hablaba por sí mismo.

Una mujer de pelo largo y oscuro vestida de negro se acercó desde el fondo del restaurante.

—Señor Caponetti, su mesa está lista. Si son tan amables de seguirme...

—Gracias, A. J. —Leo puso la mano en la espalda de Libby, instándola a seguir a la anfitriona. Quise apartársela de un manotazo, pero ella era una mujer adulta y parecía estar de acuerdo, para mi espanto.

—¿Conoce al personal? —le murmuré a Carter mientras seguíamos a Leo y a Libby.

Él respondió con un ruidito despectivo:

—Es el dueño.

Intenté que mi desdén no resultara demasiado evidente, y logré dedicarle a Carter un amago de sonrisa. Era amigo de Leo, así que tenía que llevar cuidado. Observé el moderno interior del restaurante mientras caminábamos entre las mesas. Era cálido y acogedor, con azules profundos y tonos de madera oscura. Si no hubiera pertenecido a un gilipollas rico, habría dicho que era el lugar perfecto para una cena romántica.

Atravesamos dos puertas opacas que daban a un comedor privado en la parte trasera del restaurante. Había una chimenea eléctrica en la pared del fondo, arte moderno y un arreglo floral exótico en el centro de la mesa redonda que probablemente costaba más que todas las piezas de mi traje juntas.

—Esto es precioso. —Libby se sentó en el sitio que Leo le ofrecía.

Leo me dedicó una sonrisa de suficiencia.

—Quería asegurarme de que vivieras la experiencia completa del

Quintessence.

Tomé rápidamente la silla junto a Libby, y Carter prácticamente tropezó con sus propios pies para coger la otra mientras Leo colocaba la silla de ella. Leo murmuró algo ininteligible y rodeó la mesa para sentarse frente a Libby.

A. J. nos entregó a cada uno una carta encuadrada en cuero antes de mirar a Leo.

—Señor, ¿desea una botella de su vino favorito?

—Sí, por favor. —Leo sonrió a Libby desde el otro lado de la mesa. Tenía una bonita sonrisa, así que pude ver cómo el anterior desdén de ella vacilaba—. El vino procede del viñedo de mi familia en Italia.

Desde luego, iba a tener que ponerme pedo si me tocaba aguantar una hora de cháchara jactanciosa.

—¿Es Shania Twain lo que oigo? —Me llevé una mano a la oreja mientras A. J. desaparecía para traernos vino y agua.

Leo me miró confuso.

—¿La música que suena? Es Debussy.

—¡Oh! De *Crepúsculo*. ¿Verdad? —Bendita obsesión con los libros la de Libby.

Carter me observaba, pensativo y con los ojos entornados, pero de repente los abrió, echó la cabeza hacia atrás y lanzó una carcajada.

—Joder, tío. Voy a usar eso a partir de ahora cada vez que Leo «no me impresione mucho», como en la canción de Shania.

—Ja, ja —respondió Leo, inexpresivo, ojeando su carta—. Y sí, es Debussy, como en *Crepúsculo*.

Los ojos de Libby se iluminaron como siempre que alguien hacía referencia a un libro. Era una forma segura de romper el hielo con ella. Incluso me había aficionado a leer algunos de los libros de los que hablaba para entender de qué divagaba la mitad de las veces.

A. J. regresó con una jarra de agua y dos botellas de vino. Después de llenarnos las copas, nos dejó para que decidiéramos la comida.

Ojeé la única página de la carta; cada plato sonaba ridículamente lujoso, y los precios ni siquiera estaban marcados junto a ellos. Si te importaba cuánto ibas a gastar, ese restaurante no era para ti.

—Leo, ¿no tenéis *fingers* de pollo ni patatas fritas?

Libby me dio una patada por debajo de la mesa y me fulminó con la mirada, y no pude evitar soltar una carcajada. Siempre que salíamos pedía *fingers* de

pollo, y yo sabía que se cabreaba cuando me burlaba de ella por eso.

—Muy gracioso —murmuró Libby. Tenía los ojos fijos en la carta, pero no podía ocultar la pequeña sonrisa que se dibujaba en sus labios.

—Si quiere *fingers* de pollo, el chef se los puede hacer. No estarán fritos, pero probablemente sabrán igual o mejor. —Leo me miró con indiferencia, como si burlarse de mí no fuera lo suyo.

—No, esto está bien. Creo que probaré la codorniz. Es como el pollo, ¿no? —Cerró la carta y cogió el vino.

No sé por qué, pero algo dentro de mí se revolvió cuando se llevó la copa a la boca y apoyó suavemente los labios en el borde. Había estado muy cerca de esos labios durante la sesión de fotos, y, joder, me preguntaba qué habría hecho ella si la hubiera besado. Aparté la mirada. ¿Qué demonios estaba pasando?

No podía respirar, pero nadie parecía darse cuenta de la tremenda crisis de identidad que estaba ocurriendo delante de sus narices. ¿Creía que las mujeres eran atractivas? Sí. ¿Había sentido el deseo de devorar sus bocas alguna vez? Jamás.

Miré fijamente la carta, como si pudiera encontrar orientación en ella.

—Si los *fingers* de pollo son tu comida favorita, no estoy seguro de que la codorniz sea una buena elección. —Carter agitó el vino tinto de su copa y miró alrededor de la mesa—. ¿Qué tal si pedimos varias cosas y compartimos?

—Siempre estoy dispuesta a compartir —rio Libby.

Levanté la cabeza y la encontré escondida otra vez detrás de su carta, con la parte visible de su rostro enrojecida. Fue suficiente para sacarme de mi crisis existencial... por el momento.

Cogí mi cuchillo de mantequilla y la señalé.

—Elizabeth Frances St. James, nada de eso en esta mesa. —Sobre todo cuando pensar en ello hacía que mi pene cobrara vida.

—Lo siento —consiguió decir mientras se encorvaba en su silla; la risa ahogó sus palabras.

—Si una mujer quiere compartir, ¿quiénes somos nosotros para negarle ese placer? —Carter sonrió y le guiñó un ojo.

Leo carraspeó y se aflojó la corbata.

—Puedo hacer que el chef traiga raciones más pequeñas en platos individuales.

—Bueno, pero eso no es tan divertido. —Carter se cruzó de brazos,

reclinándose en su silla—. Nunca se te ha dado bien darles a las mujeres lo que quieren.

Si Leo hubiera podido disparar rayos láser por los ojos, lo habría fulminado allí mismo. Apretó tanto la mandíbula que habría jurado que oí un crujido. *Tampoco se le da bien darles a los hombres lo que quieren.*

—Ya estoy bien. —Libby cerró la carta y se enderezó, abanicándose la cara—. ¿Qué hay en ese vino?

Carter se inclinó y puso el dorso de la mano en su mejilla.

—¿Seguro que no tienes fiebre? Estás casi tan roja como el vino. ¿En qué estabas pensando exactamente? Hablábamos de comida.

Ella apartó la mano.

—Mentira.

Ambos estaban prácticamente babeando por ella, y ella hacía juegos de palabras sobre compartir. ¿O era su forma de coquetear? ¿La había visto coquetear alguna vez?

*No, pero siempre coquetea contigo.* La idea resonó en mi cabeza. Su forma de burlarse de mí, su forma de tocarme, de mirarme. Pero yo solía hacer lo mismo.

Cogí mi vaso y apuré el resto mientras A. J. volvía y tomaba nota de nuestro comida. A esas alturas, no estaba seguro de si iba a ser capaz siquiera de comer porque mi estómago se estaba convirtiendo en una bola de nervios por un montón de razones.

—¿Quieres más? —me preguntó Leo, cogiendo la segunda botella que llevaba A. J. y poniéndose de pie para abrirla.

—Claro. —Observé cómo quitaba el corcho con pericia y luego se acercaba rodeando la mesa para servirme otra copa—. Gracias.

Parecía a punto de decir algo, pero volvió a su asiento y rellenó su copa antes de sentarse de nuevo.

Dios, qué frustrante era. Y pensar que había estado a punto de acostarme con él después de la fiesta de Navidad de la empresa el año anterior... Para empezar, él no debería haber estado allí, pero como dirigía la fundación de uno de mis jefes, lo habían invitado. Por suerte para los dos, estábamos borrachos como cubas cuando me invitó a una habitación, y se durmió antes de que pasara nada.

Y esa era como actuaba, como si no hubiera pasado nada. ¿Recordaba acaso cómo había coqueteado conmigo o cómo me había metido la lengua hasta la

garganta mientras me acariciaba a través de los pantalones en el ascensor?

Me quedé mirando mi copa. Si hubiera sido un observador externo, habría chillado de placer por el potencial drama y las chispas que saltaban en la mesa. Pero como estaba en el puto centro de todo el meollo, habría preferido ir a por un extintor antes de que alguien hubiera salido ardiendo.

Libby se ladeó hacia mí y posó una mano en mi brazo.

—¿Estás bien?

—Sí. —Trasegué el vino como si fuera un chupito. Así. Mucho mejor.

Carter volvió a captar mi atención desde el otro lado de Libby.

—Me encantaría hacer una sesión de fotos con vosotros dos. Por diversión. Vuestra química era increíble.

¿Por qué yo? ¿Por qué en ese momento? ¿No se daba cuenta de que estaba a punto de salir corriendo?

Libby se recogió el pelo detrás de las orejas.

—No sé si soy mucho de sesiones de fotos.

Me quedé pensando en eso de que teníamos química juntos. ¿Se refería a la química de *mejores amigos* o más bien a la de *quiero arrancarte la ropa*? ¿Notaba la diferencia?

Finalmente encontré las palabras adecuadas.

—No te subestimes, Lib. Eres preciosa.

Leo emitió un ruido que sonó como un gruñido. Lo miré con las cejas arqueadas.

—Solo estoy dándote la razón; es guapísima. —Se encogió de hombros mientras sacaba su móvil, que estaba vibrando en el bolsillo interior de su chaqueta—. Mierda, tengo que cogerlo.

Se levantó y lo vi salir de la habitación, con los ojos fijos en sus anchos hombros y su musculosa espalda. La forma en que su traje lo abrazaba me hizo querer recorrerlo con mis manos. No podía ignorar la forma en que mi cuerpo respondía a él.

Tampoco podía ignorar cómo se me aceleraba el pulso al ver que Libby lo miraba de la misma manera.

Tal vez fuera verdad que había algo raro en el vino.

# 6

## CUANTO MÁS GRANDE, MEJOR

LIBBY

De vuelta en el apartamento, me detuve en la entrada y presté atención a cualquier ruidito que indicara que Leo se encontraba allí. Tras una comida tan interesante como rara, había pasado una tarde estupenda de compras con Ethan, y me quedaban unas horas libres antes de que saliera mi tren de regreso a Connecticut.

Me quité los zapatos y me dirigí a mi nueva habitación con las bolsas de la compra. No tenía sentido llevármelas a Connecticut para volver a traerlas una semana después.

Entré en el dormitorio principal vacío y me detuve en seco a mitad de camino hacia el armario. Leo no se había ido. Estaba en el baño. Saliendo de la bañera.

Desnudo.

Leo estaba desnudo.

Aquella visión me dejó helada..., pero solo los músculos. Otras partes de mí no estaban frías en absoluto.

No sabía si era por él o si aquello era un efecto secundario de la ruptura.

El sexo con mi ex había sido bastante decente, pero ni una sola vez había mirado a Justin y me había excitado de la forma en que me estaba excitando con solo ver el cuerpo empapado de Leo.

Cogió una toalla y empezó a secarse, ajeno a mis miradas. Estaba de espaldas a mí, y nunca había visto un espécimen tan glorioso en mi vida. Me quedé con la boca abierta como un personaje de dibujos animados al contemplar su exquisito trasero y el tatuaje del escudo familiar que le cubría la espalda.

La noche anterior lo había visto sin camiseta, pero aquello era diferente. Estaba mojado y su cuerpo estaba en plena exhibición.

¿Había despedido el lubricante derramado la noche anterior algún vapor

nocivo para el cerebro? Yo no iba por ahí mirando a los tíos de esa manera, y, sin embargo, allí estaba yo, contemplando a mi jefe sin su permiso como una auténtica mirona.

Con ese pensamiento, mis piernas volvieron a ponerse en marcha y me metí en el vestidor, que estaba justo al lado del baño. Era del tamaño de un dormitorio pequeño y tenía armarios empotrados, cómodas y perchas a juego.

Cerré la puerta casi por completo y me puse manos a la obra para sacar la ropa y admirarla mientras la colocaba en la isla central. Ni siquiera recordaba la mitad de las cosas que había comprado. Entre el vino de la comida y el champán de cortesía que nos habían servido en una de las tiendas, había comprado sin pensar casi todo lo que me había probado. Ethan tenía buen ojo para la moda y para lo que me quedaba mejor.

Aquello sí era una renovación de guardarropa. Normalmente odiaba todo lo que no fueran pantalones, pero los vestidos y las faldas que me había probado me parecían demasiado bonitos como para ignorarlos. Iba a trabajar en un sector en el que mi ropa podía marcar la diferencia entre que alguien nos hiciera una donación o no. Los vaqueros no eran una opción.

Después de doblar las bolsas vacías y dejarlas en una estantería, me giré para coger un puñado de perchas, pero me encontré con Leo apoyado en el marco de la puerta, observándome atentamente, con los brazos cruzados sobre el pecho desnudo y una toalla gris pizarra enrollada en la cintura.

—¡Hola! —chillé, por lo menos una octava más alta de lo normal.

Sus labios se curvaron en una sonrisa burlona.

—Hola.

Se apartó del marco de la puerta y se acercó a mí, haciéndome contener la respiración. Pasó a mi lado dejando un ligero aroma a lavanda mientras se dirigía hacia donde había colocado mi ropa nueva.

—¿Te has dado un baño de lavanda? —¿Por qué se había bañado? No me parecía el tipo de persona que se relajaba con un baño de espuma—. ¿Por qué en mi dormitorio? Hay otros cuartos de baño con bañera.

Pasó delicadamente los dedos por encima de una blusa.

—No he visto tu nombre en la puerta... Además, este es el más grande. Cuanto más grande, mejor.

—Pues vale. —No estaba muy segura de lo que estaba haciendo, pero se puso a rebuscar entre mi ropa, deteniéndose en el vestido rojo y sacándolo de la pila—. Bueno..., yo me voy ya. Solo quería dejar aquí mi ropa nueva.

Me di la vuelta para irme, sin querer quedarme a comprobar si se le caía la toalla. Resistía precariamente colocada sobre su tonificado trasero, y habría bastado una pequeña brisa o un movimiento en la dirección equivocada para que se le cayera. Lo último que necesitaba era estar cara a cara con su pene.

—¿Esto lo ha escogido Ethan?

Volví a girarme, y lo miré con suspicacia cuando alzó el vestido en el aire.

—¿Por qué lo preguntas?

Sus ojos verdes se encontraron con los míos.

—Me resulta muy curioso que un hombre enamorado de ti elija esto para que vayas a trabajar, sabiendo cuánto te deseo yo.

—¿Q... qué? —balbucí.

—Ethan está enamorado de ti. —Dio un paso en mi dirección. Retrocedí, pero enseguida choqué con la pared junto a la puerta. Él seguía sosteniendo el vestido a la altura de los ojos y lo estudiaba con el ceño fruncido, como si estuviera imaginándome vestida con él.

Me tragué el impacto de sus palabras y miré al suelo. Ethan era mi mejor amigo. Mi compañero incondicional. No podíamos enamorarnos sin estropear nuestra relación. Los sentimientos románticos lo complicaban todo siempre, y el amor tenía el potencial para destruir a la gente.

Como destruyó a mi madre.

—Es mi mejor amigo, y eso conlleva un cierto nivel de intimidad —susurré.

Leo me levantó la barbilla, y la calidez de su contacto me produjo un escalofrío. Su mirada se clavó en la mía y sentí que me perdía en sus ojos.

—Esto es más que intimidad entre dos mejores amigos... ¿Por qué te crees que me odia tanto? No le he hecho nada. —Soltó mi vestido y apoyó el brazo en la pared, junto a mi cabeza, como había hecho Ethan durante la improvisada sesión de fotos—. Lo veo en la forma en que te mira..., te toca..., te protege.

Tragué saliva cuando deslizó la mano que había estado tocando mi barbilla hacia mi pelo y clavó los dedos en él, haciendo que inclinara ligeramente la cabeza, con los ojos fijos en mis labios.

Sabía que debía apartarme, pero había una parte de mí —una parte muy hambrienta— que quería que me besara. Se me aceleró el corazón cuando se inclinó más y su cálido aliento me recorrió la cara. Cada terminación nerviosa era como si tuviera vida propia, demasiado consciente de su proximidad y del modo en que sus dedos recorrían mi cabello.

Era mi jefe y el amigo de mi hermano. En el diccionario, su imagen aparecería junto a la palabra «vedado», y, sin embargo, todos esos pensamientos racionales se desvanecieron como por arte de magia.

—Creo que estás imaginándote cosas raras —susurré, centrándome en la forma en que sus ojos verdes se habían oscurecido, en la intensidad de su mirada mientras buscaba la mía—. Él solo me ve como una amiga.

Tendría que haber parado aquello y encontrado la fuerza de voluntad para alejarme antes de que cruzáramos una línea que ya nunca podríamos descruzar. Pero una parte aún más fuerte y primaria de mí ansiaba que acortara la distancia.

—Es más que eso..., es la misma forma en la que yo te miro. —Antes de que pudiera procesar lo que estaba diciendo, se inclinó y posó sus labios sobre los míos.

El beso fue suave al principio, como si estuviera tanteando el terreno, pero luego su cuerpo me apretó contra la pared y su lengua se deslizó entre mis labios.

Jadeé cuando nuestras lenguas se enredaron. Estaba ardiendo, las llamas saltaban a través de mí como un incendio forestal que atravesara la maleza seca.

Mi cuerpo tembló y mis manos se deslizaron por su pecho. Me agarró del pelo y tiró hacia abajo para que el beso fuera más profundo. Gimió cuando mi cuerpo entró en contacto con su pene, que se tensaba contra la toalla.

—Elizabeth. —La forma en que pronunció mi nombre al acercar sus labios a mi cuello me produjo un escalofrío—. Solo esta vez...

Acababa de decirme que creía que mi mejor amigo estaba enamorado de mí y de insinuar que él también lo estaba, aunque apenas nos conociéramos. Ni siquiera me había mudado todavía a Nueva York y mi vida ya se estaba convirtiendo en un caos. ¿Cómo sería cuando viviera allí?

Le di un empujón en el pecho para romper el contacto.

—No podemos. Eres mi jefe.

Suspiró y dio un paso atrás.

—Estás en la junta directiva de la fundación, así que, técnicamente, tú eres mi jefa.

Semántica. Una vez en la oficina, él me diría lo que tenía que hacer. No había directrices para las relaciones entre compañeros, pero eso no significaba que aquello fuera una buena idea.

No me gustaba el sexo casual, como a él sí, y solo había estado con tres personas, y con una de ellas ni siquiera había llegado hasta el final. Mientras tanto, él probablemente necesitaba las manos de todos los vecinos del edificio para contar el número de personas con las que se había acostado.

—Esto no puede pasar. No solo porque me acabas de decir que Ethan está enamorado de mí, sino porque te acuestas con cualquiera y todo el mundo lo sabe.

No era una celebridad ni mucho menos, pero su familia era muy conocida, y había visto su nombre aparecer en columnas de cotilleo a lo largo de los años por diversas indiscreciones. No quería ser otra conquista.

—Eso de «todo el mundo» es un poco exagerado. Quizás toda la ciudad, pero ya no soy así. —Sacudió la cabeza en señal de derrota—. Tenemos una química que no puedo ignorar.

Me mordí el labio y miré mi vestido antes de agacharme para cogerlo.

—La química está sobrevalorada.

La toalla de Leo eligió ese momento exacto para soltarse y caer al suelo, lo cual me dejó cara a cara con su glorioso miembro. Los calzoncillos que había llevado la noche anterior realmente habían hecho un esfuerzo para contenerlo todo.

Aquello no podía entrarme de ninguna manera.

Un momento, ¿qué? ¿Por qué había pensado eso? ¿Y por qué me imaginaba llevándomelo a la boca? Estaba agachada, con la mano preparada para recoger el vestido, pero, en lugar de eso, me quedé mirando como si nunca antes hubiera visto un pene.

—Mierda. Bueno, supongo que estamos en paz por haberte visto los pezones —rio, y retrocedió un paso—. ¿Te importaría recoger mi toalla?

Me ardían las mejillas, porque, de verdad, había esperado que no hubiera visto nada. Antes de cometer alguna estupidez como agarrarlo del pene, cogí su toalla y miré hacia otro lado mientras me levantaba. Apartar la mirada tampoco servía de mucho, su miembro perduraría para siempre en mi memoria.

Dejé el vestido sobre la isla antes de pasarme los dedos por el pelo.

—Tengo que irme.

—Sí, puede que sea lo mejor. —Se ajustó la toalla alrededor de las caderas; se le quedó notablemente tensa. Se me encogió el corazón sin motivo. ¿Qué

esperaba que dijera?

—Vale. —Pasé junto a él y salí del vestidor. Cuanto antes me alejara de él, mejor, porque lo último que necesitaba era tener pensamientos románticos por un maldito beso.

# 7

## TODA LA FUERZA DE VOLUNTAD

LEO

La fuerza de voluntad de un hombre tiene un límite, y, al parecer, la mía era casi nula cuando se trataba de Libby. ¿Qué había pasado con lo de preocuparme por mi trabajo y mi amistad con Ryker?

La había visto correr hacia el armario, y, por mucho que intentara ignorar lo confundido que me hacía sentir cada vez que estaba en su presencia, no podía contener el impulso de dejar que me viera en toalla. Las cosas se iban a poner mucho más incómodas por mi culpa, por no haberme quedado mis malditos labios para mí.

Seguí a Libby a la habitación de invitados, ya que mi ropa estaba allí, y ella se encerró rápidamente en el baño. Me puse apresuradamente unos vaqueros y una camiseta, con la mente a mil por hora.

¿Qué acababa de pasar entre nosotros? No me arrepentía, pero no podía evitar preocuparme por si aquello aumentaba aún más la tensión. Sin duda había química, pero era volátil: un paso en falso y se disiparía.

Y luego estaba lo que pasaría si Ryker se enterara.

—Mierda —murmuré. Si se enteraba de que me había pasado de la raya con su hermana, probablemente me mataría o, como mínimo, me despediría. Lo consideraba uno de mis mejores amigos, pero hacía poco que nos habíamos hecho íntimos.

Me pasé una mano por el pelo y me senté en el borde de la cama a esperarla. Teníamos que hablar, y también quería asegurarme de que estaba bien. ¿La había presionado hasta el punto de que sintiera que no tenía otra opción que devolverme el beso?

Por Dios. ¿Y si hubiéramos seguido?

Ese pensamiento me produjo una sacudida de lujuria.

La puerta del baño se abrió y Libby salió; las lágrimas brillaban en sus ojos.

Se me encogió el corazón; estaba claro que la había disgustado.

—Oye, ¿estás bien? —pregunté con suavidad, poniéndome de pie y acercándome a ella.

—Estoy bien —dijo con voz temblorosa mientras se dirigía a la cómoda donde estaba su mochila—. Tengo que irme.

—Venga, Libby. —La cogí del brazo—. Dime algo.

Se apartó bruscamente y cerró la cremallera del bolso, evitando el contacto visual y dirigiéndose a la mesilla de noche para coger su teléfono y el cargador.

—No hay nada que decir, Leo, estoy bien, de verdad. —Su voz se quebró al pronunciar la última palabra, y supe que no estaba bien en absoluto.

Había metido la pata hasta el fondo. Tanto esfuerzo por cambiar mi forma de ser, y lo había tirado todo por la ventana. Pero la cuestión era que no parecía un lío cualquiera, sino algo más.

Ella estudió la habitación para asegurarse de que lo tenía todo, y yo me acerqué a la puerta.

—Puedo llevarte, no hace falta que cojas el tren. New Haven, ¿verdad? No es gran cosa. —No me gustaba la idea de que se fuera disgustada, y esperaba que un trayecto en coche nos diera algo de tiempo para aclarar las cosas.

—Debes de estar muy ocupado y no quiero chafarte el resto del sábado. Iré en tren. —Libby trató de apartarme, pero no cedí.

Crucé los brazos sobre el pecho.

—No vas a chafarme el sábado. Ahora dime por qué estás enfadada.

Se mordió el labio, pero no apartó la mirada de mí.

—No deberíamos haberlo hecho. —Sus ojos se llenaron de lágrimas—. Las cosas ya estaban... raras entre nosotros. Ahora van a estar raras e incómodas.

Le cogí la mano y, sorprendentemente, no se apartó.

—Solo serán incómodas si lo permitimos, y yo no pienso hacerlo.

Miró al techo parpadeando rápidamente.

—No sé si podré.

Probablemente debí haberlo pensado mucho mejor, pero, en caliente, había dejado que mi deseo por ella me dominara.

—Siento no tener fuerza de voluntad a tu lado, pero no me arrepiento.

—Pero... —Se mordió el labio, y con la de veces que se lo había visto hacer en apenas un día, me sorprendió que no se hubiera hecho una enorme herida.

—Pero ¿qué? —Le apreté la mano, instándola a que me dijera lo que le pasaba por la cabeza.

Apartó la mano.

—Nada.

—Podemos conocernos mejor cuando te lleve a casa. Probablemente será bueno para nosotros, tanto personal como profesionalmente. —Si tenía que rogarle que me dejara llevarla, lo haría.

—¿Tú crees que eso es posible? ¿Conocernos y que no se convierta en algo físico? —Su voz apenas sobrepasaba el susurro, la incertidumbre se entremezclaba en su pregunta.

—Claro que es posible. Los dos somos adultos y podemos manejar esto. No volveré a besarte. Te lo prometo de corazón.

—¿Qué corazón? —Puso los ojos en blanco y resopló—. Vale, puedes llevarme. Será más rápido, y, de todas formas, no me apetece coger el tren.

Mis hombros se relajaron y la rodeé para coger la cartera, el teléfono y las llaves.

—En marcha.

Bajamos al garaje y conduje a Libby a mi plaza privada, donde estaban mi todoterreno y mi coche. Después de introducir un código, la puerta se abrió y Libby soltó un silbido.

—No sé una mierda de coches, pero este es muy caro. —Se acercó a mi Lamborghini Aventador azul.

—Sí que lo es. —Pulsé el botón para abrir las puertas—. No lo conduzco a menudo. Solo en ocasiones especiales. El todoterreno es mi vehículo habitual cuando lo necesito.

Resopló.

—Tienes un Lambo y un Kia. Qué contraste más interesante.

—La mayor parte del tiempo uso un servicio que tiene su propia flota de coches. Llevo el todoterreno a los Hamptons porque suele venir gente conmigo. —Abrí el maletero delantero—. Pásame tu mochila.

Libby estudió el maletero con desconfianza.

—Si le das a alguien por detrás, mis cosas están jodidas.

Jadeé con fingida indignación.

—Mis habilidades al volante son superiores.

—Seguro que todo el mundo dice eso antes de estrellarse. ¿Cuánto te costó este? —Ella misma metió la mochila en el maletero—. Espera, es una grosería hacer esas preguntas.

—En absoluto. Me costó seiscientos. —Cerré el maletero e hice un gesto

hacia el lado del acompañante.

Tosió como si se hubiera tragado mis palabras y se hubiera atragantado con ellas.

—¿Seiscientos mil? ¿Era necesario? El Kia parece más seguro.

—Solo se vive una vez, Libby. Además, es mucho mejor que cualquier tren.

—Sonreí satisfecho mientras subía al asiento del conductor.

Los acabados interiores eran negros con detalles en azul que hacían juego con el exterior. Miré a Libby, que fruncía el ceño.

—¿Qué pasa?

—Este coche cuesta más que una casa; que dos o tres casas en algunas partes del país. —Se removió incómoda en su asiento: claramente no estaba acostumbrada a tanto lujo a pesar de que su hermano era rico.

No supe qué responder, ya que ella tenía razón, así que apreté el botón de arranque. El ronroneo del motor me provocó una erección instantánea.

—Abrochate el cinturón, princesa.

Puso los ojos en blanco.

—Por favor, nada de apodos.

—«Libby» es un apodo. —Me abroché el cinturón y salí al garaje principal.

Suspiró y apoyó la cabeza en el asiento.

—Cuando mi hermano y yo nos mudamos a Connecticut, había otras tres Elizabeth en mi clase. «Beth» y «Liz» ya estaban cogidos.

La miré conforme aceleraba y entraba en la autopista.

—¿Por qué no «Lizzy»?

—Mi madre me llamaba así. —Su voz carecía de emoción, y me dolió por ella. Por mucho que mi madre me volviera loco, no podía imaginarme perderla tan joven. Extendí la mano sobre la consola con la palma hacia arriba y, sorprendentemente, ella puso su mano sobre la mía.

El contacto de nuestras pieles produjo una descarga eléctrica, y, al volver a mirarla, descubrí que tenía los ojos cerrados.

Le di un apretón reconfortante.

—Lo siento, Libby.

—No pasa nada. Fue hace mucho tiempo —respondió con un ligero temblor.

Como no quería disgustarla más de lo que ya estaba, dejé que la radio y el sonido del motor nos hicieran compañía mientras me alejaba de la ciudad.

Después de unos minutos, la atención de Libby regresó al paisaje. Hacía

tanto tiempo que no viajaba en coche con una mujer a la que no le entusiasmará la cháchara insustancial que no sabía muy bien qué decir.

—¿Te hace ilusión mudarte a Manhattan la semana que viene?

Se encogió de hombros, con los ojos fijos en el paisaje.

—Supongo que sí. Echaré de menos la tranquilidad y tener coche.

—Creía que Ryker tenía una plaza de aparcamiento en el garaje.

—Sí, pero para la gente normal no tiene sentido tener coche en la ciudad. —  
Me miró con una sonrisa—. Ya me prestarás el tuyo si hace falta.

Froté las manos sobre el volante forrado de cuero.

—Mejor el Kia.

—Vaya, y yo que pensaba que nos estábamos haciendo amigos...

—Y es así. —Joder, ni que no hubiera podido comprarme otro coche si le pasaba algo a aquel—. Puedes quedártelo.

Ella resopló.

—No seas tonto, estaba de coña. Además, si me fueras a regalar un Lambo, querría uno que fuera rosa eléctrico. O naranja... O uno rosa con llamas naranjas. Te apuesto lo que sea a que podrían hacerme uno así.

Fingí una arcada.

—Si eso es lo que te va, puedo hacerlo realidad.

Sus cejas se alzaron hasta la línea del cabello.

—Interesante elección de palabras.

Carraspeé, porque lo último que necesitábamos era ponernos a flirtear o a lanzar insinuaciones sexuales.

Especialmente si quería mantener aquello en el terreno platónico.

—Solo era una forma de hablar. En fin..., ¿ya has recogido todo lo que tienes que llevarte? Estoy libre el resto de la tarde si necesitas ayuda.

Pasar más tiempo a solas con Libby probablemente no era la mejor idea tampoco.

—Gracias, pero creo que puedo arreglármelas. —Sus ojos se encontraron con los míos por un momento antes de apartar la mirada.

En esa fracción de segundo, vi la incertidumbre y la vulnerabilidad en su expresión, pero no sabía si era por la conversación sobre la mudanza o por haber cruzado la línea antes y no saber dónde nos dejaba eso.

Una hora más tarde, después de un viaje casi en silencio, llegué a la estrecha entrada de su casa. Estaba en un barrio tranquilo y había grupos de casas adosadas de dos plantas con garajes para un coche. Vivir en la ciudad iba a ser

un gran cambio para ella.

Salí del coche y cogí su bolsa del maletero. Libby se dirigió a la puerta de su casa, donde probó con las llaves antes de abrir. Cuando entró y desconectó la alarma, vacilé en la entrada, inseguro de si quería que pasara.

—Gracias por traerme. —Me arrebató la mochila y evitó mirarme a los ojos.

—A tu disposición.

El silencio se prolongó demasiado, y supe que debía marcharme antes de que todo volviese a ser demasiado incómodo. ¿Debía despedirme con un abrazo? ¿Con un beso en la mejilla?

Di un paso adelante y la abracé. Ella dudó un momento antes de devolverme el abrazo.

—Hasta pronto, Elizabeth —le susurré en el pelo, aspirando su aroma.

Sin volver a mirarla, me di la vuelta y me alejé antes de hacer algo realmente estúpido, como besarla. Mientras me deslizaba en el asiento del conductor y arrancaba el motor, no podía dejar de pensar en cómo sería abrazarla todos los días.

## 8

### UNA ERECCIÓN INOPORTUNA

LIBBY

El timbre sonó atravesando el caos que me rodeaba. Arrastré los pies hasta la puerta, pasé por encima de una precaria pila de viejos libros de texto y abrí de un tirón, sabiendo ya que era mi príncipe *fae* de brillante armadura.

La sonrisa de Ethan se desvaneció al ver el desastre que había en mi recibidor. La había bautizado como «la zona de las donaciones», y había pasado de ser algo manejable a apenas permitir abrir la puerta.

Normalmente, mi casa estaba ordenada y organizada, así que el hecho de que hubiera dejado que la mudanza se convirtiera en un desastre decía mucho de dónde había tenido la cabeza en la última semana. El contenido de las cajas incluso se desparramaba como los pensamientos que se arremolinaban en mi cabeza.

Leo. Ethan. Mi ruptura. Mi nuevo trabajo. Un nuevo hogar.

Era demasiado, y ahí estaba yo, el día antes de que llegara la empresa de mudanzas, y solo quería hacerme un ovillo y llorar. Así que había hecho lo único que se me había ocurrido: llamar a mi amigo para que acudiera en mi ayuda.

—Hola, Ethan. —Mi voz era una mezcla de alivio y vergüenza.

Entró y atravesó aquel laberinto con gracia y cuidado antes de detenerse en el centro de la sala de estar. Sus ojos escrutaron el espacio mientras giraba en círculos; el brillo habitual en su mirada había sido sustituido por una pizca de preocupación.

Dejó la bolsa de viaje sobre la mesita y puso los brazos en jarras.

—Cuando has dicho que necesitabas ayuda, no sabía que fuera tan grave. Esperaba un caos organizado, no un caos real. Debería haber traído refuerzos.

—Sé que parece que ha pasado un tornado, pero no es tan grave. —Aunque sí lo era, y me mordí el labio para evitar que temblara.

—Lo recogeremos todo enseguida ahora que estoy aquí. —Cogió una camiseta que colgaba de la solapa de una caja—. Llamaremos a esta estrategia de empaquetado «caótica chic».

Puse los ojos en blanco y mi ansiedad desapareció. Cogí la camiseta y la metí en una caja abierta al azar, que no era su sitio, pero ¿quién llevaba ya la cuenta?

—La buena noticia es que mi habitación y mi despacho están recogidos.

—Déjame adivinar. Has pasado cuatro días metida en tus libros y te has limitado a trasladar la mayoría de las cosas aquí. —Se puso a registrar las cajas y sacó una grapadora para respaldar su diagnóstico.

—No me juzgues. Empecé bien y tenía un sistema, pero luego... No sé, todo explotó y se convirtió en esto, y empecé a tirar cosas en la primera caja que tuviera a mano. —Hice un gesto de impotencia hacia la sala; mi intento original de organización era un recuerdo lejano.

Ethan se detuvo ante otra caja abierta y resopló. De algún modo, aquella caja se había convertido en el hogar temporal de una extraña variedad de objetos. Metió la mano y sacó una batidora con un rollo de papel higiénico en el mango, parte del cual estaba enredado en el cuerpo de la batidora. Había sido una desafortunada consecuencia de que le diera vueltas en el extremo, en un intento de volver a enrollar parte de él después de que se cayera el rollo.

—¿Esto es para una nueva cocina de fusión para el restaurante de Leo? Una combinación de dos de las estancias más esenciales, cocina y baño, una al lado de la otra. Sus mundialmente famosas fajitas de grifo y el suflé de espuma de afeitar serán la comidilla de la ciudad.

Me ruboricé ante la mención de Leo.

—Siempre hay que ir por delante de las tendencias culinarias. —Le arrebaté la batidora y la dejé sobre la mesilla.

Ethan me observó por un momento, y el humor en sus ojos se convirtió en algo más parecido a la preocupación.

—¿Cómo estás?

—Todo va bien. Esto es solo el caos habitual de las mudanzas. —Esperaba que mi sonrisa fuese más convincente de lo que parecía.

Aparte del estrés de la mudanza, no le había contado a Ethan lo del beso con Leo, y no estaba segura de poder hacerlo. Una parte de mí quería contarle todo lo que sentía, pero las palabras se me atascaban en la garganta.

Ethan no parecía muy convencido, pero no insistió. Siempre se le había dado bien interpretarme, y en aquel momento yo no estaba preparada. Y menos con

el vuelco que me daba el corazón cada vez que pensaba en contárselo.

—Vamos a poner este lío bajo control. Me dan ganas de enviarle una foto a tu hermano. —Sacó su móvil del bolsillo trasero.

—Dios mío, ni se te ocurra. —Me abalancé sobre él y estuve a punto de caerme sobre una caja.

—Lo que haré será una foto del antes y otra del después, así solo se asustará un minuto o dos antes de que, ¡bum!, le mande varias filas de cajas bien ordenadas. —Ethan retrocedió hasta la entrada—. Coge esa cosa, la batidora de papel higiénico, y levántala en el aire como si fueras Libby, la Princesa Guerrera del Embalaje, lista para cabalgar hacia la batalla.

No pude contener la risa mientras cogía el utensilio y me situaba en medio del salón, con un pie apoyado en una caja y el brazo en alto.

—Perfecto. Esta será la foto que saldrá cuando me llames. Y ahora música para hacer las maletas. —Puso una lista de reproducción y empezamos a empaquetar el resto de mi vida.

El tiempo voló con la compañía; una hora más tarde, habíamos avanzado bastante. Estaba a medio embalar un armario de cocina cuando sonó el inconfundible ritmo inicial de una de las canciones favoritas de Ethan. Solo era cuestión de tiempo.

Gemí en señal de protesta antes incluso de darme la vuelta para encontrármelo ya inmerso en la coreografía. Me señaló, enseñando los dientes, antes de poner las manos en forma de garras de monstruo y moverse espasmódicamente hacia mí.

—¡No! —Escapé por el otro lado de la isla.

La sonrisa que me lanzó no auguraba nada bueno para mí.

—¡Venga, vamos! Es un pecado no bailar esto.

Intenté reprimir la sonrisa que se me escapaba.

—Tenemos como un trillón de cajas que empaquetar. No puedo parar...

Pero él ya me seguía con determinación.

—Bailar ahora, empaquetar después. Es una necesidad, y tampoco nos queda tanto.

Extendió la mano con una floritura, como si fuera un príncipe pidiendo un baile. La pegadiza melodía mezclada con la innegable energía de Ethan fue mi perdición.

—Vale. Una canción, y solo porque es esta.

Nos movimos de un lado a otro, esquivando cajas y riendo mientras los

pasos de baile de Ethan se volvían más atroces a cada segundo. Aunque... los míos eran igual de ridículos.

—Bailas como un padre en una boda —bromeé entre risas. Lo hacía a propósito para hacerme reír, porque normalmente era el rey de la pista de baile.

Ethan dio tantas vueltas que no me dio en la cara con sus brazos extendidos de milagro. Cuando la canción se acercaba al final, me cogió de la mano y me hizo girar.

Yo no era la mejor bailarina del mundo, y el impulso del giro me hizo tropezar con mis propios pies. Busqué algo estable para no caerme, pero no había nada a mi alcance. Lo único que me quedaba era caer sobre Ethan. Aterrizamos sobre el sofá; Ethan gruñó cuando caí encima de él.

Nos quedamos tumbados un momento, con las caras a escasos centímetros. La mirada de Ethan pasó de mis ojos a mis labios y se me cortó la respiración cuando me apartó el pelo de la cara.

—Ethan —susurré cuando sus dedos se posaron en mi mejilla.

—Libby. —Su voz era grave y ronca, y había algo en sus ojos que no supe interpretar.

*Está enamorado de ti.*

—He besado a Leo —solté.

Apartó la mano y frunció el ceño.

—¿Y tú... querías que te besara?

—Simplemente sucedió. No es que lo discutiéramos antes de que ocurriera.

—No te forzó, ¿verdad? —dijo apretando la mandíbula.

Mis ojos se abrieron de par en par ante la acusación y luché por apartarme de él.

—No.

—No te muevas —gruñó, abriendo las piernas debajo de mí.

Y fue entonces cuando lo sentí. La inconfundible presión de su erección contra mi muslo. Inspiré agitadamente y dejé de moverme.

Sus mejillas se sonrojaron y apartó la mirada.

—Deberíamos levantarnos y terminar de llenar las cajas. —Cerró los ojos e inspiró profundamente por la nariz.

Asentí y me aparté de él, con el corazón latiéndome en el pecho.

—Yo... volveré con los armarios de la cocina.

Saltó del sofá en cuanto di la vuelta a la isla y desapareció por el pasillo para

entrar en el cuarto de baño.

Me senté en el sofá, con la mente agitada por las posibilidades de lo que podría haber pasado si yo no hubiera estropeado el momento.

La buena noticia fue que todo quedó empaquetado y listo para la mudanza. La mala noticia fue que las cosas se habían vuelto incómodas entre Ethan y yo.

No me había hablado mucho después de nuestro momento en el sofá, y yo no tenía ni idea de lo que estaba pensando. Quería preguntárselo, pero tenía miedo de su respuesta, así que evité el tema por completo y fingí que no había pasado nada.

Era hora de acostarse, y me ponía nerviosa dormir con Ethan. Ya habíamos compartido cama alguna vez, pero tal vez dormir en el sofá sería una mejor opción.

Decidida, cogí mi almohada y una manta. No podía esperar que Ethan durmiera en un sofá en el que apenas cabía.

La puerta del baño se abrió; Ethan se aclaró la garganta.

—¿Qué haces?

Me detuve en la puerta, mirándolo. Solo llevaba unos pantalones cortos de baloncesto, como solía hacer cuando dormíamos fuera de casa, y yo ya no era inmune a lo bien que le quedaban.

Era alto y delgado, pero también tenía músculos donde correspondía. No le gustaba hacer ejercicio, pero cuando lo hacía, salía a correr, practicaba yoga o hacía movimientos de fuerza con el peso del cuerpo.

—¿Libby? —La voz de Ethan contenía una nota de confusión. Me giré para mirarlo de frente mientras se apoyaba en el marco de la puerta del baño—. ¿A dónde vas?

—Pensaba echarme a dormir en el sofá. Ha sido un día largo y... —Las palabras me parecieron torpes, y quise enterrar la cara en la almohada y gritar por lo incómodo que estaba resultando.

—Ya hemos dormido juntos muchas veces. ¿Es por lo que ha pasado antes? Porque si lo es, podemos hablar de ello... o no. Lo que necesites. —Se apartó del marco de la puerta y caminó hacia mí.

¿Se refería a lo del beso con Leo o a lo de su erección?

Ambas cosas me resultaban embarazosas, y deseaba que la tierra me tragara entera.

Suspiré, con el rostro encendido.

—No sé lo que necesito.

Se detuvo frente a mí, su mirada buscó la mía antes de colocarme un mechón de pelo detrás de la oreja. Las yemas de sus dedos se deslizaron por mi mandíbula, y eso era lo máximo que yo podía soportar para no inclinarme hacia su mano.

—¿Qué tal si dormimos un poco y hablamos por la mañana? —Su voz era suave, como si le hablara a un cachorro asustado.

Una parte de mí quería sumergirse en la conversación, desentrañar el lío de sentimientos que había entre nosotros y aclararlo de una vez. Pero otra parte quería mantenerlo todo enterrado.

Asentí y lo seguí hasta la cama, donde ambos nos metimos bajo las sábanas y nos tumbamos boca arriba. Me concentré en respirar más despacio, pero mi corazón seguía acelerado.

Ethan se puso de lado, con las manos bajo la cabeza y los ojos fijos en mí.

—Siento haberte incomodado con... la pequeña escena del sofá.

Me ardieron las mejillas, porque no había nada de pequeño en ello.

—No te preocupes. Tienes erecciones inoportunas sin parar, ¿verdad?

Soltó una carcajada.

—Supongo que sí. —Atravesó el espacio que nos separaba y me cogió la mano.

Cerré los ojos mientras me frotaba la muñeca con el pulgar.

—Deberíamos dormir un poco. Los de la mudanza llegarán a las ocho.

Me soltó la mano y se dio la vuelta.

—Buenas noches, Libby.

—Buenas noches.

Conforme nos acomodábamos, la cercanía de estar en la misma cama con él se me antojaba diferente. Chispeante, volátil y, sin embargo, de alguna manera era natural.

# 9

## EL PEOR MEJOR AMIGO DEL MUNDO

ETHAN

Cada vez que miraba a Libby, mi cerebro desempolvaba el recuerdo de que tenerla encima me la había puesto dura. Lo cual era demasiado para mi cuerpo, ya que no podía dejar de mirarla. No había forma de precisar cuándo habían empezado a cambiar mis sentimientos hacia ella, pero así había sido, y ahora tenía que decidir si valía la pena arriesgar nuestra amistad diciéndole lo que sentía.

Sabía que debía decírselo, pero la idea de que me rechazara me daba náuseas. No podía guardármelo para siempre, pero aquel no era el mejor momento, con toda la ansiedad que tenía por mudarse y empezar un nuevo trabajo.

Lo mejor que podía hacer era ayudarla a instalarse, pero la perspectiva de que Leo se abalanzara sobre ella, o incluso Carter, me hacía preguntarme si estaba cometiendo un error al contenerme. Ninguno de los dos era su tipo, pero Libby acababa de salir de una relación con un hombre que no era su tipo. Probablemente ni siquiera podría decirme cuál era su tipo.

Los de la mudanza ya casi habían terminado de subirlo todo, así que cogí una caja que había junto a la isla, etiquetada como «*Tazas*», y la puse sobre la encimera. Había un armario perfecto al lado de la nevera, pero cuando lo abrí, ya había varias tazas dentro.

—¡Libby! ¿Qué quieres que haga con las porquerías que tu hermano ha dejado en los armarios? —Me eché hacia atrás y miré hacia el pasillo.

Ella apareció en la puerta de su dormitorio.

—¿Qué?

Los de la mudanza entraron arrastrando el sofá mientras yo empezaba a sacar las cosas del armario. Las tazas de café eran, como poco, interesantes. Una decía «*Bonitas tetas*» y tenía un montón de fotos de pájaros. No tenía ni idea de que hubiera nombres de pájaros que incluyeran la palabra «teta». Otra

tenía un cactus y decía «*No seas gilipollas*».

—¿Aquí está bien el sofá? —preguntó uno de los de la mudanza. Lo habían colocado de espaldas a la cocina y en un buen sitio tanto para ver el horizonte como para ver la tele.

—Eeeh... claro. —Dejé las tazas y empecé a abrir cajones y armarios. No había muchas cosas, pero sí las suficientes como para llenar una caja.

Libby se acercó por el pasillo y miró las cosas que estaba sacando de los armarios.

—¿Qué es eso?

—Al parecer, Ryker quería que tuvieras tazas de café sobre tetas y pollas. —Moví las cejas y los dos de la mudanza se echaron a reír.

—Ya hemos terminado. Necesitamos que firme que todo ha sido descargado y que nada está dañado. —Uno de los tíos de la mudanza le tendió a Libby un portapapeles.

—Muchas gracias. Habéis hecho un gran trabajo. —Libby garabateó su firma y se lo devolvió—. Nunca volveré a hacer una mudanza yo sola.

Acompañó a los dos hombres hasta la puerta antes de volver a la cocina.

—Ni se me ocurrió mirar en los armarios el fin de semana pasado.

Se dirigió a la nevera y la abrió.

—Eeeh...

Fruncí el ceño al ver todas las bebidas y comidas preparadas apiladas en la nevera.

—Puede que se las dejara Leo. ¿Qué día se volvió a su casa?

—No lo sé. —Cogió dos refrescos y me dio uno—. Ryker debería llegar pronto con la comida; haré que se ocupe de ello.

—Gracias. —Lo destapé y bebí un trago largo, apoyándome en el mostrador—. ¿Sigues bien?

Me devolvió la mirada desde el otro mostrador.

—¿Cuántas veces me vas a preguntar lo mismo?

—Grrr. —Levanté la mano libre y formé una garra con ella.

—Lo siento. —Suspiró y miró por la ventana—. Pero de verdad, estoy bien. Te avisaré cuando no lo esté.

—Sí, señora. —Me aparté de la encimera y cogí el resto de las tazas del armario, con los ojos de Libby clavados en mí—. ¿Te parece bien que ponga tus tazas este armario?

—¿Es lo suficientemente grande? —Se dirigió a las cajas de utensilios de

cocina y cogió una—. Tengo un montón de termos.

—¿Cuántos son un montón? —Sabía que también tenía una colección de termos de resina que le gustaba combinar con su ropa de trabajo, su estado de ánimo, el día de la semana o lo que fuera.

Se encogió de hombros y rompió la cinta.

—En el último recuento..., unos cincuenta.

—¡Elizabeth! —Me volví hacia ella con las manos en las caderas, y la encontré abrazando uno de sus preciosos termos contra el pecho—. Dámelo.

Compuso el mohín más adorable del mundo.

—¿Qué vas a hacer?

Extendí la mano y le hice un gesto para que me lo diera.

—A ver si cabe en la estantería.

Me lo dio de mala gana.

—Si no caben, estaba pensando que podría comprar una estantería o uno de esos armarios para el comedor..., si no te importa.

—Es tu casa. Pero no me importa. —Deslicé el termo, que tenía el dibujo de un pollo, hasta el fondo del armario—. Cabrán, pero no quedará sitio para los vasos normales.

—Puedo poner los relacionados con libros en mis estanterías. Devuélveme el del pollo. —Empezó a ordenar sus termos.

—¿El del pollo es de un libro? Por favor, no me digas que un tío bueno con un pene enorme se transforma en pollo... o en gallo. —Fui cogiendo los que tenía más cerca para guardarlos.

—O en una pollita. —Empezó a reírse sin parar—. ¡Quiquiriquí! —cacareó.

—¿Qué hacéis? —Ryker apareció de pronto con Paige, Luca y Garrett justo detrás de él.

—Libby y yo estamos charlando sobre pollas, como siempre. —Traté de mantener la cara seria, pero fracasé.

—Siempre estoy listo para una buena discusión sobre penes. —Luca cogió uno de los termos y lo examinó—. Imagínate si alguien lo tuviera así.

—No, por favor. —Ryker puso una bolsa en el mostrador junto con otra que Paige había dejado antes de abrazar a Libby—. Bienvenida a casa, hermanita.

Luca pasó una mano por la isla como si la estuviera acariciando.

—Cuántos recuerdos me trae este apartamento. —Dio una rápida palmada a la encimera.

—¿Se puede saber? —Llevaba casi un año trabajando con los cuatro y sabía

más de lo que debería sobre su vida sexual.

—No. Eso queda entre Paige, el mostrador y yo. —Luca sonrió satisfecho y cogió la taza de las tetas—. Me sorprende que Leo haya conservado esto.

—Tal vez podáis llevárselo —dije. Luca, Garrett y Ryker intercambiaron una mirada que no me gustó nada—. ¿Qué?

—¿No se lo has dicho? —Paige le lanzó una mirada a Ryker y suspiró cuando este puso cara de confusión—. Típico de los hombres. ¿No les has dicho que Leo se va a quedar más tiempo?

—¡Oh! —La cara de Ryker contenía una mezcla de disculpa y resignación—. Bueno, respecto a Leo..., su casa aún no está lista. La reforma se ha retrasado. —La reacción de Libby fue sutil pero perceptible: una ligera tensión en los hombros y un rápido destello de incomodidad en los ojos.

—¿Retrasado? ¿De cuánto tiempo estamos hablando?

—De un par de semanas. Dijo que el suelo está en un contenedor en Italia. Sinceramente, no pensé que importara mucho, ya que está en la habitación de invitados. —Ryker se encogió de hombros como si no fuera gran cosa haberle dado permiso a un hombre para vivir con su hermana.

—Pero ¿no puede vivir sin suelo? ¿En el dormitorio tampoco hay? —Me crucé de brazos. Aquello no era bueno, ni para Libby ni para mí. Y menos teniendo en cuenta que se habían besado.

—Hizo instalar la calefacción en el suelo, así que el piso está lleno de cables por todas partes. —Luca abrió una de las bolsas—. Mi hermano no está mucho en casa de todos modos.

—¿No puede quedarse en vuestro hotel, o con tus padres... o contigo? —No me gustaba la idea de que Leo estuviera allí solo con Libby.

Luca se encogió de hombros.

—O sea, podría, pero ya tiene cosas aquí. Solo serán unas semanas más. ¿Te parece bien?

Libby forzó una sonrisa.

—Supongo que no es el fin del mundo. Es temporal, ¿no?

Carraspeé.

—En realidad, eso no va a funcionar. —De repente, todos los ojos estaban puestos en mí—. Me mudo aquí mañana.

Los ojos de Libby se abrieron de par en par, pero rápidamente se dio cuenta y se apresuró a asentir.

—La habitación en la que está Leo es para Ethan.

—¡Sí! —Estaba un poco emocionado de más por echar a Leo—. Uno de vosotros tendrá que llamarlo para que venga a por sus cosas.

Ryker me miró con los ojos entornados.

—Me dijiste que no te mudabas hasta dentro de unos meses porque no encontrabas a nadie a quien realquilarle tu cuarto.

—Mi compañero de piso me ha amenazado. —No era exactamente mentira—. Dijo que me iba a meter el plumero por el culo si lo molestaba una vez más con lo de limpiar el polvo.

—Joder. —Paige se separó de Garrett y corrió a abrazarme—. Eso debe de ser superestresante e incómodo. Deberíamos sacarte de ahí hoy mismo. —Tan dulce... No me extrañaba que tuviera a tres hombres comiendo de su mano.

—Probablemente ya tiene a los de la mudanza contratados. —Ryker no parecía convencido de que ese hubiera sido el plan desde el principio—. Puedes quedarte en uno de los otros dormitorios hasta que Leo se mude.

¿Mudanza? Mierda. No había pensado eso hasta entonces. Si no encontraba a nadie para hacer la mudanza con tan poco tiempo de adelanto, podía llevarme lo que pudiera y dormir en el sofá o en la cama de Libby.

Hubo un incómodo minuto de silencio antes de que Luca empezara a repartir bocadillos del Pastrami Palace. Gracias a los poderosos dioses del pastrami, pronto todos tendríamos la boca llena de carne.

Oí unos ruidos alrededor de las seis de la mañana y salí con cuidado de la cama de Libby. Además de las celebraciones por la mudanza, nos habíamos quedado despiertos hasta tarde desempaquetando, y ambos nos habíamos quedado dormidos antes de que pudiéramos siquiera discutir qué hacer con Leo.

Pero yo sabía qué hacer con él. Había sugerido coger todas sus cosas y dejárselas en el pasillo, pero Libby me había hecho entrar en razón, al menos por el momento.

Después de cerrar la puerta del dormitorio de Libby con un suave chasquido, caminé de puntillas por el pasillo, observando que la puerta del dormitorio de invitados estaba cerrada mientras seguía los ruidos hasta la cocina.

Encontré a Leo apoyado en la isla, en vaqueros y camisa, preparando café. Llevaba el pelo revuelto, y me arriesgué a adivinar que acababa de llegar, que no se estaba preparando para irse.

Estaba tan concentrado en su tarea que no reparó en mí hasta que carraspeé.

—Leo.

Dio un respingo y se giró para mirarme. ¿Por qué un imbécil así tenía que ser tan guapo? Llevaba la camisa remangada hasta los codos, gracias a lo cual noté lo fuertes que eran sus antebrazos, y los dos botones de arriba estaban desabrochados. Pero me parecía aún peor que fuera descalzo; había algo en un hombre en vaqueros y sin zapatos ni calcetines que me daba ganas de morderme el puño.

—¡Joder! ¿Qué haces aquí? —Entornó los ojos y miró detrás de mí como si pudiera ver el pasillo desde donde estaba.

—Vivo aquí. Luca te llamó y te lo dijo. —Crucé los brazos sobre el pecho, lo que atrajo su atención de nuevo hacia mí; sus ojos recorrieron mis pectorales desnudos antes de encontrarse con mi mirada—. Tus cosas están en mi habitación.

La cafetera sonó y él cogió la taza humeante de debajo.

—He estado ocupado.

Me burlé, mirándolo de arriba abajo.

—Se nota.

Suspiró y dejó el café en la isla antes de pellizcarse el puente de la nariz.

—Es demasiado temprano para esto.

—La besaste. —No pensaba andarme con rodeos.

Bajó la mano y en su rostro se dibujó una sonrisa.

—Ah, ya veo. Esto no tiene nada que ver conmigo, sino contigo.

Yo no era un hombre violento, nunca le vi sentido, pero siempre había una primera vez para todo, y esa fue la mía.

Lo agarré por la camisa y lo golpeé —bueno, fue más bien un suave empujón contra el frigorífico—. Se oyó un tintineo en el interior del electrodoméstico. Leo dejó de sonreír y abrió mucho los ojos.

—Tiene que ver con que eres incapaz de mantener el pene dentro de los pantalones. —Estaba cabreado, y ni siquiera sabía muy bien por qué. Aquel tipo tampoco era tan importante para mí, pero nunca me habría perdonado si dejaba que otro idiota le rompiera el corazón a Libby. No tenía ninguna duda de que su intención no había sido conformarse con un beso.

Igual que cuando me besó en la maldita fiesta de Navidad, que me quedó claro que sus intenciones no habían sido detenerse. Por suerte, estaba tan borracho que se había dormido antes de que pasara nada.

—No es que sea de tu incumbencia, pero Libby es la única mujer a la que he

besado últimamente. —Apartó mis manos de su camisa y me devolvió el empujón—. Y tampoco es asunto tuyo con quién prefiera ella besarse o follar.

—¿Y hombres?

Frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir con «y hombres»?

—¿No te acuerdas? —Por la forma en que me miraba, no creía que tuviera ni idea de lo que estaba hablando—. ¿Sabes qué? Da igual.

Se encogió de hombros, cogió su café y se dirigió al pasillo. Si pensaba que esa conversación había terminado, se equivocaba.

—¿Por qué la besaste? —Le seguí los pasos.

—Vete a la mierda, tío —gruñó en voz baja. Después abrió la puerta de la habitación de invitados y entró.

No quería despertar a Libby, así que lo seguí y cerré la puerta.

—Me pregunto qué pensará Ryker.

—Oh, por favor. —Me miró y puso los ojos en blanco mientras dejaba el café en la mesita de noche—. Ya somos mayorcitos. —Empezó a desabrocharse la camisa mientras caminaba hacia el armario. Una vez dentro, se la quitó y la lanzó al cesto antes de volverse hacia mí.

El golpeteo de mi corazón era tan fuerte que estaba seguro de que él podía oírlo mientras yo contemplaba aquel cuerpo esculpido que parecía sacado de una de las portadas de las novelas románticas de Libby.

—Estás celoso. —Se llevó las manos al botón de los vaqueros y yo contuve la respiración.

Era oficialmente el peor mejor amigo de la historia por querer verle quitarse los pantalones, pero me di la vuelta para mantener la calma.

—¿Qué?

—¿Estás celoso de que yo la besara o de que ella me besara a mí? —El sonido de su cremallera me hizo morderme el labio.

Me giré tan rápido que me mareé un poco.

—¿De qué demonios estás hablando?

Se bajó los vaqueros, se los quitó y de una patada los mandó al fondo del armario. Se quedó de pie delante de mí con solo un par de calzoncillos azul celeste, a través de los cuales se le notaba todo, y me refiero a *todo*.

El muy cabrón sonrió satisfecho.

Intentó rozarme de camino a la cama, pero lo agarré del codo para detenerlo.

—No seas pulpo, Ethan.

—No dejaré que le hagas daño —gruñí.

Los ojos de Leo fueron directos a mis labios y mi pene decidió cobrar vida en ese momento.

—Creo que tienes que soltarme. —Bajó la voz y se humedeció los labios lentamente.

Me quedé congelado bajo el hechizo de aquel mujeriego que probablemente se había follado al menos a tres personas en las veinticuatro últimas horas, a pesar de que decía que había cambiado. Aquel pensamiento me hizo recuperar la cordura y me aparté de él retrocediendo hacia la puerta.

Todas mis ganas de pelea se esfumaron, sobre todo cuando miró hacia abajo, donde seguro que vio la evidencia de mi excitación.

—Aléjate de ella, Leo. —Abrí la puerta sin quitarle los ojos de encima—. Y vete a otro sitio. Por tu bien y por el de ella.

Cuando salí al pasillo, se rio.

—Y parece que por el tuyo también.

Cerré la puerta y me quedé con el pomo en la mano y el pene dolorido. Ese tío me iba a causar muchos problemas.

# 10

## LA FIESTA DE LA MUDANZA

LEO

Necesitaba seriamente dejar de trabajar tantas horas. Los restaurantes en los que había invertido funcionaban mejor de lo que habían ido en años, pero yo no estaba al cien por cien. Trabajar en la fundación cinco días a la semana, a veces hasta altas horas de la noche, y luego trabajar por la noche y los fines de semana en mis empresas paralelas estaba empezando a agotarme.

La verdad era que ni siquiera necesitaba aquellos ingresos, pero la alternativa era hundirme en un pozo sin fondo de derroches y odio por mí mismo. Estar ocupado evitaba que eso ocurriera... casi siempre.

Después de la confusa y frustrante confrontación con Ethan, el sueño se hizo de rogar. No tenía ni idea de por qué había decidido odiarme, pero estaba claro que iba a ser un problema gordo durante las siguientes semanas, hasta que terminaran de reformar mi ático.

Al menos solo pasaba por casa para dormir.

Un murmullo en el pasillo me despertó; me di la vuelta y miré la hora en el móvil. Apenas eran las nueve, pero era demasiado temprano para que Ethan, o cualquier otra persona, estuviera teniendo lo que parecía una crisis.

Me levanté con un gemido, me dirigí a la puerta y la abrí de golpe.

—¿Puedes dejar de dramatizar? Se supone que el domingo es un día de descanso.

Ethan y Libby estaban al final del pasillo y se volvieron hacia mí. Ethan hizo un rápido barrido de mi cuerpo antes de poner los ojos en blanco.

—¿Podemos coincidir todos en llevar ropa cuando salgamos de nuestra habitación?

—Bueno, ya que aparentemente esta habitación es tuya... —Me coloqué en medio del pasillo, sin importarme que los calzoncillos me marcasen la entrepierna—. ¿Por qué no ibas a querer ver este hermoso despliegue de

masculinidad todos los días?

Ethan fingió una arcada y Libby se tapó la boca, con los ojos iluminados por la diversión mientras intentaba no reírse a carcajadas. Resultaba muy graciosa cuando no estaba enfadada conmigo.

—Esto no tiene gracia. —Ethan suspiró dramáticamente, poniendo los brazos en jarras—. No necesito este estrés añadido hoy.

—Te dije que el estrés se podía solucionar con una llamada a Ryker. Puede resultarle muy intimidante a la gente que no lo conoce. Y sabes que Luca estaría encantado de asustar a tu compañero de piso. —Libby se me acercó y sus ojos se entornaron conspirativamente—. O...

Se detuvo frente a mí estudiando mi cara. Ni siquiera me importaba lo que estaba planeando, porque el champú o el perfume que usaba me estaba nublando el juicio; lo único que quería era enterrar la cara en su cuello.

—¿O qué? —Ethan se juntó con nosotros en el pasillo. ¿Por qué olían tan bien los dos y por qué me estaba dando cuenta? Jamás me había fijado en los olores de la gente—. No me gusta esa mirada. Es la mirada que pones cuando tienes una idea que acaba mal para mí.

—¿De qué estás hablando? Solo tengo grandes ideas. —Cruzó los brazos sobre el pecho y no pude evitar pensar que la había visto desnuda—. Leo tiene un todoterreno. Probablemente podamos meter la mayoría de tus cosas allí en unos pocos viajes y ocuparnos de las cosas más grandes después.

Ethan negó con la cabeza.

—Si no me lo llevo todo en un viaje, Eugene destruirá todo lo que quede. —Seguía sin saber de qué estaban hablando, pero quienquiera que fuera ese tal Eugene parecía que le estaba causando un montón de estrés a Ethan. ¿Sería su ex? ¿Un compañero de piso? ¿Su perro? Probablemente un gato. Coincidía con la energía de un gato.

—¿Quién es Eugene? —Me pasé una mano por la cara; necesitaba despertarme de una puta vez.

—Mi compañero de piso. Está... un poco desquiciado.

—¿Un poco? Ha amenazado con meterte un plumero por el culo y asfixiarte con el cable de la aspiradora. —Libby no estaba bromeando; tenía la cara más seria que le había visto nunca—. Deberías haber pedido una orden de alejamiento.

Una rabia irracional burbujeó en mi pecho.

—¿Vives con alguien que te amenaza con hacerte daño físico?

Libby soltó un gruñido.

—Hace más que eso.

Levanté las cejas interrogativamente, mirando de Libby a Ethan para que me explicaran de qué iba aquello. Cuando intercambiaron una mirada, alcé las manos en señal de rendición.

—No necesito saber los detalles. Iré a ayudar.

—Por supuesto que no.

—¡Eso sería estupendo! —Libby le dio un codazo a Ethan, y le siguió una conversación silenciosa que se produjo con solo una mirada—. Tenemos que conseguir cajas también.

—¿Ni siquiera has recogido tus cosas? —Miré a Ethan con los ojos entornados. No era idiota, y estaba bastante seguro de que había decidido mudarse en ese momento porque yo me iba a quedar más tiempo del esperado.

—No me costará mucho. —Se encogió de hombros.

—Mentira —dijo Libby con una tosecilla.

Me miró, ignorando la indirecta de Libby.

—Podemos tomar prestado tu todoterreno.

Resoplé.

—No conozco el historial ni las habilidades de conducción de ninguno de los dos, así que de eso nada.

Ethan puso los ojos en blanco. Qué gesto tan exasperante.

—Solo es un Kia.

—Como si es un puto tanque. No voy a dejarte conducirlo. —Entré en mi habitación—. Estaré listo en cinco minutos.

El nerviosismo se respiraba en el coche de camino al apartamento de Ethan. No sabía si era por el compañero de piso desquiciado o por mí.

—Entonces, este tal Eugene —dije para romper el tenso silencio— ¿es solo tu compañero de piso o un ex?

Ethan soltó un suspiro exasperado.

—No, es el peor compañero de piso del mundo. Lo encontré en Craigslist. Parecía normal al principio, pero poco a poco fue mostrando su verdadera cara.

Libby, que estaba en el asiento del copiloto, se giró ligeramente para mirarme.

—Se vuelve loco por las cosas más insignificantes. La semana pasada dejó una cuchara en el fregadero, y cuando Ethan la lavó, Eugene amenazó con apuñalarlo con ella si volvía a tocarla.

Agarré el volante con fuerza. La rabia volvía a bullir dentro de mí.

—¿Por qué demonios has seguido viviendo con él tanto tiempo si es peligroso?

—Tengo un contrato de alquiler.

—Los contratos de alquiler se pueden romper. Puedo ponerte en contacto con mis abogados.

—Debe de ser agradable —murmuró Ethan en voz baja.

—¿El qué? —Miré por el retrovisor para encontrarme con sus ojos.

—Debe de estar bien llamar a tus abogados cada vez que tienes un problema. Algunos no podemos permitirnos esos lujos.

—No he dicho que tuvieras que pagarles. —Volví la vista al semáforo en el que estábamos, sin saber por qué demonios me había ofrecido a pagar miles de dólares en su nombre.

Cuando llegué al edificio de apartamentos y sorprendentemente encontré un lugar al otro lado de la calle, Ethan se puso más ansioso. Libby le dio un apretón en la rodilla.

—Todo va a ir bien. Si puedo con una clase llena de niños el día antes de las vacaciones de Navidad, puedo con un adulto desquiciado.

Ethan le dedicó una pequeña sonrisa, pero vi la preocupación en sus ojos.

—Eso lo dices ahora, pero espera a que te tire una esponja mojada que estaba en un bol de leche podrida.

*Qué asco.*

Después de aparcar, arrastramos el equipaje hasta el apartamento de Ethan. Todo estaba tranquilo cuando entramos, y Ethan nos condujo rápidamente a su dormitorio, justo al lado del salón. Abrió la puerta y nos hizo un gesto para que entráramos.

—No creo que Eugene esté aquí. Si nos damos prisa, tal vez podamos evitarlo. —Ethan comenzó inmediatamente a montar una caja—. Yo recojo mi vestidor. No hay ningún problema con que toquéis el resto de mis cosas.

—¿Y tus muebles? —Miré la pequeña habitación, que apenas era lo suficientemente grande para los tres.

Había una cama alta con espacio debajo para guardar cosas y, al lado, una cómoda que hacía las veces de mesilla de noche y un pequeño escritorio. En

total, el dormitorio no llegaba a los veinte metros cuadrados. Mi ducha era más o menos del mismo tamaño, metro arriba, metro abajo.

—Si no los destruye, tendré que llevármelos esta misma semana, cuando encuentre una empresa de mudanzas. Todas las cosas del salón también son mías. —Se refería al sofá de dos plazas, la mesa para dos personas y el mueble de la tele.

—Podemos comprarte cosas nuevas. —Abrí un cajón de su escritorio y empecé a meter todo el contenido en una caja.

—No necesito cosas nuevas —dijo Ethan con los dientes apretados.

¿Qué problema tenía?

Trabajamos deprisa y en silencio, llenando las cajas y las maletas que Ethan tenía debajo de la cama. Poco después lo teníamos casi todo empaquetado y en el salón, así que había un poco más de espacio.

No dejaba de mirar hacia el salón, casi esperando que Eugene irrumpiera en cualquier momento. Libby parecía pensar lo mismo, pues tenía los ojos fijos en la misma dirección. A pesar de su inquietud, Ethan parecía tranquilo, empaquetando las cosas metódicamente como si ya lo hubiera hecho un millón de veces.

Casi habíamos terminado con el dormitorio cuando un portazo de la puerta principal anunció la presencia de Eugene. Ethan se quedó inmóvil, con un jersey parcialmente doblado en la mano, y palideció.

Mis instintos protectores se dispararon y me puse delante de los dos, dispuesto a convertirme en el saco de boxeo, literal o figuradamente.

—¿Qué cojones es esto? ¡Ethan! —No fue necesaria ninguna presentación; el dueño de esa voz sonaba como una versión masculina de una chica mala, pero con un fuerte acento de Brooklyn.

—Yo me encargo de esto —dije dirigiéndome hacia la puerta, en voz baja pero firme.

Para mi sorpresa, Ethan no protestó. Probablemente no le habría importado ver cómo su compañero de piso me tiraba una esponja mohosa a la cabeza.

Eugene estaba de pie junto a la puerta, con los brazos en jarras. Era más bajo de lo que esperaba, con los ojos desorbitados y el pelo tan revuelto que parecía que había metido los dedos en un enchufe.

—¿Quién demonios eres tú? —me preguntó, con las fosas nasales dilatadas como un toro furioso.

Me apoyé en el marco de la puerta y me crucé de brazos.

—Soy el tipo que se pregunta por qué interrumpes nuestra fiesta de la mudanza.

La cara de Eugene se puso de un rojo impresionante.

—¿Fiesta de la mudanza? ¿De qué coño estás hablando?

—Oh, lo siento. Pensaba que era obvio. —Señalé las cajas y el equipaje—. Ethan se muda.

—¡No puede mudarse! —Eugene se acercó a mí a una velocidad impresionante, teniendo en cuenta lo cortas que eran sus piernas—. ¡Tenemos un contrato de alquiler!

Me aparté del marco de la puerta para bloquearle el paso a la habitación de Ethan y extendí el brazo, que chocó contra su pecho.

—Un contrato que, estoy seguro, no incluye amenazas de violencia. Dime, Eugene, ¿sueles amenazar con apuñalar a la gente o Ethan es especial?

Los ojos de Eugene se abrieron de par en par, mirando de mí a Ethan y Libby, a mi espalda.

—¡Era una broma! Ethan sabe que estaba bromeando. No lo he amenazado con clavarle un cuchillo.

—Divertidísimo todo —dije—. Ahora, si no te importa, nos gustaría tener un poco de paz y tranquilidad mientras terminamos de recoger. Llamaremos a tu puerta cuando hayamos acabado.

La cara de Eugene se contorsionó de rabia.

—No puedes entrar aquí y...

—En realidad sí puedo —lo interrumpí con una peligrosa voz grave—. Ahora lárgate.

Eugene entornó los ojos.

—¿Quién coño te crees que eres?

Ojalá me hubiera puesto un traje, pero tuve que conformarme con enderezarme en toda mi estatura.

—Soy el tío que puede hacer tu vida muy cómoda o extremadamente difícil con una sola llamada. Tú eliges.

—Por favor. —Puso los ojos en blanco—. Probablemente seas un...

—Soy Leonardo Caponetti.

Dado su marcado acento, había vivido en Nueva York toda su vida y probablemente había oído mi nombre. Los italianos ricos solían evocar temores sobre bloques de cemento y balas en la frente. Yo no había empuñado un arma en mi vida, pero tenía un yate.

Eugene me miró boquiabierto un momento y le di unas palmaditas en la mejilla... un poco más fuertes de lo necesario. Retrocedió unos pasos.

—Esto es lo que va a pasar. Vas a firmar todos los documentos necesarios para liberar a Ethan del contrato de alquiler sin penalización. A cambio, no emprenderemos acciones legales por tus amenazas ni por tu comportamiento psicótico en general.

Eugene salió de su estupor.

—Pero ¿y el alquiler?

Lo que realmente quería decirle era que no iba a tener suerte con eso, pero me estaba hartando de tratar con él. Ethan tenía motivos legales, pero como no se había puesto en contacto con la policía, que yo supiera, iba a ser más difícil acabar con aquello sin complicaciones.

—Me haré cargo de la parte del alquiler que le corresponde a Ethan hasta que termine el contrato o hasta que encuentres a un nuevo compañero, lo que ocurra primero. Y por tu bien, espero que sea lo segundo.

—¿Es una amenaza? —preguntó Eugene con los ojos entornados. ¿Cómo diablos se sentía Ethan intimidado por ese tipo? Parecía un adolescente petulante, por no mencionar que Ethan era casi un palmo más alto que él.

—¿Hace falta que lo sea? —Saqué mi teléfono para enviar un mensaje a mi equipo legal sobre qué documentos se necesitaban para liberar a alguien de un contrato de arrendamiento—. Ahora, si nos disculpas, nos gustaría seguir con la mudanza sin ser acosados.

Eugene gruñó y se marchó a su habitación dando un portazo. Me volví hacia Ethan y Libby; sus caras eran una mezcla de asombro y diversión.

—Ha sido una demostración impresionante de macho alfa —dijo Libby con una pequeña sonrisa.

—Yo no iría tan lejos. —Ethan desdobló y volvió a doblar el jersey que aún tenía en las manos—. Gracias. Todavía puedo pagar el alquiler, así que no hace falta.

Me encogí de hombros sin poder evitar sonreír.

—No es nada. Considéralo un regalo por dejarme dormir en tu habitación.

—Tendré que quedarme en la cama de Libby hasta que pueda conseguir mis muebles. —Ethan me devolvió la sonrisa.

Libby carraspeó con las mejillas sonrosadas.

—Deberíamos terminar antes de que Eugene vuelva a por una segunda ronda. —Puso la mano en el brazo de Ethan y lo miró fijamente—. ¿Qué

quieres que guardemos ahora?

Sentí una punzada de algo en el estómago. ¿Celos? ¿Añoranza? Deseché aquellos sentimientos, recordándome todo lo que estaba en juego.

# 11

## SOLO UNA VEZ

LIBBY

Entré en el apartamento con los brazos llenos de bolsas de la compra que me cortaban la circulación. La próxima vez que necesitara hacer la compra, pediría que me la trajeran o me aguantaría el orgullo y me llevaría mi carrito de profesora.

—Libby, ¿eres tú? —Ethan se incorporó del sofá, donde había estado tumbado. No lo esperaba en casa hasta una hora después, y había querido sorprenderlo con la cena. Llevábamos unos días ya viviendo allí y solo habíamos tomado comida a domicilio.

—No, soy una ladrona con llave a la que le gusta traer la compra. —Cerré la puerta de una patada.

—Pareces a punto de caer sepultada por las bolsas. —Cuando Ethan cogió algunas de las bolsas, nuestros dedos se enredaron en el proceso—. Lo siento. —Se había estado disculpando mucho los últimos días cada vez que me tocaba. Todavía no habíamos hablado de lo que pasó cuando me caí encima de él, pero no sabía si era por eso que estaba actuando raro o si era por el estrés de la mudanza tan repentina.

—Hoy llegas pronto a casa. Iba a sorprenderte preparando la cena. —Se me daba muy bien ejecutar recetas, y pensaba probar una nueva de pollo para torpes.

—He tenido que pasar por mi antigua casa y firmar unos papeles. Por suerte, no me ha tocado ver a Eugene. —Se estremeció mientras ponía las bolsas en la isla y empezaba a sacar las cosas evitando mi mirada.

—¿Va todo bien? —Puse mi mano sobre la suya y se detuvo; por fin levantó la vista—. Entre nosotros.

Sus cejas se fruncieron ligeramente.

—¿Por qué no iba a ir bien?

—Has estado... distante.

¿Por qué aquello parecía una conversación entre dos amantes en lugar de entre dos mejores amigos?

Suspiró y tomó un mechón de mi pelo y lo giró entre sus dedos.

—Tengo muchas cosas en la cabeza.

Su contacto y la intensidad de sus ojos me aceleraron el corazón.

—Aún no hemos hablado de lo que pasó.

Sus ojos se posaron en mis labios, pero apartó la mirada tan rápido que no pude estar segura de lo que eso significaba. La pregunta era: ¿queríamos que significara algo?

—No quiero hablar de ello. Todavía no. —Colocó el mechón de pelo detrás de mi oreja—. Deberíamos guardar la compra.

Antes de que se retirara, le agarré la mano y me la llevé a la mejilla.

—Estaré aquí cuando estés listo.

El sonido de la puerta al cerrarse nos separó de un salto, como dos adolescentes sorprendidos haciendo algo que no debían.

Leo entró a grandes zancadas y su presencia llenó inmediatamente todo el espacio. Observó la escena y entornó los ojos.

—¿Interrumpo algo?

—Solo estamos guardando la compra. —Cogí rápidamente una botella de vino de una de las bolsas. Iba a necesitarla muy pronto.

La tensión en la habitación aumentó cuando Leo nos estudió a ambos.

—Normalmente no llegas a casa tan temprano. —Solo había visto a Leo una vez desde el domingo, cuando ayudamos a Ethan a mudarse. Era jueves y no esperaba verlo hasta el día siguiente, mi primer día en la oficina.

Empezar a trabajar un viernes era un plan brillante. Sería abrumador, pero tendría todo el fin de semana para recuperarme. También me había venido bien instalarme en mi nuevo hogar lo antes posible.

Leo apretó la mandíbula y levantó una carpeta.

—Me he acordado de que tenía unos papeles para que los firmaras. He pensado en traértelos y, de paso, ver si te apetece cenar conmigo en uno de mis restaurantes.

Ethan prácticamente lanzó la bandeja de pollo y el brik de nata al interior de la nevera.

—Vaya, qué considerado eres. Siempre yendo más allá por tus empleados.

Leo le dirigió una mirada aburrida, y me sentí como si estuviera atrapada en

el fuego cruzado de una guerra en curso. La pregunta era por qué. Ethan estaba más molesto por Leo que al revés.

—Me gusta asegurarme de que todo vaya bien.

Ethan resopló.

—Sí, apuesto a que sí.

El rostro de Leo se ensombreció.

—¿Hay algún problema, Roberts?

—¿Por qué iba a haber un problema, Caponetti?

Sentía que me faltaba información crucial. No tenía ni idea de cómo lidiar con tanta hostilidad. Nunca había visto a Ethan actuar así, y Leo parecía disfrutar sacándolo de quicio.

—Iba a preparar una cena para mí y para Ethan, por si te apetece acompañarnos. No soy una chef de estrella Michelin ni nada por el estilo, pero será comestible..., espero. —Me eché a reír, pero me callé enseguida cuando vi que seguían lanzándose puñales con los ojos—. ¿Qué tal un poco de vino?

—Estaba a punto de irme al gimnasio. Volveré más tarde. —Ethan salió furioso de la cocina y cogió su bolsa de deporte del suelo, junto al sofá.

Era mejor dejar a Ethan solo cuando estaba de mal humor —en las raras ocasiones en que lo estaba—, así que no dije ni una palabra cuando salió.

Me volví hacia Leo, completamente desconcertada.

—¿Qué demonios acaba de pasar?

Leo se pasó una mano por el pelo. Parecía repentinamente agotado.

—Literalmente no he hecho nada para justificar su ira. Bueno, excepto besarte. —Levantó la solapa de su maletín y sacó una carpeta de papel manila repleta de papeles—. He pensado que no querías pasarte toda la mañana revisando esto en tu primer día.

Mi enfado con él volvió con toda su fuerza.

—Ahora no estoy en el trabajo.

No sabía si era por el beso que había sacado a colación tan despreocupadamente o por la sugerencia de que trabajara cuando no era horario laboral. Me había pasado los últimos años trabajando más allá del horario laboral y no iba a seguir ese camino en el nuevo trabajo, por mucho que me interesara.

Abrí de un tirón un armario y cogí una de mis brillantes copas de vino. Podría intentar salvar lo que se suponía que iba a ser una tarde relajante bebiéndome una botella entera de vino.

—Puede esperar hasta mañana. —Dejó la carpeta sobre la encimera, rodeó la isla y cogió el abridor del cajón. Descorchó la botella de vino y examinó la etiqueta—. Tendré que traerte algunas botellas de vino.

Se la arrebaté.

—Este vino está perfectamente bien. —Me serví una copa hasta arriba.

Él fue al armario y cogió una copa para él.

—¿Te importa si me tomo una contigo?

Me encogí de hombros.

—Parece que no tengo muchas opciones de negarme.

—Estás enfadada.

Tomé un sorbo de vino y suspiré.

—No estoy enfadada, solo frustrada. —Él levantó las cejas de forma interrogativa—. No has estado por aquí en toda la semana y luego vienes a casa y haces que el ambiente se ponga aún más tenso.

—¿El ambiente estaba tenso antes? —Le dio un trago al vino e hizo una mueca—. Joder, esto está horrible.

—Si sigues bebiéndolo, te acabará gustando. —Sabía que no era el mejor vino del mundo, pero gastar más de diez dólares en una botella era una locura—. Ethan ha estado... diferente.

Leo agitó su vino y lo olió.

—Bueno, princesa, parece que se siente amenazado por mí y no me quiere cerca de ti. Si no hubiera venido a casa, ¿qué estaríais haciendo ahora?

Me apoyé en la encimera y seguí bebiendo. Al paso que iba, pronto iba a estar flotando en una nube etílica.

—Preparando la cena.

Se rio y se colocó delante de mí, me cogió la mano y se la llevó a la mejilla en una imitación perfecta de la situación en la que nos había encontrado.

—Sigue convenciéndote de eso.

Se me cortó la respiración cuando me recorrió el brazo con las yemas de los dedos hasta posar la mano en mi cuello. Había algo posesivo en ello, y mi vagina traidora se contrajo.

—¿Qué estás haciendo? —susurré, incapaz de apartarme de él.

—No estoy seguro. —Me acarició el cuello, justo en el lugar donde mi pulso estaba a punto de estallar, y sus ojos se posaron en mis labios.

El modo en que mi cuerpo reaccionaba ante él era molesto, pero no podía evitarlo. Quería que volviera a besarme. Cuando me miraba como en ese

momento, me sentía la única mujer de su mundo.

Con toda la fuerza de voluntad que me quedaba, salí de entre él y la encimera y me dirigí a la nevera. Ya me había dejado llevar una vez, y no iba a permitir que volviera a suceder.

—Elizabeth.

Dios, la forma en que decía mi nombre era como si me acariciara con su maldita lengua.

—Voy a hacer la cena, así que puedes ayudarme o irte a hacer cualquier otra cosa. —Saqué la compra que Ethan había guardado y me volví hacia Leo con el corazón acelerado mientras apretaba los ingredientes contra mi pecho como un escudo. Su intensa mirada no había vacilado, y sentí que un rubor me subía por el cuello—. ¿Y bien? —pregunté, tratando de mantener la voz firme—. ¿Vas a ayudarme o no?

Una lenta sonrisa se dibujó en su rostro.

—Supongo que podría echarte una mano. ¿Qué hay en el menú?

Le expliqué la receta mientras colocaba los ingredientes, agradecida por tener algo en lo que concentrarme aparte de en la forma en que la presencia de Leo parecía llenar toda la cocina. Se remangó la camisa hasta dejar expuestos unos antebrazos bronceados que yo, definitivamente, no estaba contemplando.

Mientras trabajábamos codo con codo, cortando verduras y preparando el pollo, la tensión se fue aligerando. Leo siguió rellenando nuestras copas de vino, y al final me sentí más relajada.

—¿Sabes? —Lo rodeé para coger la sal—. Para tener tantos restaurantes, eres sorprendentemente malo picando ajos.

Me cogió la muñeca con suavidad y me rozó la sensible piel de esa zona con el pulgar.

—Tengo otros talentos, te lo aseguro.

Tragué saliva, muy consciente de pronto de lo cerca que estábamos.

—Seguro que sí —murmuré, apartándome de mala gana.

El vino se me estaba subiendo a la cabeza y hacía que todo me pareciera cálido y ligeramente confuso. Me encontré echando miradas a Leo, admirando la forma en que sus antebrazos se tensaban y sus cejas se fruncían en señal de concentración.

Una vez que el plato de pollo estuvo en el horno, empecé a limpiar lo que habíamos ensuciado para que hubiera menos que recoger después de comer.

—Déjame a mí. —Leo se situó a mi espalda y me arrebató el trapo. Sus

brazos me rodearon mientras le echaba limpiador.

—¿Qué estás haciendo? —Sabía exactamente lo que estaba haciendo después de tantas caricias robadas, pero solo podía pensar en el calor de su cuerpo y el embriagador aroma de su perfume.

—Ayudando. —Su aliento contra mi oreja era caliente mientras me ponía el trapo en la mano y lo guiaba hacia la tabla de cortar.

Las manos me temblaban ligeramente mientras le dejaba controlar mis movimientos, demasiado consciente de cada punto de contacto entre nosotros. Debería haberme alejado, pero en lugar de eso me recosté en él, disfrutando de la sensación de sentirme envuelta por su fuerte cuerpo.

Lavamos los pocos platos en silencio, aunque los latidos de mi corazón no eran silenciosos. Resistirme era inútil; la combinación de vino y proximidad había debilitado mis defensas.

Con todo lo que habíamos fregado ya en el escurrer platos, nos secamos las manos, pero en lugar de apartarse, las manos de Leo cayeron sobre mis caderas y me giraron hacia él.

Apartarlo habría sido lo más sensato, pero mi cuerpo estaba demasiado excitado y el vino me había desinhibido.

Leo me apretó contra él.

—Dime que pare —dijo, con sus labios apenas rozando los míos.

—No pares —fue lo único que me salió.

Su boca reclamó la mía y me derretí contra él, olvidando toda resistencia. Con el sabor del vino en los labios y el calor que crecía entre nosotros, no podía preocuparme por las consecuencias.

¿Cuánto hacía que no me permitía hacer algo tan egoísta y autodestructivo?

Mis dedos tantearon su cinturón y él tomó el relevo cuando le saqué la camisa de los pantalones. Se apoyó en la encimera mientras yo le bajaba los pantalones y los calzoncillos. No me gustaba mucho hacer mamadas, pero eso no me impidió arrodillarme delante de él.

Rodeé su pene con la mano y lo miré.

—Solo esta vez, Leo. Para desahogarnos.

Apretó la mandíbula y asintió.

—Solo esta vez.

Canalizando todo el poder de los dioses de las mamadas, le lamí la punta del pene mientras deslizaba el puño arriba y abajo.

Gimió y me apretó la coleta.

—Joder, estás perfecta de rodillas.

El elogio me provocó un aleteo en el estómago. Mi lengua recorrió su miembro, de la cabeza a la base y de nuevo hacia arriba. Me sujetó la cabeza, con firmeza pero con suavidad. Gimió cuando me lo metí entero en la boca.

—Qué buena eres con la boca, princesa. Sí, así.

El ligero tirón en la coleta me animó mientras chupaba. Sentí la tensión en su cuerpo cuando sus caderas empezaron a moverse, buscándome. Llegué tan lejos como pude, mis mejillas se ahuecaron mientras trabajaba para llevarlo al límite.

—Joder, Elizabeth. Tengo tantas ganas de correrme en esa bonita garganta... —Me la sacó de la boca y me puso la mano en la mejilla—. Pero aún más deseo correrme dentro de ti. ¿Tú también quieres?

—Sí. —Mi voz salió áspera por la necesidad, pero también por los nervios.

Se subió los pantalones, me tendió la mano y me ayudó a ponerme en pie.

—¿Estás segura de que quieres hacerlo?

Asentí.

Me besó y, cuando me levantó, mis piernas lo rodearon. Lo besé desde la mandíbula hasta el cuello mientras me sacaba de la cocina y me llevaba por el pasillo hasta su dormitorio.

Aunque era una idea horrible, ya era demasiado tarde para parar. Sus ojos oscuros se habían oscurecido de necesidad cuando me tumbó y se quitó los pantalones.

—Llevas demasiada ropa.

Se arrodilló frente a mí y me quitó los pantalones y las bragas. Sus manos se deslizaron por mis piernas antes de subirse una al hombro.

—Preciosa y mojada.

Jadeé cuando me metió un dedo.

—Leo... Yo... Yo no... ¡Oh, Dios!

Iba a decirle que no esperaba que él bajara, pero su boca ya estaba sobre mí, acariciándome el clítoris con la lengua. Jadeé y mis caderas se arquearon ante la sensación. Tener a un hombre que sabía lo que se hacía entre mis piernas era mejor de lo que esperaba.

Cerré los ojos, entregándome al placer, mientras él introducía un segundo dedo y tocaba ese punto de mi interior que me hacía ver destellos de luz. Mantuvo el ritmo constante hasta que jadeé y me retorcí contra él.

—Córrete para mí, Elizabeth.

Sus dedos se movieron más deprisa y sentí que el orgasmo crecía en mi interior como una olla a presión. Me chupó el clítoris con fuerza y detoné, con todo el cuerpo temblando y contrayéndose mientras el placer me recorría.

—¡Leo! —jadeé. Mis manos se agarraron a su pelo para acercarlo a mí. No quería que se acabara.

Sus dedos se ralentizaron y los sacó; con una sonrisa arrogante, me miró y se los chupó.

Me puse de pie con las piernas temblorosas para quitarme la camiseta y el sujetador. Leo rebuscó en la mesilla y sacó un preservativo. Había algo sexy en verle abrirlo y colocárselo en su duro pene.

Se puso delante de mí y me acarició la mejilla.

—¿Estás segura?

*¿Ahora mismo? Sí. ¿Mañana? Probablemente no.*

—Sí.

Me besó, acallando cualquier duda. Mi sabor en sus labios hizo que el calor se acumulara entre mis piernas, lista para más.

Me hizo girar bruscamente y me empujó suavemente, de modo que quedé inclinada sobre la cama.

—Tendremos que fingir que este es mi escritorio.

¿Su escritorio? Oh, Dios mío. ¿Nos había imaginado follando sobre su escritorio? ¿Cómo iba a mirarlo a los ojos cuando empezáramos a trabajar juntos todos los días?

—Sí, señor —escapó de mis labios antes de que pudiera evitarlo, y me encogí.

—Joder, qué bien suena que digas eso. —Me acarició las nalgas—. Has estado un poco descarada, ¿no crees?

Me dio una palmada y chillé, agarrándome al edredón. El escozor se suavizó al instante con el tierno roce de sus dedos.

—Te he hecho una pregunta, Elizabeth. —Su voz contenía a duras penas el deseo, y yo solo pude seguir interpretando los papeles en los que nos habíamos puesto.

—Sí, señor —susurré.

—Buena chica. —Su voz grave y ronca me produjo un escalofrío.

Me agarró de las caderas y me penetró de un solo empujón. Grité, con los brazos a punto de doblárseme mientras me apoyaba en la cama.

—¿Estás bien? —Se quedó donde estaba, enterrado dentro de mí, moviendo

las caderas en pequeños círculos mientras yo me adaptaba a él.

—Sí —jadeé, con el cuerpo tembloroso—. Fóllame, por favor.

Leo se retiró lentamente y volvió a penetrarme, una y otra vez, cada vez más fuerte que la anterior. Dejé de intentar sostenerme y apoyé los antebrazos en la cama. El ligero cambio de ángulo hizo que Leo diera en el punto que me llevó al límite de nuevo.

—Joder, sí, sigue apretándome. —Respiraba con dificultad, sus palabras salían con esfuerzo—. Esto es perfecto.

Apoyé la frente en los brazos y estrujé la sábana entre mis puños. Me fallaron las palabras cuando Leo me golpeó el clítoris con la misma intensidad que tenían sus embestidas.

—Córrete para mí. Grita mi nombre, Elizabeth —dijo, y me pellizcó el clítoris.

El orgasmo se apoderó de mí sin dejar ningún nervio intacto. Grité su nombre con voz ronca y desesperada mientras soportaba las oleadas de placer.

—¡Joder! —Leo empujó una última vez antes de estremecerse contra mí al correrse.

Nos quedamos así, conectados y jadeando, hasta que nuestras respiraciones volvieron a la normalidad. Cuando se retiró, gemí al notar el vacío, y me tumbé en la cama, donde me deshice como el hielo.

—Ahora vuelvo. —Entró en el baño y abrió el grifo de la ducha. Justo entonces la realidad de lo que habíamos hecho golpeó mi cerebro.

Cuando volvió, llevaba un paño caliente con el que me limpió suavemente entre las piernas. Lo hizo con tanta ternura que me entraron ganas de llorar.

—Gracias —susurré, con la cara roja de vergüenza.

Se sentó en el borde de la cama y me pasó la mano por la pantorrilla.

—Ha sido increíble...

Sentí que él quería decir algo más, pero no lo hizo, y siguió limpiándose. Era demasiado íntimo para tratarse de un encuentro de una sola vez, pero eso era lo único que podía ser, lo único que yo permitiría que fuera.

# 12

## MI CHICA

ETHAN

Mientras estaba en el vestíbulo, me sentí traicionado. Tuve que estrujar la bolsa del gimnasio contra mi pecho para no correr precipitadamente por el pasillo y arrancar a Libby de las garras de Leo.

¿Y ella... estaba siendo tan ruidosa porque él era bueno en la cama o estaba fingiendo?

Oh, Dios. Ella había dejado que Leo se la metiera.

Mi pene se estremeció ante la imagen que ese pensamiento creó en mi mente, y quise lanzar mi bolsa con fuerza. Sin mi permiso, mis pies me llevaron por el pasillo y se detuvieron frente a la puerta de Leo.

Podía irrumpir donde estaban y separarlos, como un amante despechado que ha pillado a su novia engañándolo.

Novia.

No una chica que resultaba ser mi amiga, no: una chica a la que quería para mí, y todavía no sabía cómo lidiar con eso.

Me quedé allí, paralizado, con la mente dando vueltas por los sonidos que me llegaban. Me sentía acelerado como al final de una carrera, con una mezcla de ira, celos y... ¿excitación? ¿Me pasaba algo malo?

Durante veintisiete años nunca había sentido algo así por ninguna mujer o persona de apariencia femenina, y mucho menos por mi mejor amiga. Libby siempre había sido especial para mí, pero aquello era nuevo; aquello me despertaba un sentimiento primitivo, y me aterrorizaba.

Me desplomé contra la pared y me deslicé hasta quedar sentado en el suelo, con mi bolsa de deporte apretada contra el pecho como un escudo. Los gemidos y gruñidos procedentes de la habitación de Leo continuaban. Cada sonido retorció un poco más el cuchillo que se había clavado en mis entrañas.

—Joder —murmuré, pasándome una mano por el pelo, que aún estaba

húmedo por el sudor.

¿Cómo no me había dado cuenta antes de mis sentimientos? Todas esas veces que habíamos dormido juntos, todas esas noches de cine acurrucados en el sofá y ni una sola vez había sentido la excitación que estaba experimentando en ese momento.

Pero ya no podía dejar de imaginar cómo sería estar allí con ella.

Ser quien la hiciera gritar de placer. Sentir su suave piel contra la mía, saborear sus labios...

—¡Leo!

—Joder.

Cerré los ojos con fuerza, pero lo único que conseguí fue que las imágenes mentales fueran más vívidas. El cabello rubio de Libby esparcido sobre la almohada, sus ojos marrones oscurecidos por el deseo, sus labios entreabiertos mientras ella se corría sobre mi pene.

Gemí frustrado cuando se me puso dura, luchando por ponerme de pie. Se trataba de Libby, por el amor de Dios. Mi mejor amiga. La chica que me había visto en mis peores momentos, que me había sostenido la mano cuando salí del armario con mis padres, que siempre había estado ahí para mí. Y ahora, ahí estaba yo, fantaseando con ella como un adolescente cachondo.

Pero no se trataba solo de sexo, ¿verdad? No, el sentimiento era más profundo. Era la forma en que se reía de mis chistes malos, la forma en que sus ojos se iluminaban cuando hablaba de sus alumnos o de un libro que estaba leyendo, la forma en que siempre sabía exactamente qué decir para hacerme sentir mejor.

Siempre había querido a Libby, pero estaba empezando a darme cuenta de que tal vez también estaba enamorado de ella.

Los ruidos en la habitación de Leo finalmente se calmaron, y respiré profundamente, ya que al parecer me había olvidado de hacerlo durante un rato. ¿Qué se suponía que debía hacer en ese momento? ¿Cómo podía enfrentarme a Libby sabiendo lo que sabía sobre mí mismo, sobre mis sentimientos hacia ella?

Y sabiendo que acababa de follar... con un tío con el que estuve a punto de follar yo.

Toda esa situación era un desastre de proporciones épicas.

Tenía que salir del pasillo, eso estaba claro. Quizás una larga ducha me ayudase a ordenar el caos de emociones que se arremolinaban en mi interior.

Una vez a salvo en mi habitación, dejé la mochila de deporte sobre el colchón hinchable, que era demasiado pequeño para mi estatura, y me dirigí al baño. Estaba deseando dormir sin que los pies me colgaran por el borde del colchón, pero hasta el fin de semana no me llevarían los muebles.

Me quité la camiseta y me miré en el espejo. Desde luego, tenía cara de que todo mi mundo se había puesto patas arriba. Libby había despertado en mí algo cuya existencia ignoraba, y yo no tenía ni idea de cómo volver a dormirlo.

Pero ¿quería hacerlo?

Abrí el grifo de la ducha y dejé que el agua se calentara mientras me quitaba el resto de la ropa del gimnasio empapada de sudor. No pude evitar gemir de frustración; a pesar de mis esfuerzos por pensar en otra cosa, estaba duro como una piedra.

—Traidor —murmuré, mirando con ira mi pene.

Al entrar en la ducha, esperaba que el agua se llevara la confusa mezcla de emociones que se arremolinaban dentro de mí. Pero mi mente seguía reproduciendo lo que había oído en el pasillo.

Los gemidos de Libby, los gruñidos de Leo, el choque de piel contra piel...

Cerré los ojos con fuerza, tratando de bloquear las imágenes mentales, pero eso solo las hizo más vívidas. Excepto que ahora no éramos solo Libby y yo. Leo también estaba allí, con sus manos y sus ojos hambrientos recorriendo nuestros cuerpos.

—Joder. —Me dolía el pene ante la mera idea de tener dos manos sobre él.

Y entonces la imagen cambió. Estaba enterrado dentro de Libby, con su cabeza echada hacia atrás en éxtasis, mientras Leo me tomaba por detrás.

Mi mano se movió por sí sola, y envolvió mi erección palpitante. Sabía que no debía hacer aquello, que no debía pensar así en mi mejor amiga, y mucho menos fantasear con un trío con ella y Leo. Pero ya era demasiado tarde para parar.

Mientras me acariciaba, la fantasía siguió desarrollándose. Me imaginé las fuertes manos de Leo en mis caderas, guiándome mientras yo penetraba a Libby. En ese mundo imaginario, no había celos ni confusión, solo placer puro y sin adulterar.

Gemí, moviendo la mano más rápidamente a medida que me acercaba al final.

Las imágenes eróticas cambiaron a los labios de Libby envolviendo mi pene mientras Leo se la follaba por detrás. A medida que mi orgasmo se

intensificaba, me apoyé contra la pared de la ducha con mi mano libre respirando entrecortadamente.

La línea entre la realidad y la fantasía se difuminó, y, por un momento, casi pude creer que Libby y Leo estaban realmente en la ducha conmigo, ambos de rodillas, turnándose para chupármela.

Con un grito ahogado, me corrí con fuerza, y mi liberación se fue por el desagüe junto con los últimos rastros de mi negación. Me desplomé contra la pared de la ducha, sintiéndome satisfecho y completamente confundido.

¿Cómo diablos se suponía que debía proceder? ¿Cómo podría enfrentarme a Libby —o a Leo, para el caso— sabiendo lo que acababa de hacer? Y lo más importante: ¿qué significaba aquello para mi sexualidad?

Tenía más preguntas que respuestas. Normalmente, habría recurrido a Libby, pero por razones obvias eso estaba fuera de toda discusión. Mis otros amigos probablemente me darían la tabarra en lugar de darme consejos, y no creía que quisiera contárselo todavía.

Parecía que tenía que averiguar por mí mismo qué demonios iba a hacer, pero lo que sí sabía era que sería un masoquista si salía de mi habitación. No era la primera vez que me pasaba toda la noche en mi dormitorio, porque sabía que, si me cruzaba con Leo, acabaría en la cárcel por asesinato.

Estaba de muy mal humor, a pesar de que era viernes y la oficina estaba tranquila. Había optado por un enfoque maduro y había evitado tanto a Libby como a Leo. Me sentía un poco culpable por no cenar con Libby, ya que ella había cocinado, pero en ese momento no podía confiar en cómo actuaría con ellos.

Era casi la hora del almuerzo y estaba indeciso entre enviarle un mensaje a Libby para ir a almorzar o continuar con mi tranquilo estado contemplativo. Sin embargo, mi mente estaba de todo menos tranquila.

Frustrado conmigo mismo por actuar como un niño en lugar de como un adulto, entré en la oficina de Paige con la esperanza de que ella pudiera arrojar algo de luz sobre mi situación. Desde que había empezado a trabajar en LRG Marketing el año pasado, se había convertido en mi mejor amiga en el trabajo.

—Hola, ¿estás ocupada? —Cerré la puerta y me senté antes de que ella respondiera.

Levantó la vista de la pantalla del ordenador con una sonrisa que

rápidamente se desvaneció.

—¿Qué pasa?

Dios, ¿tan transparente era?

—Nada. —Me pasé los dedos por el pelo—. Todo.

Esperaba no acabar arrepintiéndome de hablar con ella sobre aquello, ya que uno de sus tres novios no solo era mi jefe, sino también el hermano de Libby. Sin embargo, no había nadie más en quien confiar, los demás se reirían o cotillearían de ello en la sala de descanso.

Se mordió el labio.

—¿Es por Libby?

Me senté más erguido.

—¿Por qué? ¿Te ha dicho algo? —Libby se había acercado más a Paige durante el último año, pero no sabía que compartieran tanta información entre ellas.

—Me ha enviado hoy un mensaje para preguntarme si estabas bien; dice que anoche no te encontrabas bien y te acostaste muy temprano. ¿Qué está pasando? —Cerró su portátil y me prestó toda su atención.

—No puedes decirle nada de esto a nadie, especialmente a tus novios. —Estaba depositando mucha confianza en esa mujer, aunque era muy posible que aquello se volviera en mi contra.

Ella puso los ojos en blanco.

—Mientras nadie le haga daño a Libby, mis labios estarán sellados.

—Estoy enamorado de ella. —Las palabras salieron de mi boca antes de que pudiera detenerlas.

Paige abrió mucho los ojos.

—Oh, Ethan —susurró con tono comprensivo.

—Lo sé, lo sé —gemí, y me cubrí la cara con las manos—. Es ridículo, ¿verdad? Nunca había pensado en ella de esa manera. Bueno, y está el pequeño detalle de que es una mujer, pero últimamente... —No sabía cómo explicar el cambio en mis sentimientos sin parecer un loco.

—¿Qué ha cambiado?

Descubrí mi rostro y agarré los brazos de la silla para evitar volver a esconderme detrás de mis manos.

—No lo sé. Quizá sea que se ha mudado aquí, o que he visto a otra persona interesarse por ella, o... —Hice una pausa, recordando el momento que realmente me había sacudido hasta los huesos—. En el evento del fin de

semana pasado hubo un momento en el que todo encajó.

Paige asintió, con una pequeña sonrisa.

A veces se necesita un catalizador para que veamos lo que ha estado delante de nosotros todo el tiempo.

—Pero ¿qué hago? —pregunté, sintiéndome perdido—. No puedo arriesgarme a perderla. Además, ¿cómo le explico que, sorpresa, parece que me gustan las mujeres, aunque solo sea ella?

—El amor siempre es un riesgo, pero también es lo más maravilloso del mundo cuando es verdadero. En cuanto a tu sexualidad..., ¿deberíamos etiquetarnos y definir toda nuestra vida en función de esa etiqueta?

Suspiré dejándome caer en la silla.

—No, pero... ¿y si no es lo correcto? ¿Y si solo estoy confundido?

Paige negó con la cabeza.

—No creo que estés confundido sobre ella o sobre lo que sientes. ¿Qué le dirías a uno de tus amigos heterosexuales si te dijera que siente algo por su mejor amigo del mismo sexo?

—Le diría que lo intentara. —Me pasé la mano por la cara con una sonrisa—. Tienes razón. Maldita sea, Paige. ¿Cuándo te has vuelto tan sabia?

Se irguió en su silla, con una sonrisa burlona en el rostro.

—Bueno, esta mañana...

—No. —Me levanté de un salto; no tenía ninguna necesidad de escuchar nada sobre sus actividades sexuales—. Gracias, Paige.

—De nada. ¿Qué vas a hacer? —Abrió su portátil de nuevo mientras yo me detenía en la puerta.

—Voy a llevar a mi chica a comer.

Iba a ser muy incómodo, pero nunca me perdonaría si dejaba que Leo le clavara las garras antes de tener la oportunidad de ver cómo iban las cosas entre nosotros.

# 13

## AGRADABLE Y PROFESIONAL

LEO

Estaba mirando la pantalla del ordenador, incapaz de prestar atención a las distintas pestañas de noticias que intentaba cribar. Mi mente seguía volviendo a la noche anterior y a la sensación de tener a Libby debajo de mí, a su sabor embriagador, a la forma en que había gritado mi nombre mientras se corría.

Sacudí la cabeza, tratando de aclarar mis pensamientos. Esa era exactamente la razón por la que no debía haber cedido a la tentación.

—Buenos días, jefe. —La voz de Carter interrumpió mis pensamientos. Estaba en la puerta de mi oficina, con aspecto desaliñado, una taza de café en la mano y la lengua fuera como si se hubiera quemado al beber.

Agradecí la distracción.

—¿Sabes que también hacen café helado? —Cogí mi café fresquito y le di un sorbo de forma teatralizada—. Ah, qué bueno, y no me quema la lengua si soy un cabrón impaciente.

Carter soltó su maletín y se dejó caer en una silla.

—¿Cómo te va la vida compartiendo piso?

Suspiré y me pasé la mano por la cara.

—Ni me lo preguntes.

—La oferta de quedarte conmigo sigue en pie. —Le quitó la tapa a su café y sopló—. Quizá tengas razón con lo del café helado.

—Vives literalmente en un almacén, y no voy a trasladar mis cosas cuando apenas me paso por allí. Además, mi suelo debería llegar en las próximas semanas. —Regresé a mi ordenador con la esperanza de terminar la conversación—. ¿Por qué has venido hoy?

—¿Qué clase de hombre sería si no viniera a ayudar a nuestra nueva empleada a instalarse?

Lo miré de reojo.

—¿Qué? Nada de confraternizar, Carter. —De repente, sentí que necesitaba doce tazas de café. No tenía la fortaleza mental para lidiar con su necesidad de sacarme de quicio.

—Lo dice el tío que la besó.

¿Quedaría mal que el director de una organización sin ánimo de lucro saltara sobre la mesa y estrangulara a un empleado? Ojalá nunca le hubiera contado aquello, y, desde luego, ya no pensaba contarle que me había acostado con ella.

—Carter. —El tono de advertencia en mi voz era muy claro, pero a él no le importó.

—Creo que a ella le gustaría mucho ver mi almacén. Una agradable cena a la luz de las velas en la azotea con la línea del horizonte ante nosotros debería crear el ambiente perfecto. —Le dio un gran trago al café y se enderezó en su silla con una sonrisa de satisfacción. —Apreté la mandíbula—. Ahora es mi turno para intentarlo, antes de que se acabe el tiempo. —Metió la mano en su maletín y sacó su *tablet*—. Es solo cuestión de tiempo que el príncipe *fae* reclame a su princesa.

Me pasó la *tablet*, y en la pantalla de bloqueo había una foto de Libby y de Ethan en la ceremonia de inauguración. Me sirvió para recordar lo jodido que había sido para mí intentar ligar con ella cuando su mejor amigo la miraba como si fuera su mundo entero y quisiera comérsela para desayunar, comer y cenar.

No podía estar seguro, pero estaba convencido de que Ethan había vuelto del gimnasio y nos había oído, si su repentino dolor de cabeza y el hecho de encerrarse en su habitación eran indicativos de algo.

Por desgracia, ahora que había pasado más tiempo con Libby y había probado sus dulces labios, entre otras cosas, solo quería más.

Me quedé mirando la foto más tiempo del necesario. Verlos juntos me provocó una punzada de anhelo en el pecho.

—Eso no sucederá nunca.

—Claro que sí, sobre todo ahora que viven juntos. —Carter se levantó, rodeó mi escritorio y abrió su álbum de fotos.

—Duermen en la misma cama todo el tiempo y nunca ha pasado nada.

—Ah, ¿sí? Esta foto de aquí dice que han hecho algo más que compartir inocentemente la cama.

Señaló una foto en la que Ethan le acariciaba la mejilla a Libby.

—Me da igual. —Le devolví la *tablet*, incapaz de mirar más fotos—. Tengo

trabajo que hace.

Carter echó un vistazo a mi pantalla.

—Tío, pagas a alguien para que mire esas cosas por ti.

—Lo sé. —Minimicé la ventana del navegador, avergonzado por que me hubiera descubierto—. Aun así, podría pasarse algo por alto.

Mi peor pesadilla era despertarme una mañana y encontrar mis trapos sucios por toda la red. En los días de poca actualidad, los *paparazzi* y los columnistas de cotilleos eran tiburones esperando cualquier pedazo de carnaza al que aferrarse.

—Sigo pensando que lo más sensato habría sido acudir a la policía o al FBI en lugar de darles lo que querían.

—Hola. —La voz de Libby desde la puerta casi me detuvo el corazón, y no solo porque fuera ella, sino porque... ¿cuánto había oído de esa conversación?

Me enderecé en la silla, tratando de recuperar la compostura, aunque el vestido rojo que llevaba puesto me dificultaba articular palabra.

Ella miró de uno al otro.

—¿Interrumpo?

—En absoluto. Carter se iba.

Carter, siempre liante, me apretó el hombro.

—Le estaba enseñando las increíbles fotos del evento. ¿Quieres verlas?

—Eeeh... quizá más tarde. —Libby parecía indecisa, y sentí una oleada de instinto protector.

—¡Perfecto! Puedo enseñártelas después, si quieres ir a comer algo —se ofreció Carter con suavidad.

Me sacudí su mano de mi hombro y me levanté, lanzándole una mirada fulminante.

—Estás despedido.

—¿Por qué motivo?

—Porque eres un grano en el culo. —Cogí mi café helado y rodeé el escritorio, centrándome en Libby—. Déjame enseñarte tu oficina y hacerte un recorrido.

—¡Nos vemos en la comida, Libby! —gritó Carter mientras salíamos.

Apreté la mandíbula y conduje a Libby por el corto pasillo hasta su oficina.

—¿Cómo estás hoy?

Para el caso, podía haberle preguntado cómo se sentía con respecto al tiempo.

Apoyé una mano en la parte baja de su espalda y entró por delante de mí. Retiré la mano como si hubiera tocado una estufa caliente.

—Estoy bien... —No parecía muy segura—. ¿Qué decíais del FBI?

No quería mentirle, pero tampoco quería decirle la verdad.

—Solo una tontería que ocurrió el verano pasado en mi yate.

—No le ataste un saco de piedras en los tobillos a nadie, ¿verdad? —Se dirigió al escritorio, dejó su bolso y se volvió hacia mí.

—Nada de sacos de piedras. —Aunque me divertía imaginarme haciéndole eso a la gente que se aprovechaba de una situación para ganar millones de dólares—. ¿Te parece bien este despacho? Hablaba en serio cuando decía que podíamos cambiar.

—No necesito un despacho en esquina. Creo que es un gasto excesivo cuando podríamos haber alquilado un espacio más pequeño en Queens, más cerca de donde estará la oficina permanente.

—Este edificio pertenece a mi familia, y, con el descuento que he conseguido, es más barato aquí que alquilar un espacio en otro sitio. Es un poco incómodo para algunas reuniones, pero voy allí o alquilo un espacio por días si es necesario.

—Oh... —Ella miró fijamente el escritorio—. Supongo que debería haber mirado los documentos financieros que Ryker me envió hace meses.

Hubo un silencio incómodo que no supe cómo romper. No habíamos hablado de lo que había pasado entre nosotros, ni siquiera cuando cenamos. En lugar de eso, pusimos una peli de comedia y nos ignoramos el uno al otro.

—¿Quieres que te enseñe todo esto o...?

Finalmente levantó la vista, con las mejillas más sonrosadas que antes.

—Creo que me gustaría explorarla por mi cuenta, ¿te parece bien?

—Claro. Eeeh... te dejo entonces. —Le hice un pequeño gesto con la mano y salí de su oficina, sintiéndome como un completo idiota por ese gesto.

Rápidamente di media vuelta y prácticamente corrí a mi despacho. Por suerte, Carter se había ido al suyo, y pude cerrar la puerta y apoyarme contra ella.

Pensaba que mis días de tomar malas decisiones habían quedado atrás, pero estaba bastante seguro de que esa había sido una de las peores.

La tentación de seguir a Libby y Carter a la comida era tan abrumadora que

tuve que encerrarme en mi oficina y fingir que estaba hablando por teléfono.

La mañana había transcurrido sin problemas, con Libby ya empezando a ponerse en contacto con las escuelas para concertar reuniones y trabajando en las descripciones de los puestos de trabajo para los empleados que habría que contratar.

Pero entonces llegó la hora de la comida y Carter se abalanzó sobre ella y se la llevó a comer. ¿Estaba jodidamente celoso? Quizás. En todo caso, estaba enfadado con él por utilizar a Libby para cabrearme.

En el pasado, yo había hecho lo mismo con él, pero aquello era muy diferente.

Alguien llamó con firmeza a la puerta de mi oficina y eché un vistazo a los recordatorios de mi calendario, pero no vi a nadie en la agenda.

—Adelante.

La puerta se abrió lentamente al principio, como si la persona estuviera echando un vistazo al interior, y luego se abrió por completo.

Debería haber sabido que Ethan acabaría enfrentándose a mí de nuevo. La expresión de su rostro no dejaba lugar a dudas de que sabía lo de la noche anterior. No estaba seguro de si se lo había contado Libby o si lo había oído.

—¿Dónde está Libby?

—Vaya, qué saludo tan agradable y profesional. —Cerré mi portátil y me levanté—. ¿En qué puedo ayudarte?

—¿Dónde está Libby? No ha respondido a mi mensaje y no está en ninguna de las oficinas. —Tenía mucho descaro al entrar en mi despacho sin permiso.

—Está claro que necesito contratar a un recepcionista... o a un guardia de seguridad. —Rodeé el escritorio y me apoyé en él—. Libby se ha ido a comer con Carter. —No pude ocultar el enfado en mi voz, y tuve que recordarme que Libby no era mía.

Su ceño se frunció aún más.

—¿Él...? —Sacudió la cabeza, reconsiderando lo que iba a decir—. Da igual. He decidido dar el siguiente paso con ella.

Crucé los brazos sobre el pecho, sin sorprenderme pero sintiéndome como si me hubiera dado un puñetazo.

—¿Cómo vas a hacerlo?

—Eso no es asunto tuyo

—Es asunto mío cuando yo también voy a dar el siguiente paso. —¿Qué cojones estaba haciendo?—. Además, ¿cómo piensas explicarle que has estado

fingiendo todo este tiempo que eres gay?

Retrocedió como si lo hubiera golpeado, pero entonces su expresión cambió.

—¿Y cómo piensas explicarle tú que has estado fingiendo todo este tiempo que eres hetero?

—¿Perdón? —No había forma de que él supiera lo que había pasado en el yate con la mujer y su marido.

—Intentaste follarme. —Me miró de arriba abajo con asco.

—¿De qué demonios estás hablando, Ethan? —Me quedé paralizado, aunque quería sacarlo de mi despacho de un empujón y cerrar la puerta con llave.

—De la fiesta de Navidad.

¿La fiesta de Navidad? Intenté recordar aquella noche, pero estaba un poco borrosa, sobre todo porque había tenido otra pelea con mi padre sobre mi desastre de vida.

—No lo recuerdo, pero no me acuesto con hombres..., y nunca me acostaría contigo. —Lo que no le dije fue que la única vez que me había acostado con un hombre acabó saliéndome el tiro por la culata.

Puso los ojos en blanco.

—Dios, eres realmente un pedazo de mierda, ¿no? ¿Has olvidado que te acostaste con la hermana de Ryker anoche?

La forma en que se refirió a Libby me puso inmediatamente en guardia, y me alejé de mi escritorio.

—No me desafíes.

Se encogió de hombros.

—Si siento que se están aprovechando de mi mejor amiga, soy capaz de cualquier cosa.

¿Por qué tenía que ser tan irritante?

—No me estoy aprovechando de ella; te lo puedo garantizar.

—¿Y aun así permites que salga a comer con otro hombre, uno que coqueteaba con ella el fin de semana pasado? —Hizo un gesto negativo—. No preocuparte por eso demuestra exactamente cómo te sentías por lo de anoche.

—Tienes que irte antes de que te obligue a irte. Ahora mismo.

El muy imbécil echó la cabeza hacia atrás y se rio.

Eso desencadenó un recuerdo enterrado en algún lugar de mi mente. Uno en el que él se reía de la misma manera mientras yo estaba sentado a su lado en el bar del hotel, con varios vasos de chupito esparcidos delante de nosotros

como si hubiéramos estado bebiendo agua y no tequila.

Intenté imaginarlo: él y yo tambaleándonos hasta la habitación de hotel que yo siempre tenía reservada, pero era difícil de imaginar dado cómo me había estado tratando.

—Esta es la última vez que te digo que mantengas tus manos y tu polla lejos de ella. —Se dio la vuelta para marcharse y se topó cara a cara con Libby.

# 14

## CRUZANDO LA LÍNEA

LIBBY

¿En qué demonios me había metido? Había estado deseando volver a la oficina, pero me detuve en seco cuando vi la alta figura de Ethan llenando la puerta de Leo.

¿Por qué mi mejor amigo estaba amenazando a mi jefe?

Un jefe con el que resultaba que Ethan sabía muy bien que me había acostado.

Se me revolvió el estómago y me sentí enfadada en lugar de molesta. ¿Cómo se atrevía Ethan a rechazarme e ignorarme toda la noche y toda la mañana y luego entrar en mi lugar de trabajo para amenazar a Leo?

Ethan se dio la vuelta para marcharse, con los ojos muy abiertos por la sorpresa.

—Eh, hola.

No tenía nada que decirle, así que hice lo que cualquier persona madura de veintiséis años haría y me fui a mi despacho. Había un momento y un lugar para las discusiones personales, y en medio de la oficina en mi primer día no era el adecuado.

—¡Libby! ¡Espera! —Ethan estaba justo detrás de mí y no me dejó cerrarle la puerta—. Se está aprovechando de ti y no puedo permitirlo...

Me di la vuelta y le señalé con el dedo.

—¡No tienes derecho a entrometerte en mi vida sexual! ¡Y menos aún en el trabajo!

Él bajó la mirada.

—Lo siento. Me he pasado..., no te enfades conmigo. Solo intentaba protegerte.

—No necesito que me protejan. —Me senté pesadamente en mi silla y abrí el portátil, aunque sabía que tardaría un rato en calmarme lo suficiente como

para concentrarme—. Tengo trabajo que hacer, así que, si pudieras cerrar la puerta al salir, te lo agradecería.

—Libby...

—¡Vete! —Se me quebró la voz y se me llenaron los ojos de lágrimas—. Por favor, vete, Ethan —susurré.

Se quedó allí unos segundos más antes de suspirar y cerrar la puerta suavemente tras él. Las palabras en la pantalla de mi portátil se difuminaron mientras las lágrimas amenazaban con derramarse. ¿Qué demonios estaba pasando en mi vida?

*Está enamorado de ti.*

Una risa histérica brotó de mi garganta, pero me la tragué. No tenía ninguna gracia, era un desastre.

Menos de un mes atrás, Justin me había dejado porque no le gustaba que me fuera a vivir con Ethan, y de pronto me encontraba en medio de un extraño triángulo amoroso con mi jefe y mi mejor amigo. La imagen de ambos enfrentándose en la oficina de Leo pasó por mi mente y mi pecho se contrajo.

Enterré la cara entre las manos, tratando de estabilizar mi respiración.

—Basta —me dije, pero fue inútil. El dique se rompió y me encontré sollozando en silencio en mi escritorio, con los hombros temblando por el esfuerzo de mantenerme callada.

Ethan lo era todo para mí, y, si hubiera tenido que elegir, sin duda alguna habría sido él. Pero luego estaba Leo. Aunque aún no lo conocía muy bien, sentía una atracción innegable hacia él, por mucho que me sacara de mis casillas.

¿Cómo podía sentir algo por los dos? ¿En qué tipo de persona me convertía eso?

Sabía que eran pensamientos absurdos —la gente podía amar a más de una persona—, pero la culpa y la incertidumbre seguían ahí.

Un golpe en la puerta me sobresaltó.

—¿Libby? ¿Estás bien? —Era Carter, y rápidamente me sequé los ojos en un intento por recomponerme.

Había olvidado convenientemente su *tablet* cuando nos habíamos ido a comer, y todavía quería enseñarme las fotos del fin de semana. La comida con él había sido agradable, y definitivamente había coqueteado conmigo, pero yo no sentía nada por él, salvo quizá la posibilidad de que fuéramos amigos.

—¡Estoy bien! —grité, haciendo una mueca al darme cuenta de lo obvio que

sonaba. No tenía sentido intentar ocultarlo. Probablemente lo habría oído todo de todos modos—. Entra.

La puerta se abrió un poco y apareció el rostro preocupado de Carter.

—No pareces estar bien. —Entró y cerró la puerta detrás de él—. ¿Qué pasa?

Abrí la boca para restarle importancia, para decir que no era nada, pero en lugar de eso, me encontré contándoselo todo. La confusión, la culpa, la ira..., todo salió a borbotones en una mezcla confusa de palabras y lágrimas.

Cuando finalmente me quedé sin fuerzas, me dedicó una sonrisa comprensiva.

—Está bien sentirse confundida. Eres humana, y a veces sentimos algo por más de una persona a la vez. Eso no te convierte en una mala persona. ¿Tu hermano no está en una relación con varias personas?

—Sí, pero ellos querían eso desde el principio. Ethan y Leo se odian. — Respiré hondo, sintiendo cómo parte de la tensión abandonaba mi cuerpo—. ¿Qué se supone que debo hacer?

Carter se encogió de hombros.

—Líbrate de ellos y sal conmigo.

Me reí y me limpié la nariz.

—Carter...

—No te preocupes, sé cuándo no me quieren. Es la historia de mi vida. — Sonrió, aunque era una sonrisa forzada—. De todos modos, ¿quieres ver estas fotos? Puedo enviártelas, ya que los sentimientos de Ethan hacia ti son un tema delicado en este momento y quedan muy claros en estas fotos.

—Probablemente sea mejor que me las envíes. No sé si podré soportarlas en este momento. Y... gracias, Carter.

Me guiñó un ojo mientras se levantaba.

—De nada, princesa.

No pude evitar sonreír cuando salió de mi oficina.

Salí del trabajo sintiéndome emocionalmente agotada. No solo por la situación con Ethan y Leo, sino por un trabajo para el que sentía que no estaba preparada en absoluto.

No tenía ni idea de cómo ser directora del programa de un centro comunitario, y eso había quedado dolorosamente claro cuando pasé la tarde

tratando de averiguar qué puestos se necesitaban y cuáles eran sus descripciones de trabajo. Además, saber que iba a tener que supervisar a quienquiera que contratara era demasiado. Imaginarme despidiendo a alguien que no estuviera a la altura era suficiente para que me diera urticaria.

Sabía que con el tiempo lo llevaría bien, pero en ese momento quería ir directamente a mi hermano y decirle que estaba loco por quererme en ese puesto. Al menos había tenido el sentido común de no nombrarme directora de la fundación.

Y para colmo tenía que lidiar con mi incompetencia en mi vida personal.

Al acercarme a mi apartamento, sentí un nudo en el estómago. Ethan estaría en casa y tendría que enfrentarme a él y a los sentimientos que habían creado aquella distancia entre nosotros. O bien nos separaría aún más o nos uniría de una manera que me aterrorizaba.

¿Y si intentábamos ser más que amigos y no funcionaba? ¿Y si no podía ignorar mis sentimientos por Leo? ¿Y si todos me abandonaban, como siempre habían hecho?

Inspiré hondo, abrí la puerta y entré. Ethan estaba sentado en el sofá, mirando fijamente la pantalla apagada del televisor. Miró por encima del hombro mientras me quitaba los zapatos y dejaba caer mis bolsas sobre la mesa de la consola.

—Hola. —Su voz fue suave e insegura—. ¿Podemos hablar?

Asentí y me senté a su lado en el sofá. Guardamos un silencio incómodo durante un momento, mientras la tensión entre nosotros aumentaba.

Ethan rompió finalmente el silencio.

—Lo siento. No debería haberme enfrentado a Leo de esa manera, pero, Lib..., él es...

—¿Un mujeriego? Conozco su historial.

—No lo conoces. No sé cuánto has oído de esa conversación, pero él ni siquiera recordaba cuando él y yo casi...

—¿Casi qué?

—Casi nos acostamos después de la fiesta de Navidad de la empresa... Estábamos borrachos y él quería subir a su habitación. Se durmió nada más llegar. —Me cogió la mano, pero yo la retiré—. Debería habértelo contado.

Me levanté, destilando frustración hasta por los poros.

—¿Por eso te has portado como un capullo con él? ¿Porque te gustaba?

Ethan se puso de pie.

—¡He sido un capullo con él porque estoy jodidamente enamorado de ti!

—¿Sí? Pues tienes una forma estupenda de demostrarlo. —Me di la vuelta para marcharme, pero no llegué muy lejos antes de que él me girara y sus labios se encontraran con los míos.

Por un momento, me quedé paralizada, con la mente acelerada para entender lo que estaba pasando. Entonces, una oleada de calor se extendió por mi cuerpo, como si mis sentimientos por él finalmente se estuvieran desvelando.

Sus labios eran suaves pero insistentes, y yo agarré su camisa mientras sus manos se posaban en mi cintura y me llevaban hacia él. Seguía siendo Ethan, mi mejor amigo, pero ahora era algo más. Algo emocionante y aterrador a la vez.

La habitación daba vueltas a nuestro alrededor, mi mundo se inclinaba mientras me dejaba llevar por el momento. Sus manos subieron para acariciar mi cara, y sentí la urgencia en su beso; las emociones reprimidas por fin se liberaron.

Pero incluso mientras le devolvía el beso y me dejaba fundir en su abrazo, había una voz molesta en el fondo de mi mente.

¿Qué pasaría con nuestra amistad? ¿Qué pasaría con todos los riesgos y complicaciones que conllevaba cruzar esa línea?

La culpa me carcomía, pero también lo hacía el deseo. Lo quería, lo deseaba más de lo que jamás me había admitido a mí misma. Pero también me asustaba lo que eso significaba y la manera en que podría cambiarlo todo.

Me aparté ligeramente, con la respiración entrecortada.

—Ethan, no podemos... —susurré con la voz ronca por el deseo y la duda—. Quiero decir, quiero, pero...

Ethan apoyó su frente en la mía, con los ojos cerrados como si estuviera saboreando el momento.

—Libby —suspiró, con la voz cargada de emoción—. Sé que son demasiadas cosas, y yo también tengo miedo, pero no puedo seguir fingiendo que lo que siento no es real.

Me sentía como si estuviera al borde de un precipicio mirando hacia lo desconocido. Un paso adelante podría significar una caída libre, pero también podría significar salir volando.

Él retrocedió un paso para darme espacio.

—No tenemos que hablarlo todo ahora mismo, ¿vale? Podemos tomárnoslo con calma.

—Creo que necesito aire. —Me fui con rapidez hacia la entrada, me puse los zapatos a toda prisa y cogí mi bolso, con la mente aún aturdida por lo que acababa de pasar.

—¡Libby! —me llamó Ethan, con voz preocupada y un toque de desesperación.

Pero no podía quedarme. Necesitaba espacio, aire y tiempo para procesar el torbellino de emociones que amenazaba con abrumarme. Sin mirar atrás, abrí la puerta de un tirón y salí corriendo al pasillo.

Me dirigí rápidamente hacia el ascensor y apreté el botón varias veces, deseando en silencio que subiera más rápido.

Ethan no me había seguido, y se lo agradecía. Me sentía como una mierda por haber huido, pero necesitaba un minuto o dos. Esperaba que una excursión al vestíbulo fuera suficiente. Después podría lidiar con todo como una adulta equilibrada que no estaba completamente aterrorizada por el amor y la potencial pérdida que conllevaba.

El suave sonido del ascensor al llegar fue como música para mis oídos. Cuando las puertas se abrieron, me lancé hacia delante, lista para escapar, pero choqué con Leo, que salía de él.

—Eh, tranquila. —Sus fuertes manos me estabilizaron, y sus ojos pasaron de divertidos a preocupados—. ¿Dónde está el fuego?

De todas las personas con las que me podía haber encontrado tenía que ser él.

—Solo... solo estaba... —balbucí, tratando de recuperar la compostura. Pero mi mente estaba en blanco, incapaz de encontrar una razón coherente por la que estaba entrando en pánico.

Leo frunció el ceño al ver mi estado de nerviosismo.

—¿Estás bien? —preguntó con tono suave y genuina preocupación.

Asentí rápidamente, quizás con demasiado ímpetu.

—¡Sí! Estoy bien. Necesito... un poco de aire fresco.

Entornó los ojos ligeramente; a todas luces, no se lo creía.

—¿No acabas de llegar a casa?

Me irritó su pregunta, y mi frustración anterior con él resurgió.

—No sabía que necesitaba tu permiso para salir a dar un paseo —espeté.

Levantó las manos en señal de rendición, con una sonrisa burlona en los labios.

—Tranquila, princesa. No intento detenerte. Pero si buscas compañía... —

Dejó la invitación suspendida en el aire entre nosotros.

—No. Necesito estar sola. —Entré en el ascensor y pulsé el botón de la planta baja—. Volveré en un rato.

Pensé que no me iba a hacer caso, pero salió del ascensor.

—Pediré la cena.

La puerta se cerró antes de que pudiera discutir y me recosté contra la pared del ascensor, agotada.

# 15

## BANDERAS ROJAS

LEO

Tenía muchas ganas de correr tras Libby y hacerle olvidar lo que fuera que tuviera en mente, pero sabía que no debía hacerlo. Después de que volviera de la comida y oyera a Ethan amenazarme, se había encerrado en su despacho durante el resto del día. Ni siquiera había tenido la oportunidad de ver cómo llevaba todas las reuniones que tenía programadas.

Ella había salido a dar un paseo por alguna razón, y probablemente yo era parte de ella. La otra parte..., bueno, había estado tratando de no pensar en él. No tenía ninguna posibilidad contra un hombre como Ethan.

Volviendo a poner mi cara de hombre de negocios, entré en el apartamento y me lo encontré tumbado en el sofá, con los dedos hundidos en el pelo como si estuviera a punto de arrancárselo.

Así que él había sido la causa de que ella hubiera huido a toda prisa.

Entré en la sala de estar y dejé caer mi maletín en la isla al pasar.

—¿Qué le has dicho?

Ethan no respondió, solo negó ligeramente con la cabeza, así que hice lo que cualquier hombre de negocios racional habría hecho en esa situación y rodeé el sofá para ponerme delante de él.

Le di una patada en el pie para llamar su atención.

—Te he hecho una pregunta.

El hijo de puta resopló.

Le agarré un puñado de pelo y le eché la cabeza hacia atrás para que me mirara.

—¿Qué le has dicho?

Me apartó la mano de un golpe.

—La he besado.

—¿Que tú... qué? —No sabía por qué me sorprendía tanto; tampoco era

una novedad que Ethan estaba enamorado de ella.

—La he besado y ella ha salido corriendo. —Volvió a agarrarse el pelo.

—¿Y tú has dejado que se fuera? —Empecé a dar vueltas al otro lado de la mesita. Era mejor tener una barrera entre nosotros—. ¿Por qué no has ido tras ella?

Levantó las manos con frustración.

—No lo sé, Leo. ¿Quizás porque la conozco lo suficiente como para saber cuándo retirarme?

Apreté la mandíbula. Una parte de mí se sentía aliviada de que Ethan finalmente hubiera dado el paso; al menos ahora todo estaba claro. Pero otra parte de mí, una parte egoísta y posesiva, se sentía como si me hubieran dado un puñetazo en el estómago. Mis posibilidades con Libby ya eran escasas, y ahora se habían reducido prácticamente a cero.

Pero así debía ser. Yo no era lo bastante bueno para ella, pero eso no me impedía aferrarme a la pequeña esperanza de que tal vez lo era... o podría serlo.

—¿Y la conoces tan bien como crees? —No pude evitar que la amargura se reflejara en mi voz.

Ethan levantó la cabeza de golpe, con los ojos chispeando.

—¿Qué sabrás tú? Tu idea de conocer a una mujer es memorizar su talla de sujetador.

Sus palabras me dolieron más de lo que quería admitir.

—Al menos tengo experiencia con las mujeres —le espeté—. ¿Cómo piensas satisfacerla si nunca has tocado a una mujer?

En cuanto las palabras salieron de mi boca, supe que había cruzado una línea. El rostro de Ethan enrojeció, en una mezcla de vergüenza y furia. Se puso de pie, con sus dos metros de altura sobre mí.

—No sabes nada sobre mí ni sobre lo que soy capaz de hacer —gruñó—. ¿A cuántas mujeres has hecho llorar después de un rollo de una noche? ¿Cuántos corazones has roto?

¿Qué argumento tenía para rebatirlo? No se equivocaba, aunque yo estuviera intentando pasar página.

—Las mujeres son criaturas complejas. Necesitan algo más que un amor juvenil y besos robados.

—Parad. —La suave voz de Libby rompió la hostilidad. ¿Qué había hecho? ¿Subir en el ascensor y volver enseguida?

Di un paso atrás, alejándome de Ethan, que estaba prácticamente pegado a mí.

—Creía que necesitabas dar un paseo.

Sus ojos, normalmente cálidos y acogedores, ahora ardían con una intensidad que, podría haberlo jurado, hizo que mi pene se estremeciera y mis pelotas se escondieran. Se rio, pero no había humor en ello.

—¡Lo que necesito es que vosotros dos maduréis de una vez!

Ethan y yo intercambiamos una mirada, unidos momentáneamente por nuestra sorpresa e incomodidad compartidas.

—¿Tenéis idea de lo que es estar atrapada en medio de... lo que sea que sea esto? —Libby hizo un gesto del uno al otro y alzó la voz—. ¡Es agotador! Cada vez que me doy la vuelta estáis peleándoos. ¿Y para qué?

Abrí la boca, pero ella me interrumpió con una mirada severa.

—No, no quiero oírlo. Todo lo que veo son señales de alarma. ¡Dondequiera que mire hay una bandera roja ondeando ante mis narices! —Se pasó la mano por el pelo con evidente frustración en cada movimiento—. Me siento como si estuviera arbitrando un combate de boxeo entre dos niños grandes.

No podía negar la verdad de sus palabras. Habíamos estado actuando como idiotas, dejando que nuestra rivalidad se descontrolara.

—Lo siento —empecé, pero ella levantó una mano.

—Ahórratelo, Leo. He escuchado suficientes disculpas como para toda una vida. —Respiró hondo y vi el dolor que se escondía tras su ira. Me provocó un pinchazo en el pecho al que no estaba acostumbrado—. Creo que deberías irte a otro sitio.

Por un momento, estuve seguro de haberla oído mal.

—¿Qué?

—Ya me has oído —dijo con voz más firme—. Tienes medios para alojarte donde quieras.

Sentí como si me hubiera arrancado el corazón.

—Libby, vamos. Eso no es necesario...

—Sí lo es. No puedo soportar más este comportamiento. No es justo para mí ni para nadie que tenga que estar cerca de vosotros.

Ethan, que había estado inusualmente callado, finalmente habló.

—Libby, yo...

—No, Ethan. Tú tampoco te libras. —Se volvió hacia él, y lo vi encogerse—. Los dos sois responsables de esto. —Nos miró por última vez con evidente

decepción en los ojos—. Necesito espacio. De los dos.

Dicho eso, dio media vuelta y se marchó furiosa a su habitación para dejarnos a Ethan y a mí en un silencio atónito.

El portazo resonó en el apartamento de un modo que me hizo estremecer. Miré a Ethan, esperando ver el triunfo en sus ojos por mi inminente partida. Sin embargo, vi la misma conmoción y arrepentimiento que yo sentía.

—Bueno —dije para romper el silencio—. Supongo que eso es todo.

Ethan asintió pasándose una mano por la cara.

—Sí, supongo que sí.

Los dos la habíamos cagado a lo grande, y yo no tenía ni idea de cómo arreglarlo.

Que Libby me echara me dolió más de lo esperado, y fui incapaz de dormir. Mi esperanza era que por la mañana Libby se hubiera calmado lo suficiente como para cambiar de opinión. De todos modos, tampoco había planeado quedarme mucho más tiempo.

Aunque quería hacerlo.

De repente me había dado cuenta de que solo me apetecía estar en casa, pero lo había estropeado todo. Nunca me había considerado una persona solitaria hasta que empecé a vivir con Libby y con Ethan.

Sabiendo que no iba a conciliar el sueño enseguida, fui a encender la lámpara, solo para encontrarme con que no había luz. Con un suspiro, cogí mi teléfono y accioné la linterna para no tropezar con nada de camino a la llave de la luz principal.

Accioné el interruptor y no pasó nada.

—Mierda.

¿Los cortes de luz de los viernes por la noche iban a ser un nuevo servicio de mi bloque? Miré mis mensajes y, efectivamente, había recibido uno que decía que la luz se restablecería lo antes posible.

Salí de mi habitación y me adentré en el pasillo, con la luz de mi teléfono guiándome a través de la oscuridad. El piso estaba inquietantemente silencioso, salvo por el suave sonido de mis pies desnudos sobre el suelo de madera. De camino hacia la cocina, un grito angustiado rompió el silencio.

—¿Ryker? ¡Ryker!

Mi corazón dio un vuelco. Era Libby, y parecía aterrorizada. Sin dudarlo,

cambié de rumbo y me dirigí hacia su habitación. Cuando llegué ante la puerta de Libby Ethan salía de la habitación de él con aspecto desaliñado y preocupado.

—Yo me encargo.

Fruncí el ceño, confundido por su seguridad.

—¿Qué está pasando?

Ethan negó con la cabeza, tratando de alcanzar el pomo de la puerta por detrás de mí.

—Es complicado. Yo me encargo.

Pero no podía marcharme. Y menos cuando Libby sonaba tan angustiada. Llamé suavemente antes de abrir, ignorando el suspiro de frustración de Ethan.

El haz de luz de la linterna de mi teléfono atravesó la oscuridad y reveló una imagen que me rompió el corazón. Libby estaba acurrucada en su cama, temblando y sollozando. Tenía el pelo alborotado, pegado a la cara manchada de lágrimas, y parecía tan pequeña y vulnerable que me dolía físicamente verla así.

—¿Libby? —la llamé en voz baja, dando un paso hacia el interior de la habitación.

Antes de que pudiera acercarme más, Ethan me empujó y se dirigió directamente a la cama. Sin dudarlo, se sentó junto a Libby y la abrazó. Ella se aferró inmediatamente a él y enterró el rostro en su pecho.

—Ya está, no pasa nada —murmuraba Ethan con una voz suave que nunca le había oído antes—. Estoy aquí. Estás a salvo.

Las palabras de Libby salieron entre sollozos.

—Las luces... se han apagado... No puedo... Ryker..., por favor...

Me quedé allí, paralizado, sintiéndome como un intruso en ese momento tan íntimo. Estaba claro que Ethan sabía exactamente qué hacer y cómo consolarla. También estaba claro que yo no pintaba nada allí.

Mientras observaba cómo Ethan le acariciaba el pelo y le susurraba palabras tranquilizadoras al oído, una mezcla de emociones se arremolinaba en mi interior. Confusión, preocupación y una punzada de celos. Quería ser yo quien la consolara, pero no sabía cómo. Ni siquiera sabía qué le pasaba.

—Solo es un corte de luz —dijo Ethan en voz baja, mirándome a los ojos por encima de la cabeza de Libby. Había un mensaje claro en su mirada: *«Te he dicho que me encargaba de esto»*.

Asentí, sintiéndome inútil y fuera de lugar.

—¿Necesitas... necesitas algo? —Quería ayudar de alguna manera.

Ethan negó ligeramente con la cabeza sin soltar a Libby.

—Estamos bien. Gracias, Leo.

No me atreví a marcharme, así que me quedé allí, observando cómo los sollozos de Libby se iban convirtiendo poco a poco en hipidos. Era obvio que se trataba de algo mucho más que miedo a la oscuridad.

Ethan se fue deslizándose hacia abajo hasta que ambos quedaron tumbados en la cama, abrazados. Se acomodaron, con sus cuerpos entrelazados de una manera que me indicó que no era la primera vez que él la abrazaba así.

Antes de que pudiera dudar, tomé una decisión. No iba a rendirme tan fácilmente.

Respiré hondo y me acerqué a la cama. Ethan abrió mucho los ojos al darse cuenta de lo que estaba a punto de hacer, pero ignoré su mirada de advertencia.

Dejé mi teléfono en la mesita de noche, y la linterna proyectó un suave resplandor por toda la habitación.

—Leo, ¿qué estás...? —comenzó Ethan, pero su protesta murió en sus labios cuando me subí a la cama detrás de Libby.

Su cuerpo se tensó cuando me coloqué detrás de ella, y, por un momento, me preocupó haber cometido un gran error. Pero ya estaba allí y tenía que seguir adelante.

—¿Te parece bien?

—No —dijo Ethan con firmeza.

—Sí —susurró Libby al mismo tiempo.

No sabía cómo proceder. El cuerpo de Libby seguía rígido contra el mío, pero no me había echado. Ethan, por otro lado, parecía querer estrangularme.

El silencio que siguió fue posiblemente el más incómodo que había experimentado en mi vida. Tragué saliva con dificultad, preguntándome si debía decir o hacer algo o levantarme e irme.

—Cuando éramos pequeños a veces nos quedábamos sin electricidad... y me despertaba por los ruidos en mitad de la noche y estaba todo oscuro... — El cuerpo de Libby se relajó y el movimiento colocó la mano de Ethan entre su espalda y mis pectorales desnudos—. Ryker me contaba historias hasta que volvía a dormirme.

Le acaricié el brazo con una mano reconfortante.

—¿Dónde estaban tus padres?

—Nunca conocí a mi padre, y mi madre... —Suspiró y se recostó contra mí, sin importarle que el brazo de Ethan rozara uno de mis pezones. Podría haberme apartado, pero no lo hice.

—No tienes que contarme más si te incomoda. —Sinceramente, no esperaba que dijera nada sobre lo que la había llevado a gritar el nombre de su hermano.

—No me incomoda tanto como me entristece por esa niña y ese niño... Mi madre solía estar drogada o por ahí buscando su próxima dosis. —Libby se giró sobre su espalda para poder mirarme—. Hacía mucho tiempo que no tenía pesadillas, y al despertarme y ver que mi luz nocturna estaba apagada..., he creído que había vuelto a ese lugar.

Le coloqué algunos mechones de pelo detrás de la oreja.

—El estrés causado por dos idiotas probablemente no haya ayudado.

—No, en absoluto. —Ella tomó mi mano, la llevó a su mejilla y buscó la mano de Ethan—. Gracias.

Pasé mi pulgar por su labio inferior. Joder. Solo quería besarla y alejar la pesadilla de sus pensamientos, pero eso podía causar más problemas, ¿verdad?

*A la mierda.*

Me incliné y rocé mis labios con los suyos.

# 16

## SIN REMORDIMIENTOS

ETHAN

Conmoción. Esa fue la única palabra que me vino a la mente cuando Leo empezó a besar a Libby justo delante de mí. ¿Quién se creía que era ese tipo? Ella acababa de contarle algo que la hacía vulnerable y de pronto él le estaba metiendo la lengua en la garganta.

Estaba a punto de hacer algo al respecto cuando ella giró la cabeza hacia mí, me agarró del pelo y me llevó hacia sus labios.

No debería haberme sorprendido que Libby decidiera tomar esa dirección, pero así fue. Una cosa era leer sobre ello o ser un observador externo de una mujer con más de un hombre, pero otra muy distinta era enfrentarse a la situación.

Mi cerebro apenas podía procesar el hecho de que estaba besando a una mujer y que eso me estaba excitando. Además, había otro hombre mirando. Un hombre que me enfurecía inexplicablemente y con el que había estado a punto de acostarme en un estado de embriaguez.

La lengua de Libby se introdujo en mi boca y gemí mientras nuestro beso se intensificaba. Casi olvidé que Leo estaba tumbado a nuestro lado hasta que me agarró la mano y la llevó al pecho de Libby.

Encajaba perfectamente en mi mano, y rodeé su pezón con el pulgar a través de la camiseta. Ella se arqueó ante mi caricia y todas mis dudas de que aquello pudiera ser una mala idea se desvanecieron.

Interrumpí nuestro beso y moví mis labios por debajo de su oreja.

—¿Es demasiado rápido?

—No. —Su voz era suplicante, y giró la cabeza, dándome mejor acceso a su cuello—. Demasiado lento.

Leo se rio a nuestro lado y levanté la vista para encontrar sus ojos ardientes fijos en nosotros. Mi miembro se endureció aún más y dejé que mis ojos lo

devoraran.

Era atractivo, tenía que reconocerlo. Tenía el pelo oscuro revuelto y llevaba unos días sin afeitarse. Su cuerpo era más musculoso que el mío, pero no de forma voluminosa, y el enorme bulto de su entrepierna prometía.

—¿Quieres que me vaya? —Leo me miraba a mí, no a Libby.

—Esa decisión no me corresponde a mí. —Volví a besar el cuello de Libby, sin gustarme que mi primer impulso hubiera sido responder que no.

—Es decisión de las dos, pero... —No terminó la frase, ya que ambos sabíamos a qué se refería: era mi primera relación sexual con una mujer.

¿Estaba un poco nervioso? Claro, pero había estudiado algunas cosas y me sentía bastante seguro. Además, Libby podía enseñarme si me perdía.

Le subí la camiseta a Libby, dejando al descubierto sus pechos. Era absolutamente perfecta, y se me hacía la boca agua al pensar en tomar sus pezones entre mis labios. ¿Le gustaría que se los mordiera? Porque yo estaba deseando hacerlo.

—Necesito saber...

—Quédate. Alguien tiene que enseñarte cómo se hace. —Me aferré a uno de sus pezones y ella jadeó, llevando sus manos a mi cabello.

No podía saciarme de la suave piel de Libby, su dulce aroma, cómo jadeaba mientras jugaba con sus pezones. Estaba tan concentrado en explorar su cuerpo que apenas me di cuenta cuando Leo le quitó la camiseta y las bragas y la dejó completamente desnuda.

Me aparté un momento para contemplarla. Era impresionante, y quería saborear cada centímetro de su cuerpo.

Leo, ahora también desnudo, me observaba con una mirada hambrienta. Sentí una extraña mezcla de excitación y aprensión, pero dejé todo eso a un lado. Se trataba de Libby, y si me concentraba en hacerla sentir bien, nada más importaba.

Enganché los pulgares en la cintura de mis pantalones y mis calzoncillos, los bajé y los tiré al suelo. Los ojos de Libby estaban muy abiertos por la expectación, y respiraba rápidamente. Me incliné para besarla de nuevo y ella se derritió entre mis brazos. Sentí que Leo se movía en la cama, desplazándose hacia los pies. Interrumpí el beso y miré hacia abajo para verlo acomodarse entre las piernas de Libby, con una sonrisa pícaro en el rostro.

—¿Qué estás...? —empecé, pero Libby me interrumpió con un gemido cuando Leo comenzó a besarle la parte interna de los muslos.

—Oh, Dios —jadeó, agarrando las sábanas con las manos.

Observé fascinada cómo Leo le besaba los muslos, separándole suavemente las piernas con las manos. Sentí una extraña sensación de curiosidad y excitación al ver a otro hombre tocarla así. Era algo que nunca había considerado antes, pero me parecía... correcto.

Las caderas de Libby se arquearon cuando la lengua de Leo encontró su centro, y un gemido grave escapó de sus labios. Yo también quería hacerla sentir tan bien, así que me acerqué para unirme a Leo.

Él me miró, con una pregunta en los ojos, pero yo empecé por su otro muslo, imitando los movimientos de Leo. Estaba bastante seguro de que podía averiguar las cosas por mí mismo, pero ahora que estábamos en esa situación, me alegraba de que él estuviera allí.

Claramente, las feromonas de la habitación le habían hecho algo raro a mi cerebro.

El calor irradiaba del cuerpo de Libby, y podía oír lo mojada que estaba mientras Leo la recorría con la lengua. Me acerqué y uní mi lengua a la suya. Nunca había probado algo tan dulce, y quería más.

Al principio fue un poco incómodo encontrar un ritmo que nos funcionara a los dos, pero pronto estábamos trabajando juntos como si lo hubiéramos hecho antes. Leo se apartó y sustituyó su lengua por dos dedos dentro de ella.

Los gemidos de Libby llenaron la habitación, sus caderas perseguían los dedos de él. Se estaba acercando, su cuerpo se tensaba, su respiración se aceleraba. Gritó entre espasmos mientras se corría con fuerza contra mi boca y alrededor de los dedos de Leo.

Ralentizamos nuestros movimientos, calmándola suavemente. Miré a Libby, su rostro sonrojado, sus ojos brillantes de placer. Nunca la había visto tan hermosa.

Miré a Leo, que se llevó los dedos a los labios y los chupó. Joder, eso me puso a cien.

Sonrió y mis ojos se posaron en sus labios. Las ganas de besarlos eran tan abrumadoras que me puse en pie antes de hacerlo.

Leo ascendió por el cuerpo de Libby y se colocó entre sus piernas mientras la besaba. Le acaricié la pantorrilla, de repente nervioso por lo que vendría a continuación. Era la primera vez que Libby estaba con dos hombres y era mi primera vez con una mujer. ¿Y Leo? Quién sabía. Parecía un profesional experimentado.

Después de un buen minuto besándose, Leo rompió el beso.

—¿Qué quieres, Elizabeth?

Realmente tenía que dejar de pronunciar su nombre con aquella voz tan sexy, porque me hacía desear que mi nombre fuera Elizabeth.

Libby me miró.

—¿Ethan?

—No estoy listo para... ya sabes... —Señalé su entrepierna y luego la mía.

Leo se apartó y ella se incorporó, acariciándome la mejilla.

—¿Y estás listo para que te la chupe?

Mi capacidad para formular un pensamiento coherente me abandonó y solo pude asentir. Ella me besó mientras envolvía mi pene con la mano.

Mierda. Su mano alrededor de mi miembro fue suficiente para hacerme ver las estrellas.

—Levántate.

Estaba bastante seguro de que podría estallar en llamas. Estaba tan abrumado y tan excitado que apenas podía pensar con claridad. Su boca estaba a punto de envolver mi pene, y me sentí como si fuera la primera vez que me lo chupaban.

De pie, con las piernas temblorosas, me volví hacia la cama y me di cuenta de que Leo se había ido. ¿Dónde estaba? Me olvidé de él rápidamente porque Libby se colocó a cuatro patas, con la boca a pocos centímetros de mi entrepierna.

—Joder, Libby —gemí, echando la cabeza hacia atrás mientras ella se metía mi pene en la boca.

El calor, la humedad, el puro placer era indescriptible. Miré hacia abajo y la vi moviéndose, sus labios deslizándose arriba y abajo por mi miembro. Era mejor de lo que jamás habría imaginado, y últimamente lo había imaginado mucho.

Leo volvió a entrar en la habitación con un paquete de condones en la mano. Arrancó uno y abrió el envoltorio, con la mirada fija en el punto donde la boca de Libby se encontraba con mi cuerpo. Debería haber sentido que estaba entrometiéndose o incluso haber sentido celos de que estuviera a punto de follar con ella, pero lo único que sentí fue una intensa oleada de excitación.

Se puso el condón sin apartar la mirada de nosotros. Su mirada era hambrienta, y yo no podía apartar la vista. La boca de Libby era increíble, pero ver a Leo, ver el efecto que teníamos sobre él, lo intensificaba todo. Se subió a

la cama detrás de Libby, acariciándole el trasero con las manos. Ella gimió alrededor de mi pene, y la vibración me provocó una descarga de placer.

Extendí la mano, enredando mis dedos en su cabello, guiándola suavemente mientras me tomaba más profundamente. Sus ojos se posaron en los míos, y el deseo que vi en ellos hizo que mis piernas temblaran.

Leo se colocó en posición, con las manos agarrándole las caderas. Sus ojos se encontraron con los míos mientras se la metía lentamente.

Estaba tan consumido por la visión de Libby, la sensación de su boca y el saber que Leo estaba dentro de ella que apenas podía respirar. Mi orgasmo ya llegaba, el cosquilleo en la base de mi columna vertebral era una clara advertencia, pero no quería que aquello terminara, todavía no.

Leo comenzó a moverse, empujando lentamente con sus caderas al principio, y luego acelerando el ritmo. Libby gimió alrededor de mi miembro, y yo le agarré el pelo con más fuerza, empujando involuntariamente mis caderas hacia delante, follándome su boca suavemente.

—Tu boca es una maravilla.

—Estás muy sexy con el pene de Ethan en la boca, princesa. —Leo acentuó sus palabras dándole una fuerte palmada en el trasero.

Libby me tomó más profundamente y yo jadeé, con las manos más apretadas en torno a su cabello.

—Oh, Dios —balbucí mientras su labios se movían a mi alrededor.

—¿Te gusta esto, Ethan? ¿Te gusta ver cómo le pongo el trasero rojo?

Asentí. Me gustaba más de lo que jamás habría pensado.

Leo le dio otra palmada, esa vez en la otra nalga. Libby gimió, cerrando los ojos mientras se alejaba de mi miembro antes de metérselo otra vez hasta el fondo de la garganta.

Mis caderas se movían solas, siguiendo el ritmo de las embestidas de Leo.

—Me encanta que me lleves hasta el fondo de tu garganta... Joder —expresé.

—Esto es increíble. Puedo sentir cómo me aprietas suplicando más. —Leo le dio otra palmada en el trasero, esa vez más fuerte, y Libby gritó, con el cuerpo temblando.

Yo estaba cerca, demasiado cerca. La visión de ambos, los sonidos, las sensaciones, era demasiado. Intenté contenerme y hacer que durara más, pero estaba perdiendo la batalla.

—No voy a aguantar mucho.

Leo extendió la mano y sus dedos encontraron el clítoris de Libby. Ella se estremeció, su cuerpo se tensó, y supe que también estaba cerca. Los dedos de Leo se movían en círculos rápidos, sus caderas no frenaban su implacable ritmo.

—Córrete para nosotros, princesa —le ordenó Leo con voz ronca—. Córrete sobre mí mientras Ethan te llena la boca.

El cuerpo de Libby se contrajo, el orgasmo la atravesó. Gritó alrededor de mi pene, y el sonido quedó amortiguado. La sensación fue demasiado intensa y me corrí con fuerza, con mi cuerpo temblando mientras me derramaba en su boca.

Leo se tensó detrás de ella, embistiéndola por última vez. Gimió, echando la cabeza hacia atrás, con las caderas moviéndose en pequeños círculos mientras disfrutaba de su orgasmo.

Me tambaleé hacia atrás mientras Libby y Leo se derrumbaban a los lados, todavía unidos. Con las piernas débiles, me senté en el borde de la cama, tratando de recuperar el aliento.

—Ven aquí. —Libby dio unas palmaditas en la cama frente a ella y yo maniobré para tumbarme pegado a ella—. ¿Estás bien?

—Mejor que bien. —La besé suavemente.

Con un gruñido, Leo se levantó y se dirigió al baño; regresó poco después sin el condón y con una toalla. Nos quedamos tumbados en silencio un momento, el único sonido era nuestra respiración entrecortada mientras Leo le limpiaba a Libby la entrepierna. Me sorprendía lo considerado que había sido todo ese tiempo, pidiendo consentimiento y cuidándola.

—Bueno... —Libby aún estaba sin aliento—. No puedo creer que hayamos hecho esto.

Leo se recostó detrás de ella y le acarició la cadera perezosamente.

—No te arrepientes, ¿verdad?

—No —dijimos al unísono.

Leo le besó el hombro.

—Bien —murmuró—. Porque tengo la sensación de que volveremos a hacerlo.

Ese fue el comienzo de algo salvaje e intenso, algo... distinto. Y aunque no estaba del todo convencido de aceptar a Leo, descubrí que, en mi estado posorgásmico, no me importaba.

# 17

## ALGO NATURAL

LIBBY

Estar entre dos hombres y sentirme tan cómoda que no quería moverme era una situación difícil. Especialmente cuando tenía que ir al baño.

Me moví un poco hacia atrás, lo que provocó que Leo hiciera un ruido de fastidio con la garganta, pero se dio la vuelta y se puso boca arriba. Luego estaba Ethan, que estaba usando mi pecho como almohada y tenía una pierna entre las mías. Con todo el cuidado que pude, me deslicé por debajo de él y de alguna manera logré salir de la cama sin darle una patada en los testículos a nadie.

Al mirar a los dos tíos dormidos en mi cama, no pude evitar sonreír, y tuve que taparme la boca para contener la risa. Había hecho un trío. La dulce Libby había follado con dos hombres a la vez, y le había encantado cada segundo.

¿Se me había pasado por la cabeza esa idea de vez en cuando, dados mis gustos literarios? Sí, por supuesto. Sin embargo, estar con más de un hombre parecía mucho trabajo. Ya me daban suficiente trabajo.

¿Y si me obligaban a elegir entre ellos?

Mi sonrisa se desvaneció y rápidamente me encerré en el baño. Necesitaba aclarar mis ideas y decidir lo que realmente quería. ¿Tenía la capacidad emocional para manejar a dos hombres? Los riesgos con ambos eran demasiado grandes como para caer en eso de manera casual. No había nada casual en dar un gran salto hacia una relación con Ethan. Había sido mi mejor amigo desde que teníamos dieciocho años. Lo sabía prácticamente todo sobre mí, y ahora sabía qué aspecto tenía y cómo *sonaba* cuando me corría. No creía que pudiéramos dar marcha atrás, aunque uno de los dos quisiera.

¿Y Leo? Había despertado algo en mi interior que ni siquiera sabía que existía. Yo no era una persona conflictiva, ni siquiera en un mal día, pero había algo en él que me hacía sentir lo suficientemente cómoda como para mostrar

ese lado de mí misma.

Veinte minutos más tarde salí del baño envuelta en una toalla y sintiéndome algo más fresca. Leo se había ido, pero Ethan estaba sentado contra el cabecero, mirando su teléfono. Mi corazón dio un pequeño vuelco al verlo.

—Hola. —Saludar a Ethan no debería haber sido tan incómodo.

Levantó la vista, sus ojos se agrandaron ligeramente al verme y una pequeña sonrisa se formó en sus labios.

—Hola.

Me acerqué a la cómoda, repentinamente muy consciente de que solo llevaba una toalla.

—¿Dónde está Leo?

—Ha recibido una llamada y ha salido murmurando algo sobre una emergencia en el trabajo. No creo que sea la fundación, pero quién sabe.

Me dirigí hacia mi armario, odiando admitir que estaba un poco decepcionada por que Leo se hubiera ido sin siquiera despedirse.

—Ven aquí. —La voz de Ethan se había convertido en un murmullo, y me detuve en seco, mirándolo con una ceja levantada. Dio una palmadita junto a él en la cama—. Tenemos que hablar.

—Déjame coger algo de ropa...

—Lo que llevas puesto está bien.

Mis pezones se endurecieron inmediatamente y me di la vuelta despacio.

—Ah, ¿sí?

Durante un momento nos quedamos mirándonos, con los años de amistad y los acontecimientos de la noche flotando entre nosotros.

Ethan dio el primer paso, apartando las sábanas de su cuerpo desnudo mientras se ponía de pie. Su mirada se clavó en la mía mientras se acercaba con una intención clara. Yo me quedé paralizada, con la excitación y el nerviosismo haciéndome olvidar cómo moverme.

Se detuvo frente a mí, rodeando con su mano la mía, que agarraba con fuerza la toalla. Mis dedos se abrieron y la toalla cayó a mis pies dejándome desnuda.

Resistí el impulso de cubrirme y, en cambio, observé cómo se le dilataban las pupilas mientras me contemplaba. Me rodeó la nuca con la mano y se acercó.

—Eres preciosa.

Alargué la mano y le acaricié la línea de la mandíbula, y él se inclinó hacia mi caricia sin apartar los ojos de los míos. Nuestros labios se encontraron en un

beso lento, y me derretí en sus brazos.

Ese momento entre nosotros era demasiado íntimo como para compartirlo con nadie más, entonces me daba cuenta. ¿Había cometido un gran error al dejar que Leo formara parte de lo que había sucedido? No podía pensar en eso en aquel instante, y definitivamente no quería interrumpir nuestro momento mencionando a otro hombre.

Incliné la cabeza para que el beso fuese más profundo y apreté mi cuerpo contra el suyo. Sus manos recorrieron mis costados hasta mis caderas y luego mi trasero, como si no pudiera saciarse de tocarme. Se apartó ligeramente, con la frente apoyada contra la mía.

—Me siento como si fuera virgen otra vez. Si hago algo que no te gusta, dímelo.

¿Era posible quererlo aún más de lo que ya lo quería?

—Eres perfecto, pero lo haré.

Exhaló un suspiro tembloroso, con una pequeña sonrisa en los labios.

—Quiero saborearte otra vez.

Sus palabras me provocaron una oleada de calor y asentí, incapaz de encontrar la voz. Ethan hundió los dedos en mis nalgas y me levantó, con mis piernas envueltas alrededor de él. Me llevó a la cama y me tumbó, cubriendo mi cuerpo con el suyo mientras nuestros besos se volvían frenéticos.

Jadeé cuando los labios de Ethan se separaron de los míos, su cálido aliento rozando mi piel mientras me besaba el cuello. Sus manos se deslizaron por mi cuerpo, descansando momentáneamente en mis caderas antes de seguir bajando, rozando mis sensibles muslos y abriéndolos más.

—Ethan... —gemí. Necesitaba que me tocara.

Se detuvo, con los labios suspendidos sobre la curva de mi pecho.

—Dime lo que quieres.

Tragué saliva con dificultad, sintiendo un cosquilleo en el cuerpo mientras sus dedos rozaban la parte interna de mis muslos, acercándose cada vez más a donde lo necesitaba.

—Yo... quiero que... sigas.

La risa grave de Ethan vibró en mi cuerpo.

—Mi objetivo es complacerte. —Con un rápido movimiento de su lengua sobre un pezón, besó todo mi cuerpo, siguiendo el mismo camino que sus manos habían recorrido.

Arqueeé la espalda cuando me mordisqueó junto al ombligo, enviando una

descarga de placer directamente a mi centro. Sus manos agarraron mis caderas, sujetándome con firmeza mientras sus labios continuaban su viaje, cada vez más abajo.

Cuando su boca llegó a mi entrepierna, mi respiración se había convertido en unos jadeos cortos y rápidos.

Pasó la lengua por mi clítoris, enviando ondas de placer que recorrieron mi cuerpo. Grité, agarrando las sábanas mientras su lengua bailaba sobre mi sensible botón.

Escuchó mi cuerpo, la forma en que jadeaba y gemía, y ajustó sus movimientos a los míos. Era tan atento y estaba tan ansioso por complacerme que era casi abrumador.

No esperaba que fuera tan bueno, pero, claro, se trataba de Ethan, el hombre que me conocía mejor que nadie. Siempre había sido capaz de anticiparse a mis necesidades y deseos..., y ahora eran necesidades y deseos de otro tipo.

Sus dedos se unieron a la fiesta, primero uno y luego otro mientras me comía.

—Ethan —gemí con la voz entrecortada mientras me tambaleaba al borde del clímax—. Estoy a punto...

—Eso es. Córrete para mí. Déjame sentir lo mucho que te gusta esto.

Sus palabras fueron mi perdición. Con un último movimiento de su lengua y sus dedos dentro de mí, me derrumbé, gritando su nombre.

—Ethan —jadeé, agarrándole el pelo. Él me miró con una sonrisa de satisfacción—. ¿Cómo es que se te da tan bien?

Se encogió de hombros y se incorporó.

—Supongo que ha sido algo natural.

Miré hacia la mesita de noche, donde Leo había dejado la caja de condones.

—Apuesto a que también se te da bien otra cosa... —No solía hablar con Ethan sobre su vida sexual, pero sabía que no era virgen en lo que se refería a otros agujeros.

Soltó un suspiro tembloroso mientras cogía uno.

—¿Estás segura? Has tenido mucha acción estos últimos días.

Me reí porque tenía toda la razón; ni siquiera creía haber tenido sexo tres veces en una semana antes, y mucho menos en tres días.

—No pasa nada. Me pondré hielo más tarde.

Ethan abrió el envoltorio del condón con las manos ligeramente temblorosas. Se lo puso y se situó entre mis piernas. Dudó un momento, y

pude ver que empezaba a darle demasiadas vueltas. Así que hice lo que siempre hacía cuando Ethan se quedaba demasiado atascado en su propia cabeza: tomé el asunto en mis propias manos.

Literalmente.

Extendí la mano y la envolví alrededor de su miembro, guiándolo hacia mi entrada. Él soltó un suspiro tembloroso y cerró los ojos mientras yo frotaba la punta de su pene contra mí, cubriéndolo con mi humedad.

—Libby —susurró.

—Te deseo, Ethan.

Abrió los ojos y me miró mientras empezaba a empujar lentamente, centímetro a centímetro, estirándome de la forma más deliciosa.

—Joder. Qué bueno.

Envolví mis piernas alrededor de él.

—No te contengas. Te quiero todo entero.

Algo en él se rompió con mis palabras, y me agarró por las caderas, clavándome los dedos en la carne mientras empujaba dentro de mí, fuerte y profundamente. Sus ojos no se apartaron de los míos, y había algo primitivo, algo posesivo en su mirada.

—Eres mía —gruñó, con una voz apenas reconocible—. Siempre has sido mía. —Estaba follando como si me estuviera reclamando—. Dilo. Di que eres mía.

Jadeé, clavándole las uñas en la espalda.

—Soy tuya, Ethan.

Él soltó un gemido, acelerando el ritmo con embestidas cada vez más erráticas. Sentí que mi orgasmo volvía a crecer; él movió una mano entre nosotros y empezó a acariciar mi clítoris.

—¡Oh, Dios, sí! ¡Así! —Empujé mis caderas para recibir sus embestidas, necesítándolo más profundamente.

—Córrete, Libby. Quiero sentir cómo te corres sobre mi verga.

Sus palabras fueron mi perdición, y estallé a su alrededor, mi cuerpo temblando con la fuerza de mi liberación. Me siguió hasta el límite, enterrándose una última vez mientras su cuerpo se tensaba y su pene palpitaba dentro de mí. Fue el orgasmo más satisfactorio que jamás había tenido, y no quería que terminara.

Se quedó quieto y se acomodó entre mis piernas, apoyando su frente contra la mía mientras recuperábamos el aliento.

—O sea, que... al final ha pasado.

No pude evitar reír.

—Sí, ha pasado.

Recorrió mi brazo con el dorso de los dedos arriba y abajo antes de tomar mi mano y entrelazar nuestros dedos.

—Lo he dicho en serio; estoy enamorado de ti.

—Yo también te amo. Solo que no le había dado mucha importancia porque nunca habías mostrado interés en mí... ni en ninguna otra mujer.

Me apretó la mano.

—Lo he pensado mucho esta última semana. Solo puedo pensar en lo que siento por ti, pero sigo sin sentir atracción por las mujeres... Solo por ti.

—¿Y cómo te sientes al respecto?

—Después de anoche y esta mañana, no me imagino volver a ser solo amigos. —Sus ojos estaban llenos de esperanza, pero también había incertidumbre—. ¿Qué te parece?

—Estoy igual que tú. Pero hay un problema... O sea, ¿qué somos ahora? ¿Novio y novia? Esa no parece una etiqueta lo suficientemente fuerte. —Sentía una mezcla de emoción y nerviosismo por todo aquello—. ¿Pareja? ¿Almas gemelas? ¿Amantes?

—Lo que quieras. —Se llevó nuestras manos a los labios y me besó los dedos. Parecía tan natural y correcto que supe que una etiqueta no era nada para nosotros.

Dudé, intentando decidir cómo hacer la siguiente pregunta. Probablemente él también lo pensaba, así que me arranqué la tiritita.

—¿Y qué hay de Leo?

Ethan suspiró.

—¿En serio? No tengo ni idea. Me preocupan sus intenciones, y ahora que vamos a intentarlo..., no sé si él encaja en esta ecuación.

Se me encogió el corazón, pero asentí.

—Se suponía que solo iba a ser algo de una vez... Además, está todo el asunto del trabajo. —No me estaba convenciendo muy bien de que Leo era un rollo rápido.

—Deberíamos asearnos e ir a desayunar. Me muero de hambre. —Ethan me besó mientras se retiraba.

Fue al baño y me quedé allí tumbada un minuto, pensando en las veinticuatro últimas horas. Ethan tenía razón, yo desconocía las intenciones de

Leo. No podía arriesgar lo que tenía con Ethan para perseguir un sentimiento fugaz por un hombre al que apenas conocía.

# 18

## DOS RAMOS DE ROSAS ROJAS

LEO

No había ninguna emergencia laboral.

Desperté con un brazo y una pierna sobre los de Ethan en lugar de los de Libby, y me había vuelto loco. Lo último que necesitaba era estar acurrucado con alguien que probablemente todavía me odiara. Aunque él había dejado de lado ese odio al menos por una noche.

Todavía no podía quitarme de la cabeza la forma en que Libby se había mostrado tan abierta y dispuesta a estar con los dos. Ni la forma en que Ethan no dudaba en complacerla... ni las miradas y los sonidos de placer de ambos.

*Mierda.*

Me senté en la mesa frente a mi hermano, que ya se estaba tomando su segunda mimosa. Probablemente Luca había pensado que necesitaría beber después de que yo empezara a escribirle frenéticamente en cuanto salí del apartamento.

—Estás horrible. —Luca le hizo una seña al camarero, que enseguida trajo mi bebida.

—¿De verdad? —Me había puesto la misma ropa del día anterior, excepto la chaqueta, y me había cepillado los dientes.

Después de beberme la mitad de la copa de champán, me pasé los dedos por el pelo.

—Ha sido una larga noche.

—Pensaba que esos días habían terminado.

—Y han terminado... —Sentado frente a mi hermano, de pronto no sabía por qué lo había llamado a él en lugar de a Carter. Habría preferido desahogarme con Ryker, pero no era una opción, ya que había follado con su hermana por segunda vez.

Luca me miró fijamente abriendo la carta, mientras yo pensaba en cómo

hablar de Libby y de Ethan sin que él supiera a quién me refería. Sería casi imposible.

—Creo que necesitamos un acuerdo de confidencialidad para esta conversación. —Saqué mi teléfono para enviarle un acuerdo genérico que siempre tenía listo.

—No voy a firmar un puto acuerdo de confidencialidad. —Alargó la mano por encima de la mesa y me arrebató el teléfono—. Tú eres el que me ha enviado como diez mensajes esta mañana preguntándome si quería ir a un *brunch* porque necesitabas hablar. Así que habla.

—No puedes contárselo a Paige, ni a Garrett ni a Ryker.

Puso los ojos en blanco.

—Te juro por mi *piercing* en el pene que no lo diré..., bueno, a menos que estés blanqueando dinero a través de la fundación o... —Entornó los ojos—. Dime que no...

—No es como con las demás. —Me terminé el resto de la bebida y capté la mirada del camarero. Normalmente odiaba que nos observaran como a reyes, pero en ese momento agradecí el alcohol que nos sirvieron rápidamente.

—A menos que le pongas un anillo, sí es así exactamente, y Ryker pensará lo mismo cuando se entere. Y se enterará, lo sabes, ¿verdad?

Me estremecí y asentí con agradecimiento mientras el camarero me servía otra copa.

—La única forma de que se entere es si ella se lo cuenta, y no lo hará.

—¿Y qué hay de Ethan? Libby se lo contará, y no sé si te has dado cuenta, pero no le caes muy bien.

¡Dios mío! ¿A qué se había dedicado Ethan? ¿A hablar de cuánto me odiaba todo el día en la oficina? Esa era otra complicación, ya que Ethan trabajaba para Ryker y mi hermano.

Por suerte, el camarero acudió a tomarnos nota de lo que íbamos a comer, y yo pude pensar un minuto. No había forma de evitar contárselo todo a mi hermano.

—Lo sabe porque él también estaba allí.

Luca tosió al atragantarse con la bebida.

—¿Qué?!

—Está enamorado de Libby, y a mí ella me gusta mucho. Estábamos los dos en su habitación y simplemente... pasó.

—¿Con quién estabas exactamente? —preguntó con cuidado.

—Con Libby. Ethan preferiría lamerle la suela del zapato antes que tocarme..., y, además, no me va. —En cuanto lo dije supe que era mentira. Siempre había pensado que los hombres eran atractivos, pero solo había explorado mi bisexualidad durante el último año. Por desgracia, en ambas ocasiones había estado borracho.

—Sé que Ethan y tú subisteis a tu habitación en la fiesta de Navidad. —Luca soltó ese chisme con tanta naturalidad que me dio vueltas la cabeza. Aún más sorprendente era que no me hubiera dado la lata con el tema ni lo hubiera mencionado.

—No pasó nada. Ni siquiera lo recordaba hasta ayer. —Seguía sin sentirme del todo cómodo reconociendo mi atracción por los hombres, ni siquiera ante mí mismo.

—Quizás deberías intentar no emborracharte antes de acostarte con un hombre. Parece que siempre te mete en situaciones complicadas..., y no para bien. —Sin duda se refería al incidente del yate, cuya resolución me había costado millones de dólares.

Sin embargo, ahí estaba yo de nuevo, metiéndome en otra situación con una pareja. Libby y Ethan no habían contado nada, pero era solo cuestión de tiempo. Aunque no era lo mismo; no podía serlo. Ellos no nos grabarían a propósito con la intención de chantajearme.

—¿Leo? —La voz preocupada de Luca me sacó de mis pensamientos, que daban vueltas en mi cabeza.

—¿Qué sugieres que haga? ¿Invitarlos a salir?

—¿Por qué no? Desde luego, no deberías seguir solo con Libby si está liada con Ethan. —Negó con la cabeza con incredulidad—. Pero, tío..., ¿te has acostado con la hermana de Ryker? No puedo protegerte de él.

—Lo sé. —Me tapé la cabeza con las manos—. Soy un desastre.

—No eres un desastre. Todos los veinteañeros toman malas decisiones a veces. Joder, yo tengo treinta y tantos y todavía las tomo de vez en cuando.

Resoplé y me llevé las manos a la cara.

—Sí, pero tus malas decisiones no suelen implicar acostarte con la gente equivocada.

Luca hizo una mueca.

—Tienes razón. Pero, en serio, castigarte por ello no va a solucionar nada. Lo que tienes que hacer ahora es decidir qué quieres y cómo seguir adelante.

Suspiré, pasándome una mano por el pelo.

—Ni siquiera sé por dónde empezar para intentar salir con los dos, y menos con Ethan. Es como intentar hacer *cannoli*.

—No metas los *cannoli* en esto. —Luca se recostó en su asiento—. No tiene por qué ser complicado. Invítalos a salir a los dos.

Parpadeé.

—¿Invitarlos a los dos? No es tan sencillo. ¿Cómo llegasteis Garrett, Ryker y tú a la conclusión de que queríais compartir a una mujer?

—No me gusta la palabra «compartir»; no la dividimos. Los sentimientos fueron creciendo con el tiempo. Algo completamente diferente a tu situación. Creo que necesitas demostrarles que vas en serio buscando algo que hacer con los dos. Conquistarlos.

—Pero ¿y si...?

Luca levantó una mano para interrumpirme.

—Nada de «y si». Le estás dando demasiadas vueltas. Ya están lo suficientemente interesados como para acostarse contigo, ¿verdad? Pues construye sobre eso. Muéstrales al Leo que conozco: el tipo considerado y cariñoso detrás de toda esa bravuconería.

Sentí un pequeño rayo de esperanza. Quizás tenía razón. Quizás estaba complicando aquello más de lo necesario.

—¿Mi mejor consejo? La comunicación es importante. Demasiado importante. Tienes que ser sincero sobre tus intenciones, tus sentimientos y lo que esperas de ellos.

Asentí lentamente, asimilando sus palabras.

—Tienes razón. Huir esta mañana probablemente no haya sido la mejor decisión.

—Probablemente no. Ve con cuidado, ¿de acuerdo? No se trata solo de ti y tus sentimientos. Estás lidiando con las emociones de otras dos personas.

Cuando llegó la comida, aún no tenía ni idea de cómo terminaría aquello, pero al menos tenía un plan. Un punto de partida era lo único que necesitaba.

Caminé por el pasillo con dos ramos de rosas rojas en los brazos. Sentí un nudo en el estómago al acercarme a la puerta del apartamento. ¿Y si Libby todavía quería que me fuera? ¿Y si la noche anterior no había cambiado nada?

Respiré hondo, preparándome para afrontar lo que me aguardaba dentro. Al intentar introducir el código, estuvo a punto de caérseme uno de los ramos.

*Muy bien, Leo, muy bien.*

Por fin logré abrir la puerta, y entré.

La sala estaba en silencio, salvo por los disparos y las explosiones que salían del televisor. Ethan estaba sentado en el sofá con el mando en la mano, completamente absorto en el juego al que estuviera jugando. No me había parecido un *gamer*, pero los auriculares y su concentración, que no flaqueó al cerrarse la puerta, decían lo contrario.

No había ni rastro de Libby.

—Hola. —Mi voz sonó anormalmente aguda.

—Ah, hola. —Pausó el juego y se giró en el sofá, poniendo los ojos en blanco al posarse en las flores—. ¿En serio? ¿Rosas?

Pensé en que debería haberle comprado rosas negras para que combinaran con su actitud.

—Son para ti y para Libby. —Le tendí uno de los ramos.

Ethan me miró como si me hubiera salido una segunda cabeza.

—¿Para... mí?

—Sí, para ti. —Me sentía más incómodo a cada segundo—. Quería tener un detalle bonito con los dos después de... ya sabes.

Dejó el mando en el sofá y se levantó, acercándose lentamente a mí como si yo fuera a morderlo. Cuando por fin cogió las flores, su expresión era una mezcla de confusión y sospecha.

—Gracias, supongo. Pero ¿por qué?

Inspiré hondo. Debía aprovechar el momento. La comunicación era clave, y andar con rodeos no me llevaría a ninguna parte con él.

—Me preguntaba si te gustaría tener una cita conmigo.

Ethan arqueó tanto las cejas que casi desaparecieron en la línea del pelo.

—¿Una cita? ¿Contigo?

—Sí. —Intentaba mantener la voz firme, pero, joder, estaba hecho un manojo de nervios—. Una cita de verdad. Estaba pensando que podríamos salir por separado y luego todos. Tú, Libby y yo.

Entrecerró los ojos.

—Bueno, a ver si lo entiendo. ¿Te despiertas esta mañana por una «emergencia laboral» y vuelves unas horas después con rosas pidiendo que salgamos? Incluyendo una cita a solas... conmigo.

—¿Sí?

—¿Es una broma? ¿O buscas experimentar y luego si te he visto no me acuerdo?

Eso último era una referencia a la fiesta de Navidad, y me lo tenía bien

merecido, pero me dolió de todas formas.

—Mira, si vas a portarte como un imbécil, no importa. —Fui a quitarle las rosas y él dio un paso atrás con ellas—. Voy en serio, Ethan.

Ethan dejó las flores en la isla.

—Para empezar, no me interesa ser el modelo de conducta de nadie. Ya he pasado por eso antes, y nunca acaba bien. En segundo lugar, Libby y yo hemos hablado esta mañana y ahora estamos juntos.

Se me encogió el corazón, porque, claro, ya habían hablado de sus sentimientos y probablemente habían acordado prescindir de mí.

—¿Y si lo intentamos a ver qué pasa? Mira lo feliz que está Paige con sus tres hombres.

—¿Y cuánto va a durar eso? En todo caso, es una forma de que todos hagan un tercio del trabajo que supone una relación. Al final, no va a funcionar, y Paige tendrá que recoger los pedazos.

¿Por qué era tan cínico? Estaba claro como el agua que cada uno de ellos daba el cien por cien y también respetaba su identidad individual.

—¿Quién demonios te ha hecho tanto daño?

Me observó un buen rato, y me sentí como si me estuvieran observando con lupa. Finalmente, lanzó un suspiro dramático.

—Vale, pero si en algún momento siento que no estás siendo sincero, yo lo dejo, y Libby también.

No era una aprobación incondicional, pero era un comienzo.

# 19

## LA PRIMERA CITA

LIBBY

La vida me estaba compensando por todos los años de rutina, esos en los que había vivido en piloto automático y en los que podía predecir fácilmente lo que traería cada nuevo día, incluso en el caos de ser maestra de primaria. Pero volver a Nueva York había desencadenado una serie de acontecimientos que no había visto venir. Ethan y yo pasamos de ser mejores amigos a algo más, rápidamente y sin problemas; parecía que llevábamos años juntos. Solo había pasado una semana desde que decidimos ser algo más y ya dormíamos en la misma cama y tomábamos decisiones juntos... como pareja.

Una de esas decisiones estaba junto a mí en la mesa de conferencias mientras mi hermano se sentaba frente a nosotros. Cada vez que Ryker nos miraba, me preguntaba si se daría cuenta de que nos habíamos acostado dos veces y que íbamos a tener una cita después del trabajo.

Todavía no podía creer que Leo me hubiera invitado no solo a mí, sino también a Ethan. La perspectiva de salir los tres juntos me llenaba de un anhelo que nunca antes había experimentado..., así como de culpa.

Allí estaba yo, enamorada de mi mejor amigo y considerando la idea de meter a otro hombre en la ecuación.

—Libby, ¿decías que te preocupaba algo respecto a la recaudación de fondos? —Ryker parecía un golden retriever cuando ladeó la cabeza en señal de pregunta, y me tragué el comentario. Era mi hermano, pero en ese momento estábamos en una reunión. O al menos él y Leo.

Miré la imagen proyectada del yate de Leo con una maqueta de dónde se colocarían las mesas.

—No creo que celebrar una cena suntuosa en un yate y que un cubierto cueste diez mil dólares transmita el mensaje correcto. —Sabía que se recaudaría un montón de dinero, pero todo el asunto me inquietaba por alguna

razón.

—Ese es el objetivo..., recaudar dinero. Vender chocolatinas o papel de regalo puerta a puerta no va a ser suficiente para un proyecto de este calibre.

—Leo se giró ligeramente hacia mí; su muslo chocó con el mío por debajo de la mesa—. Nuestro objetivo es aumentar las donaciones utilizando la menor cantidad de recursos. Así es como lo hacemos.

Le di un empujoncito en la rodilla, molesta.

—Deberíamos involucrar a los niños y a sus familias.

Ryker carraspeó, inclinando aún más la cabeza.

—¿Cómo sugieres que lo hagamos?

—Deberían estar allí, y no me refiero a ser camareros ni nada. Cada escuela puede seleccionar a dos o tres de sus alumnos más meritorios con sus padres. Podemos proporcionarles transporte de ida y vuelta al evento, además de los fondos para la ropa. —Pensar en la emoción en las caras de esos niños me animó—. Puedo encontrar empresas dispuestas a contribuir, quizás con el alquiler de los trajes y vestidos. Apuesto a que también puedo encontrar un servicio de limusinas dispuesto a donar su tiempo.

Ambos guardaron silencio, y no sabía si era para considerar mi idea o para encontrar la manera de rechazarla sin desilusionarme.

—Es una gran propuesta, pero hay mucho que asumir —dijo Ryker al fin—. Ya trabajamos con un plazo ajustado, y añadir todos estos elementos podría complicar las cosas.

Me desinflé enseguida. Debería haberlo pensado mejor antes de sugerir algo tan ambicioso seis semanas antes del evento.

Justo cuando estaba a punto de darle la razón a Ryker, Leo me dio un apretón en el muslo.

—La verdad es que creo que es una gran idea. Si lo hacemos a menor escala, quizá uno por escuela, podría funcionar. Tener a los miembros de la comunidad allí y a los donantes escuchando sus historias... es algo muy poderoso.

Me giré para mirarlo, sorprendida. Sus ojos se encontraron con los míos, y vi una ternura en ellos que hizo que me diera un vuelco el corazón.

—¿En serio? —No pude ocultar la sorpresa en mi voz.

Asintió, trazando unos círculos relajantes con el pulgar en mi pierna. Qué lástima que hubiera tela de por medio.

—Por supuesto.

Ryker se recostó en su silla, pensativo.

—¿Cómo logramos que esto funcione logísticamente? No hay mucho tiempo, y más asistentes implican más mesas y comida.

—Divide y vencerás. —Leo golpeó la mesa con el bolígrafo un par de veces —. Libby, tú estarás a cargo de contactar con las escuelas y coordinar el proceso de selección de estudiantes. Yo me pondré en contacto con los comerciales para hablar sobre el transporte y las donaciones de ropa. Ryker, tú puedes hablar con el coordinador del evento sobre los cambios para que ajusten el número de asistentes y notifiquen todo al chef. Sería bueno que añadieran algunas opciones para niños.

Ryker todavía parecía un poco inseguro, pero parecía estar aceptándolo.

—De acuerdo. Hagámoslo.

Leo se levantó y recogió sus cosas.

—Si hemos terminado ya, tengo que hacer algunas llamadas. —Me guiñó un ojo sutilmente mientras se dirigía a la puerta, y sentí un ligero calor en las mejillas. Nuestra cita posterior de repente me parecía muy real y muy próxima.

Era ridículo que estuviera nerviosa, teniendo en cuenta que ya había estado dentro de mí dos veces.

Cuando Leo abrió la puerta de la sala de conferencias, Ryker carraspeó.

—En realidad, Libby, ¿te importaría quedarte un minuto? Quería charlar contigo sobre algo.

—Eeeh... ¿seguro?

Leo nos miró con expresión indescifrable.

—Te veo luego, Libby. Ryker, un placer, como siempre.

Si mi hermano no había sospechado nada todavía, el repentino ataque de formalidad de Leo lo puso alerta. Ryker observó con expresión confundida cómo Leo salía y cerraba la puerta.

Miré a Ryker, con el estómago revuelto de nuevo. ¿De qué quería hablar? ¿Y por qué parecía tan preocupado? Ryker se adelantó hacia mí en su silla.

—Estoy muy orgulloso de ti por decir lo que pensabas. Ha sido una gran idea.

—Gracias, Ry. Me preocupaba que no fuera bien recibida... —Me resultaba extraño pasar de una carrera en la que nunca me había sentido escuchada a una en la que tenía influencia en las decisiones importantes.

Sentí que se preparaba para decir algo más y recé para que no fuera sobre Leo. No había habido ninguna discusión sobre cómo lidiar con mi hermano si

no le gustaba mi situación amorosa.

—¿Cómo va la vida? ¿Todo bien entre Ethan y tú?

Mi corazón se aceleró. ¿Sabía algo? ¿Le había dicho algo Ethan? Es decir, Ethan y Ryker también eran amigos; no sería del todo extraño que hablaran.

—Va todo bien. —Intenté mantener la voz firme—. ¿Por qué lo preguntas?

Ryker frunció el ceño ligeramente.

—Pareces un poco..., no sé, ¿distráida últimamente? Quería asegurarme de que todo estuviera bien en casa.

—¿Te ha dicho algo Ethan?

Ryker parecía genuinamente confundido.

—¿Decirme qué? ¿Hay algo que deba saber?

Ay, Dios, ¿en qué me había metido? Cerré los ojos un momento, armándome de valor. Cuando los abrí, Ryker me miraba con preocupación. Suspiré.

—Ethan y yo... estamos juntos o algo así.

Ryker arqueó las cejas.

—¿Juntos? O sea...

—O sea, juntos. Novio y novia.

Sentí una mezcla de alivio y ansiedad al decirlo por fin a alguien, especialmente a mi sobreprotector hermano mayor.

—¡Vaya! —Ryker se recostó en su silla, frotándose la mandíbula—. Eso es... ¡Vaya! ¿Desde cuándo?

—Desde hace como una semana. Es bastante reciente y aún estamos averiguando cómo llevarlo. —Me encogí de hombros como si no fuera para tanto—. Debería haberlo visto venir, la verdad.

—Acabas de salir de una relación... —A Ryker nunca le había gustado Justin, para empezar.

Arrugué la nariz.

—No fue muy buena, y por eso lo dejamos..., porque iba a vivir con Ethan. Quizás nunca vi que Ethan y yo íbamos por este camino.

—Seguro que seréis muy felices cuando Leo salga de ahí. —Ryker no era idiota, y por su tono de voz y su expresión supe que sospechaba algo.

No estaba segura de cómo responder. Se suponía que Leo ya se había ido, pero después de llegar a casa el sábado y ver las rosas, cedí y le dije que podía quedarse todo el tiempo que necesitara. A pesar de eso, no iba a quedarse mucho.

Lo mejor que podía hacer con mi hermano era evitar hablar de lo que sentía

por Leo, porque ni siquiera yo estaba segura.

—Ha dicho que sus suelos debían pasar por aduana esta semana y que la semana que viene estarían puestos.

—Lo siento mucho. Ni se me pasó por la cabeza que pudiera haber retrasos. Espero que no te haya incomodado..., porque si lo ha hecho...

—No lo ha hecho —dije demasiado rápido. Tan rápido que Ryker entrecerró los ojos—. Apenas pasa por casa.

—Mmm.

Puse los ojos en blanco y me levanté.

—Para.

—¿Parar el qué? —Él también se puso de pie, y su expresión severa se suavizó—. Solo quiero comprobar cómo está mi hermana pequeña.

—Eres muy pesado. —Le di un puñetazo en el hombro de camino a la puerta—. No tienes que preocuparte por mí.

Se frotó el hombro.

—Parece ser que no, menudo puñetazo.

—Chaval —lo miré por encima del hombro al salir al pasillo—, si alguno de ellos me hace daño, serás el primero en saberlo.

Sus ojos se abrieron de par en par, pero, antes de que pudiera decir nada, salí corriendo por el pasillo como un cachorrito al que pillan destrozando un cojín del sofá.

Mi primera cita con Leo comenzó sorprendentemente bien. No sabía muy bien qué esperar de él, pero cuando nos detuvimos frente a un restaurante que tenía los mejores *fingers* de pollo de la ciudad, supe que había empezado con buen pie.

Me sorprendía que no hubiera elegido uno de sus restaurantes, pero agradecía que me hubiera llevado a un lugar tranquilo. Me gustaba probar restaurantes nuevos, pero era una criatura de costumbres. Los *fingers* de pollo eran esa costumbre.

Leo se había quitado la chaqueta, se había remangado y ya se había comido media hamburguesa gigante. Nunca habría pensado que ver a alguien comerse una hamburguesa pudiera ser tan excitante.

Mientras mojaba un *finger* de pollo en una salsa ranchera que probablemente era de las mejores que había probado en mi vida, contuve un gemido. Quien la

hubiera hecho se merecía no solo una ovación, sino también que lo mimaran toda la vida.

Leo se rio entre dientes, observándome mientras masticaba.

—¿Qué? —Me limpié la boca con timidez. No me habría sorprendido llevar un bigote ranchero—. ¿Tengo algo en la cara?

—No, es solo que parece que lo estás disfrutando mucho.

—Sí. —Le di un sorbo de mi refresco—. Estás en un diez en la escala de citas ahora mismo.

Leo hizo una pausa, con la hamburguesa a medio camino de la boca.

—Espera a ver lo que vamos a hacer ahora.

—¿Hay más? —No esperaba hacer nada más que cenar.

—Por supuesto. A menos que estés muy cansada. Ha sido una semana larga.

—¿Cansada? Por favor, acabamos de empezar. —Me llevé el último trozo de pollo a la boca.

—Ah, ¿sí? ¿Te gusta la fiesta?

Resoplé.

—No mucho, ni siquiera en la universidad. Había algo en tanta gente descontrolada y bajo la influencia de alcohol que me hacía recordar todas las veces que había visto a mi madre así. —Habría apostado cualquier cosa a que Leo ya había salido de fiesta suficiente por los dos en su vida—. Cuando no estás trabajando o de fiesta, ¿qué haces para divertirte?

—¿Divertirme? —Repitió la palabra como si fuera un concepto desconocido—. Hace tiempo que no sé lo que es eso, y últimamente no tengo mucho tiempo para *hobbies*.

Arqueeé una ceja.

—¿En serio? ¿No tienes una pasión secreta por la cestería submarina o la decoración de neveras?

—¿Decoración de neveras? —Sonrió, pero la sonrisa no llegó a sus ojos—. Trabajo casi todo el día, pero cuando tengo tiempo me gusta viajar o ir a mi casa de los Hamptons.

—¿Para qué trabajas tanto? Es decir, se nota que tienes éxito. ¿Para qué trabajar tanto cuando podrías estar ahí fuera disfrutando al máximo?

La expresión de Leo cambió; una vulnerabilidad que nunca antes había visto se reflejó en su rostro.

—Es complicado. —Dejó la hamburguesa y se recostó en el asiento, con la mirada fija en un punto por encima de mi hombro.

—Lo siento. Solo tenía curiosidad. —No me había dado cuenta de que preguntarle sobre su tiempo libre le molestaría.

—Mi padre siempre ha sido un hombre difícil de complacer. De pequeño, nada de lo que hacía parecía suficiente. Él construyó este imperio, y espera que Luca y yo sigamos haciéndolo crecer. Siempre he sentido el peso de sus expectativas, pero luego, claro, voy yo y lo hago diez veces peor tomando malas decisiones. Ahora tengo que volver a demostrarle mi valía.

—Las malas decisiones no siempre son tan malas. —Alargué la mano sobre la mesa y la puse encima de la suya.

—Ya has logrado mucho para ser tan joven. Seguro que tu padre lo ve.

Esbozó una sonrisa irónica.

—Por desgracia, un error de juicio puede cambiarlo todo. Pero ya basta de eso. ¿Qué haces tú para divertirte además de leer y jugar a videojuegos?

—Eso ocupa la mayor parte de mi tiempo libre. Me encanta sumergirme en un buen libro..., aunque a algunos no les parezca buena forma de pasar el tiempo. —Todavía oía a mi ex diciéndome que leía demasiado y que no era una buena forma de pasar la vida.

—Quizás puedas prestarme uno de tus libros.

Me metí una patata en la boca, repasando ya una lista de libros que pensaba que le gustarían.

—¿Seguro? Son picantes..., a veces con cosas raras, como hombres que pueden hacer nudos y ronronear para consolar a su omega.

De pronto parecía preocupado.

—Suenan... interesantes.

Eché la cabeza hacia atrás y me reí. Quizás pudiera ponerlos a él y a Ethan a leer juntos. Sus reacciones a algunas de las cosas que leía serían puro entretenimiento.

Cuando terminamos de comer, salimos del restaurante y dimos un paseo en lugar de dirigirnos a su coche. Me agarró la mano y entrelazó sus dedos con los míos.

Nos acercamos a una librería pintoresca situada entre una cafetería y una tienda de ropa *vintage*. El cálido resplandor de las ventanas nos invitaba a entrar, y sentí una oleada de agitación en el pecho.

—¿Vamos a una librería? —Me emocionaba que me hubiera llevado a un lugar que me encantaba. O sea, ¿a quién no le gustaba ir a una librería y curiosear entre todos esos libros tan bonitos?

—Claro, a menos que quieras ir a otro sitio. —Nos detuvimos en la entrada, me llevó hacia sí y me besó suavemente—. Todo lo que puedas meter en una cesta es tuyo.

Lo miré boquiabierto.

—¿En serio?

Asintió con una sonrisa aún mayor.

—Por supuesto.

—Los libros son caros, y...

Me interrumpió con otro beso.

—Libby, creo que puedo pagar una cesta de libros.

—¿Estás seguro? No creo que entiendas lo rápido que se puede descontrolar el total. —No quería elegir un montón de libros y que se le salieran los ojos de las órbitas en la caja.

Agarró una cesta y me la dio.

—Vamos, princesa.

Con una risita, cogí la cesta y fui directa a la sección de novelas románticas. Era como una niña en una tienda de chuches, pero mucho mejor.

Empecé a sacar libros de las estanterías, incapaz de contener la emoción. ¿El último lanzamiento de mi autora favorita? A la cesta. ¿Ese *enemies to lovers* al que le había echado el ojo hacía semanas? Sin duda, adentro. ¿La novela romántica del omegaverso por la que estaba tan entusiasmada? Por supuesto.

Leo paseaba por allí, cogiendo libros y leyendo las contraportadas. Verlo con un libro en las manos, con la camisa remangada y la corbata suelta me dio ganas de buscar un rincón oscuro y darle las gracias. Levantó la vista, dejó el libro que sostenía en la estantería y caminó hacia mí.

—¿A qué viene esa mirada?

—Nada. Solo estaba escribiendo una fantasía picante en una librería mentalmente.

Leo arqueó una ceja, visiblemente divertido.

—Dame, déjame llevar la cesta.

—Gracias. —Nuestros dedos se rozaron cuando cogió la cesta, y sentí un cosquilleo en el brazo.

Eso me produjo sentimientos encontrados sobre qué estábamos haciendo en una cita. Sabía que en algún momento tenía que sacarlo a colación.

—Entonces..., ¿de verdad vas en serio con lo de salir con Ethan también?

Parecía sorprendido por mi pregunta.

—No habría hecho el ridículo invitándoos a salir si no fuera así.

—Pero vosotros dos no os lleváis bien. —Ambos parecían haber olvidado que no hacían más que discutir.

—Tiene muchas razones para que yo no le guste, pero yo no tengo ninguna para que él no me guste a mí. Supongo que es un comienzo, y ayuda que esté abierto a intentarlo. —Se inclinó y me besó en la mejilla—. Eres una mujer increíble.

Respiré hondo, intentando encontrar la manera de expresar mis preocupaciones.

—Me alegra que estés abierto a esto, pero no estoy segura de cómo va a funcionar.

Leo dejó la cesta a sus pies y me dedicó toda su atención.

—¿Qué te preocupa?

—Ethan y yo hemos pasado de ser amigos a algo más que eso rápidamente, y es increíble, pero también es un gran cambio. Me preocupa cómo podría afectar a eso la incorporación de otra persona, sobre todo con la dinámica que ya existe entre vosotros dos.

Él asintió con expresión pensativa.

—Es comprensible. Son muchos cambios de golpe, además de mudarte y comenzar en un nuevo trabajo.

—Sí. —Me alivió que pareciera entenderlo—. Pero me siento mejor sabiendo que Ethan ha aceptado salir contigo. Me hace pensar que esta loca idea podría funcionar.

Una pequeña sonrisa se dibujó en sus labios.

—Me alegra oír eso. Prometo que haré todo lo posible para que funcione.

—Más te vale. Y déjeme decirle algo, señor. —Le di un golpecito juguetón en el pecho—. Más te vale tener una cita estupenda con Ethan. Tiene estándares muy altos para las personas a las que deja entrar en su corazón. Tampoco quiere una versión perfecta y refinada de ti. Quiere ver al verdadero Leo.

Parecía algo más que nervioso.

—¿Y si el verdadero Leo es un desastre?

—No tiene nada de malo ser un desastre a veces. Sé tú mismo. Si recuerdas eso, Ethan cambiará de opinión.

Y, de verdad, esperaba que lo hiciera.

## 20

### ¿DÓNDE ESTÁ EL ACELERADOR?

ETHAN

Hacía mucho tiempo que no tenía una cita, y me costaba admitir que estaba un poco nervioso por lo que Leo había planeado. Cuando me envió un mensaje para que me pusiera algo informal, me sorprendí y pasé treinta minutos buscando algo en mi armario.

Informal podía significar muchas cosas, pero me decidí por unos vaqueros oscuros y una camiseta azul claro lisa. Tampoco necesitaba impresionar a ese tipo.

A las seis y media en punto, Leo llamó a la puerta de mi habitación, y me sentí ridículo por que me recogiera mi seudocompañero de piso.

Abrí la puerta y lo encontré allí, esperando con aspecto de haber asaltado mi armario. Íbamos vestidos casi igual, excepto porque él llevaba una camiseta negra y vaqueros claros.

Nos quedamos allí un momento, sin saber muy bien qué hacer. El aire entre nosotros crepitaba con una energía incómoda que me hizo querer volver a mi habitación y esconderme bajo las sábanas. ¿Por qué había accedido a aquello?

Leo carraspeó y me ofreció el brazo como si estuviéramos a punto de entrar en un baile elegante.

—¿Vamos?

Me quedé mirando su brazo extendido, conteniendo las ganas de reír. O quizás de llorar. Toda esa situación era absurda.

—Eeeh, gracias, pero creo que puedo caminar solo.

Pasé junto a él y recorrí el pasillo; el sonido de sus pasos me seguía de cerca. El aroma de su perfume me inundó, y maldito fuera por oler tan bien.

Cuando entramos en la sala de estar, Libby levantó la vista de su lugar en el sofá, con un libro abierto en el regazo. Sus ojos se iluminaron por la diversión mientras nos miraba.

—Estáis adorables. —Una sonrisa se extendió por su rostro, y, mierda, si ir a juego con Leo le provocaba esa reacción, tal vez tendríamos que hacerlo más a menudo—. Divertíos en vuestra cita, chicos. ¡Y recordad tomar precauciones!

Sentí que se me calentaban las mejillas ante su insinuación.

—Lib, por favor.

Ella rio, claramente disfrutando de mi incomodidad.

—No os preocupéis, no os esperaré despierta. Desmelenaos y salid hasta la hora que queráis. Yo tengo una cita con este libro y con Bob esta noche.

—¿Bob? ¿Quién demonios es Bob? —Leo cruzó los brazos.

—Su novio a pilas. —Le di una palmadita en el pecho.

Me acerqué al sofá y me incliné para darle un beso de despedida a Libby.

—¿Seguro que no quieres venir con nosotros? —Lo decía medio en broma y medio en serio. Tenerla allí haría todo aquello mucho menos incómodo.

Ella negó con la cabeza.

—No, esta es tu cita.

Me enderecé y me giré para mirar a Leo.

—¿Listo para irnos?

Él asintió, dudando un momento como si quisiera caminar hacia el sofá junto a Libby, pero, en cambio, se despidió con la mano y luego señaló hacia la salida.

—Después de ti.

Mientras me dirigía a la puerta, no pude evitar preguntarme en qué demonios me había metido. Iba a una cita con un hombre que llevaba semanas volviéndome loco y haciendo que me hirviera la sangre. Para colmo, no podía sacármelo de la cabeza desde la noche que pasamos con Libby.

Joder, vaya situación.

Bajamos en ascensor hasta el garaje en silencio y me pregunté si iba a tener que ser la fuente de todo el entretenimiento toda la noche. Parecía nervioso, lo cual era desconcertante, pues normalmente rebosaba confianza hasta mientras dormía.

Lo seguí hasta su plaza de aparcamiento, con los ojos como platos al acercarnos al elegante Lamborghini azul. Lo había visto antes, pero siempre me impresionaba.

—Bonito coche. —Intenté sonar indiferente, aunque estaba más que emocionado por subirme. Leo sonrió con suficiencia, sacando las llaves del bolsillo.

—¿Quieres conducir?

Parpadeé rápidamente y miré de él al coche, seguro de haberlo oído mal.

—¿Qué?

—¿Quieres conducir? —Sostuvo las llaves ante mis narices.

¿Hablaban en serio? Cuando no se movió, lo supe. No era broma. Iba a dejarme conducir su carísimo coche. Se me ocurrió una idea traviesa, y antes de que pudiera pensarlo mejor, le arrebaté las llaves de la mano.

—Claro, ¿por qué no? —Intenté mantener la cara seria.

Al acomodarnos en el coche, no pude evitar acariciar el volante de cuero. Era un vehículo precioso, y una parte de mí se sentía un poco culpable por lo que estaba a punto de hacer. Pero solo un poco.

Presioné un botón al azar en el volante y luego me quedé quieto. Leo me miró expectante.

—¿Todo bien?

Me volví hacia él con los ojos muy abiertos e inocentes.

—¿Dónde está el acelerador?

El rostro de Leo palideció.

—Estás de coña, ¿verdad?

Fruncí el ceño, intentando parecer confundido.

—¿No? Es decir, he conducido antes, pero... Ha pasado mucho tiempo, y desde luego, no era un coche tan sofisticado como este. —Extendí la mano y empecé a pulsar botones al azar en el tablero—. ¿Qué hace este?

—¡Ethan, para! —Leo alargó la mano y me agarró—. Quizás debería conducir yo.

Me mordí el interior de la mejilla para no reírme.

—Lo tengo todo bajo control. Es como ir en bicicleta, ¿verdad? — Finalmente pulsé el botón de arranque y me reí con una alegría alocada.

—Mmm.

Apreté el acelerador con el freno todavía echado, y el motor aceleró.

—¡Uf! ¡Qué ruido! ¿Por qué no avanza?

Los nudillos de Leo estaban blancos mientras agarraba el tirador de la puerta.

—Ethan, te lo juro por Dios...

No pude contenerme más. Solté un bufido, seguido rápidamente por una carcajada.

La expresión de pánico de Leo se transformó en una de confusión, luego de

comprensión y, finalmente, diversión.

—Imbécil —dijo, pero no había ningún enfado en ello—. No me puedo creer que me lo haya tragado.

Me sequé las lágrimas sin poder dejar de reír.

—Tu cara no tenía precio. Pensaba que te iba a dar un ataque al corazón.

Leo negó con la cabeza; su sonrisa cambió por completo su rostro y su actitud.

—Me sorprende que no hayas hecho que nos estampáramos contra la pared para darle más credibilidad.

—No, yo no le haría eso a esta belleza. —Le di unas palmaditas cariñosas al tablero.

Mientras nuestras risas se apagaban, noté que Leo me miraba con una expresión que no podía descifrar. Se me hizo un nudo en el estómago, y rápidamente volví mi atención al coche.

—¿Adónde vamos? —Esperaba con todas mis fuerzas que no hubiera notado el ligero rubor que notaba que subía por mi cuello.

Leo presionó algunos botones en la pantalla del coche para activar el GPS.

—Es una sorpresa.

Arqué una ceja al ver aparecer el puerto deportivo en la pantalla.

—¿El puerto deportivo? ¿Vamos a tu yate?

—No te lo voy a decir. —Leo escribió algo en su teléfono y empezó a sonar una de mis cantantes favoritas.

—Ahora conduce.

Me detuve en el parking del puerto deportivo.

—Es obvio, vamos a subirnos en tu yate.

Aunque me impresionaba, también me parecía un poco excesivo para una primera cita. Era muy raro salir a navegar en un yate de dos metros y medio para una velada informal.

Leo parecía demasiado complacido consigo mismo.

—Sorpresa.

Negué con la cabeza, intentando ignorar el revoloteo en mi estómago.

—Esto es demasiado. Pensaba que era algo informal.

—Esto es informal. —Ya estaba bajando del coche, y yo lo seguí—. No vamos a sacarlo del puerto.

De mala gana le entregué las llaves al aparcacoches y seguí a Leo por el muelle. El Holy Cannoli se alzaba ante nosotros, con sus líneas elegantes y su reluciente pintura blanca. Ya había estado allí antes, pero nunca así, en una cita. Solo.

—Bienvenido a bordo, señor. —Un hombre de traje nos recibió al final de la pasarela que conducía al yate—. Todo está preparado en el puente y la cena se servirá en breve. Por favor, avísame si necesita algo más.

—Gracias, Tom. —Leo le dio un firme apretón de manos al pasar.

—En serio, Leo —intenté de nuevo al acercarnos a una escalera—. Esto es...

Leo se detuvo frente a mí y se dio la vuelta.

—Si vuelves a decir «demasiado», te tiro al agua.

Levanté las manos.

—Vale, vale. No quiero que corran rumores sobre que tú y Luca convertís a la gente en comida para peces.

Puso los ojos en blanco y se volvió hacia las escaleras, conduciéndome a una de las varias cubiertas.

El yate no estaba tan desierto como esperaba. Algunos tripulantes estaban ocupados.

—Pensaba que el barco estaría vacío.

Leo se encogió de hombros y me condujo a través de una terraza hacia más escaleras.

—Alguien va a usarlo la semana que viene. El personal está preparándolo todo.

Asentí, intentando ignorar la pequeña punzada de decepción. Por un momento, imaginé que todo era para nosotros, lo cual era ridículo, porque lo último que quería era estar completamente solo con él..., ¿verdad?

Subimos a la cubierta superior, donde la vista era espectacular. El sol comenzaba a ponerse, tiñendo el cielo de brillantes tonos naranjas y rosas. Pero lo que más me llamó la atención fue la acogedora zona de estar que habían preparado, con un pícnic sobre una mesa de centro.

Me acerqué a él y le di un codazo.

—Esta es una propuesta romántica de nivel, Leo. Al menos chúpame la polla primero.

—Oh, eeh... —Se frotó la nuca y miró lo que habían preparado para nosotros.

Claramente, no estaba listo para hacer chistes sobre el tema todavía, y me dio una buena idea de dónde estaba al respecto.

Maldita sea, ¿por qué lo imaginaba de rodillas por mí? Estaba allí por Libby, porque ella quería darle una oportunidad. No estaba allí para que me cortejaran.

—Era broma. Así es perfecto.

—Me alegra que te guste. ¿Vamos? —Señaló la zona de asientos, con su típico aire de caballero.

Me acomodé en el sofá en forma de L, intentando no pensar en lo íntimo que parecía todo aquello. Leo se sentó frente a mí, se inclinó y retiró la tapa de una bandeja que tenía una tabla de embutidos.

—¿Qué te gustaría beber? —Se levantó y se dirigió a un carrito que contenía todas las bebidas imaginables—. Nos servirán salmón para cenar, así que tengo un Pinot Noir o un Sauvignon Blanc si quieres vino.

—Lo que sea que vayas a tomar tú.

Leo sirvió dos copas de Pinot Noir como si fuera un gran sumiller. Cuando me pasó la mía, nuestros dedos se rozaron y traté desesperadamente de ignorar cómo me hacía sentir.

Brindamos y nos bebimos el vino en silencio durante unos momentos, ambos mirando fijamente al horizonte. El sol poniente proyectaba un cálido resplandor sobre todo, y era casi demasiado perfecto.

Uno de nosotros tenía que romper el hielo, y parecía que esa persona tendría que ser yo.

—¿Vamos a hablar del tema en el yate?

Leo rio entre dientes, pero sus hombros se tensaron.

—Supongo que deberíamos, ahora que te he tentado con vino y comida.

Le di otro sorbo al vino.

—Mira, voy a ser directo. ¿Cuál es tu objetivo? Conmigo, con Libby..., con todo esto. Porque, sinceramente, no lo entiendo.

Suspiró, pasándose una mano por el pelo.

—¿La verdad? No estoy del todo seguro.

—Eso no es muy tranquilizador. —Intenté que mi voz no sonara tan cortante, pero dados nuestros acalorados intercambios hasta ese momento, era difícil. Lo último que quería era perder tiempo y energía en algo que no llevaba a ninguna parte.

—Lo sé, y lo siento. —Los ojos de Leo se encontraron con los míos, y

descubrí que no podía apartar la mirada—. No estoy acostumbrado a lidiar con... sentimientos tan abrumadores como este.

—¿Sentimientos abrumadores?

Leo asintió y bajó la mirada hacia su copa de vino.

—Es difícil de explicar. He reprimido mucho mis sentimientos, pero lo que siento por Libby es tan intenso y ha sucedido tan rápido que no puedo ignorarlo. Me siento cómodo a su lado, y quiero estar cerca de ella todo el tiempo. Y en cuanto a ti..., cuando me dejo llevar, no puedo negar que me atraes.

¡Madre mía! No había estado preparado para tanta sinceridad. Mi mente ya estaba imaginando lo que podríamos hacer con esa atracción. Me removí en el asiento, intentando ahuyentar el calor que me subía a la entrepierna.

—Eso es... mucho que procesar.

—Es fácil ignorarlo cuando quiero, pero estoy cansado de ignorar mis sentimientos por el bien de otras personas.

—¿Qué otras personas?

—Familia..., y luego, como sabes, a veces me veo obligado a asumir el papel de famoso cuando los *paparazz*i se aburren. Además, siempre tengo que preocuparme por las intenciones de la gente y si me van a engañar. No sé muy bien cómo conciliarlo todo.

—Pero a tus padres les parece bien la relación de Luca, ¿no? —Eso era lo que había oído, y, como recepcionista de LRG Marketing, lo oía prácticamente todo.

—Sí y no. Son bastante tradicionales, así que la idea de que Luca nunca se case y que esté en una relación poliamorosa poco convencional no los hace muy felices. Pero, que yo sepa, Luca no se acuesta con Ryker y Garrett, y probablemente por eso lo toleran.

—Ah. —Ya lo entendía—. He tenido suerte en ese sentido, pero, obviamente, ha habido bastantes personas en mi entorno que han expresado opiniones no muy agradables sobre mí. Es una lástima, pero al final tienes que hacer lo que te haga feliz porque es tu vida, de nadie más. Si eso significa sacar a algunas personas de ella, a la larga solo es para mejor.

Asintió y removió el vino en su copa.

—También entiendo que te preocupen mis intenciones. Mi reputación no es precisamente estelar.

—Eso es decirlo suavemente —murmur .

Hizo una mueca.

—Está bien. Pero quiero que sepas que estoy tratando de ser mejor, y no solo buscar experiencias emocionantes.

Lo observé un momento, intentando calibrar su sinceridad.

—¿Y si lo que quieres es solo una aventura conmigo y con Libby?

Leo negó con la cabeza.

—No es eso. Me da un miedo terrible, la verdad.

Podía identificarme con ese miedo. Mis propios sentimientos por Libby eran un misterio que aún intentaba resolver. Sin embargo, antes de que pudiera responder, fuimos interrumpidos por la llegada de nuestra cena.

El camarero sirvió dos platos de salmón a la parrilla con verduras asadas. Se me hizo la boca agua al olerlo. Mientras el camarero servía más vino, Leo no apartaba la mirada de mí; su intensidad me aceleró el pulso. Quizás era el ambiente romántico, o la cruda honestidad de nuestra conversación, pero, de repente, el aire entre nosotros estaba cargado de electricidad.

Tal vez había en él algo más que la personalidad de *playboy* mujeriego que a menudo proyectaba.

Me recosté contra los mullidos cojines, con la mente dando vueltas. La velada había dado un giro inesperadamente íntimo, y no podía negar cómo la honestidad y vulnerabilidad de Leo habían empezado a erosionar mi opinión sobre él.

# 21

## ¿Y ESOS PUNTOS SUSPENSIVOS?

ETHAN

Me habría reído si alguien me hubiera dicho que estaría replanteándome la imagen que tenía de Leonardo Caponetti. Aunque aún no estaba del todo convencido de sus intenciones, parecía serio, al menos respecto a no hacerle daño a Libby.

Eso era lo que más me importaba: que ella no saliera mal parada. Libby ya tenía suficientes razones para mantener las distancias, y no necesitaba más. El hecho de que estuviera dispuesta a darle una oportunidad a Leo decía mucho a su favor, pero tal vez estaba en un período de recuperación después de su última relación.

Menos mal que aquello había terminado. Odiaba a ese tipo, y estaba bastante seguro de que él también me odiaba.

El sol ya se había puesto por completo, hasta dejarnos a Leo y a mí bajo las luces estratégicamente colocadas en la terraza mientras terminábamos el postre. Odiaba admitir que había sido la cena perfecta, pero así era. En un restaurante habría habido demasiado ruido para hablar.

Leo se levantó y se estiró, con lo que se le levantó la camisa lo suficiente como para mostrar un poco de piel.

—¿Qué te parece si nos bañamos?

Arqueé una ceja.

—¿Esta es tu forma disimulada de desnudarme? Porque, siento decírtelo, pero no me he traído el bañador.

Los labios de Leo se curvaron en una sonrisa burlona.

—Aunque suene tentador, tengo bañadores a bordo... A menos, claro, que prefieras nadar desnudo.

Me puse de pie, tratando de reprimir la oleada de lujuria ante la idea de estar desnudo con él.

—En tus sueños, colega. Guíame.

Bajamos a la terraza con la piscina, donde convenientemente había toallas, bañadores y más bebidas.

Agarré un bañador azul con anclas y seguí a Leo al gimnasio, donde había unos vestuarios. El yate era como un crucero, y tenía de todo.

Una vez solo, saqué mi teléfono y descubrí que tenía varios mensajes de Libby.

*Libby: Espero que estés teniendo una cita genial.*

*Libby: Quería aclarar que con lo de «Divertíos» me refería a cualquier tipo de diversión.*

*Libby: Como... si él te besa o tú lo besas..., o lo que sea.*

*Libby: No me hagas caso.*

*Yo: Eres adorable. La cita va bien...*

*Libby: ¿Y esos puntos suspensivos?*

*Yo:* 😁

*Libby: ¿Lo has besado?*

*Yo: ¡Dios mío, Libby! No..., todavía no.*

*Libby: ¡Ethan!*

*Yo: Te prometo que te lo contaré todo cuando te vea por la mañana...*

*Libby: ¡Ethan Roberts!*

No podía borrar la sonrisa de mi cara mientras me ponía el bañador. Probablemente iba a pagar haberme burlado de ella.

Cuando volví a la terraza de la piscina, Leo ya estaba allí. Se me hizo la boca agua al ver su cuerpo musculoso. Tragué saliva con fuerza, forzando a mis ojos a mirarlo a la cara.

—¿Te echo una carrera hasta el otro extremo? —pregunté, desesperado por una distracción.

Leo sonrió.

—¿Estás listo?

Subimos las escaleras hasta la piscina y nos pusimos en posición. El agua estaba a la temperatura perfecta, y me relajé. Bueno, todo lo que pude, considerando que estaba a punto de echar un carrera contra Leo.

—¿Listo? —Lo miré y casi me quedé con la boca abierta al ver lo sexy que estaba con el agua goteando de su cabello y su cara.

—Sí. —Salió sin esperar, y lo maldije.

La piscina no era enorme, pero era lo bastante grande para dar unas buenas brazadas antes de llegar al otro lado. Toqué la pared una fracción de segundo antes que Leo, y dejé escapar un grito triunfal.

—¡Chúpate esa, tramposo! —Le eché agua, feliz de que mis largas extremidades me hubieran ayudado a sellar mi victoria.

Leo rio, pasándose una mano por el pelo mojado.

—Te he dejado ganar.

—Claro que sí. —Puse los ojos en blanco.

Dimos unas cuantas vueltas más antes de calmarnos y dejarnos flotar sin más. El chapoteo del agua contra el borde de la piscina tenía un efecto extrañamente relajante.

Miré a Leo, que había estado prácticamente en silencio desde que estábamos allí. Tenía el ceño ligeramente fruncido, como si estuviera perdido en sus pensamientos.

—Un penique por tus pensamientos.

Leo pareció salir de su ensoñación, con la mirada fija en mí. Dudó un momento antes de hablar.

—¿Qué pasó exactamente esa noche en la fiesta de Navidad?

La pregunta me tomó por sorpresa; no esperaba que lo mencionara, y menos en ese momento.

—¿La fiesta de Navidad? ¿A qué te refieres?

—No recuerdo nada de eso, salvo pequeños destellos aquí y allá..., pero, ¿cómo pasamos de la fiesta a la habitación para que me odies tanto?

—¿De verdad quieres saberlo con tanta urgencia? —A diferencia de él, yo recordaba cada detalle, aunque yo había estado borracho también.

—Sí. Cuéntamelo todo.

Estaba sentado en un taburete del Diamond Lounge del Bella Grand Hotel, sin ganas de terminar la noche después de la fiesta de Navidad de la empresa. Hacía mucho que no iba a un bar a ver qué me deparaba la noche, pero después de varias copas en la fiesta, me sentía animado.

El bar era más bien un salón con asientos cómodos y no daba lugar al alboroto. No esperaba menos de uno de los hoteles más caros de Manhattan. Un hotel propiedad de la familia de uno de mis jefes, junto con varios otros en la ciudad.

—¿Qué puedo ofrecerle? —El camarero era mono y todo en él parecía decir «Fóllame», lo que me hizo enderezarme en mi asiento.

Por lo general, me mantenía alejado de los camareros porque eran furtivos y coqueteaban solo para obtener propinas, pero ese individuo irradiaba energía de pasivo. Aunque podría haberme decantado por cualquier lado en ese momento, sinceramente.

—Un chupito de tu mejor tequila. —Hice ademán de sacar mi billetera cuando una mano me tocó el brazo.

—Que sean dos, Trey, y la casa invita. —Leo se sentó en el taburete junto al mío y dejó un billete de cien sobre el mostrador—. Y no pares de servirnos.

Me giré y mis rodillas chocaron con su muslo.

—A lo mejor solo quería uno.

—¿Quién se toma solo un chupito de tequila? —Me miró, recorriendo mi cuerpo de arriba abajo.

Sonreí, tomando mi vaso de chupito de donde lo había dejado el camarero y chocándolo contra el de Leo.

—Supongo que nosotros no.

Nos tomamos los chupitos, y el tequila me quemó la garganta. Dejé el vaso en la mesa con un golpe y cogí una lima. El camarero nos rellenó los vasos inmediatamente.

Después de varios chupitos, me sentía genial, y parecía que Leo también.

—Bueno, Ethan. —Tenía los ojos vidriosos, y una sonrisa traviesa se dibujaba en sus labios—. Cuéntame algo sobre ti que nadie más sepa.

Me reí, inclinándome un poco más.

—Si te lo digo, se lo contarás a alguien.

La mano de Leo se posó en mi rodilla y me la apretó suavemente.

—Prometo no contárselo a nadie.

Bajé la vista hacia su mano y luego volví a mirarlo, sintiendo una calidez que

me recorría el cuerpo y que no tenía nada que ver con el tequila.

—Solo si tú me cuentas algo a cambio. —*Por ejemplo, si eres activo o pasivo.*

—Trato hecho.

Me acerqué a él; mis labios casi rozaban su oreja.

—Te encuentro muy atractivo y me pregunto qué aspecto tendrías si me pusiera de rodillas delante de ti.

Los dedos de Leo me apretaron con fuerza. Giró la cabeza ligeramente, con sus labios rozando mi mejilla.

—¿En serio?

Me aparté lo suficiente para mirarlo a los ojos, con una sonrisa burlona en mis labios.

—¿No te gustaría averiguarlo?

Se rio entre dientes, deslizando la mano por mi muslo.

—Me encantaría. Con todo lujo de detalles.

No conocía mucho a Leo, pero sí sabía que nunca había oído que le gustaran los hombres. Pero ¿quién era yo para cuestionarlo?

—Ahora es tu turno, así que, si quieres escuchar más, tendrás que contarme algo. —Me tomé otro chupito de tequila, sintiendo el coraje líquido extenderse por mi cuerpo.

Se bebió dos chupitos seguidos mientras pensaba qué decir.

—Eres... un tío guapísimo.

Eché la cabeza hacia atrás y me reí, lo que provocó que él se uniera a mí.

—Eso es trampa.

—No lo es. No había reglas. —La mano de Leo ascendió mientras sus dedos dibujaban círculos en el interior de mi pierna, muy cerca de mi pene.

—Me toca a mí. —Pasé un dedo por su brazo y me incliné de nuevo, rozando con mis labios su oreja esa vez—. Mueve la mano un centímetro más si quieres sentir con qué te vas a ahogar después.

Se le cortó la respiración, y pude ver el efecto que le causaban mis palabras. Tenía las pupilas dilatadas y su mano en mi muslo me apretaba con más fuerza.

—Joder, Ethan —gruñó.

El pene no me cabía en los pantalones.

—Te toca. Dime algo que nadie sepa.

—Tengo una habitación arriba. Podríamos seguir esta conversación en privado.

Pensaba que nunca me lo preguntaría. Era increíblemente sexy, y la idea de lo

que podríamos hacer a puerta cerrada me envió una oleada de calor que me atravesó.

—Muéstrame el camino. —Me bebí el último chupito y me puse de pie, acomodándome discretamente.

Leo hizo lo mismo, dejó otros cien en el mostrador y me acompañó fuera del bar. Nos dirigimos a los ascensores privados, chocando al caminar. Una vez dentro, Leo pulsó el botón de uno de los pisos superiores, y en cuanto las puertas se cerraron, se giró para mirarme.

—Llevo toda la noche queriendo hacer esto.

Me besó. Al principio, sus labios rozaron los míos suavemente, luego con más insistencia. Le devolví el beso, mis manos buscando su cabello, acercándolo más a mí. Sabía a tequila y a malas decisiones, y yo quería más.

Lo empujé contra la pared del ascensor, presionando mis caderas contra las suyas. Sentí su excitación y me invadió una oleada de deseo. Gimíó suavemente, aferrándose el trasero con las manos, acercándose más.

Mientras le besaba el cuello, moví una mano para acariciarlo por encima de sus pantalones. Joder. Tenía el tamaño perfecto.

Se oyó un sonido que indicaba nuestra llegada a su piso, pero no nos detuvimos. Salimos a trompicones al pasillo, con los labios aún unidos y nuestras manos explorando el cuerpo del otro.

De alguna manera llegamos a su habitación, y él buscó torpemente la tarjeta llave, hasta que logró abrir la puerta. Estuvimos a punto de caernos dentro, y cerré la puerta de una patada.

Milagrosamente, terminamos junto a la cama y lo empujé contra ella. Me subí encima de él y me senté a horcajadas; nuestras duras vergas se frotaban la una contra la otra, aún dentro de los pantalones.

Me apreté contra él, provocándole un gemido desde lo más profundo de su pecho. Sus manos me agarraron las caderas y sus dedos se clavaron en mí mientras me atraía con más fuerza hacia él.

—Joder, Ethan. Me estás volviendo loco.

Me incliné y mis labios rozaron su oreja.

—Ese es la cuestión, ¿no? —le mordisqueé el lóbulo.

Sus manos se deslizaron por mi espalda, acercándose más, y nuestros labios se encontraron en un beso apasionado. Su lengua invadió mi boca y la respondí con la mía.

Una de sus manos se deslizó debajo de mi camisa, y jadeé cuando sus dedos

rozaron mi pezón.

—Te gusta eso, ¿verdad? —Recorrió mi cuello con sus labios, sus dientes rozaron mi piel.

—Sí. —Quería más. Quería sentirlo dentro de mí.

Como si me leyera la mente, se colocó encima y me sujetó. Sus ojos estaban oscuros de deseo y su respiración era entrecortada.

—Necesito estar dentro de ti, Ethan.

Asentí con el corazón latiéndome con fuerza.

—¿Dentro de dónde?

—De tu trasero —reclamó mis labios en otro beso apasionado.

Sus caderas se movían con un ritmo lento y sensual que me hacía anticipar lo que vendría.

—Condomes —jadeé, apartando mis labios de los suyos—. Lubricante. ¿En el baño?

Leo asintió, sin apartar la vista de la mía.

—Sí, en el mueble del baño.

Salí de debajo de él; mi cuerpo protestó por la pérdida de contacto. Fui rápidamente hacia el baño y encontré los condones y el lubricante justo donde había dicho que estarían. Cogí las dos cosas con las manos temblando de anticipación. Me tomé un momento para tranquilizarme, respirando hondo antes de volver al dormitorio.

Pero cuando volví, Leo estaba despatarrado en la cama, con los ojos cerrados y el pecho subiendo y bajando con una respiración regular y constante. Estaba profundamente dormido.

*Esto tiene que ser una puta broma, joder.*

—¿Leo?

No se movió, y empezó a roncar suavemente. Suspiré, pasándome una mano por el pelo; mi cuerpo seguía encendido de deseo, y mi pene, duro y dolorido.

Decepcionado, dejé los condones y el lubricante en la mesita de noche. Había estado preparado, y él también.

No era el final que había esperado, pero me daba cuenta de que tal vez era lo mejor. Ambos estábamos borrachos, nos habíamos dejado llevar. Quizás era mejor no haber llegado hasta el final.

## 22

### A NUESTROS PEQUEÑOS LES ENCANTA NADAR

LEO

Mi objetivo para esa cita había sido encontrar algún punto en común entre nosotros y Libby, no terminar lo que habíamos empezado hacía tantos meses.

¿Cómo podía haberlo olvidado todo?

Me sentía como un completo idiota, y de pronto la hostilidad previa de Ethan hacia mí tenía todo el sentido. Que no me hubiera asesinado mientras dormía después de acostarme con Libby la primera vez fue un milagro.

—Lo siento. —Me pasé una mano por la cara y deseé con todas mis fuerzas que no me viera por debajo de la cintura a través del agua, porque su relato de la fiesta de Navidad me la había puesto dura como una piedra—. Soy un ser humano de mierda.

—Yo no diría tanto. Los dos estábamos borrachos, así que fue lo mejor. Simplemente no pensé que actuarías como si nada hubiera pasado. No sabía que te habías desmayado literalmente.

—Hablaba y caminaba con normalidad, ¿cómo ibas a saberlo? —Había tenido muchísima suerte de estar con Ethan y no con un desconocido—. He reducido mucho el alcohol que tomo, pero ese día fue un desastre y necesitaba escapar.

Inclinó la cabeza.

—¿Escapar de qué?

—De mierdas familiares y malas decisiones. Lo cual es gracioso considerando que emborracharme tampoco fue una buena decisión. —En algún momento tendría que contarles a Libby y a Ethan lo del vídeo que, con suerte, nunca se publicaría. No creía que a ninguno de los dos les importara, pero me ponía un poco nervioso. ¿Cambiarían su opinión sobre mí al saber que había sido tan tonto?

Ethan asintió.

—¿Y ahora qué?

Mis ojos se posaron en sus labios.

—¿Podemos ver si todavía me gusta?

Los ojos de Ethan chispearon, y se acercó a mí.

—¿Si te gusta el qué? Quiero oírtelo decir.

Solté un suspiro.

—Si me gusta besarte. —Sonaba tonto, pero ¿de qué otra manera iba a abordar aquello si no?

Él asintió, y eso fue todo lo que necesité antes de inclinarme y posar mis labios tentativamente sobre los suyos. Fue un beso suave e inseguro, muy diferente a mis besos habituales. Pero estaba fuera de mi elemento, y besar a Ethan me hacía sentir que no sabía qué demonios estaba haciendo.

Ethan se apartó un poco con una sonrisa burlona, buscándome con la mirada.

—¿Y bien? ¿Cuál es el veredicto?

*Culpable.*

No pude contenerme más. Agarré a Ethan por la nuca y tiré de él.

Lo besé con fiereza. La tensión, la incertidumbre y la necesidad que se habían acumulado en mi interior estaban en su punto álgido.

Yo siempre tenía el control, tomaba las decisiones, pero ese hombre me estaba volviendo loco.

Esa vez no hubo vacilación ni dulzura. Todo fue calor y hambre, dientes chocando y lenguas enredadas.

Ethan me recibió con la misma lujuria. Sus manos agarraron mis hombros y sus uñas se clavaron en mi piel. Su miembro duro presionó contra mi muslo y envió una sacudida de deseo directamente al mío.

—Joder, Leo —gruñó Ethan contra mi boca. Sus manos recorrieron mi espalda hasta agarrar mi trasero, y me acercaron más a él. La sensación de sus fuertes manos sobre mí era diferente y electrizante—. Lo estás haciendo muy bien.

Sus palabras me hicieron estremecerme, y gemí en su boca mientras me besaba otra vez, con mis piernas envolviéndolo. Su roce, su voz, su maldita presencia me tenían tan duro que casi dolía.

Ethan recorrió la cintura de mi bañador, jugando con el cordón que sobresalía de la parte superior.

—¿Quieres esto, Leo? —murmuró mientras me besaba el cuello—. ¿Quieres

que te toque? ¿Que te masturbe aquí mismo en la piscina?

Estaba bastante seguro de que toda la sangre que me quedaba en el cuerpo se me había bajado a la entrepierna. Asentí, sin aliento e incapaz formar pensamientos coherentes, mucho menos palabras.

Ethan sonrió contra mi cuello, y metió sus dedos en mi bañador.

—Entonces vamos a darte algo que no olvidarás.

Me bajó el bañador. Mi pene quedó libre entre nosotros, y jadeé al sentir sus dedos rozar mi piel caliente. Hacerlo en la piscina probablemente no era la mejor idea, pero a esas alturas ya no me importaba nada más que sus manos sobre mí.

Ethan se bajó el bañador y nos agarró a ambos con su mano grande, masturbándonos juntos. El contraste de su piel cálida contra el agua fría fue alucinante, y me inundó de oleadas de placer.

—Oh, joder —gemí, echando la cabeza hacia atrás.

—Eso es —dijo Ethan con voz áspera—. ¿Sientes lo duro que me pones? ¿Lo mucho que te deseo?

Sus palabras me estaban volviendo loco, me llevaban cada vez más alto. Sentía que mi orgasmo crecía, mis testículos se tensaban. El pulgar de Ethan rodeó la cabeza de mi pene, y reprimí un grito estrangulado contra su cuello.

—Estás cerca, ¿verdad? Puedo sentirlo. Tu verga palpita en mi mano. Córrete para mí, Leo. Córrete muy fuerte.

Yo no era más que un cuerpo que se sacudía y jadeaba en los brazos de Ethan, completamente a su merced. Sus palabras, su tacto, su maldita voz... todo me estaba llevando al borde de la locura. No recordaba la última vez que había estado tan desesperado por liberarme.

La otra mano de Ethan se movió hacia mi trasero, recorriendo mi agujero arriba y abajo antes de acariciarlo con movimientos circulares.

Me tensé; nadie me había tocado ahí antes, y la intimidad que ello suponía era al mismo tiempo aterradora y estimulante.

—Ethan —gemí; mi voz era apenas reconocible. Estaba perdiendo la cabeza, abrumado por las sensaciones de su mano acariciando nuestros penes juntos y su dedo jugueteando con mi trasero.

—Shhh. Ya casi estás. Solo siéntelo.

Respiré hondo, intentando relajarme y confiar en él. Lentamente, muy lentamente, empujó el dedo en mi trasero. Ardía. La intrusión me hizo jadear y aferrarme a sus hombros.

Me dio tiempo para adaptarme mientras su otra mano seguía deslizándose por nuestros penes.

—Eso es, respira. Estás muy apretado. Me muero por enterrar mi verga en ti.

No había pensado mucho en ese tema y no estaba seguro de quererlo. Joder. ¿El culo de otro? Totalmente. ¿Que alguien me folle a mí? No, gracias.

Pero entonces su dedo tocó algo dentro de mí, y vi estrellas. Una oleada de intenso placer me invadió.

—¡Ethan! ¡Oh, joder, sí! Justo ahí. —¡Madre mía! Ni siquiera estaba del todo seguro de lo que estaba diciendo. Lo único que sabía era que necesitaba más de lo que fuera que estuviera haciendo.

Me acarició ese punto interior una y otra vez, y me corrí. Mi orgasmo me golpeó como un yate a toda velocidad, desgarrando mi cuerpo con una fuerza que me dejó temblando y sin aliento. Me corrí violentamente; mi pene palpitó en la mano de Ethan, mi semen se mezcló con el agua de la piscina.

—Eso ha sido muy sexy. —Acarició nuestras vergas con más fuerza y rapidez, persiguiendo su propio orgasmo—. ¡Joder! —Su cuerpo se tensó mientras gemía.

A medida que la neblina de lujuria se disipaba lentamente, me di cuenta de lo que acabábamos de hacer. Mierda. Había dejado que me hiciera correrme y que me metiera los dedos en el trasero. Y me sentía completamente satisfecho.

Ethan sacó lentamente su dedo de mi interior y me estremecí un poco. Me besó el cuello y la mandíbula antes de besarme los labios.

—¿Estás bien?

—Sí —logré decir, aún intentando recuperar el aliento—. Eso ha sido... Joder, qué intenso.

Él se rio entre dientes.

—Hemos empezado con un simple beso... y ahora estamos nadando en nuestro propio semen.

Me aparté para mirarlo, con una sonrisa en el rostro.

—A nuestros pequeños les encanta nadar.

Se rio, y me encantó verlo.

—No me puedo creer que hayas dicho eso.

—Deberíamos salir. —Necesitaba un minuto a solas con mis pensamientos. Salimos de la piscina, ambos con los pies temblorosos.

—Entonces, ¿ducha? —ofrecí, señalando la ducha exterior.

Ethan asintió, con una pequeña sonrisa burlona en los labios.

—¿Por separado, o ya buscas la segunda ronda?

Mi cuerpo gritaba «¡Sí, sí, sí!», pero mi mente empezaba a darle vueltas a lo que significaba todo aquello. No me había preparado mentalmente para lo que realmente pasaría entre Ethan y yo.

—Puedes ir tú primero.

Después de que Ethan terminara, entré en la ducha con la mente divagando.

Mi primera vez con un hombre me encontraba borracho, igual que en la fiesta de Navidad. Estaba en la cama con una mujer... y su marido se unió a nosotros. Pero esto no había sido así. No había habido engaños ni segundas intenciones.

Tanto Libby como Ethan me hacían querer estar presente para ellos y ser un hombre mejor. Ver la forma en la que Ethan amaba a Libby y viceversa era algo que yo deseaba tanto que me dolía.

Sonreí al pensar en ambos, y una calidez se extendió por mi pecho. ¿Era eso lo que se sentía al enamorarte de dos personas a la vez?

La revelación me golpeó como una tonelada de ladrillos, y, de repente, me sentí vulnerable de una manera inaudita. ¿Y si aquello no funcionaba? ¿Y si, al final, era yo el que se quedaba solo y con el corazón roto?

Ethan y Libby ya tenían una conexión muy profunda gracias a años de estrecha amistad y comprensión mutua. Conocían las peculiaridades, miedos y deseos del otro de una forma que yo apenas empezaba a comprender.

¿Cómo podría encajar yo en eso si estaba tan lejos? ¿Era un intruso en su relación? ¿Una distracción temporal que descartarían con el tiempo, cuando se dieran cuenta de que estaban mejor sin mí?

La idea me hizo sentir una opresión dolorosa en el pecho. Había una razón por la que nunca había tenido una relación seria. Conservar la calma me permitía mantener el control y salir indemne. Pero ¿aquello? Sentía que podría destrozarme si salía mal.

Mientras me cambiaba, traté de despejar las dudas que me habían surgido. Cuando regresé al puente Ethan ya estaba allí, descansando en el sofá mientras sus pulgares volaban sobre la pantalla de su teléfono.

Cuando me acerqué, levantó la vista, con una pequeña sonrisa en los labios.

—¿Todo bien?

Me senté a su lado.

—Sí. Lo estoy procesando.

Ethan dejó su teléfono y se giró para mirarme más directamente. Su

expresión se volvió seria.

—No te arrepientes, ¿verdad?

—Para nada. Estoy tratando de asimilarlo y ordenar mis sentimientos. Quiero que los tres probemos. Sé que no es convencional y que puede resultar complicado, pero creo que podría ser increíble si todos lo intentamos de verdad. —Esperaba que estuviera dispuesto a intentarlo al menos, porque la decisión definitiva era suya.

Ethan asintió lentamente, considerando mis palabras.

—¿Y si no funciona?

—Entonces seré yo quien me aleje. —Me sorprendían la rapidez y la firmeza con la que salieron las palabras, habida cuenta del miedo que me daba tener que ser yo quien se apartara—. Si esto no funciona, no me interpondré entre vosotros dos.

—Te tomo la palabra. —La mirada de Ethan se cruzó con la mía, y supe sin duda que así era—. De verdad que tenemos que sentarnos todos a hablar de esto. Podrían surgir muchos problemas: celos, comunicación, expectativas... Tenemos que estar de acuerdo en todo.

Me alegré de que se lo tomara en serio, pero la idea de ponerlo todo sobre la mesa me revolvía el estómago. Era curioso que en los negocios no fuera así. Siempre había tenido confianza y seguridad en mí mismo.

—Sí, tienes razón. —Me pasé una mano por el pelo—. Entonces... ¿volvemos?

—Deberíamos. He estado picando a Libby con lo que ha pasado, y se está volviendo loca.

Ethan se levantó y me tendió la mano.

Lo miré un segundo antes de agarrarlo y dejar que me ayudara a levantarme. No me soltó y yo no me aparté.

Aquello estaba sucediendo de verdad. Había pasado de ser un soltero de oro a tener una relación no con una, sino con dos personas.

# 23

## SUPPLICANDO CLEMENCIA

LIBBY

Nunca antes había estado tan emocionada por tener una cita. Todo estaba sucediendo muy rápido, y lo extraño era que confiaba en mis sentimientos en lugar de alejarme de ellos.

Ethan hacía que todo fuera muy fácil, y, a su vez, yo me estaba abriendo, posiblemente por primera vez en mi vida. Sí, era aterrador, pero no se me ocurría nadie mejor a quien confiarle mi corazón.

Quizás todos los años de guardar las distancias habían llegado a su punto álgido y anhelaba lo que nunca me había permitido. Ni siquiera con mis padres adoptivos había llegado a abrirme del todo, siempre con miedo de que me rompieran el corazón sin remedio.

Todo aquello podía terminar muy mal, pero en ese momento estaba dispuesta a arriesgarme para encontrar la felicidad.

Aunque esa felicidad fuera con dos hombres.

Y en ese instante, la felicidad era entrar en una sala de juegos solo para adultos. No había nada que odiara más que intentar relajarme y disfrutar mientras un montón de niños correteaban a mi alrededor. Porque, sí, me encantaban los niños, pero mi maestra interior no podía relajarse, siempre tenía que estar vigilándolos o corrigiendo su mal comportamiento.

—Estaba pensando que podríamos jugar al láser tag primero. He reservado uno de los circuitos más pequeños, para menos de ocho personas. —Leo se frotó las manos con una sonrisa—. Quiero ver cuánto de esos videojuegos vuestros se traducen en habilidades para la vida real.

Apenas podía contener la emoción. No había jugado desde la universidad, pero la *gamer* que había en mí se moría de ganas de coger esa pistola láser.

—¡Estoy lista! ¿Dónde recogemos el equipo?

Al ver el área del láser tag, me dirigí directamente hacia ella, con Ethan y Leo

pisándome los talones.

—Entonces, ¿esto ha sido buena idea? —Leo estaba definitivamente orgulloso de su habilidad para planificar citas.

—Llevas tres de tres, Caponetti. —Ethan rodeó la cintura de Leo con el brazo y Leo se puso rígido—. Relájate o harás que sea incómodo.

—Solo cuesta acostumbrarse, eso es todo. —Leo miró a su alrededor, como si se asegurara de que nadie lo viera—. Me preocupan un poco los periodistas.

Ethan suspiró y se alejó de Leo.

—Lo siento. Ni siquiera lo había pensado.

Me detuve en la corta fila del puesto de láser tag y me giré para mirarlos a los dos.

—Tal vez deberías comprarte un sombrero y un bigote falso.

Leo sonrió, pero me di cuenta de que tenía otras cosas en la cabeza.

—Eso podría funcionar, pero entonces llamaría la atención por raro.

—Estarías muy sexy con una gorra de béisbol al revés. —Ethan se colocó a mi lado y tomó mi mano—. Personalmente, no me importa si mi foto aparece por todo internet, pero me moderaré.

Leo asintió, mirando a su alrededor de nuevo.

—No es que no quiera cogeros de la mano ni nada, pero nunca se sabe quién podría reconocerte y sacarte una foto a cambio de unos dólares. Al menos, no valgo mucho.

—¿Puedo ayudaros? —nos dijo la señora del puesto.

Después de recibir nuestra asignación de espacio y equipo, nos dirigimos a la sala y nos pusimos nuestros chalecos. Bombeando adrenalina, miré aquel espacio, que estaba diseñado como un bosque.

—Bueno, estaba pensando que podríamos hacer el juego un poco más competitivo si tuviéramos un premio. —Leo encendió su chaleco y su pistola—. ¿Estáis listos?

—Pero cuéntanos más. —Ethan estaba estirando las piernas, y me reí de lo ridículo que parecía.

—El ganador decide qué pasa en la cama esta noche. —Leo nos miró—. Y me refiero a todo..., a quién se acuesta con quién.

Arqué una ceja ante su propuesta, y el calor me invadió hasta el alma.

—De acuerdo. Pero no vengas llorando cuando pierdas. —Nunca había sido de las que se echaban atrás ante un desafío, pero ¿aquel? Aquel tenía una recompensa particularmente tentadora.

Ethan se rio entre dientes y me pasó un brazo por los hombros.

—Vais a caer. Sois buenos, pero no tanto. —La competitividad brillaba en sus ojos, y sabía que estaba dispuesto a todo para ganar.

—Comencemos entonces.

Con nuestros chalecos y armas encendidos, se activó el juego y empezó a sonar una cuenta atrás.

Nos dispersamos, el sonido de nuestros pies quedaba ahogado por la música. La sala era del tamaño de una casa promedio, con todas las paredes y el techo pintados de negro.

Las luces de neón estaban estratégicamente colocadas para ver lo justo, pero también podías ocultarte en las sombras. Había follaje artificial y obstáculos perfectos para esconderse dispersos por todas partes.

Encontré un lugar para agacharme detrás de un árbol falso, con mi pistola láser lista. El juego empezó con un zumbido fuerte y mi ritmo cardíaco se disparó. Sabía que todo era falso, pero el chaleco vibraba cuando me disparaban, y me daba un susto de muerte.

—Sal, sal, dondequiera que estés —se burló Ethan demasiado cerca. Era más bien un jugador ofensivo contra uno defensivo, así que no me sorprendía que ya estuviera atacando a quien consideraba el objetivo más fácil. Podía perseguirme fácilmente con sus largas piernas y su velocidad.

Antes de que se me echara encima, entré en acción saliendo de mi escondite para intentar pillarlo desprevenido. Lo vi correr entre dos barreras y apunté; el tiro le dio de lleno en la espalda.

Me agaché detrás del árbol cuando él se giró para devolverme el disparo. No podía quedarme donde él ya sabía que estaba, así que corrí en zigzag hasta el borde de la estancia y me escondí tras una pared, agachándome todo lo posible. Me ardían los cuádriceps, pero no me habían dado.

Echando un vistazo por un lado, vi a Leo corriendo entre las barreras, pero era tan rápido que jamás lo habría alcanzado. Como no quería quedarme mucho tiempo en el mismo sitio, me puse en marcha de nuevo.

Me agaché tras un arbusto y me quedé lo más quieta que pude. Oía pasos acercándose, pero no sabía si eran de Ethan o de Leo.

—Oh, princesa —resonó la voz de Leo con un tono burlón—. Tengo planes para ese trasero tuyo cuando gane este juego.

Me mordí el labio para contener la risa.

—¡En tus sueños! —Me alejé rápidamente del arbusto.

Mientras me movía, vi la alta figura de Ethan. Apunté y disparé, y logré darle otra vez. Me sentía muy bien por haberle dado ya dos veces.

—Pagarás por eso más tarde. De rodillas, implorando clemencia. —Sus palabras me provocaron un escalofrío, y perdí la concentración por un momento. Eso fue todo lo que Leo necesitó para disparar; mi chaleco vibró al registrar el impacto.

—¡Mierda! —susurré, agachándome detrás de otra barrera.

—Cuida ese lenguaje, princesa —se burló Leo—. ¿O necesito darle un mejor uso a esa sucia boca tuya después?

—Siempre tan vulgares, con vuestras ganas de meterme vuestros penes en la boca. Igual los asfixio a ambos después con mi vagina. —Me moví de nuevo, pero alguien me dio antes de que pudiera agacharme.

La tensión sexual en el aire era tan densa que podía cortarse con un cuchillo. Cada burla y comentario hacía que mi cuerpo vibrara de anticipación por lo que vendría después de nuestra cita.

A medida que avanzaba la partida, logré dispararles un par de veces más a ambos, pero Ethan estaba demostrando ser una fuerza imparable. No me sorprendió su crueldad. Le gustaba ganar, y, además, podía cubrir más terreno que Leo y yo. Su altura debería haberlo convertido en un blanco fácil, pero sabía cómo moverse tras las barreras, y era tan rápido que era difícil acertar.

—¿Sabes? —gritó Ethan, con la voz más cerca de lo que esperaba, para acabar de correr por toda la sala por lo que parecía la centésima vez—. Estoy pensando que, cuando gane, me sentaré a ver cómo me dais un espectáculo.

La idea de que Ethan me observara me provocó una punzada de excitación. Estaba tan distraída por esa imagen mental que no me di cuenta de que Ethan se acercaba sigilosamente a mí hasta que fue demasiado tarde.

—Te pillé —me susurró al oído mientras me disparaba a quemarropa.

Me di la vuelta y me encontré atrapada entre Ethan y la pared. Sus ojos estaban oscuros de deseo, y por un momento olvidé que estábamos en medio de un juego.

—Has hecho trampa —lo acusé sin aliento.

Los labios de Ethan se curvaron en una sonrisa burlona.

—¿De verdad? Me parece que estás perdiendo a propósito.

—¡Quedan diez segundos! —gritó Leo.

—¡Prepárate para estar a mi merced! —Ethan saltó hacia atrás y me disparó al pecho antes de que pudiera reaccionar.

Su voz se llenó de triunfo.

Ni siquiera pude levantar mi arma antes de que se fuera, dejándome nerviosa contra la pared.

Sonó el timbre y se encendieron las luces.

Nos dirigimos al marcador y no pude evitar gemir cuando vi los resultados.

Ethan nos había machacado por completo; su puntuación era casi el doble que la mía y la de Leo juntas.

—Vaya, vaya, vaya —dijo Ethan con una sonrisa, muy satisfecho consigo mismo—. Parece que esta noche yo mando.

Leo negó con la cabeza, pero se rio.

—No quería ganar.

—¿No? —La mirada de Ethan nos recorrió a Leo y a mí con lujuria—. Bien, porque tengo planes. Grandes planes.

Iba a ser difícil superar el resto de esa cita, especialmente sabiendo que Leo y Ethan habían tenido intimidad.

—Necesito un refrigerio y una cerveza. —Leo recogió nuestro equipo—. Iré a devolver esto y luego nos vemos en el bar.

—Suená bien. —Lo besé, y Ethan hizo lo mismo. Parecía muy normal, aunque fuera todo lo contrario.

Ethan me tomó de la mano y volvimos a las instalaciones principales, donde reinaba el ruido de las máquinas recreativas, la música y otros adultos pasándose bien. ¿Podríamos algún día mostrarnos afecto en público como lo habíamos hecho en la privacidad de la sala de láser tag?

La ciudad de Nueva York era mucho más tolerante que otros lugares, pero ¿se aplicaba eso a dos hombres y una mujer que formaban una trijea? No había hablado mucho con mi hermano ni con Paige sobre cómo era cuando salían, pero quizá necesitaba hacerlo.

—Me ha dejado ganar. —Ethan se detuvo en una pequeña fila para pedir comida y bebidas.

—¿Qué? —pregunté, confundida.

Ethan puso los ojos en blanco.

—En la partida. Literalmente ha salido con los brazos abiertos para que yo me anotara los puntos.

Lo miré enfadada.

—Entonces, ¿admites que has hecho trampa y que yo gano?

Se rio.

—No. Te estaba informando de lo que quiere que pase después.

—¿Vas a... —miré a mi alrededor y bajé la voz— follártelo delante de mí?

Sonrió con suficiencia y se inclinó hacia mi oreja, mordisqueándola.

—¿Te gustaría verlo?

—Tal vez. —Me encogí de hombros como si no me importara de ninguna manera, pero lo quería, ya fuese mirar o participar.

Leo carraspeó a nuestro lado.

—Es nuestro turno.

Hicimos nuestro pedido y Leo pagó con su elegante tarjeta de crédito negra. Ethan, aunque era un pozo sin fondo la mayor parte del tiempo, no comió nada, mientras que Leo y yo pedimos alitas de pollo y bocaditos de *pretzel*, además de cervezas.

—¿No quieres nada? —Leo volvió a asegurarse mientras tomábamos la tarjeta con el número de pedido y buscábamos una mesa.

—No. —Ethan se sentó y le dio un trago a la cerveza—. Este tipo de comida puede ser un poco incómoda para mi estómago. —Lo miré con los ojos entrecerrados porque sabía con certeza que estaba mintiendo. Le encantaban las alitas de pollo y los bocaditos de *pretzel*, y nunca se había quejado.

—Bueno, disfrutaremos de la merienda mientras miras.

—Oh, eso es lo que pienso hacer.

Tuve la sensación de que no estaba hablando de la comida en absoluto.

# 24

## EL PREMIO

LIBBY

Dos horas después, estábamos de vuelta en el apartamento. Me lo había pasado genial y me había encantado ver cómo Leo salía poco a poco de su caparazón con Ethan y conmigo. La competitividad entre ellos era intensa, y no podía evitar pensar en cómo se trasladaría eso a la cama.

Nunca había pensado tanto en el sexo en mi vida, pero me resultaba cada vez más difícil no hacerlo. Lo tenía en mente cada vez que estaba cerca de ellos dos.

—Estoy agotado. —Ethan saltó sobre el respaldo del sofá y se dejó caer en él—. ¡Hora de mi premio!

—¿Ahora mismo? —Abrí la tapa de mi termo y fui a la sala para sentarme con él en el sofá.

—No tan rápido. Dame eso y ve a ponerte frente al televisor. —Ethan agarró mi termo después de que yo le diera un trago.

—¿Por qué? —Estiré el cuello para mirar al final del pasillo. Leo había desaparecido en su habitación y aún no había vuelto.

—Porque estoy al mando y quiero mirarte. —Ethan tomó un sorbo de mi termo antes de dejarlo sobre la mesita.

Me sonrojé al colocarme ante él.

—Me miras todo el tiempo, Ethan.

—Desvístete. —Se recostó en el sofá, con los brazos extendidos sobre el respaldo como si fuese de la realeza—. Todo fuera.

Me mordí el labio y nos miramos fijamente. Como no dijo nada, suspiré y empecé a quitarme la ropa. Era diferente desvestirme ante él, donde podía verlo todo.

—Aquí tiene lo que ha pedido, señor. —Leo reprimió una carcajada mientras regresaba con nosotros y colocaba un bote de lubricante y una tira de

condones en la mesita.

—¿Señor? Me gusta. Gracias por la idea. Ahora me llamaréis «señor».

Me tocaba a mí reprimir una carcajada. Ethan arqueó las cejas.

—No olvides quién manda esta noche, Elizabeth. —Rara vez usaba mi nombre completo, y me alegraba de que no lo hiciera, porque de pronto lo sentí en la entrepierna igual que cuando lo usaba Leo.

—Sí, señor —lo saludé marcialmente con una sonrisa burlona—. ¿Y ahora qué? ¿Me voy a quedar aquí plantada congelándome los pechos?

—No. Ahora Leo se unirá a ti para que pueda ver mis premios. —Ethan el presumido era muy sexy, y yo tuve que apretar los muslos.

—Eres ridículo. —Leo se quitó la ropa y se acercó a mí. Ya estaba duro, y estuve tentada de arrodillarme y tomarlo en mi boca, no solo para ver su reacción, sino para ver qué haría Ethan.

Su mirada era intensa, sus ojos nos recorrían como si fuéramos sus juguetes personales. No pude negar la excitación que me recorrió al pensarlo.

—De rodillas —ordenó Ethan, con la voz ronca por el deseo—. Los dos.

Leo y yo intercambiamos una mirada antes de arrodillarnos lentamente. La alfombra era blandita, si bien la postura no me resultaba nada cómoda. Era una posición sumisa, pero la excitación me recorría el cuerpo.

Ethan se levantó mientras comenzaba a desabrocharse los vaqueros.

—Venid hacia mí de rodillas. —Su voz tenía un tono dominante que no había oído antes, y me encontré obedeciendo, con las manos y las rodillas apretadas contra la alfombra mientras me acercaba a él.

Leo hizo lo mismo, con la respiración entrecortada. Estar a merced de Ethan debía de haberlo vuelto loco, pero no escuché ninguna queja.

Cuando llegamos, Ethan se había bajado los pantalones, con la verga ya erecta y presionando contra sus calzoncillos. Se los bajó, exponiéndose ante nosotros. Me lamí los labios, con la boca repentinamente seca mientras lo miraba fijamente.

Se rodeó la base del pene con la mano.

—Quiero que me la chupéis. Juntos.

Miré a Ethan con los ojos abiertos de par en par por la sorpresa. A mi lado, Leo dejó escapar un suave gemido; su miembro se movía ante la orden. Me giré hacia él y nuestras miradas se cruzaron brevemente. Estaba nervioso, y no podía culparlo; sabía que era la primera vez que Leo hacía una mamada.

Ambos nos inclinamos, y nuestras bocas se encontraron alrededor del pene

de Ethan. Fue incómodo mientras intentábamos encontrar un ritmo.

—Eso es —gruñó Ethan, aferrándose a mi pelo—. Enséñale a Leo cómo metértela hasta la garganta, Lib. Joder, sí, así. Ahora le toca a él.

Leo parecía inseguro cuando me aparté del pene de Ethan.

—Lo tienes todo bajo control. Llévalo tan dentro de tu boca como puedas.

Lo besé, y nuestras lenguas se entrelazaron mientras él profundizaba el beso.

—Podría mirar cómo os besáis toda la noche. —Ethan se estimuló mientras esperaba a Leo.

Finalmente, Leo se apartó y dudó solo un segundo antes de meterse a Ethan hasta el fondo de su garganta. Fue impresionante, como mínimo, y llevé una mano entre mis piernas para jugar con mi clitoris.

—¿Estás bien mojada? Déjame ver. —La mano de Ethan se enroscó en el cabello de Leo, y él gimió mientras le mostraba mis dedos mojados.

Me agarró la muñeca y se inclinó para llevarse mis dedos a la boca y chuparlos. Mi cuerpo se encendió de deseo y dejé escapar un gemido. Eso había sido lo más sexy que había experimentado jamás.

—Necesito vuestras dos bocas sobre mí otra vez.

Seguimos sus instrucciones, Leo y yo volvimos a chuparlo por cada lado. Podía sentir la boca de Leo contra la mía, su lengua deslizándose contra la verga de Ethan de una manera que me calentaba la entrepierna.

Ethan me agarró del pelo y me apretó con más fuerza.

—Joder, qué sexis estáis así, de rodillas, chupándomela. Me corro solo con veros.

Gemí a su alrededor, mi cuerpo respondía a sus palabras. Tenía los pezones duros y el clitoris me latía con fuerza. A mi lado, la respiración de Leo era entrecortada.

Ethan se apartó de repente, su pene se deslizó entre nuestras bocas.

—Quiero que me miréis.

Se quitó la camiseta, los pantalones y los calzoncillos, que se le habían quedado enroscados en los tobillos. Cuando tomó el lubricante de la mesita y apoyó una pierna sobre ella, me di cuenta de lo que estaba a punto de hacer. Abrí los ojos de par en par cuando se echó una generosa cantidad en los dedos.

Ethan abrió más las piernas y sus dedos se movieron hacia su trasero. Observé, hipnotizada, cómo rodeaba su agujero, con la respiración ligeramente entrecortada mientras empujaba un dedo en su interior.

—Joder —gruñó, cerrando los ojos—. Quiero que me veas mientras me preparo, Libby. Quiero que veas lo que voy a dejar que Leo me haga.

Tragué saliva con fuerza, mi cuerpo dolía de deseo mientras veía a Ethan masturbarse. Era erótico e íntimo, y no podía apartar la mirada. A mi lado, Leo dejó escapar un suave gemido, su mano envolviéndose la verga mientras observaba a Ethan.

Ethan añadió otro dedo, respirando entrecortadamente mientras se estiraba. Sus ojos se encontraron con los míos.

—Tumbate y deja que Leo se asegure de que estás lista para mí.

Leo me puso una almohada para la cabeza y luego otra debajo de las caderas. Me recosté, abriendo las piernas para que Ethan pudiera verlo todo. Me sentí expuesta, pero increíblemente sexy, mientras ambos hombres me miraban con hambre en los ojos.

Leo se arrodilló a mi lado, recorriendo con sus dedos la parte interna de mis muslos. Sus dedos llegaron a mi centro, y soltó un suave gemido al sentir lo empapada que estaba.

—Joder, Elizabeth. Estás mojada y caliente.

Empezó a acariciarme el clítoris y arqueé la espalda. Un suave gemido escapó de mis labios mientras las oleadas de placer me inundaban. Sus dedos descendieron, jugueteando con mi entrada antes de penetrarla lentamente.

Jadeé, y mis uñas se clavaron en la alfombra mientras él comenzaba a mover sus dedos hacia dentro y hacia fuera, su pulgar estimulando mi clítoris con un ritmo que hacía que mi cuerpo se retorciera debajo de él.

Ethan nos observaba, con los ojos oscurecidos por el deseo mientras seguía preparándose. Su verga estaba dura y lista, y ansiaba sentirlo dentro de mí. Estaba absorta en las sensaciones que Leo me creaba, con sus dedos tocando los puntos precisos mientras me acercaba cada vez más al borde.

Justo cuando estaba a punto de caer, la voz de Ethan rasgó aquella neblina tan placentera.

—Ya basta, Leo. Quiero que se corra alrededor de mi pene. —Ethan retiró los dedos, antes de lanzarle dos condones a Leo—. Ponme uno a mí, y luego ponte uno tú.

Las manos de Leo temblaban levemente mientras abría el envoltorio del condón y lo enrollaba sobre la verga de Ethan. Luego, rápidamente, se puso uno, sin apartar la vista de él.

Ethan se colocó entre mis piernas, aferrándose a mis caderas mientras se

alineaba con mi entrada. Me miró con una mezcla de lujuria y ternura en los ojos.

—¿Estás lista, Lib?

Asentí, mi voz era apenas un susurro.

—Sí.

Me penetró; su miembro me llenaba poco a poco. Solté un suave gemido y mi cuerpo se estiró para acomodarse a él. Era increíble, y envolví mis piernas alrededor de su cintura, para que se introdujera en mí más profundamente.

Ethan se inclinó y sus labios capturaron los míos en un beso apasionado mientras comenzaba a moverse dentro de mí. Detrás de él, Leo se posicionó con las manos agarrando las caderas de Ethan.

Ethan se quedó quieto dentro de mí y su respiración se entrecortó cuando Leo empujó. Una mezcla de placer y dolor cruzó su rostro; sus ojos se cerraron mientras se adaptaba a la sensación. Yo nunca había tenido sexo anal, pero estaba segura de que acabaría sucediendo.

Me di cuenta en el instante en que Ethan estuvo listo para Leo porque sus ojos se abrieron de golpe y prácticamente gruñó.

—Fóllame, Leo.

Leo empezó a moverse, al igual que Ethan; sus movimientos se sincronizaron al encontrar su ritmo. Verlos juntos y sentir a Ethan dentro de mí era demasiado. Mi cuerpo temblaba a medida que me acercaba al éxtasis.

Los labios de Ethan encontraron los míos de nuevo, su beso se tragó mis gemidos mientras nos movíamos juntos. Sus embestidas se hicieron más urgentes, y me sujetó de las caderas con más fuerza mientras buscaba su propia liberación.

—Joder, Libby —gimió contra mis labios—. Esto es maravilloso.

Mi cuerpo ardía, y solo pude gemir como respuesta. Sentía como si la verga de Ethan latiera dentro de mí, y con la posición en la que estaba, ni siquiera iba a necesitar tocarme el clítoris para correrme.

Una de las manos de Leo agarró el hombro de Ethan, con la otra firmemente en su cadera. Su respiración era entrecortada mientras follaba con Ethan con total abandono.

—Córrete conmigo —gimió contra mi cuello, con la voz tensa por el esfuerzo—. Suéltalo, cariño.

—¡Ethan! —grité, mi cuerpo temblando mientras el orgasmo me atravesaba, profundo y fuerte.

—¡Joder! ¡Joder! ¡Joder! —exclamó Ethan con cada embestida errática, siguiéndome hacia un océano de placer.

Detrás de él, Leo dejó escapar un gemido bajo, y su cuerpo tembló al correrse. No pude verle la cara, ya que la tenía hundida en la nuca de Ethan.

Leo se desplomó sobre la alfombra, a mi lado, tomó mi mano y la llevó a su agitado pecho.

Ethan se apartó de mí, girándose para acabar acurrucado a mi lado.

Nos quedamos allí en silencio, sin que ninguno fuera capaz de hablar, mientras las complicaciones e incertidumbres de nuestra relación se desvanecían.

# 25

## UN PASEO EN HELICÓPTERO

ETHAN

Solo habían pasado dos semanas desde que Leo nos había invitado a salir, y me asombraba lo bien que iba todo entre los tres. No habíamos formalizado nuestra relación, pero parecía oficial. Sobre todo porque el piso de Leo estaba listo para que él volviera a vivir allí, pero aún no se había ido.

Y en ese momento nos llevaba a algún lugar para pasar el fin de semana.

—¿A dónde crees que vamos? —Libby estaba prácticamente vibrando de emoción mientras atravesábamos Manhattan.

Leo nos había dicho la noche anterior que prepararíamos una maleta para unos días, y que su conductor nos recogería cuando llegáramos a casa del trabajo. La única pista que teníamos sobre adónde íbamos era que nos había dicho que lleváramos ropa para un clima similar al que teníamos en la ciudad, y trajes de baño.

—No nos ha dicho que cojamos el pasaporte, así que nos quedamos en el país. —Odiaba intentar adivinar las sorpresas, porque mi imaginación se desbordaba y entonces la sorpresa nunca estaba a la altura.

Había pocos lugares en el país que tuvieran un clima similar al nuestro, pero lo del traje de baño me estaba despistando. ¿Quizás en algún hotel bueno, o tenía planes de pasar un rato en el *jacuzzi*? Afortunadamente, no tuve mucho tiempo para pensar en ello porque el trayecto no se alargó mucho antes de entrar en un helipuerto donde había un elegante helicóptero negro esperando.

No pude evitar sonreír cuando los ojos de Libby se abrieron de par en par.

—¿Eso es...? ¿Vamos a...? —tartamudeó, apretando mi mano.

—Parece que vamos a dar un paseo en helicóptero. —Le devolví el apretón para tranquilizarla. A ella no le gustaba volar en aviones, pero quizá en helicóptero fuese diferente. Los helicópteros eran perfectamente seguros... ¿A quién quería engañar? Hasta yo estaba un poco nervioso.

El conductor nos abrió la puerta trasera al mismo tiempo que se abría la del helicóptero. Leo bajó de un salto, vestido con vaqueros, pero aún con la camisa abotonada que llevaba esa mañana, y con las mangas remangadas hasta los codos. Estaba para comérselo, y las gafas de sol de diseño lo hacían aún más atractivo.

Se acercó a nosotros con una enorme sonrisa.

—¿Listos para una pequeña aventura?

Libby se mordió el labio, y me di cuenta de que le estaba dando demasiadas vueltas.

—Esto parece demasiado, ¿no? —dijo—. O sea, ¿un helicóptero? ¿Es seguro?

Le di un suave empujón con el hombro.

—Oye, si él quiere consentirnos, ¿quiénes somos nosotros para negarle ese placer? Además, ¿cuándo fue la última vez que viajaste en helicóptero?

—Eeeh... ¿nunca? —Jugueteó con la correa de su bolso.

—Exacto, así que disfrutémoslo. Leo no nos llevaría a hacer nada que no fuese seguro.

Al menos, eso era lo que me decía a mí mismo.

El rostro de Leo se suavizó mientras extendía la mano y acariciaba el brazo de Libby para tranquilizarla.

—Te prometo que la vista valdrá la pena, pero si realmente no te resulta cómodo, podemos ir en coche.

Libby miró el helicóptero durante un momento... bien largo, sin duda imaginando todos los posibles escenarios en los que el helicóptero no nos llevaba a nuestro destino.

—No quiero sentarme junto a una ventana.

La besé en la sien.

—Tu lugar favorito está entre nosotros.

El piloto, que se había acercado mientras charlábamos, carraspeó.

—Estamos listos para partir. Me gustaría repasar algunas instrucciones de seguridad con ustedes antes de embarcar.

Nos dio una charla informativa sobre seguridad antes de llevarnos al helicóptero y mostrarnos las cosas vitales que necesitábamos saber en caso de emergencia, como dónde estaba el extintor de incendios o cómo abrir las puertas.

Una vez que nos acomodamos en los asientos traseros, el piloto y el copiloto

cargaron nuestras bolsas y se prepararon para el despegue. Mis nervios se transformaron en emoción mientras nos abrochábamos los cinturones y nos poníamos los auriculares.

—Lib, si te da demasiado miedo, puedes recostar la cabeza en mi regazo para no tener que ver nada. —Le froté el muslo, intentando calmarla. La charla de seguridad no la había tranquilizado precisamente.

Leo se giró hacia nosotros.

—Quizás debería haberos preguntado primero. ¿Seguro que no quieres ir en coche, Libby? Vamos a los Hamptons, así que solo tardaremos unos cuarenta y cinco minutos volando, si te sirve de ayuda.

Libby cerró los ojos y respiró hondo.

—Estaré bien. Normalmente solo me afectan el despegue y el aterrizaje.

—He volado con estos pilotos cientos de veces y nunca he tenido un despegue o aterrizaje complicado, ni siquiera cuando el clima no era tan perfecto como ahora. —Leo puso los dedos bajo la barbilla de Libby y la giró hacia él—. Pero podemos ir en coche.

—No. Estaré bien. —Se incorporó un poco—. No lo sabré hasta que lo intente, ¿verdad?

—Bien. —La besó suavemente mientras los pilotos arrancaban el motor—. Y como ha dicho Ethan, siempre puedes recostarte en su regazo.

Ella resopló y se giró hacia delante.

—Estoy segura de que a los pilotos les encantaría.

Nos elevamos sin problemas y partimos hacia los Hamptons. La vista era impresionante, sencillamente espectacular. Mientras sobrevolábamos la ciudad, no podía apartar la vista del increíble panorama que se extendía bajo nosotros, con el sol poniéndose.

El nerviosismo inicial de Libby se disipó, para ser reemplazado por una admiración casi infantil mientras se inclinaba alternativamente entre Leo y yo. De regreso, probablemente se pelearía con alguno de nosotros para sentarse junto a la ventana.

A medida que nos alejábamos de Manhattan, el comportamiento de Leo cambió. Siempre parecía estar en modo hombre de negocios, incluso en casa, pero en ese momento estaba más relajado que nunca.

—¿Estás bien ahí, Leo? —Me incliné un poco hacia delante para ver más allá de Libby.

La expresión de Leo era melancólica.

—Estaba pensando en cómo Luca y yo solíamos visitar los Hamptons cada verano de niños. Siempre estábamos ocupados con el colegio o aprendiendo del negocio familiar, incluso de pequeños, pero nuestra madre se aseguraba de que tuviéramos algunas semanas durante el verano para ser simplemente niños.

Arqueé una ceja, intrigado. No era frecuente que Leo se abriera así.

—¿Sí? ¿Y en qué tipo de líos se metía el pequeño Leo?

—Éramos unos auténticos ángeles —rio—. Esos fueron algunos de los momentos más felices de mi vida, sin tener que preocuparme por nada más que por divertirme. Cuando Luca y yo crecimos y tuvimos nuestro propio dinero, decidimos comprar una casa a la que pudiéramos ir cuando necesitáramos un descanso o para llevar algún día a nuestras propias familias.

—¿Te llevas bien con tus padres ahora? —preguntó Libby con dulzura. No habíamos hablado mucho sobre ellos, pero, por lo que Leo había dicho en alguna ocasión, todo apuntaba a que no.

La expresión de Leo se tensó un poquito. Si no lo hubiera estado observando de cerca, tal vez ni la habría visto.

—A veces es todo un poco tenso, sobre todo con mi padre. —Su tono cambió, pero no dio más detalles.

Libby y yo intercambiamos una mirada. Claramente, había más en la historia, pero Leo aún no estaba listo para compartirla.

Al percibir el cambio de humor, Libby intervino con su propio recuerdo de la infancia.

—Cuando era más pequeña, Ryker y yo acampábamos en el patio trasero, y nuestro padre colocaba una sábana vieja en el lateral de la casa y proyectaba películas en ella. Asábamos malvaviscos y nos quedábamos despiertos hasta muy tarde. Aunque Ryker ya fuera al instituto y fuese demasiado guay para pasar mucho tiempo con su hermana pequeña, nunca dejó de hacerlo.

No pude evitar sonreír. Libby tuvo un comienzo difícil en su infancia, y cada vez que hablaba sobre su vida después de la adopción, no podía más que agradecer que hubiera recibido una segunda oportunidad de ser una niña feliz.

—Eso suena genial. ¿Y tú, Ethan?

Resoplé.

—Disneylandia... Todos los años, incluso varias veces. A mis hermanas y a mí nos encantaba, pero es que nuestros padres son adultos Disney hasta la médula. Incluso ahora que no nos tienen a nosotros tres, van al menos cuatro veces al año.

Nos sumimos en un silencio reconfortante mientras disfrutábamos de la vista de la ciudad y los suburbios, que daban paso a paisajes más pintorescos. Incluso desde el helicóptero, podía ver el tráfico en las autopistas, y me alegraba de haber ido volando en lugar de sentado en un coche.

Poco después, aterrizamos en un pequeño aeropuerto, donde nos esperaba un coche para llevarnos a casa de Leo. Mientras nos acomodábamos en los lujosos asientos de cuero, el teléfono de Leo vibró. Lo miró y rio entre dientes.

—¿Qué te hace tanta gracia? —pregunté con curiosidad, ya que cuando Leo miraba su teléfono normalmente no se traducía en risas.

—Solo es Luca. —Leo negó con la cabeza, sin dejar de sonreír—. Me dice que no tenga sexo en los sofás.

Libby rio, pero se calló de golpe.

—¿Sabe lo nuestro?

Leo se estremeció.

—Es el único en quien puedo confiar, y necesitaba consejo. No se lo dirá a Ryker..., pero tenemos que decírselo nosotros antes de que se entere por su cuenta.

—Probablemente debería ser yo quien lo hiciera. —Libby suspiró y apoyó la cabeza en mi hombro—. Se lo insinué hace unas semanas cuando le conté lo de Ethan después de una reunión, pero no ha vuelto a comentar nada desde entonces. ¿Te ha dicho algo a ti, Ethan?

—Ni una palabra. Ni siquiera una advertencia tipo «Si le haces daño, te mato». —Sinceramente, me decepcionaba un poco que no hubiera mencionado nada. Sentir la amenaza del hermano de tu novia era como un rito de iniciación.

—Probablemente crea que a ti no tiene por qué amenazarte. A mí, en cambio... —Leo negó con la cabeza como si intentara quitarse de la cabeza la imagen de una castración—. Los dos hemos estado muy ocupados, y el hockey aún no ha empezado, así que hemos tenido una pequeña pausa en nuestra amistad.

—No veo el hockey, pero la mejor amiga de Paige, Nora, es la nueva entrenadora de patinaje de los Tri State Titans, así que quizá lo vea. He visto vídeos de cuando estiran en el hielo. Es prácticamente la mejor parte del partido —rio Libby.

—No deberías cosificar a los hombres de esa manera, pero cuéntame más sobre este estiramiento. —No era un gran fan de los jugadores de hockey

después de mis pocas interacciones con el hermano de mi jefe, que jugaba en la Liga Nacional de Hockey.

El aeropuerto no estaba lejos de la casa de Leo, y al entrar por el largo camino de entrada, me quedé boquiabierto. Me había imaginado una casa moderna y elegante, pero, en cambio, lo que nos recibió fue una casa blanca de dos plantas estilo Cape Cod que me inspiró un aire hogareño. Las luces estaban encendidas en el interior, proyectando una cálida luz hacia fuera. Silbé al bajar del coche.

—Este lugar es precioso.

Leo se encogió de hombros, con una pequeña sonrisa en los labios.

—Espera a ver el interior.

No bromeaba. El espacio era amplio, con una gran sala y una cocina pensada para el disfrute. La decoración tenía un aire playero moderno y una calidez que ni siquiera nuestro propio apartamento tenía.

—Esto es increíble. —Libby se dirigió directamente a los ventanales, que daban al patio trasero—. Es precioso.

El patio trasero estaba repleto de luces de colores en los árboles y guirnaldas que bordeaban todo. Lo más llamativo era la gran piscina, iluminada y con fuentes que lanzaban agua de un lado al otro.

—Gracias. —Leo se metió las manos en los bolsillos con orgullo—. Le pedí al conserje que nos encendiera todo, incluyendo el calentador de la piscina. Os enseñaré dónde vamos a dormir.

Agarramos nuestras mochilas y lo seguimos escaleras arriba hasta dos puertas francesas que daban al dormitorio más lujoso que jamás había visto. Era todo de un blanco impecable, con la misma decoración que abajo.

Y lo más llamativo era la cama, que era tan grande que resultaba cómico.

—Vaya. —No pude evitar que se me notara la diversión en la voz—. ¡Qué cama tan grande!

Leo se rio.

—Luca mandó cambiar la cama grande por una familiar con capacidad para cuatro personas.

Libby arrugó la cara.

—¡Dios mío! Mi hermano duerme en esta cama.

—No te preocupes, hay una funda de colchón impermeable. —Leo se echó a reír.

—¡Eso lo empeora! —gruñó Libby, hundiendo la cara entre las manos.

La mortificación de Libby me hizo reír a carcajadas, al igual que a Leo. No pude evitar burlarme de ella.

—Seguro que han cambiado las sábanas.

—No me ayudas —gimió ella, pero las comisuras de su boca se crisparon mientras luchaba por no sonreír.

Leo rio entre dientes y la rodeó con un brazo.

—Si te hace sentir mejor, nos cambian toda la ropa de cama después de cada visita, y la funda del colchón es de primera calidad.

—Vale entonces —murmuró Libby, aunque con una sonrisa—. ¿Vaciamos ya las mochilas?

Leo se frotó las manos como si no pudiera esperar a que comenzara el fin de semana.

—¿Por qué no os acomodáis y luego salís a daros un baño mientras yo preparo la cena?

Mi estómago rugió, de acuerdo con su plan, aunque aún no nos había mostrado sus habilidades culinarias. Trabajaba en la restauración, así que no podía ser mal cocinero; simplemente no le hacía falta cocinar.

—¿Necesitas ayuda?

—No, el chef lo tiene todo preparado. Solo tengo que ponerlo en la parrilla. Es lo único que se me da bien en la cocina. —Se encogió de hombros con una expresión avergonzada.

—Suená genial. —Libby le besó la mejilla antes de agarrar su mochila y meterse en el baño—. ¡Joder! ¡Qué ducha tan grande!

Cuando entré detrás de ella, me quedé boquiabierto. El lugar era enorme, con superficies de mármol blanco brillante y una ducha lo suficientemente grande como para albergar una pequeña reunión.

Después de cambiarnos, Libby y yo bajamos a la piscina. Metí un pie en el agua, que estaba perfecta. Empujé a Libby y me zambullí tras ella.

Leo se afanaba en la cocina exterior, que estaba completamente equipada con una parrilla enorme. Debería haber estado a su lado, aprendiendo a hacer barbacoas, pero ¿acaso tenía sentido? Era raro tener la oportunidad de hacer una en un edificio de apartamentos. Además, la idea de provocar un incendio en la ciudad no me atraía del todo.

—Esto es bonito. —Libby flotaba boca arriba, mirando el cielo estrellado.

—La verdad es que sí. —Me acerqué nadando, haciendo que el agua le rozara el cuerpo—. ¿Cómo te sientes respecto a todo esto?

—¿Qué es «todo esto»? ¿La escapada de fin de semana?

—Sí. Nos está mimando demasiado, ¿verdad? —Al principio desconfiaba de que Leo hiciera eso, pero luego me di cuenta de que así era cómo demostraba él que le importaban las cosas. Tenía los medios, y aun así intentaba que no pareciese excesivo.

Aunque no me iba a oponer a que me llevara de compras.

—¿La verdad? Es mucho que asimilar, pero estoy feliz. Más feliz que nunca. Extendí la mano y la atraje hacia mí.

—Yo también. Nunca pensé que estaría en esta situación, pero es genial.

Vi a Leo desaparecer dentro de la casa.

—¿Crees que va a funcionar esto de ser una trijeja?

Libby me rodeó el cuello con los brazos y jugueteó con mi pelo. Se quedó callada un momento y luego sonrió.

—Sí, creo que sí. No creo que yo fuera capaz si uno de los otros no fueras tú. Me haces sentir tan cómoda que no me pone nerviosa dejar entrar a alguien más. ¿Qué te parece?

La rodeé con mis brazos y le besé el cuello.

—Tengo la esperanza de que salga bien. Cada día confío más en él. Es diferente de como había esperado que fuera. Es atento y escucha.

—Creo que alguien le hizo mucho daño. —El labio de Libby tembló, y puse mi pulgar sobre él.

—Nos lo contará cuando esté preparado. Creo que abrirse a la gente le resulta tan difícil como a ti.

Para mí también había sido difícil a veces, pero en cuanto alguien demostraba que le importaba conocer al otro más que el sexo, me sentía más seguro.

Leo volvió a salir de la casa con una bandeja de comida en las manos. Se había puesto una camiseta y había cambiado sus zapatos de vestir por un par de sandalias que eran del verde más brillante que había visto en mi vida.

Se le veía tan distinto en ese ambiente que me había pillado por sorpresa. Estar allí juntos era mucho más que tres personas en una relación romántica escapándose el fin de semana: era más bien una familia, y no del tipo en la que naces, sino del tipo que eliges y construyes.

Capté la mirada de Leo cuando levantó la tapa de la parrilla, y la sonrisa que me dedicó me dijo que él también lo veía así.

# 26

## UNA DUCHA APRETADA

LIBBY

No podía creer lo perfecto que había sido el día con Leo y con Ethan. Pasamos la mañana catando vinos antes de montar a caballo por la playa, y terminamos el día con una cena romántica. Y, en ese momento, de vuelta en casa de Leo, yo estaba emocionadísima por lo que nos depararía el resto de la noche.

Entramos en la casa y Leo se quitó los zapatos en el recibidor.

—Estaba pensando que podríamos pasar el resto de la tarde en el patio trasero viendo una película en la pantalla hinchable que me han traído. Quizás preparar unos malvaviscos...

Jadeé, llevándome la mano a la boca y con los ojos ardiendo.

—Qué detalle, Leo. —Me apretó contra él y me besó la frente—. ¿No es demasiado?

Ethan arqueó una ceja.

—Demasiado sería alquilar un cohete para llevarnos al espacio exterior a mirar las estrellas.

Libby se rio.

—No le des ideas... Quiero ducharme primero. Necesito quitarme la arena de encima.

—La ducha es lo suficientemente grande para los tres. —La voz de Ethan había sido casual, pero la sugerencia implícita quedaba clara.

Un rubor me subió por las mejillas, pero la idea me excitó. Todavía no nos habíamos duchado juntos, aunque me daba que no nos ducharíamos exactamente una vez que estuviéramos todos desnudos.

Leo tomó mi mano y me llevó escaleras arriba, con Ethan pisándonos los talones.

Al entrar en el baño, las manos de Leo fueron suaves al girarme para que

quedara de frente a él, sus dedos recorriendo el dobladillo de mi camisa antes de quitármela lentamente por la cabeza. Sus ojos no se apartaban de los míos, y la forma en que se le dilataron las pupilas dejaba claro que no solo pensaba en ducharse.

Ethan se acercó por detrás de mí, sus dedos recorrieron el tirante de mi sujetador antes de desabrocharlo, y me besó en el hombro al caer. Su tacto me provocó un escalofrío y me recosté contra él, sintiendo la firmeza de su pecho contra mi espalda. Deslizó las manos por mis costados hacia la parte delantera, donde me desabrochó los vaqueros. Se me cortó la respiración cuando me rozó con sus dedos.

Leo comenzó a desvestirse mientras nos observaba, primero se quitó la camisa para revelar su pecho musculoso y sus abdominales. No pude evitar alargar la mano para tocarlo; mis dedos recorrieron las líneas de sus músculos. Él capturó mi mano, la llevó a sus labios y me besó las yemas de los dedos y la muñeca antes de soltarme para seguir desvistiéndome.

Volví mi atención a Ethan, lo ayudé a bajarme los vaqueros y la ropa interior.

Sus manos se posaron en mis muslos, sus pulgares dibujando pequeños círculos en mi piel. Aparté mi ropa de una patada y me giré para mirarlo. Sus ojos estaban llenos de una mezcla de ternura y calor que me hizo sentir un vuelco en el estómago.

Leo, completamente desvestido ya, entró en la ducha para abrir tres de los cabezales, además del de efecto lluvia que teníamos encima. Me había duchado la noche anterior, pero solo usé uno, pues no quería molestarlo pidiéndome que me enseñara cómo funcionaban los mandos.

Ethan y yo nos quitamos rápidamente el resto de la ropa, y yo me metí en la ducha. El agua tibia cayó en cascada sobre mi cuerpo e instantáneamente hizo que los dolores que tenía tras haber montado a caballo desaparecieran.

Eché la cabeza hacia atrás y dejé que el agua corriera por mi cabello y mi cara. Sentí los ojos de Ethan y Leo puestos sobre mí, y les eché un vistazo.

¿Cómo podía ser tan afortunada de tener no uno, sino dos hombres absolutamente increíbles que me miraban como si yo fuera su todo?

El agua corría por el cuerpo de Ethan de una manera que me hacía querer perseguir los riachuelos con mi lengua. Me sorprendió mirándolo y me guiñó un ojo; su sonrisa pícaro me hizo reír.

Leo se situó debajo del tercer cabezal de la ducha, con los ojos cerrados mientras dejaba que el agua lo bañara. Su cabello oscuro estaba peinado hacia

atrás y tenía gotas de agua adheridas a las pestañas, lo que las hacía parecer aún más oscuras.

Parecían conformarse con ducharse bajo sus propios chorros de agua, así que cogí mi gel de ducha y empecé a enjabonarme. Aun cuando me estaba frotando la espuma por todo el cuerpo desnudo, ambos actuaban con naturalidad, como si no estuviéramos todos desnudos y separados por unos centímetros, y eso me estaba volviendo un poco loca.

Con un profundo suspiro que me aseguré de que ambos pudieran oír, volví a sumergirme en el agua para enjuagarme el cuerpo.

Ethan se giró para decirle algo a Leo, y sus miradas se cruzaron. El aire entre ellos crepitó, y antes de lo que dura un parpadeo, sus labios se encontraron. No fue un beso suave y tierno; fue hambriento y exigente.

Me quedé allí, congelada, mientras sus manos se aferraban a los brazos del otro y sus cuerpos se apretaban entre sí. Luchaban por el dominio. El agua les dejaba la piel resbaladiza y sus músculos se flexionaban al rozarse. Era lo más erótico que había visto en mi vida.

Sin poder apartar la mirada, cogí el cabezal de la ducha desmontable. Lo bajé para dejar que el agua tibia rozara mi piel sensible. Jadeé mientras me apoyaba contra las frías baldosas, con la mirada fija en Ethan y Leo.

Estaban perdidos el uno en el otro, su beso era más profundo y sus manos se exploraban sin detenerse. Los dedos de Leo recorrieron el pecho de Ethan, y él respondió aprisionándolo contra la pared.

Ajusté el cabezal de la ducha, cambiando la presión del chorro, y dejé escapar un suave gemido. El sonido les llamó la atención, y ambos se giraron para mirarme.

Ethan se apartó de Leo y se acercó a mí, quitándome el cabezal de la ducha.

—¿Qué crees que estás haciendo?

—Bueno, veros sin más no me estaba ayudando, así que...

Leo se unió a nosotros, deslizándose detrás de mí y acercándose a él. Su excitación presionaba contra mi trasero, y me recliné contra él.

Ethan se arrodilló frente a mí sin apartar los ojos de los míos mientras colocaba el cabezal de la ducha entre mis piernas. Separó mis labios y dejé escapar un jadeo; tuve que agarrarme a sus hombros para sostenerme.

Leo me besó suave y provocativamente en el cuello.

—Vamos a darte todo lo que quieras. —La sensación del agua, combinada con el roce de su piel, resultaba abrumadora para mi cuerpo, tenso por la

anticipación. Los dedos de Ethan se unieron al agua, y dos se deslizaron fácilmente en mi resbaladizo canal.

Leo subió las manos hasta mis pechos, y acarició mis pezones con los pulgares hasta arrancarme un gemido profundo. Me estaban volviendo loca.

—¿Cuánto deseas correrte, princesa? —Leo me mordisqueó el lóbulo de la oreja y me pellizcó ambos pezones al mismo tiempo.

—Por favor. —Ya casi estaba.

Los ojos de Ethan estaban fijos en los míos, sus dedos se movían en un ritmo perfecto y en el ángulo correcto.

—Córrete para nosotros —dijo.

El placer me invadió y mi cuerpo tembló mientras gritaba sus nombres. Me fallaron las rodillas, y si Leo no hubiera estado detrás de mí, me habría deslizado por la pared hasta caer al suelo.

Aparté la mano de Ethan y el cabezal de la ducha.

—Os quiero a los dos dentro de mí.

Durante las dos últimas semanas habíamos hecho de todo excepto que me penetraran al mismo tiempo, y lo necesitaba de inmediato. Me dolía un poco la entrepierna por las actividades del día, pero no me importaba.

—¿Estás segura? No te hemos hecho nada aún en el... —Ethan parecía muy preocupado.

—En el trasero no. —Tomé su mano y la bajé hasta mi entrepierna—. Os quiero aquí.

Leo hizo una pausa y ahuecó su mano entre mis piernas desde atrás, su dedo dibujando círculos alrededor de mi entrada.

—¿Crees que puedes tomarnos a ambos en esta vagina tan estrecha?

—Sí. —Estaba bastante mojada, y había logrado meterme tres de mis dedos junto a mi juguete. Entrarían un poco justos, pero estaba lo suficientemente húmeda y dispuesta.

Hubo un silencio mientras ambos procesaban aquello. Me mordí el labio, esperando que no me rechazaran.

El dedo de Leo se hundió en mí.

—Ya estás muy mojada, pero necesitamos asegurarnos de que estés lista para nosotros.

—Sí —susurré mientras mis caderas se movían sobre su mano—. Estoy lista.

Ethan se levantó y colocó el cabezal de la ducha en su sitio.

—Iremos despacio, y si en algún momento...

Lo besé, harta de su preocupación por la seguridad de mi vagina. Era capaz de grandes cosas, y meterme dos vergas al mismo tiempo no sería difícil. Estaba decidida.

Un segundo y luego un tercer dedo se deslizaron dentro de mí, y aparté mi boca de la de Ethan, gimiendo y apretándome contra Leo. Ethan se arrodilló frente a mí de nuevo, levantando una de mis piernas sobre su hombro.

Olvidé cómo respirar cuando uno de los dedos de Ethan se unió a los de Leo.

—Oh, Dios, eso es... Oh, más. Necesito más.

—Eso es, cariño —me susurró Leo al oído—. Lo estás haciendo muy bien. Esto es genial. ¿Cuántos dedos crees que te caben?

Ethan se inclinó y me rozó el clítoris con la lengua. Introdujo un dedo más y tocó ese punto perfecto.

—Estoy cerca. —Jadeé. Mis extremidades temblaban mientras mi vagina se estrechaba más que nunca.

Cuando estaba a punto de estallar, salieron de mí. Con un grito de frustración, bajé la mano para terminar yo, pero Ethan me sujetó los brazos a los costados.

—No tan rápido. —Me besó rápidamente antes de girarme para mirar a Leo.

Rodeé el cuello de Leo con mis brazos y lo atraje hacia mí para besarlo intensa y apasionadamente, embriagada por las emociones que se arremolinaban en mi interior. Detrás de mí, las manos de Ethan se deslizaron hasta mis muslos y me levantaron suavemente. Envolví mis piernas alrededor de Leo, sintiendo su verga presionando contra mi entrada.

Leo interrumpió el beso, con su frente apoyada contra la mía mientras introducía la mano entre ambos y poco a poco me la metía. Mi vagina se estiró fácilmente para él.

Ethan deslizó su pene entre mis piernas y presionó la punta justo donde Leo estaba enterrado dentro de mí. Me tensé un poco y Leo me besó de nuevo, distrayéndome mientras Ethan empezaba a penetrarme lentamente.

La sensación no se parecía a nada que hubiera experimentado antes. Era intensa, casi demasiado intensa para mi cuerpo. Me costó acomodarlos a ambos. Interrumpí el beso, hundiendo la cara en el cuello de Leo, respirando entrecortadamente.

—Oh, Dios. —Mi voz apenas se oía por encima del sonido del agua y los

latidos de mi corazón.

—Lo estás haciendo muy bien, Libby. —La voz de Leo sonaba tensa—. Respira, cariño. Nosotros nos encargamos.

Las manos de Ethan me agarraron las caderas con más fuerza.

—Qué maravilla, qué apretado está. —Empujó un poco más y gemí.

—¿Demasiado? —Estaba tan concentrada en la presión que sentía entre mis piernas que ni siquiera pude distinguir quién había hecho la pregunta.

Negué con la cabeza, incapaz de hablar. Era intenso, sí, pero también increíble. Sentía cada centímetro de ellos.

Ethan empujó un poco más, y sus caderas presionaron mi trasero. Ambos se quedaron quietos, dándome un momento para adaptarme. Respiré hondo, mi cuerpo relajándose lentamente a su alrededor.

Me moví hacia arriba ligeramente, experimentando con la sensación, y ambos gimieron en respuesta. Lo había conseguido. Los tenía a ambos dentro de mí.

—Me siento tan llena...

Leo me apartó el pelo de la cara.

—No tienes idea de lo increíble que estás ahora mismo, con los dos dentro.

Las manos de Ethan subieron hasta mi cintura.

—Eres genial, Libby. Y ahora, vamos a hacerte sentir aún mejor.

Lentamente, Ethan empezó a moverse. Al principio fue un suave balanceo, y enseguida me hizo jadear y gemir. Me aferré a Leo con fuerza, con la cara hundida en su cuello, mientras Ethan aceleraba.

Estaba absorta en las sensaciones, absorta en ellos, mientras me llevaban más y más alto.

—Ethan —jadeé, con el cuerpo en tensión—. Estoy muy cerca. Por favor, no pares.

Los dedos de Leo se enredaron en mi pelo, echándome la cabeza hacia atrás para poder mirarme a los ojos.

—¿Vas a correrte sobre nuestras vergas? —Su voz áspera, llena de deseo, me hizo perder el control.

—¡Sí! —Sentí que mi visión se estrechaba, como si estuviera dentro de un túnel, y apreté los ojos con fuerza mientras mis paredes se ceñían alrededor de sus penes.

Mi grito de placer resonó en las baldosas cuando Leo se unió a las embestidas, y yo temblé sin aliento entre ellos.

—¡Joder! —La cabeza de Leo cayó hacia atrás, sus músculos se tensaron mientras se corría dentro de mí.

Las manos de Ethan me aferraron con fuerza las caderas, embistiendo sin control mientras buscaba el mismo placer que nos había dado. Se apretó contra mi espalda, con la boca abierta contra mi hombro en un grito silencioso mientras se corría.

Nos quedamos allí por un momento, nuestros cuerpos aún conectados, nuestras respiraciones entrecortadas.

Estaba exhausta, pero también llena de euforia... y de su semen.

Leo me besó suavemente; su voz era un murmullo.

—Eres increíble, Libby. Absolutamente increíble.

Ethan no habló, pero salió de mí lentamente y sus manos suaves me ayudaron a bajar al suelo. Leo también salió de mí. Hice una ligera mueca, con el cuerpo dolorido por la intensa experiencia y las «secuelas» goteando entre mis piernas.

Habíamos tomado la decisión hacía una semana, después de hacernos pruebas, de que los condones eran opcionales, pero en ese momento me arrepentía un poco de esa decisión.

Suspiré, apoyándome en el pecho de Leo mientras Ethan se echaba sobre mí. Nunca me había sentido tan conectada con ellos, y me estaba enamorando completamente... de ambos.

## UN IMPACTANTE TRIÁNGULO AMOROSO

LEO

Odiaba los lunes, especialmente los lunes después del fin de semana más perfecto del mundo con mi novio y mi novia. Sonriendo porque me gustaba mucho cómo sonaba eso, abrí mi portátil y lo encendí.

Había sido el primer fin de semana, en lo que me había parecido una eternidad, en el que no había trabajado absolutamente nada y había desconectado por completo de cualquier cosa que me alejara de Libby y Ethan.

No había ocurrido nada urgente durante el fin de semana ni nada que mis empleados no pudieran solucionar. Aun así, era difícil desconectar cuando, durante el último año, había estado completamente concentrado en demostrarle a mi padre que tenía lo que hacía falta para dirigir los hoteles cuando se jubilara.

Pero ¿era eso lo que yo quería?

Él no confiaba en mí; había quedado claro cuando me había dicho que no pensaba seguir criando a un adulto. Después de lo del chantaje, no me iba a dejar encargarme de nada relacionado con los hoteles hasta que le demostrara que podía vivir una vida sin perderlo todo ni convertirme en el chisme del momento.

Me pasé la mano por la cara mientras esperaba a que cargaran mis correos. Mi instinto me decía que no quería ser como mi padre: su vida estaba regida por el negocio y los ceros en su cuenta bancaria.

Así las cosas, tenía suficiente dinero para retirarme y seguir viviendo como siempre.

Y luego estaba mi madre. Probablemente estaba más preocupada por la imagen de nuestra familia y tenía más intereses comerciales que mi padre, pero al menos seguía un poco en contacto con su parte más humana.

Estaba a punto de empezar a revisar mis correos cuando un golpe seco en la puerta de mi oficina me sacó de mis pensamientos. Antes de que pudiera responder, la puerta se abrió de golpe y entró Ryker; su rostro era la máscara de la indiferencia.

Se me encogió el estómago. Eso no podía ser bueno. ¿Había ido Libby a hablar con él esa mañana?

—Buenos días, querido. ¿Qué te trae por aquí? Creía que no teníamos ninguna reunión programada.

No respondió mientras recorría mi despacho, hasta que, sin decir palabra, colocó un trozo de papel sobre mi escritorio. Dio un paso atrás y cruzó los brazos sobre el pecho.

Confundido y bastante desconcertado por su silencio, cogí el periódico. En cuanto vi de qué se trataba, palidecí.

Era una copia impresa de un periodichucho *online* de mala calidad que conocía bien. Estaban obsesionados con los ricos y la élite de Nueva York, y hacían que sus lectores ansiaran cualquier chisme jugoso.

El titular parecía gritar.

«¡*EL IMPACTANTE TRIÁNGULO AMOROSO DEL MULTIMILLONARIO PLAYBOY!*!».

Debajo había dos fotos mías besando a Ethan y a Libby. Ambas habían sido tomadas durante nuestro fin de semana en los Hamptons.

Mi mente trataba de imaginar cómo alguien podría haber obtenido esas fotos sin que yo lo viera. La imagen estaba granulada, lo cual indicaba que habían sido tomadas desde lejos.

Miré a Ryker, intentando desesperadamente interpretar su expresión. Pero su rostro permanecía impasible, sin revelar nada.

—Ryker... —empecé, pero él levantó una mano y me hizo callar.

—¿Has leído el artículo?

Mis ojos fueron al breve artículo que había debajo de las imágenes.

*«¡Abróchense los cinturones, amigos! Las brillantes calles de Manhattan rebosan de noticias sobre Leonardo Caponetti envuelto en un complicado triángulo amoroso. ¡Así es: el desenfreno en su máxima expresión!*

*Fuentes vieron al apuesto Caponetti besuqueándose no con uno, sino con dos guapísimos acompañantes durante un fin de semana alocado en los Hamptons. Lluven los rumores sobre quiénes son el hombre y la mujer, ¡y estamos aquí por ese*

*cotilleo!*

*Sus amigos niegan con la cabeza, preguntándose cómo les explicará Leo esta última escapada a sus queridos padres. Se rumorea que el derecho del querido Leo sobre el imperio del Bella Grand Hotel está en peligro desde hace un tiempo.*

*Con estas fotos escandalosas que ya se están difundiendo como un reguero de pólvora por las redes sociales, la gran pregunta es: ¿podrá nuestro encantador multimillonario recuperarse de esto o verá cómo su imperio se derrumba tras su travieso romance? ¡Parece que la ciudad no se cansa de este drama! Estén atentos para más detalles sobre esta historia en desarrollo».*

Puse los ojos en blanco, porque era la misma ridiculez que siempre tendían a escribir.

—Mi equipo de relaciones públicas se encargará de esto.

—¡La cara de mi hermana está por todo internet! —La expresión de Ryker finalmente se alteró, y me señaló con un dedo acusador—. ¡Confiaba en ti, y te la has estado follando!

Me estremecí.

—No es así en absoluto. Ethan y yo...

—¿Ethan y tú?

Inspiré hondo, intentando tranquilizarme. No quería que Ryker se enterara así de lo nuestro. Joder, no quería que nadie se enterara así.

—Es complicado. —Vi lo débil que sonaba conforme las palabras salían de mi boca.

Ryker apretó la mandíbula.

—¿Complicado? Es mi hermana, Leo. Y su mejor amigo. ¿A qué demonios estás jugando?

Me pasé una mano por el pelo.

—No estamos jugando. Tenemos una relación. Los tres.

Los ojos de Ryker se abrieron ligeramente.

—Una relación. Los tres. —Su voz había sonado plana, y eso me asustaba más que si hubiera gritado o me hubiera pegado en toda la cara.

Asentí, preparándome para lo que viniera después.

—Sí. Hemos estado pensando en cómo decírtelo, pero...

—¿Os pareció que sería mejor que me enterara por algún chisme barato? —La voz de Ryker se había vuelto cortante conforme su ira volvía a estallar.

—Claro que no —dije rápidamente—. No teníamos ni idea de que alguien nos estuviera vigilando y tomando fotos.

Aquello era un desastre, y no solo para nosotros. Podría afectar a la fundación y al centro comunitario.

—¿Qué vas a hacer? —Odiaba lo insegura que sonaba mi voz.

La mirada de Ryker se cruzó con la mía, y, por un instante, vi un destello de algo que podría haber sido compasión, pero desapareció tan rápido como apareció.

—No lo sé, pero más vale que averigües cómo vas a arreglar esto. Y rápido.

Con eso, se dio la vuelta y salió, dejándome solo con el artículo condenatorio y el rostro hundido; el fin de semana perfecto se había convertido en el comienzo de una pesadilla.

¿Iba a tener que renunciar a mi puesto por eso? Si la noticia había llegado lejos, no tendría elección.

Volví a mi portátil, con el corazón latiéndome tan fuerte que pensé que se me escaparía. Tenía que hacer control de daños y adelantarme a lo que pudiera pasar.

Apareció una notificación de mi padre en la esquina de mi pantalla; era una invitación a reunirme con él, marcada como urgente. Dudé un momento, con el cursor sobre la invitación.

¿Se trataba del artículo o de algo completamente distinto? En cualquier caso, sabía que no podía ignorarlo.

Con un suspiro de resignación, acepté la invitación.

Treinta minutos. Ese era todo el tiempo que tenía para intentar controlar ese lío.

Cogí mi teléfono, llamé a mi equipo de relaciones públicas con mis dedos tamborileando impacientemente sobre el escritorio mientras esperaba a que alguien contestara. Cuando finalmente lo hicieron, no me molesté en andarme con cumplidos.

—¿Por qué demonios hay un artículo sobre mi vida personal por todo internet? —espeté sin disimular mi enfado—. Quiero que desaparezca todo, junto con las fotos. Ya. Y quiero saber por qué ha estado publicado tanto tiempo como para que alguien lo imprimiera y lo trajera a mi oficina. Espero tener un informe completo en mi escritorio en una hora.

Colgué sin esperar respuesta, sabiendo que recibirían el mensaje. Me pasé una mano por el cabello intentando calmar mis pensamientos acelerados. Aquello era malo. Muy malo.

Miré el reloj y me di cuenta de que tenía que salir si quería llegar a tiempo a

la oficina de mi padre. Estaba en el mismo parque empresarial, pero con los ascensores y la gente yendo a trabajar, podría tardar un poco.

Me dirigí a la puerta. Mi mente ya estaba repasando todas las opciones, explicaciones y estrategias para minimizar los daños.

Cuando entré en el pasillo, perdido en mis pensamientos, casi choqué con Libby.

—Hola. Solo venía a darte los buenos días, ya que te has ido antes de que Ethan y yo nos despertáramos. —Me miró con una sonrisa, completamente ajena a la tormenta que se estaba gestando a nuestro alrededor.

Estuve tentado de contarle lo que estaba pasando, pero la veía de muy buen humor. Además, aún no sabía la magnitud de la situación, ¿y para qué estropearle el día? Por lo que yo sabía, la página web de chismes podría haber retirado ya el artículo.

—Buenos días. —La besé y forcé una sonrisa que esperaba que no fuera demasiado transparente para ella—. Tengo una reunión urgente con mi padre. Vuelvo en un rato.

Su rostro se ensombreció levemente.

—¿Va todo bien?

—Sí, solo son cosas de negocios. —De cualquier manera, todo se reducía a los negocios, así que no era una mentira completa.

Antes de que pudiera responder, ya iba rumbo a los ascensores. Casi podía sentir su mirada confusa en mi espalda, pero no me giré. No podía arriesgarme a que viera el pánico que estaba seguro de que se reflejaba en mi rostro.

Al entrar en el ascensor y pulsar el botón del vestíbulo, inspiré hondo. Fuera cual fuera la consecuencia de ese artículo, tenía que estar preparado.

Quince minutos después, el asistente ejecutivo de mi padre me condujo a su oficina, donde tanto él como mi madre estaban esperando. Mierda. Aquello sí era malo.

Sus rostros reflejaban decepción e ira. Había visto esa mirada antes, pero, de alguna manera, esa vez era diferente.

Tenía casi treinta años, pero me hacían sentir como un niño de trece que había hecho otra travesura.

Me dejé caer en la silla junto a mi madre, cruzando los brazos como una adolescente malhumorada, pues así era como probablemente me tratarían.

—¿De qué se trata?

—Leonardo. —La voz de mi padre contenía una advertencia, y resistí el

impulso de poner los ojos en blanco—. ¿Te importaría explicar esto? —Deslizó el mismo artículo que Ryker me había mostrado por el escritorio.

—No.

—¿No? —La voz de mi madre sonó estridente—. ¡Esto es un escándalo! ¿Dos personas, Leonardo? ¡Uno es un hombre!

—No es un escándalo. Tenemos una relación seria. La gente seria se besa en público. —Mi ira, que normalmente controlaba, estaba aflorando, y tuve que recordarme que estallar con ellos no iba a solucionar las cosas.

Mi padre se pellizcó el puente de la nariz.

—Leo, ¿te has olvidado de la pareja que te chantajeó? ¿Y si reaparecen? Este tipo de publicidad es precisamente lo que pueden aprovechar.

No había pensado en eso. El recuerdo de esa pesadilla me revolvió el estómago.

—¿Y qué pasa con tu futuro? —intervino mi madre—. ¿Cómo se supone que vas a encontrar una esposa adecuada y darnos nietos mientras deambulas por ahí de esta manera?

—Luca también tiene una relación poliamorosa —señalé, con la frustración evidente en mi voz—. ¿Por qué es diferente para mí?

El rostro de mi madre se ensombreció.

—No me lo recuerdes. Tu hermano ya ha puesto en peligro sus posibilidades. No podemos permitir que ambos desperdiciéis vuestro futuro.

—Entonces, ¿tengo un estándar más alto? —me burlé—. Eso es una tontería, y lo sabes.

—Cuidado con lo que dices —me advirtió mi padre—. Luca ha dejado claro que no tiene ningún interés en cambiar su situación. Tampoco tiene su vida publicada por todo internet. Tú, en cambio, pareces atraer el escándalo como un imán.

Me pasé una mano por el pelo.

—¿Qué queréis de mí? No puedo vivir aislado porque algunos idiotas no entiendan el concepto de privacidad.

—Queremos que seas responsable y pienses en las consecuencias de tus actos. Se supone que vas a asumir tu cargo cuando me jubile. Nadie va a respetar a un hombre que...

—¿... que ama a dos personas? ¿Que se acuesta con hombres? —Ya que ambos parecían rodear el problema sin mencionarlo, ya lo hacía yo por ellos.

Mi madre se inclinó, y sus ojos brillaban con lo que reconocí como su

célebre mirada de «Tengo una solución».

—Hay una manera de arreglar esto, Leo. Te casarás con Clara Accardo.

*Eso otra vez no.*

Si me hubieran dado un dólar por cada vez que mi madre había intentado que o Luca o yo nos casáramos con Clara, sería... un multimillonario independiente.

—Mamá, ya te lo he dicho antes, no estoy interesado en Clara. —*Y ella no está interesada en mí... ni en los hombres en general*—. No pienso casarme con nadie para complacerlos ni a vosotros ni a la prensa. Tengo una relación con dos personas que me importan mucho. ¿Por qué no puede ser suficiente?

Mi padre golpeó el escritorio con la mano.

—¡Porque no lo es! No se trata solo de ti, Leo. Se trata de nuestro legado. Cada vez que haces algo así, nos afecta a todos.

Me puse de pie, incapaz de quedarme quieto.

—¿Qué quieres que haga? ¿Terminar mi relación? ¿Fingir ser alguien que no soy?

Mis padres intercambiaron una mirada, y supe que cualquier cosa que estuvieran a punto de decir no me gustaría.

—Anunciaremos tu compromiso con Clara y haremos un control de daños por si las fotos del fin de semana se han difundido demasiado. También volverás a trabajar conmigo y empezarás a trabajar con un publicista para mejorar tu imagen. —La voz de mi padre era firme y no admitía discusión. No podía decir en serio lo de controlar cada aspecto de mi vida.

—¿Y si me niego?

Ninguno de los dos habló, y esa fue toda la respuesta que necesitaba. A diferencia de mi hermano, yo sí quería ocuparme de los negocios de mi padre, y me había estado preparando para ello prácticamente toda mi vida.

—Ya veo. —Me ajusté la chaqueta, apretando la mandíbula—. ¿Y qué hay de mi felicidad?

Mi madre me tomó la mano. Debería haberme apartado, pero tenía lágrimas en los ojos, y yo me volvía un completo imbécil cuando ella se ponía sentimental.

—¿Cuánto tiempo duraría realmente algo así, Leonardo? —Me apretó la mano, pero no me tranquilizó en absoluto.

La verdad era que no tenía una respuesta para esa pregunta. Lo nuestro solo acababa de empezar, pero yo ya me estaba enamorando de ellos. Pero ¿me

estaba enamorando solo por la idea de ser amado también? ¿De tener a alguien con quien volver a casa?

—¿Cuánto tiempo tengo? —No podía pensar con la presión que venía de todos lados. Mi padre miró su Rolex.

—El comunicado ya se ha hecho público.

*Mierda.*

# 28

## GUAPÍSIMOS

ETHAN

Mi fin de semana con Leo y Libby había sido absolutamente perfecto. Tan perfecto que quería ponerme a dar vueltas en la silla del trabajo, pero resistí la tentación. No todos apreciaban tanta emoción los lunes por la mañana, y menos aún el hombre que acababa de salir del ascensor con el ceño fruncido.

—Ryker, qué radiante estás esta mañana. —Tomé un sorbo de café, intentando disimular la sonrisa.

Llevaba trabajando para él desde que me gradué y decidí mudarme a la ciudad, y siempre me había costado arrancarle una sonrisa. En ese momento, tenía casi un cincuenta por ciento de posibilidades de conseguirlo gracias a la mujer de su vida, pero aquel no iba a ser el día.

—A mi oficina. Ahora. —¿Eso había sido un gruñido?

De cualquier manera, me enderecé en la silla.

—¿Me he metido en algún lío?

Cuando no respondió y recorrió el pasillo hacia su oficina, me levanté de un salto para seguirlo. No se me ocurría nada que lo molestara tan temprano un lunes por la mañana.

Lo encontré mirando por la ventana de su despacho con las manos metidas en los bolsillos.

—Cierra la puerta.

—Me estás asustando mucho ahora mismo. ¿Me vas a despedir? —Cerré y me senté en la silla frente a su escritorio, preguntándome qué diablos estaba pasando.

—Necesito que seas sincero conmigo. —Se giró con preocupación—. ¿Es algo serio?

Arqueé una ceja.

—¿A qué te refieres? ¿A tu personalidad chispeante? Diría que es... un nivel

críticamente bajo.

Eso le provocó un tic en el labio, pero se le pasó enseguida.

—Tú, Libby y Leo.

—Eeeh... ¿qué quieres decir? —No sabía si se refería a que los tres vivíamos juntos, a nuestra relación o a si había algo más. Definitivamente no quería contarle lo nuestro si Libby no había hablado con él todavía.

Y yo sabía que no lo había hecho porque, de camino al trabajo, me había dicho que se lo contaría más tarde, esa misma noche.

—Vosotros tres... —Se pellizcó el puente de la nariz y empezó a caminar de un lado a otro a lo largo de la pared acristalada que había detrás de su escritorio—. Estáis juntos.

—Define «juntos».

—¡Maldita sea, Ethan! Ya sabes a qué me refiero. —Se detuvo frente a su escritorio y movió la pantalla de su ordenador hasta que pude verla—. Estáis juntos.

—¿Qué cojones? —Me puse de pie y me adelanté para leer el breve artículo bajo un titular ridículo sobre un triángulo amoroso con fotos de Libby, Leo y yo besándonos. Era mucho que procesar, así que dije lo primero que me vino a la mente.

—Deben de encontrarnos guapísimos.

—¿Eso es todo lo que sacas de esto?! —Empezaba a enrojecer, y un ojo le tembló un par de veces.

Había entrado en la zona de peligro.

Aunque era divertido poner de los nervios a Ryker, sabía dónde estaba el límite, y estaba a punto de rebasarlo. Tal vez fuera el mejor amigo de su hermana pequeña —y de repente su novio—, pero seguía siendo su empleado, y me gustaba mi trabajo.

Me senté lentamente y junté las manos sobre el regazo.

—Eso es una invasión de la privacidad.

Libby iba a perder la cabeza cuando viera el artículo y las fotos. Siempre le preocupaba la imagen que proyectaba al mundo, y eso la devastaría. El artículo no decía nada malo de nosotros, pero estaba seguro de que los trols de internet se nos echarían al cuello.

Ryker suspiró y se sentó en su silla como si acabara de correr una maratón.

—No sé qué hacer con esto, Ethan.

—No hay nada que puedas hacer. Por desgracia, Leo a veces está en el punto

de mira y tiene un pasado.

Libby y yo lo sabíamos cuando decidimos darle una oportunidad. No se nos ocurrió que acabaríamos en primera plana tan pronto. Me miró fijamente, así que continué.

—Todos habíamos quedado en contártelo. Libby te lo iba a decir esta noche.

—Me ha enviado un mensaje para ver si quería ir a cenar. —Tomó un bolígrafo y dio unos golpecitos con él contra su escritorio—. Si Leo no arregla esto, tendré que despedirlo.

Se me encogió el estómago.

—¿Despedirlo? ¿Por tener una relación con nosotros?

Ryker dejó caer el bolígrafo con un golpe seco.

—No, porque dirige una fundación benéfica y lo último que esta necesita es un director que genere mala prensa. A los donantes y a los padres de los niños a los que vamos a ayudar no les importará su estado civil, pero sí que esté en internet rodeado de publicidad negativa.

Podía entenderlo, pero eso no significaba que despedirlo fuera la solución.

—Me has preguntado si la cosa va en serio... No puedo hablar por Leo ni por Libby, pero por mí sí. Al principio no estaba seguro de él, pero me ha acabado gustando. Y ya sabes lo que siento por tu hermana.

—Lo sé. —Estaba más inquieto que nunca, y se levantó de nuevo para caminar frente a la ventana—. Lo que no entiendo es cómo puedes querer que otro hombre se involucre.

—Tú tienes a otros hombres en tu relación.

—Eso fue diferente: ya éramos mejores amigos. Lo vuestro ha surgido de la nada.

—Se esfuerza mucho, Ryker. Salimos por ahí, vamos a que Libby compre libros. Y este fin de semana, después de que Libby nos contara que acampabais en el jardín cuando erais pequeños, pidió una pantalla de cine al aire libre y comimos malvaviscos. Nos escucha y se preocupa.

Ryker se detuvo y se giró hacia mí.

—No quiero que le rompa el corazón.

—Es más fuerte de lo que crees, y yo no pienso romperle el corazón. —Me puse de pie, sabiendo que Ryker probablemente necesitaba un tiempo para asimilarlo—. Voy a bajar a ver cómo están Libby y Leo, ¿te parece bien?

Ryker asintió.

—Gracias, Ethan. Puede que seas un incordio la mayor parte del tiempo,

pero mi vida y la de Libby no serían lo mismo sin ti.

¿Intentaba hacerme llorar?

—Sabía que me querías.

—Sal de mi oficina. —Sonrió, y lo tomé como una victoria.

Bajé del ascensor en el piso de Libby, agradecido de que Ryker y Leo hubieran instalado la oficina temporal en el mismo edificio. La planta estaba en silencio, lo cual era de esperar, ya que solo había tres personas trabajando en la fundación.

Libby estaba en su oficina, con los ojos vidriosos mientras estudiaba algo en la pantalla de su ordenador. Debía de haber supuesto un tremendo cambio pasar de leerles a niños la historia de un pato y un ganso peleándose por un huevo que en realidad era un balón de fútbol a estar sentada en un escritorio frente a un ordenador la mayor parte del día.

—Hola. —Me apoyé en el marco de su puerta—. ¿Tienes unos minutos? —Dio un respingo y me miró fijamente.

—¡Joder, ni te he oído!

—Sí que estabas concentrada. —Entré y me senté en una silla frente a su escritorio—. ¿En qué estás trabajando?

—Tengo que presentar mi presupuesto para la parte académica el viernes. —Arrugó la nariz—. Pensé que al aceptar ayudar a dirigir esto tendría un contacto más directo con la comunidad.

—Eso llegará con el tiempo; será la recompensa por un gran esfuerzo. —No sabía muy bien cómo darle la noticia. Era evidente que aún no la había visto ni oído—. ¿Dónde están Leo y Carter? Esto está muy tranquilo hoy.

—Leo tenía una reunión urgente con su padre, y Carter solo viene cuando hay reuniones. Ahora mismo es más bien un externo. —Una sonrisa se dibujó en su rostro—. ¿Has venido a echar un polvo rápido?

Me estremecí.

—Ojalá.

Su rostro se ensombreció.

—¿Qué pasa?

No había una manera fácil de decírselo, así que lo solté todo.

—Alguien nos ha hecho fotos a los tres. Nos pillaron besándonos este fin de semana y hay un artículo con el chisme en internet. A nosotros no nos

nombra.

Pareció desconcertada un momento; luego se volvió hacia su ordenador y tecleó frenéticamente, sin duda buscando el artículo.

Jadeó, tapándose la boca con la mano.

—Ethan.

—No es tan malo. Incluso nos llaman «guapísimos». —Me puse de pie y rodeé el escritorio para consolarla.

Pero el artículo que había encontrado no era el que hablaba de nosotros. Era uno nuevo, publicado hacía menos de diez minutos.

**«LEONARDO CAPONETTI, HEREDERO DEL IMPERIO BELLA GRAND HOTEL, ANUNCIA SU COMPROMISO CON CLARA ACCARDO**

*La familia Caponetti ha anunciado hoy el compromiso de Leonardo Caponetti, hijo menor de Lorenzo Caponetti, del Grupo Bella Grand Hotel, con Clara Accardo, hija del destacado líder empresarial Carlo Accardo.*

*El anuncio se produce después de recientes especulaciones de los medios en torno a la vida personal de Caponetti. En un comunicado, la familia Caponetti ha declarado:*

*“Nos complace compartir la noticia del compromiso de Leonardo con Clara Accardo. Mientras se prepara para asumir un rol más importante en la empresa familiar. Creemos que esta unión le brindará estabilidad y le permitirá alcanzar el éxito en el futuro. Las familias Caponetti y Accardo mantienen una larga relación, y estamos deseando dar la bienvenida a Clara a nuestra familia”.*

*El señor Caponetti y la señorita Accardo se conocieron a través de los intereses comerciales compartidos de sus familias y han estado saliendo durante los once últimos meses.*

*“Me emociona dar el siguiente paso con Clara”, ha declarado el señor Caponetti. “Es una mujer maravillosa, y estoy deseando que construyamos una vida juntos mientras sacamos adelante nuestras carreras y nuestros compromisos filantrópicos”.*

*Se proporcionarán más detalles en una fecha posterior».*

—Esto no puede ser verdad. —Leí el comunicado de prensa dos veces más, tratando de entender lo que estaba leyendo.

Libby no dijo nada y volvió a la página anterior, donde escribió «Clara Accardo» en el buscador. Aparecieron un montón de fotos de Leo con una mujer preciosa, y se me encogió el estómago.

¿Habíamos sido su última canita al aire antes de casarse?

—Debería seguir trabajando. —La voz de Libby fue plana y sin emoción.

—Libby... —Hice girar su silla y me arrodillé frente a ella tomándole las manos, que temblaban.

—Confiábamos en él. —Ella negó con la cabeza, y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Esperaré aquí contigo para hablar con él cuando regrese. —Quería darle el beneficio de la duda, pero me costaba no arrojar algo al otro lado del despacho.

—Quiero volver al trabajo. —Parpadeó un par de veces y me dedicó una pequeña sonrisa—. ¿Nos vemos en la comida?

Y así, sin más, vi cómo los muros volvían a levantarse alrededor de su corazón.

Me levanté a regañadientes, desolado, pensando en lo que aquello le iba a suponer, aunque no fuera más que un gran malentendido.

—Bueno, te doy un poco de espacio. Escíbeme si me necesitas antes de comer.

Volvió a su ordenador, con la vista puesta en la pantalla.

—Por favor, cierra la puerta al salir.

Así lo hice. La cabeza no dejaba de darme vueltas mientras caminaba hacia el ascensor. ¿Cómo había podido Leo hacernos aquello a nosotros, a Libby? Le habíamos dejado entrar en nuestras vidas y nuestros corazones. ¿Y para qué?

El ascensor sonó y, al abrirse las puertas, me encontré cara a cara con él en persona. Estaba hecho una mierda, con el pelo revuelto y la corbata torcida.

Bien. Se merecía sentirse tan mal como nosotros.

Antes de que pudiera bajarse, me abrí paso, lo obligué a retroceder contra la pared y pulsé el botón de mi planta.

En cuanto se cerraron las puertas, me volví hacia él.

—¿Qué cojones, Leo? ¿Comprometido? ¿Once meses de noviazgo?

Los ojos de Leo se abrieron de par en par y buscó a tientas el botón de parada de emergencia. El ascensor se detuvo bruscamente.

—Ethan, por favor. No es lo que crees...

—¿En serio? Porque a mí me parece bastante claro. ¡Nos has estado mintiendo todo este tiempo!

—¡No! —Leo se pasó una mano por el pelo, haciéndolo erizarse aún más—. Lo juro, no estoy... prometido. Mis padres se han inventado esto de la nada.

—¿De la nada? ¿Y esperas que me crea eso? ¿Que un compromiso con otra persona puede salir de la nada?

—¡Sí! —Se le quebró la voz—. Porque es la verdad. ¡Mis padres llevan años intentando que o Luca o yo nos casemos con Clara! ¡Pero Clara es lesbiana,

por Dios!

Observé su rostro, deseando con todas mis fuerzas ver una mentira que justificara la ira y el dolor que me recorrían.

Pero solo vi desesperación y tristeza.

—Ryker te va a matar. —Suspiré y pulsé el botón para volver a poner en marcha el ascensor—. No puedes permitir que tus padres dicten tu vida de esta manera.

Leo asintió, aliviado de que al menos lo escuchara.

—Lo sé. Voy a arreglarlo.

El ascensor volvió a ponerse en marcha y viajamos en un tenso silencio hasta que llegó a mi piso. Salí y me volví hacia Leo.

—Quiero creerte, de verdad. Pero esto es un desastre que no sé cómo vas a arreglar, sobre todo con Libby.

Las puertas se cerraron sobre su rostro afligido y me dirigí a la recepción con la cabeza y el corazón agitados.

**TODO ES CULPA DE RYKER**

LIBBY

Debería haber sabido que ni de coña podría confiar en alguien completamente. No había podido confiar en mi padre biológico, que me abandonó en cuanto mi madre se quedó embarazada de mí, ni en mi propia madre, que ni siquiera parecía presente cuando él se fue. Él la había dejado destrozada, y ella, a su vez, me había destrozado a mí. Si a mi propia sangre no le importaba, ¿cómo podía esperar que a los demás sí?

En cuanto la puerta se cerró tras Ethan, dejé que las lágrimas salieran; era incapaz de contenerlas más. Había albergado muchas esperanzas de que los tres encontráramos la manera de que las cosas funcionaran, pero aunque el anuncio del compromiso no fuera real, ¿cuántas veces íbamos a tener que lidiar con sorpresas así?

Necesitaba salir de allí.

Le envié rápidamente un correo a Leo diciéndole que trabajaría desde casa y cerré mi portátil. No había ninguna razón para no poder trabajar desde allí cuando solo estaba haciendo trabajo administrativo con el presupuesto.

Me sequé los ojos y guardé mis cosas en el bolso. Quizás fuera incapaz de concentrarme, de todos modos.

Podía ir a ver una película o a pasear por la ciudad; cualquier cosa para no pensar en Leo.

Abrí la puerta de mi oficina y salí corriendo, pero en lugar del pasillo vacío que esperaba, me encontré con él.

—Libby. —Su voz sonó tensa mientras levantaba las manos para detenerme.

—Me tomo el resto del día libre. —Intenté rodearlo, pero se movió para bloquearme el paso.

—Por favor, déjame explicarlo. Mis padres me vinieron con esto sin avisarme.

Lo miré y vi la desesperación en sus ojos.

—Ese ni siquiera es el único problema, Leo. Al parecer, estamos por todo internet.

Apretó la mandíbula.

—Lo sé, y lo siento mucho. Las fotos ya deberían haber sido borradas.

—Eso no cambia el hecho de que las haya habido. —No sabía si los ricos tenían alguna forma secreta de borrar todo rastro de una foto, pero lo dudaba. La gente hacía capturas de pantalla y guardaba imágenes constantemente.

—Debería haber tenido más cuidado. Estoy acostumbrado a que me fotografíen, y me olvidé por completo de ser más cuidadoso. —Se pasó una mano por el pelo; tenía toda la pinta de que ya se lo había hecho un centenar de veces.

—Esto solo puede empeorar, ¿verdad? —Me abracé, sintiéndome de repente muy pequeña—. Y con la fundación y el centro comunitario... Se supone que trabajamos con niños. ¿Qué parecerá cuando su gerente ejecutiva de programas y su director ejecutivo aparezcan en las páginas de chismes en situaciones comprometedoras?

—Besarse no es una situación comprometedora. —Leo se acercó y me acarició la mejilla—. Te prometo que lo arreglaré todo. Todo. Las fotos, el anuncio del compromiso... No dejaré que nada os haga daño, ni a ti ni a Ethan ni a la fundación.

La sinceridad de su voz me hizo quedarme sin aliento, y me encontré deseando creerle. Quizás pudiéramos resolver aquello y encontrar un punto medio. Quizás.

El ascensor sonó y miré detrás de Leo para ver quién llegaba. Se me encogió el estómago al ver salir a una mujer despampanante con un traje de diseño. La reconocí al instante por las fotos en internet: Clara Accardo, la supuesta prometida de Leo.

—¡Leo! —Su voz resonó por el pasillo, alegre y vivaz—. ¡Parece que tenemos una fiesta que organizar!

Me aparté de él como si me hubiera quemado.

—No puedo hacer esto —susurré, observando cómo Clara se acercaba a nosotros con sus pasos perfectos y dignos de una pasarela.

—Libby, espera... —Leo intentó alcanzarme, pero era demasiado tarde.

Lo esquivé y prácticamente corrí hacia la escalera, ignorando sus gritos. La puerta de la escalera se cerró de golpe detrás de mí con un portazo de lo más

satisfactorio, y dejé que el eco ahogara el sonido de mi corazón roto.

Mis tacones resonaban contra los escalones de cemento mientras bajaba corriendo, sin importarme cuántos pisos fueran. Lo más adulto habría sido quedarme, pero no podía ver a Leo con su prometida perfecta ni afrontar la realidad de en qué me había metido.

Me ardían las piernas cuando llegué a la planta baja, pero no bajé el ritmo. Salí en tromba hacia el vestíbulo, probablemente con un aspecto totalmente desaliñado.

Los guardias de seguridad me miraron con preocupación cuando pasé a toda prisa junto a ellos y salí del edificio al brillante sol de mitad de mañana. Eché a caminar sin rumbo; ya no me apetecía volver a casa. Necesitaba desesperadamente distanciarme del desastre.

Mi teléfono vibró en el bolso, pero lo ignoré. Probablemente eran Ethan o Leo, y no podía con ninguno de los dos en ese momento. Lo que necesitaba era espacio para respirar y averiguar qué demonios estaba haciendo con mi vida.

Mi vida en Connecticut no había sido mala en absoluto. De hecho, había sido segura y aburrida. No estaba feliz ni triste, simplemente estaba.

Pero mudarme a Nueva York, aunque al principio me daba miedo, se había convertido en algo emocionante que me llenaba de felicidad. Hasta ese día. ¿Cómo podía algo tan bueno cambiar tan rápidamente? ¿Siempre iba a ser así con Leo?

Las fotos. El anuncio del compromiso. Clara apareciendo como si hubiera salido de una portada de revista.

De repente me vi en la entrada de Central Park, y busqué un banco vacío. Por fin me permití procesarlo todo.

—Soy una idiota —murmuré para mis adentros, hundiendo la cabeza entre las manos.

Mi teléfono vibró de nuevo, y esa vez lo saqué, lista para decirle a quienquiera que fuera que me dejara en paz. Pero no eran ni Ethan ni Leo; era mi hermano.

Puse los ojos en blanco antes incluso de abrir su mensaje.

**Ryker:** *¿Estás bien?*

**Yo:** *Más o menos.*

**Ryker:** ¿Dónde estás?

**Yo:** En Central Park, iré a casa más tarde. Estaré bien.

**Ryker:** Voy a despedir a Leo.

**Yo:** 😬 No vas a hacer eso. Es tu amigo.

**Ryker:** Dicen que no se deben mezclar los negocios con la amistad. Es algo que estuvo a punto de destruir mi propia empresa, y ahora es probable que destruya la fundación antes de que hayamos hecho nada.

**Yo:** Pero al final todo te salió bien. Leo ha dicho que va a arreglar lo que sea que esté pasando.

**Ryker:** Ojalá me hubieras hablado de él...

**Yo:** Acaba de pasar y no queríamos causar problemas. Además, es culpa tuya.

**Ryker:** ¿Cómo es que todo esto es culpa mía?

**Yo:** Le dejaste vivir en tu piso, y como yo no sabía que estaba allí, me vio los pechos. Lo demás es historia.

Sonreí cuando mi último mensaje quedó en visto, sin respuesta. Probablemente se estaba pellizcando el puente de la nariz y caminando de un lado a otro, tratando de borrar la imagen mental que acababa de enviarle.

No tenía derecho a juzgar a Leo cuando él, Garrett y Luca habían sido igual de despreocupados con las mujeres antes de conocer a Paige. En ese momento estaban enamorados, y todo era gracias a que ella les había dado una oportunidad.

Una oportunidad como la que yo le había dado a Leo.

Una pareja que pasaba junto a mi banco llamó mi atención. Probablemente tendrían unos setenta años, y caminaban tomados de la mano y riendo como adolescentes. La mujer dijo algo que hizo que el hombre echara la cabeza hacia atrás de la risa, y me dolió el pecho al verlo.

Eso era lo que quería: alguien con quien envejecer y que todavía me mirara como si fuera absolutamente maravillosa, aun cuando fuéramos unos viejos arrugados.

Pero yo no quería a uno así, quería a dos.

Una ardilla que pasó corriendo junto a mis pies me hizo dar un respingo, y me recordó que no podía quedarme de mal humor en el parque para siempre. Por mucho que quisiera evitarlo todo, sabía que no podía seguir huyendo de mis problemas, por muy aterradores que fueran.

Inspiré profundamente, me levanté y me dirigí hacia el apartamento.

Parecía que tardaba una eternidad en llegar a casa caminando, a pesar de estar justo al lado de Central Park. La incertidumbre seguía nublando mis pensamientos, pero no había mucho que pudiera hacer al respecto hasta que Leo llegara a casa y me lo explicara todo al detalle.

Cuando entré en el piso, Ethan estaba en el sofá jugando a un videojuego. Inmediatamente dejó el mando y acudió a recibirme en la entrada.

—¿Qué haces en casa? La comida no es hasta dentro de una hora. —Había planeado enviarle un mensaje para quedar a comer a medio camino entre el piso y la oficina.

—Ryker me ha enviado a casa temprano para ver cómo estabas. Estaba empezando a preocuparme. —Se inclinó para darme un beso rápido. Todavía me asombraba lo fácil que nos había resultado a nosotros. Al menos no había ninguna incertidumbre respecto a él.

Dejé caer mi bolso y me quité los zapatos, sintiendo que la tensión abandonaba mis músculos en presencia de Ethan.

—Empiezo a pensar que huir de mis problemas no es la mejor manera de afrontarlos.

—Oye, a veces hace falta espacio para procesarlos. —Señaló el sofá—. ¿Quieres hablar de ello?

Asentí, lo seguí hasta el sofá y me acurruqué a su lado. Por un momento, guardamos un silencio cómodo que había surgido de los años de amistad y comprensión.

—Clara se ha presentado en la oficina —dije finalmente, tirando de un hilo suelto de mi blusa. Pensar en ella me revolvió el estómago—. Es justo como uno esperaría que fuera la prometida de Leo. Alta, guapísima y probablemente modelo.

—Lib —dijo Ethan con dulzura—. Sabes que eso no es real. Lo del compromiso.

—Pero quizá debería serlo. —Lo miré con los ojos húmedos—. Hacen una

pareja perfecta. O sea, ¿de verdad creemos que esto va a ser buena idea? ¿Los tres juntos?

La pregunta quedó en el aire, cargada de mis inseguridades y miedos.

Ethan me tomó la mano y se puso a trazar círculos con el pulgar en la palma.

—Primero, sé que no piensas así. Hemos pasado un fin de semana perfecto con Leo, y que esto ocurra cuando por fin todos coincidimos en que lo nuestro va a funcionar es duro. Y, segundo, es más probable que Clara se case contigo que con Leo; me lo dijo él.

Lo dejé reposar.

—¿Por qué sus familias les están haciendo esto? Decía que llevan saliendo desde hace once meses, Ethan.

Se encogió de hombros.

—Luca solía mencionar a Clara de vez en cuando y contaba cómo su madre quería que se casara con ella. Quieren impulsar sus negocios a través del matrimonio, y no les importa quién salga herido en el proceso. Aunque sea su propio hijo.

—Es egoísta.

Miré a Ethan pensando en todas las veces que había estado ahí para mí. Nunca me había fallado y nunca me había hecho sentir que no era suficiente. Con cada risa y cada lágrima se había convertido en parte de mí. ¿Acaso Leo no merecía un amor así también?

La idea de perder tan rápidamente lo que habíamos construido juntos hacía que me doliera el corazón.

—Entonces, ¿qué vamos a hacer? —No tenía la menor idea de cómo ayudar a Leo con el aprieto en el que se encontraba.

—Vamos a esperar a que Leo llegue a casa y lo hablamos todos juntos.

Juntos. Era una palabra muy simple, pero también poderosa.

## CINCUENTA MILLONES

LEO

Estaba completamente exhausto, y mi día aún no había terminado.

Clara y yo habíamos ideado un plan que, con suerte, haría que nuestras familias no quedaran como una panda de completos imbéciles. Aunque merecían quedar como unos idiotas, a ninguno de los dos le apetecía lidiar con las consecuencias.

Al parecer, nuestros padres llevaban planeando aquel golpe matrimonial desde hacía un tiempo, y el fin de semana había sido el detonante que habían estado esperando. Si no hubiera sido yo quien lo desencadenara, habría sido ella.

Todavía me dolía que me hubieran hecho aquello. Sabía que estaba lejos de ser perfecto, pero nadie se merecía que dirigieran su vida, sobre todo cuando estaban haciendo grandes avances en su crecimiento personal.

Lo que más me dolía era que durante el último año había hecho todo lo que mi padre me había pedido, pero él solo veía que yo era un desastre de persona que necesitaba que lo llevaran de la mano.

Y, la verdad, esperaba que Libby y Ethan no me vieran de esa manera.

Sentía un nudo en el estómago mientras atravesaba el pasillo hacia la puerta. Ambos me estaban esperando para hablar, y tenía el presentimiento de que ahí acabaría todo. Todo el mundo tenía un límite, y no podría culparlos si me daban la patada y seguían adelante sin mí.

Abrí la puerta del piso y de inmediato me invadió el aroma de la comida.

Mi olfato me llevó a la cocina, donde encontré a Ethan y a Libby moviéndose uno alrededor del otro con familiaridad mientras sacaban algo del horno y servían refresco en los vasos.

—Hola. —Intenté mantener un tono ligero, pero la tensión que había allí coincidía con la rigidez de mis hombros.

Libby me miró y me dedicó una pequeña sonrisa.

—Ve a cambiarte y hablamos durante la cena.

Me dirigí sin discutir a mi habitación para cambiarme el traje por un chándal y una camiseta. Cuando volví, habían dispuesto los platos en la isla de la cocina y ya estaban sentados.

—Bueno... —Me senté en el taburete vacío, mirando el plato de lo que definitivamente eran *fingers* de pollo—. Clara y yo tenemos un plan.

—¿Casarnos y vivir felices para siempre? —La voz de Ethan era burlona, pero Libby le dio un codazo.

—Vamos a romper el compromiso a finales de esta semana. —Cogí una patata frita y la mojé en ketchup con tal de hacer algo con las manos—. Vamos a emitir un comunicado conjunto en el que diremos que seguimos siendo amigos, pero que queremos centrarnos en nuestras carreras.

—Eso es... sorprendentemente simple. —Libby mojó un trozo de pollo en salsa ranchera, pero no se lo comió—. ¿Eso es todo?

—Sí, bueno, lo complicado viene después. —Respiré hondo—. Mi padre quiere que vuelva a la empresa. Dice que ya es hora de que ocupe el puesto que me corresponde.

Ethan me puso la mano en el brazo.

—¿No es eso lo que siempre has querido? Prácticamente creciste en esos hoteles.

—Eso creía... Durante la mayor parte de mi vida adulta se ha dado por supuesto que yo me ocuparía de todo, ya que Luca dejó muy claro que no le interesaba, pero ahora que he visto lo que es hacer un trabajo que importa y tener tiempo para nosotros... —Hice un gesto para señalarnos a los tres—. Dirigir una empresa multimillonaria implica jornadas de dieciocho horas, viajes constantes y una presión incesante. Vi cómo esto consumía a mi padre hasta convertirlo en alguien a quien apenas conozco.

—Entonces, ¿qué quieres? —La pregunta de Ethan era sencilla, pero tenía un significado especial.

Los miré alternativamente. Esas dos personas de alguna manera se habían colado en mi vida y me habían hecho cuestionarme todo lo que creía saber sobre mí.

—Quiero quedarme en la fundación si Ryker me lo permite, y os quiero a ambos, pero...

—¿Pero? —Libby se mordió el labio inferior.

—Tengo que ser completamente sincero... respecto a todo. Eso incluye contaros cosas que me resultan muy vergonzosas, y posiblemente sean lo bastante malas como para asustaros. —Libby me tomó la mano y me la apretó para tranquilizarme.

—Seguimos aquí después de lo de hoy, ¿verdad?

—Sí, pero esto es muchísimo peor. —Me reí, incómodo—. El año pasado, en una fiesta en mi yate, me emborraché y me fui a mi habitación con una mujer. Todo iba como siempre, pero entonces ella se levantó y dejó entrar a su marido. Al principio, él solo miraba, pero luego se unió y..., bueno, me lo follé. En un momento dado me grabaron y luego me chantajearon por millones.

Ethan se puso de pie de un salto, apretando los puños.

—¿Que hicieron qué?

Creía haber visto a Ethan cabreado antes, pero aquello era otro nivel. Parecía listo para levantar su taburete y lanzarlo al otro lado de la cocina.

—Iban a hacerlo público si no les pagaba, así que pagué. —Lentamente me puse de pie y alcé las manos con impotencia—. Debería habérselo contado antes.

—Pero eso es ilegal. El chantaje es ilegal. —Libby se levantó y puso una mano sobre el pecho de Ethan.

—Por supuesto que es ilegal, pero las cosas se complican cuando tienes incluso un poco de notoriedad y dinero. Tampoco eran de aquí, por lo que habría sido un caso internacional. Al principio me negaba a creerlo, pensaba que era una broma, pero luego se pusieron en contacto con mi padre. No le enviaron el vídeo completo, pero sí lo suficiente. —Me pasé la mano por el pelo y me dirigí hacia el otro lado de la isla, ya que Ethan tenía una mirada asesina—. Podríamos haber intentado detenerlos contactando con el FBI, pero un soborno y un vídeo sexual no son cosas que pasen desapercibidas. Habría sido un caso judicial enorme.

Ethan se había calmado bastante, y me miró con lástima.

—¿Cuánto?

Me estremecí.

—Cincuenta.

—¿Cincuenta mil? —exclamó Libby, y, por sus ojos esperanzados, me di cuenta de que esperaba que solo fuera eso, aunque cincuenta mil no fuera una cantidad pequeña en ningún sentido.

—Millones. —Negué con la cabeza, aún incrédulo de que hubiera sucedido —. Supuestamente borraron el vídeo, pero a veces me preocupa que lo publiquen. Mis abogados me aseguran que no, porque entonces podríamos denunciarlos por chantaje.

—Joder. —Ethan me abrazó.

Libby se unió a nuestro abrazo, apretándose contra mi espalda mientras me rodeaba con sus brazos. Los tres nos quedamos allí en silencio, y por primera vez desde que había empezado aquel lío, toda la tensión abandonó mi cuerpo y por fin sentí que podía respirar.

—Entendería si quisierais dejarlo —dije en voz baja. Odiaba lo vulnerable que me sentía, pero también era consciente de que ellos eran mi lugar seguro —. Mi vida trae más carga de la que nadie debería tener que soportar. Los chismes y mi familia... Es demasiado.

—No pensamos dejarte. —La voz de Libby sonó apagada contra mi espalda, pero se oía la verdad en ella.

Ethan se apartó lo suficiente para mirarme.

—¿Crees que un vídeo sexual nos va a asustar? Por favor.

—No es solo eso. Cuando el compromiso termine y le diga a mi padre que dejo los hoteles del todo, la cosa se va a poner fea. La prensa intentará averiguar por qué sin descanso, e indagarán en todos los aspectos de mi vida.

—Que indaguen. —Libby se giró para mirarme—. No tengo nada que ocultar.

—Eso lo dices ahora, pero...

—Sin peros. —Puso una mano sobre mi pecho, justo encima de mi corazón.

Al mirarlos, no vi nada más que aceptación en sus ojos. Ahora sabían exactamente en lo que se estaban metiendo, y, aun así, querían seguir adelante.

No los merecía, pero iba a pasar cada día intentándolo.

—Bueno. —Ethan dio una palmada que rompió el silencio—. Ahora que ya está todo claro, ¿podemos comer, por favor? El pollo y las patatas fritas se están enfriando.

Libby puso los ojos en blanco, pero se rio.

—Qué manera de chafar el momento.

Pero no era así. El momento fue perfecto y fue «muy nosotros».

Pasar la noche acurrucados en el sofá viendo una película y luego disfrutando

de un baño de espuma después de un día estresante fue justo lo que necesitaba. ¿Estaba la bañera un poco llena con Ethan y Libby dentro? Quizá, pero esa fue la mejor parte.

—Estoy empezando a verles el atractivo a los baños de espuma. —Ethan estaba reclinado contra el otro extremo de la bañera, con los brazos relajados a los lados y la cabeza sobre una toalla enrollada.

Libby estaba entre mis piernas, con la cabeza contra mi pecho mientras yo recorría su piel con mis dedos.

—Me está dando sueño.

—Necesitamos una cama más grande. —Ethan se incorporó e hizo chapotear el agua—. Creo que una de las de los Hamptons cabrá..., a menos que no queráis compartir cama. Paige me contó que ellos tienen un dormitorio para cada uno, y luego otro que comparten.

—¿Qué opinas, Leo? —Libby se giró ligeramente para mirarme.

—Me gusta esa idea... Debería haberos dicho que mi ático está terminado desde hace más de una semana. —Me estremecí por haberles ocultado tantas cosas.

Ethan bufó.

—¡Lo sabía! Todo esto era una estratagema para meterte en nuestras bragas.

Libby le echó un poco de agua antes de volver a fijarse en mí.

—¿Vas a volver a tu ático?

—Estaba pensando que podríais mudaros conmigo... a menos que queráis quedaros aquí, que también está bien. Me da igual, siempre y cuando esté con los dos.

Libby me acarició la mandíbula con los dedos.

—No tenemos que decidirlo esta noche, sobre todo cuando aún no hemos visto tu piso. Podría haber quedado horrible.

Le agarré la muñeca juguetonamente y le mordí los dedos.

—Retira eso.

Ella se rio y luego me besó, girándose para sentarse a horcajadas sobre mi regazo. Solté su muñeca y la besé más profundamente. Mis manos se movieron hasta su trasero y la atraje hacia mí. Gimió suavemente en mi boca, con los dedos enredándose en mi cabello.

Se frotó contra mí, con sus pechos apretados contra mi torso y sus pezones endureciéndose. Deseaba desesperadamente saborearlos, y la besé en el cuello antes de morderle uno.

Ethan, que nos observaba con una mirada acalorada, se nos acercó atravesando la bañera y rozó la espalda de Libby con los dedos. Ella se estremeció al sentirlo, y se giró para mirarlo por encima del hombro.

Se inclinó y la besó mientras su otra mano rebuscaba entre Libby y yo hasta que encontró mi pene, que estimuló despacio.

Libby se apartó de Ethan respirando entrecortadamente.

—Te quiero dentro de mí, Leo. —Se acomodó encima de mí, y se deslizó lentamente sobre mi miembro. La agarré de las caderas y la guíe mientras empezaba a cabalgarme.

Ethan movió las manos por su cintura, ayudándola a subir y bajar. El agua de la bañera chapoteaba a nuestro alrededor y se desbordaba por los lados. Los gemidos de Libby fueron llenando el baño conforme aceleraba.

—Deberíamos irnos a la cama —logré decir con voz tensa. Libby asintió con las mejillas sonrojadas. Ethan se levantó, y el agua cayó en cascada sobre su cuerpo mientras salía de la bañera. Cogió unas toallas, se envolvió una alrededor de la cintura y nos ofreció las demás. Levanté a Libby, y eché de menos su calor al instante. Salimos y nos secamos con rapidez antes de seguir a Ethan a la habitación.

Nos tumbamos en la cama, y ambos me rodearon. Libby se inclinó y sus labios encontraron los míos de nuevo mientras su mano recorría mi pecho hasta mi pene. La boca de Ethan estaba en mi cuello, sus dientes rozaban mi piel sensible. Estaba en el cielo; sus caricias y besos me prendían fuego.

Libby descendió y recorrió mi cuerpo con los labios. Su lengua se detuvo en mis abdominales. Ethan también bajó, y sus manos me abrieron las piernas y las empujaron hasta que mis pies quedaron apoyados en el colchón.

Estaba tan expuesto que me tensé por un momento, sin saber qué planeaba. Una mamada no solía requerir poner las piernas en alto.

Cuando su lengua lamió la parte interna de mi muslo, me relajé.

La boca de Libby envolvió mi miembro; su cabeza se balanceaba arriba y abajo. Gemí, y mis caderas se sacudieron ligeramente. La lengua de Ethan subió por mis muslos, hasta que lamió la sensible piel de mis testículos. Me retorció, mis manos estrujaban las sábanas.

Entonces la lengua de Ethan volvió a descender y lamió mi estrecho agujero. Jadeé cuando rodeó el círculo de músculo y su lengua lo exploró suavemente.

—Joder, Ethan.

Me miró con los ojos llenos de deseo.

—¿Quieres que te prepare para follarte?

Lo único que pude hacer fue asentir, y cuando su lengua se enterró dentro de mí mi cuerpo estalló de placer. Ya me había follado con los dedos antes, pero nada me había preparado para su boca. ¿Estaba siquiera listo para recibir su pene?

Jadeaba y temblaba mientras la lengua de Ethan hacía su magia, explorándome, preparándome. La boca de Libby sobre mi pene me volvía loco; sus suaves gemidos vibraban contra mi piel sensible. No podía creer que estuviera a punto de hacer aquello, pero lo deseaba, lo necesitaba.

—Por favor —supliqué con una voz apenas reconocible—. Por favor, Ethan. Fóllame.

Ethan se apartó, sus ojos se encontraron con los míos. Una sonrisa maliciosa se extendió por su rostro.

—Ya que me lo pides tan educadamente... —bromeó, buscando el lubricante en la mesita de noche.

Libby me soltó el miembro con un ruidito, y me miró con los ojos llenos de lujuria.

—Quiero montarte mientras él te folla.

—Dios, sí.

Ethan se lubricó los dedos, rodeándome el ano con suavidad antes de deslizar uno dentro. Me tensé un instante; la sensación seguía siendo extraña, pero no molestaba. Libby se sentó a horcajadas sobre mí, su entrepierna húmeda deslizándose sobre mi pene, distrayéndome de la incomodidad inicial.

—¿Estás bien? —Ethan movió lentamente el dedo hacia dentro y hacia fuera, rozando suavemente mi próstata. Respiré hondo y relajé los músculos.

—Sí, estoy bien. Dame más.

Añadió otro dedo, y los abrió con suavidad para estirarme. Libby se inclinó y sus labios encontraron los míos; su beso fue hambriento y apasionado. Deslizó su vulva contra mi pene, cubriéndolo con su humedad.

Ethan retiró los dedos de mi interior y me dejó con una sensación de vacío. Oí el tapón del lubricante cerrarse de golpe, y entonces noté la punta de su miembro presionando contra mi entrada. Me tensé de nuevo, con el corazón laténdome con fuerza.

—Relájate —murmuró Ethan, mientras sus manos me acariciaban los muslos con movimientos circulares—. Empuja contra mí.

Respiré hondo y seguí sus instrucciones. Lentamente, empujó hacia dentro.

El ardor inicial me hizo jadear. Libby me besó profundamente, su lengua bailando con la mía, sus manos acariciando mi pecho.

Ethan se quedó quieto para que me adaptase a él. El ardor se desvaneció y fue reemplazado por una sensación intensa pero increíblemente placentera.

Resistí el impulso de gemir.

—Creo que estoy listo.

Ethan empezó a moverse lenta pero rítmicamente, y Libby se colocó entre los dos guiando mi pene dentro de ella. Se deslizó hacia abajo, y su calor apretado me rodeó.

Gemí, completamente perdido en ellos.

—Joder, qué bien —gemí, agarrando las caderas de Libby.

Ella se recostó, con las manos apoyadas en mis muslos, y echó la cabeza hacia atrás, extasiada, mientras Ethan la besaba en el cuello.

Ethan aceleró el ritmo, sus embestidas acompasadas al ritmo de Libby. El sonido de nuestros cuerpos al unirse llenó la habitación.

Libby se inclinó hacia mí otra vez y apoyó las manos en mi pecho mientras se balanceaba y movía las caderas.

—Justo ahí. Oh, Dios.

Ethan apretó mis piernas con más fuerza, sus embestidas se volvieron más duras, más urgentes. Mi orgasmo se intensificó, el hormigueo comenzó en la base de mi columna. Las paredes de Libby se apretaron a mi alrededor, su cuerpo temblaba mientras me montaba más rápido.

—Sí, cariño. Cabalga mi polla como si fuera tuya —jadeé, con el cuerpo tenso.

—Tienes el culo tan apretado... Córrete para mí. Quiero que este agujero estrecho me succione todo el semen. —La voz de Ethan era prácticamente un gruñido, y eso fue todo.

El orgasmo me invadió, y mi trasero se apretó alrededor de Ethan mientras me corría dentro de Libby. Ella gritó, su clímax siguió al mío, su cuerpo tembló con fuerza.

Ethan me embistió unas cuantas veces más y se tensó al tener su orgasmo. Libby cayó hacia delante y enterró la cara en mi cuello.

Nos quedamos allí un momento, nuestros cuerpos entrelazados, nuestra respiración volviendo lentamente a la normalidad. Nunca me había sentido tan conectado y tan completa y absolutamente satisfecho.

Ethan salió de mí con suavidad y fue al baño a buscar unas toallas. Libby se

levantó, se dejó caer a mi lado y se acurrucó contra mí.

—Eso ha sido... —comencé, pero las palabras me fallaron.

Ethan se rio entre dientes mientras regresaba y nos limpiaba a Libby y a mí antes de tumbarse al otro lado; sus dedos trazaron círculos en mi pecho.

—¿Cómo te sientes?

—Fantástico, aunque no estoy seguro de si volveré a caminar con normalidad —reí con el corazón lleno.

Jamás habría esperado encontrar algo así, encontrarlos a ellos, pero ahora que lo había hecho, no quería dejarlos escapar nunca más.

# EPÍLOGO

## POSIBILIDADES

LIBBY

No había estado muy convencida de que celebrar una exclusiva cena para recaudar fondos en un yate fuese una buena idea, pero, con el evento en pleno apogeo, estaba gratamente sorprendida.

Se habían retirado todos los muebles, tanto de la cubierta interior como de la exterior, y el espacio aparecía transformado por completo. Había espacio suficiente para más de cien asistentes, lo que significaba una recaudación de un millón de dólares, sin contar con las donaciones adicionales.

Todo el mundo estaba disfrutando del crucero al atardecer por el Hudson, charlando antes de la cena, a cargo de un chef ganador de un prestigioso premio culinario. Sin embargo, ese no fue el mejor momento para mí, sino que lo fue el ver las caras de emoción de nuestros invitados especiales de las escuelas del vecindario a las que íbamos a ayudar.

Deslicé una mano por mi vestido de cóctel negro, sintiéndome a la vez demasiado elegante y poco elegante. No estaba acostumbrada a ese tipo de eventos y me sentía fuera de lugar, aun cuando sabía que no lo parecía.

—Tienes pinta de estar buscando una vía de escape. —Carter se unió a mi contemplación de las brillantes aguas—. El bote salvavidas más cercano está en el lado de babor. —Me tendió una de las copas de champán que llevaba.

Acepté la copa y le di un sorbito.

—Eso no me resulta de ninguna ayuda, a menos que me digas cuál es el lado de babor. Y no estoy buscando una vía de escape, solo estoy...

—¿... evitando a tus dos novios, que ahora mismo están inmersos en una discusión con Ryker? —Señaló hacia una esquina, donde Ethan y Leo estaban en plena conversación acalorada con mi hermano y unos cuantos hombres más.

Habían pasado tres semanas desde que Leo había roto su compromiso falso,

y las columnas de cotilleo habían buscado rápidamente historias más emocionantes. Si mi hermano había tenido algún reparo acerca de mi relación con Leo, lo había superado ya.

Gemí.

—Seguro que están hablando de hockey otra vez.

—Hablando de hockey..., ¿conoces a Nora? —No fue una pregunta, sino una afirmación cargada de intenciones.

—Sí. O sea, no la conozco superbién, pero he quedado con ella y con Paige un par de veces.

—Estamos pensando en montar un club de lectura pronto. —Lo miré con los ojos entornados—. ¿Por qué?

Se encogió de hombros y miró al otro lado de la habitación, donde Nora estaba hablando con un jugador de hockey. Ninguno de los dos parecía muy contento de estar en presencia del otro.

—Creo que podría ser mi futura esposa.

Puse los ojos en blanco.

—Dices eso de todas las mujeres.

—Esta vez va en serio. —Parecía tan poco formal que, aunque sí lo fuera, tendría que verlo para creerlo.

—Buena suerte.

No conocía bien a Nora, pero, por lo que la había oído decir, le encantaba la vida de soltera y estaba muy centrada en su carrera como entrenadora especializada en un equipo de la Liga Nacional de Hockey.

Carter me miró esperanzado.

—Las mujeres me adoran. Quizás puedas hablarle bien de mí.

Resoplé.

—De acuerdo.

Carter levantó la cámara.

—Tengo que haceros unas fotos a ti, a tu hermano y a Leo.

Con un gruñido, me abrí paso a través de los grupos de personas bien vestidas que conversaban. Al acercarme, Leo captó mi atención primero; una cálida sonrisa se dibujó en su rostro y mi estómago dio un saltito.

—Carter nos necesita para las fotos —anuncié interrumpiendo el debate deportivo en el que estaban participando—. A ti también, Ry.

Ryker y Leo se excusaron y me siguieron hasta donde Carter estaba esperándonos.

Después de unas cuantas tomas, Carter se alejó para tomar más fotos y Leo fue reclamado por uno de los donantes.

Ryker me tocó el brazo.

—¿Podemos hablar un momento?

—Claro. —Lo seguí a un lugar más tranquilo cerca de la barandilla.

—Quería decirte lo orgulloso que estoy de ti. —La voz de Ryker era tan suave que se me hizo un nudo en la garganta—. Has encontrado tu lugar, y verte prosperar de esta manera... lo significa todo para mí.

—Ryker... —Parpadeé para contener las lágrimas en un intento por no estropearme el maquillaje.

—Tenerte tan cerca por fin... —Negó con la cabeza, sonriendo—. Es como si me hubieran devuelto a mi hermana pequeña.

Lo abracé con fuerza.

—Te quiero, tonto.

—Yo también te quiero. —Me devolvió el achuchón antes de apartarse—. Y por si te sirve de algo, creo que has acertado al quedarte con ambos.

Seguí su mirada hasta donde estaban Ethan y Leo, con las cabezas inclinadas y juntas, mirando algo en el teléfono de Ethan. Mi corazón se llenó de alegría al verlos así.

—Son buenos tíos. —Ryker suspiró como si realmente odiara admitirlo—. Diferentes como la noche y el día, pero te quieren. Hasta un ciego lo vería.

No podía apartar la vista de ellos. Incluso después de estas últimas semanas, todavía me parecía surrealista tenerlos a ambos en mi vida de esa manera.

Ryker me dio un golpecito en el hombro.

—Anda, corre con tus hombres. Tengo que hacer mi ronda de todas formas.

Le di otro abrazo rápido antes de dirigirme hacia Ethan y Leo. Conforme me acercaba, ambos levantaron la vista y sonrieron al mismo tiempo.

—¿Qué estáis mirando? —Estiré el cuello para ver el teléfono de Ethan—. ¿Disfraces de Halloween?

Ethan me rodeó la cintura con el brazo, me apretó contra él y me besó en la sien.

—Estábamos discutiendo quién sería Mario y quién sería Luigi.

—Bueno..., Luigi es más alto, y es obvio que yo sería un Mario magnífico.

Leo resopló.

—¿Y de quién me disfrazaría yo? ¿De la princesa Peach?

No pude evitar reírme al imaginarme a Leo con un vestido de princesa rosa.

—Creo que estarías espectacular con una tiara.

—¿Sabéis qué? Creo que me quedaría mejor que a vosotros dos juntos.

Ethan se irguió sacando pecho.

—Iría genial con mi rollo de príncipe *fae*.

—¡Ay, Dios! ¡Otra vez eso no! —Ojalá Carter no le hubiera hecho nunca ese cumplido.

La mano de Ethan se movió hacia mi cadera, y su pulgar dibujó lentamente unos círculos en mi vestido.

—¿Qué te parece, princesa? ¿Quién sería la mejor princesa Peach?

Fingí que lo meditaba dándome unos golpecitos en la barbilla.

—Bueno, Leo ya tiene ese aire de realeza...

—¡Traición! —jadeó Ethan dramáticamente, agarrándose el pecho—. Y yo que pensaba que lo nuestro era especial.

Leo sonrió con suficiencia y se aproximó a mí.

—Acéptalo, tengo la gracia y la elegancia naturales que requiere el papel.

—Tienes algo, lo admito —murmuró Ethan, y sus ojos se dirigieron rápidamente a la entrepierna de Leo y luego volvieron a subir.

—Creo que todos sabemos quién es la verdadera princesa aquí. —Leo se inclinó y su aliento me hizo cosquillas en la oreja.

Entre su proximidad y la mano de Ethan en mi cintura, me resultaba cada vez más difícil mantener la compostura en aquel lugar tan público.

—Cuidado —advertí, aunque no pude evitar esbozar una sonrisa—. Se supone que debemos mantener una apariencia profesional.

—Lo profesional se fue por la ventana en el momento en que te pusiste ese vestido. —Los dedos de Ethan se clavaron en mi cadera.

Estaba a punto de recordarles que estábamos rodeados de donantes y miembros de la comunidad cuando vi una figura familiar que se dirigía hacia nosotros.

—Atención —susurré con urgencia—. Mamá Caponetti a las doce en punto.

Los chicos se pusieron serios al instante, poniendo una distancia más respetable entre nosotros. Habíamos quedado para comer con ella hacía una semana, y aunque al principio había sido incómodo, sorprendentemente aceptó nuestra relación. Sin embargo, el padre de Leo aún estaba en ello, sobre todo porque Leo no quería hacerse cargo de los hoteles.

—¡Leonardo, cariño! —La voz de Bianca resonó por la cubierta al acercarse, con su vestido de diseño flotando elegantemente a su alrededor—. Te he

estado buscando por todas partes. ¡Elizabeth, Ethan! Estáis estupendos esta noche.

—Mamá —la saludó Leo con un beso en la mejilla—. Estás guapísima, como siempre.

Ella le dio una palmadita en la mejilla antes de centrar su atención en mí.

—Tenemos que comer pronto.

—Ah, eeeh, sí, claro. —No tenía la menor idea de cómo iría eso.

—Haré que mi ayudante se encargue. —Apretó el brazo de Leo y luego se fue a socializar.

—Bueno, no ha ido mal. —Me ponía un poco nerviosa que pudiera tener otra artimaña para lograr que su hijo se casara con alguien de su elección.

—Te adora. —Leo se acercó y se colocó a mi lado—. A los dos, en realidad. Sinceramente, me sorprende un poco lo bien que se lo ha tomado, pero creo que le dejé bastante claro que no seguiría sus pasos ni los de mi padre y que no aceptaría un matrimonio concertado.

Aún no conocíamos al padre de Leo, pero esperábamos que lo superara todo y viera lo feliz que hacíamos a su hijo.

—No puedo creerme cuántas cosas han cambiado en tan solo unos meses. —Miré a los dos hombres que habían transformado mi vida—. Si alguien me hubiera dicho al regresar que acabaría aquí...

—¿Quieres decir que no planeabas enamorarte de tu mejor amigo y del okupa? —bromeó Ethan.

Negué con la cabeza, sonriendo cuando la mano de Leo buscó la mía y entrelazó nuestros dedos.

—Os quiero. A los dos.

El brazo de Ethan me estrechó la cintura y Leo me apretó la mano.

—Yo también —dijeron casi al unísono, luego se rieron.

Mi vida no siempre había sido feliz, pero había resultado mejor de lo que jamás podría haber imaginado. Tenía a dos hombres increíbles que me amaban y un futuro lleno de posibilidades.